

DELÉITATE EN DIOS

Una Biografía de George Müller



Por Roger Steer

HODDER AND STOUGHTON

LONDON SIDNEY AUCKLAN TORONTO

Traducción al español por Juan Luis Molina

Con la colaboración de Claudia Juárez Garbalena

juanluis.molina@hotmail.com

<http://mirasoloadios.blogspot.com/>

Enero de 2012



Mira Sólo a Dios

ÍNDICE

Comentario de los traductores.....	4
Nota previa del autor.....	5
1. Un oportunista prusiano.....	6
2. Constreñido por el amor de Jesús.....	12
3. Inglaterra -1829.....	19
4. Preparándose en el Teing.....	25
5. Repican las campanas.....	34
6. Una prueba visible.....	40
7. A Quien pertenecen el oro y la plata.....	45
8. Un cambio de aires.....	50
9. Un banco que no puede caer en quiebra.....	56
10. Buscando las riquezas divinas.....	64
11. Una justa reclamación.....	72
12. Más fuerte en medio de la tormenta.....	80
13. El tesoro secreto de Müller.....	86
14. Cuando el viento del sur sopló.....	96
15. Un regocijo indescriptible.....	106
16. Ningún Otro Lugar Me Es Tan Querido.....	113
17. Reservados para gloria.....	126
18. De vuelta al Rigi.....	132
19. A la casa Blanca.....	139
20. Por la fe simplemente.....	145
21. El aroma de las Madreselvas.....	151
22. Amado por millares.....	158
23. Admirando la bondad del Padre.....	165
24. Preciosa panorámica.....	169
25. Desarmando a los escépticos.....	177
<i>Una hora con George Müller- Entrevista.....</i>	<i>190</i>

‘Un hombre que vivía en Horfield, en frente de Ashley Down, dijo que, “Siempre que tenía dudas acerca del Dios Viviente sobrevolando en su mente, él acostumbraba a mirar a través de la noche hacia las ventanas encendidas en Ashley Down, brillando en la oscuridad como las estrellas en el cielo”’ (pag. 102).

COMENTARIO DE LOS TRADUCTORES

Amadísimos miembros del Cuerpo, ha puesto el Padre en nuestro corazón un inmenso anhelo por traducir la biografía de George Müller que Roger Steer publicó en su tercera edición de 1990.

Esta biografía es un poderosísimo testimonio de la suficiencia de Dios en todas las cosas. No es propiamente la vida de Müller lo que debemos ver en esta obra, sino el poder maravilloso que tiene nuestro Dios para confinarnos Sus promesas. Sus promesas siempre han sido inquebrantables y han permanecido disponibles para quien se levante a creerlas.

Lo que Dios hizo a través de la vida de George Müller es un maravilloso testimonio de la grandeza de nuestro Dios y Padre. La vida de Müller es una genuina y verdadera historia de amor, no como aquellas que describen miles de libros, canciones o poemas del mundo, sino una historia del verdadero amor entre un hijo amado de Dios y su adorado Padre Celestial. George Müller fue un testigo muy eficaz de la gloria, la gracia y el amor de Dios. Él vivió en carne propia día tras día, a través de décadas, la grandeza del Dios Vivo que no solo responde eficazmente las oraciones de Sus hijos, sino que está deseoso y anhelante de hacerlo.

“El espíritu” de la vida de Müller, que era el mismísimo espíritu de Cristo que comparte cada miembro renacido de su Cuerpo, se está levantando poderosísimamente en muchos hermanos-as a la vez hoy en día. Igual de efectivo que operaba en la vida de Müller, el espíritu santo, se encuentra operando con la misma eficacia ahora en muchos miembros de Cristo, conectados solo a la Cabeza del Cuerpo. Quiera Dios desnudarnos de nuestras pluralidades y del pecado que nos asedia, y seguir revistiéndonos solo de Cristo. Así lo hizo Dios con Müller y con todos los que se ponen en Sus manos sin condición alguna, y por ellos se da Dios a conocer en el mundo a través de maravillas y señales como las que se ponen de manifiesto en este libro.

Hemos incluido al final del último capítulo, una entrevista que habíamos traducido anteriormente. Aunque el capítulo 24 del mismo libro hace referencia a esta misma entrevista y posee extractos de la misma, creemos que el documento completo “*Una hora con George Müller*” enriquece la visión que tuvo este digno embajador de Dios de nuestro Todopoderoso Padre.

Dios nos siga bendiciendo, y que Cristo siga levantando a Su verdadera Iglesia.

Que nuestro Dios siga siendo exaltado, bendecido, alabado y glorificado entre Sus hijos.

Honrando, amando y glorificando a nuestro Dios y Padre.

Claudia Juarez y Juan Luis Molina

NOTA PREVIA DEL AUTOR

He incorporado dentro de esta totalmente nueva edición de la historia de George Müller una serie de material que me ha sido ofrecido gentilmente a través de lectores de las dos primeras ediciones. Roger Lancaster me envió copias de sus artículos de Los Viajes de George and Susannah Müller publicados en la revista Sea Breezes en 1987. Estos artículos introducen una nueva visión y le confieren autenticidad al intrigante incidente que tuvo lugar a bordo del Sardinian cuando se aproximaba a las costas de Quebec con Müller a bordo en Agosto de 1.877; Sonny Batchelor de Luray, Virginia, me hizo disponible información y algunos relatos impresos acerca de la visita de Müller a Salem en 1.878; El Dr. Keith Dorrington examinó el diario de Müller en las partes que describen su enfermedad contraída en 1.832 y me ofrece su diagnóstico del problema; Jack Hardwidge me hizo llegar algunos relatos impresos sobre el funeral de Müller de los que yo nunca anteriormente había tenido conocimiento ; y Robert Scott-Cook, sobre quien recae ahora el manto de Müller (su sucesor), providenció el primer esbozo que trata sobre la obra de la Fundación George Müller hoy en día. Con todos me siento muy agradecido.

ROGER STEER,

Coplestone, Devon

Un Oportunista Prusiano

Un cuarto de siglo antes, el castillo medieval de Wolfenbuttel había sido la residencia favorita de una noble familia local; a principios del siglo XIX, aunque los asiduos visitantes de la casa real ya habían partido, aun así, la pequeña ciudad del siglo XVII asentada sobre las colinas de la Baja Sajonia no había perdido nada de su encanto. En uno de sus edificios medio heráldico, localizado alrededor del castillo, un oficial de policía alza sus ojos por encima de su mesa de despacho. Dos soldados se mantienen firmes y en guardia flanqueando a un joven prusiano. El oficial comenzó su interrogatorio.

‘¿Cómo te llamas?’

‘George Müller.’

‘¿Edad?’

‘Dieciséis años.’

‘¿Lugar y fecha de nacimiento?’

‘Kroppenstadt, Prusia, 27 de Septiembre de 1805.’

‘¿Es cierto que has estado viviendo a la larga y a la francesa en el Hotel Wolfenbuttel, y que no tienes medio de pagar el alojamiento?’

‘Si, es verdad, pero...’

‘¿Es además verdad que has permanecido hospedado la semana pasada en otro hotel próximo de Brunswick, viviendo de manera similarmente lujosa, y que cuando te pidieron que pagases tuviste que entregar tu ropa como garantía de pago?’

Müller tenía muy poco que decir en su defensa. Se encontraba sin un centavo en sus bolsillos y metido en deudas: después de tres horas de interrogatorio, y sin ningún tipo de información acerca de cuándo sería juzgado, los dos soldados lo custodiaron hasta la prisión. Una estrecha ventana cubierta con barrotes de hierro proveía la única luz, y pesados compartimientos de madera la repartían entre las celdas adyacentes. En aquella tarde, Müller recibió algunos alimentos para comer con un trozo de pan, pero él inmediatamente que los olió los puso de lado y ni tan siquiera los probó. Este desprecio debió haber ofendido al cocinero, porque no se dignó hacerle ningún favor especial más. Al segundo

día se le ofreció el mismo tipo de menú que tenían sus compañeros de prisión: para la comida, agua y un trozo de pan duro; para cenar, vegetales y carne fría – y, comenzando a sentirse evidentemente debilitado, se decidió a comer un poco.

El carcelero vigilaba a Müller en su celda de día y de noche y no le permitía que hiciese trabajo o ejercicio alguno.

‘¿Podrían darme alguna Biblia para leer?’ pidió Müller queriendo hacer pasar el tiempo.

‘No.’

Al tercer día se comió todo lo que le pusieron en la mesa, y después del cuarto siempre agradecía que le diesen más.

Algunos días después, se enteró de que había otro prisionero en la celda próxima a la suya. Se comunicó con él a través de los entalles de las través de madera, y vino a saber que su vecino se encontraba allí por haber cometido un robo. Tal vez fuese porque se comunicasen en voz baja y de manera ordenada, el motivo porque el jefe de la prisión le permitió que compartiese la misma celda de Müller, y desde entonces se pasaban el tiempo contándose mutuamente sus aventuras. En el calor de los relatos, Müller comenzó a inventarse historias que impresionaron enormemente a su amigo; y entonces, unos diez días después que se pasaron así, los dos prisioneros se involucraron en una disputa y durante días y días se rehusaron a hablarse entre sí, el uno con el otro. En medio del silencio, Müller comenzó entonces a repensar su vida.

Sus primeras memorias se remontaban a Enero de 1810 cuando, a la edad de cuatro años, su familia se mudó desde Kroppenstadt donde vivían, para Heimersleben en donde su padre fue destinado en su puesto como recolector de impuestos para el gobierno. Antes de completar los diez años de edad, ya había estado más de una vez robándole a su padre dinero del gobierno; y se acordó del día en que su padre orquestó con éxito una manera de sorprenderlo en el acto. Sospechando de su hijo, Herr Müller separó y contó una pequeña cantidad de dinero y la dejó en el cuarto donde él se hallaba. Le dejó sólo por unos instantes, George se había apoderado de parte del dinero y escondió las monedas en sus zapatos. Su padre regresó poco después y volvió a contar el dinero; George fue inquirido y obligado a confesarlo todo. Se acordaba de haber sido castigado en este episodio y en otras ocasiones, pero su reacción al ser descubierto en estas ocasiones, era generalmente considerar cómo se las ingeniaría la próxima vez, de manera más suspicaz, para que no le detectaran su falta.

Herr Müller guardaba íntimamente la esperanza de que su hijo se hiciese clérigo: no para que sirviese a Dios, sino para poder gozar de una vida holgada y sin obstáculos. En aquella su celda, George reflejaba en su memoria los cinco años que pasó en la escuela

catedralicia clásica de Halberstadt; y se acordó - con alguna vergüenza – de un sábado por la noche, unos dos años atrás, cuando, sin saber que su madre había caído gravemente enferma, Müller había estado jugando a las cartas hasta las dos de la mañana del domingo. Y después, habiendo matado su sed en una taberna, deambuló por las calles, medio borracho, con sus amigos.

Se acordó también de que uno de los días siguientes, lo pasó asistiendo a la primera de una serie de clases acerca de la confirmación. Cuando llegó de vuelta a su habitación, se encontró con la visita de su padre esperando por él

‘Tu madre ha muerto, ’ le dijo Herr Müller. ‘¡Prepárate para su funeral!’

Tres o cuatro días antes había recibido su confirmación, se sentía culpable de lo que más tarde denominó en su diario de ‘inmoralidad grosera’; y el día anterior a su confirmación, en una sacristía para confesar sus pecados, engañó a un sacerdote declarándole solamente un doceavo de la cantidad que su padre le daba para costear sus gastos.

Sin nada que le distrajese la rutina de la vida en la celda, y con ninguno de los presos dispuesto a conversar uno con el otro, Müller continuó revisando su pasado. Había hecho su primera comunión en la catedral de Halberstadt en el domingo a seguir a la Pascua de 1820. En esa tarde y al anochecer, buscando descansar, se había quedado en casa, mientras que los demás jóvenes que habían sido confirmados con él se encontraban afuera y celebrando el evento.

‘Me volveré una nueva levadura y aprovecharé más mi tiempo estudiando’, se propuso.

Pero en muy breve tiempo quebró su decisión, y su comportamiento se volvió peor en vez de mejor que antes. Entre los veinte meses siguientes a seguir a su confirmación, se pasa parte de su tiempo estudiando, pero la mayor parte, lo invierte tocando piano y guitarra, leyendo novelas, bebiendo en tabernas, y tomando decisiones para remediar los daños, pero quebrando todas esas mismas decisiones casi tan de repente como las tomaba.

En el 12 de enero de 1822, el sonido del llamador de la puerta de su celda interrumpió los pensamientos de Müller.

‘Te requieren en la oficina de policía’ le dijo el carcelero. ‘Acompáñame.’

‘Tu padre ha enviado el dinero que precisas para tus gastos de viaje, para pagar tus deudas en el hotel y por tu mantenimiento aquí en la prisión, ’ le dijo el comisario de policía. ‘Así que eres libre de marcharte cuando quieras.’

Herr Müller celebró su reunión con su hijo castigándole severamente; lo alojó en Schoenebeck, cerca de Magdeburgo, donde le había sido asignado un nuevo lugar por el gobierno en su cargo desde el verano de 1821. George procuró desesperadamente ganarse otra vez el favor de su padre y comenzó a frecuentar clases de latín, francés, gramática alemana y aritmética. Hizo progresos en sus estudios, llegó a ser bastante popular en medio de todos en la escuela –incluso después de un cierto tiempo, con su padre. Sin embargo, admitiría posteriormente que aun en ese tiempo todavía era culpable secretamente con frecuencia de ‘grandes pecados’.

Cuando acababa de cumplir diecisiete años, Müller entró en el gimnasio (escuela pre-universitaria) de Nordhausen, una de las más antiguas ciudades de Prusia. A pesar de su entusiasmo por los estudios, e intentos para reformar su conducta, a Müller todavía le era casi imposible finalizar algo que tuviese un buen final. En una ocasión, después de recibir una mensualidad de su padre, intencionalmente les mostró la cantidad enviada a algunos amigos suyos. Y entonces a solas y deliberadamente dañó la funda de su guitarra donde lo guardaba. Unos pocos minutos más tarde se precipitó corriendo en la sala del director con su chaqueta quitada.

‘¡Todo el dinero que mi padre me envió, me ha sido robado!’ anunció sofocantemente.

Todos fueron maravillosamente solidarios con él. Algunos de sus amigos se juntaron e hicieron una asociación y se organizaron eventos para conseguir que le fuese devuelta la totalidad de la suma que había perdido, mientras que sus acreedores concordaron en extender por más tiempo sus deudas. Sin embargo, el director –más anciano y sabio– tenía algunas sospechas y nunca restauró a Müller su confianza. Y por su parte, Müller nunca se vio tan pronto en la presencia de la esposa del director, quien se había comportado y le había tratado como una madre durante una enfermedad anteriormente contraída.

La mayor ambición de Müller era entrar en la Halla, la famosa universidad fundada en 1694 por Federico III de Brademburgo que después llegó a ser Rey de Prusia. Lo más importante para el futuro desarrollo que se produjo en la vida de Müller, fue que la Halla era un pilar de la teología y práctica Pietista. El Pietismo había cobrado un nuevo aliento en la vida religiosa de Alemania en el siglo XVII; Cuando los pensamientos de Lutero y de los reformadores habían caído penosamente en rígidas normas y fórmulas religiosas, los Pietistas revitalizaron y enfatizaron la importancia del nuevo nacimiento, la fe personal de cada uno en Cristo, y el celo ardiente de experiencias cristianas que sirvan de estímulo para una evangelización efectiva.

Müller vio cumplida su ambición de entrar en la Halla en la Pascua de 1825.

La Universidad Halla está edificada en una llanura a las márgenes del Rio Saale. La plaza del mercado principal en el interior de la ciudad se ve rodeada por una estrecha muralla, y el Gótico Marienkirche – donde Handel aprendió a tocar el órgano. Así que llegó a la Universidad, Müller se decidió de nuevo a vivir un estilo de vida mejor que el que llevaba; y esta vez se lo propuso de verdad. Sabía perfectamente que ninguna parroquia lo escogería para ser su pastor, si seguía llevando aquella vida. Y aun cuando le aceptasen, precisaría siempre para justificarse de un buen entendimiento de divinidad, y para obtener una vida confortable, la cual en Prusia depende en el estándar del grado universitario de la persona.

Pero la libertad que reinaba en la vida universitaria le ofrece innúmeras tentaciones, y George Müller vuelve a encontrarse con su imposibilidad de manejar sabiamente el dinero. Llegó incluso a tener que empeñar su reloj y parte de su ropa; comenzó de nuevo a pedir prestado grandes sumas de dinero. Se sintió interiormente miserable; desesperado por sus inconstantes fracasos e intentos por mejorarse.

En una de las tabernas de la Halla (en donde una vez se bebió diez pintas (una pinta equivale más o menos a cerca de tres cuartos de litro) de cerveza en una sola tarde), pensó haber reconocido un hombre joven de su antigua escuela en Halberstadt. Nunca habían sido amigos muy próximos, pues Beta era tranquilo y serio, pero, aun así, a Müller se le ocurrió que si edificase con él una cercana amistad, eso podría ayudarle a obtener una vida de buenos hábitos. Se dirigió a través de la muchedumbre que había en el Bierkeller y agarró cordialmente a su antiguo amigo por la mano.

‘Beta, ¿Cómo estás?’ Cuanto placer volver a verte después de tanto tiempo!’

Beta recibió con mucho agrado su amistad, porque juzgaba que lo introduciría en su vida social.

Müller adoraba viajar y le hizo una sugerencia a sus amigos.

‘¿Por qué no hacemos una excursión a Suiza?’

‘Pero si nosotros no tenemos ni dinero ni pasaportes.’

‘Dejad eso de mi parte,’ dijo Müller. ‘He aquí mi plan. Inventaros cartas dirigidas a vuestros padres para que os saquen los pasaportes. Encargadles dinero para comprar de todo, especialmente libros caros, para que podamos arrecadar el dinero suficiente para hacer el viaje. Dejarme ser el tesorero y compraré los billetes que son necesarios.’

La comitiva, que también incluía a Beta, abandonó la Halla el 18 de agosto de 1825. Viajaron hasta Erfurt y después hacia el oeste para Frankfurt y al sur vía Heidelberg, Stuttgart y Zúrich hasta el corazón de Suiza. Y allí en frente de ellos, asentado entre caminos de piedras y un valle, reposaba y se extendía el Lago Lucerne. Habían subido hasta

la cima del Rigi y su panorámica vista le cortó la respiración a Müller. Fijó su vista en las montañas que descansaban sobre el lago: Burgenstock, Seelisburg y más alejado hacia el sud-oeste, Pilatus, tan irregular como magnificante.

‘Ahora’, pensó, ‘!ya he vivido lo suficiente!’

Viajaron de regreso a casa vía el Lago Constance y luego hacia el este hasta Ulm y la medieval Nuremberg en Babaria llegando a la Halla a finales de Septiembre. Ninguno de los amigos de Müller descubrió que el hombre en quien habían depositado su confianza y su dinero, había preparado astutamente las cosas para que, él mismo, participase mucho menos en los costos del viaje que cualquier otro miembro de la comitiva.

2

Constreñido por el Amor de Jesús

‘He estado asistiendo desde hace varias semanas a una reunión los sábados por la tarde en la casa de un cristiano, ‘ le dijo Beta a Müller a mediados de noviembre de 1825. Hizo una pausa, queriendo ver cómo Müller reaccionaría.

‘ ¿Y qué es lo que sucede en esas reuniones?’

‘Leen la Biblia, cantan, oran y alguien normalmente lee un sermón.’

‘A mí me gustaría asistir a esa reunión’

‘Yo no estoy del todo seguro de que te guste.’

Y George expuso lo que pensaba: ‘Estoy muy ansioso por ir.’

‘Si es así, entonces pasará a buscarte esta tarde.’

Müller estaba seguro de que Herr Wagner, en cuya casa se celebraba la reunión, no le recibiría de brazos abiertos. En cuanto llegó, se excusó por haber aparecido. Pero Herr Wagner en cambio le tributó una cálida sonrisa.

‘! Aparece las veces que quieras; tanto las puertas de la casa como el corazón se encuentran libremente abiertos para recibirte siempre que quieras venir! Ahora pasa y regocíjate con los demás.

Cantaron un himno y entonces Herr Kayser –que posteriormente sería un misionero en África a cargo de la Sociedad Misionera de Londres– se arrodilló y le pidió a Dios que bendijera la reunión. Müller nunca anteriormente había visto a nadie arrodillarse; tampoco él jamás se había arrodillado para orar.

Herr Kayser leyó un capítulo de la Biblia y después un sermón impreso. La ley Prusiana en ese tiempo prescribía que la exposición pública de la Escritura era una ofensa, a menos que alguien del clero previamente autorizado u ordenado estuviese presente en la reunión. Al final del encuentro, cantaron de nuevo otro himno y Herr Wagner cerró la reunión con una oración. Mientras estaba orando, Müller pensaba por sí, Yo mismo no podría orar tan bien o mejor, aunque sea mucho más educado que este hombre.

‘Todo lo que nosotros habíamos visto en nuestro viaje a Suiza, y todos nuestros mejores placeres, no son nada en comparación con lo que aquí ha sucedido esta tarde,’ le dijo a Beta mientras se dirigían de vuelta para casa.

Este fue el punto de cambio de su vida; y durante toda aquella noche permaneció con su corazón en paz y feliz tumbado sobre su cama. El día siguiente, y en varios días sucesivos de las semanas siguientes, Müller regresó a casa de Herr Wagner para estudiar la Biblia. Escribiendo posteriormente acerca de ese tiempo relató:

Le plació a Dios enseñarme algunas cosas acerca del significado de la preciosa verdad: ‘Que Dios amó tanto al mundo, que dio a Su hijo unigénito para que todo aquel que en él cree, no se pierda, más tenga vida eterna.’ Comprendí algo acerca del motivo o razón por el cual el Señor Jesús murió en la cruz, y sufrió semejantes agonías en el huerto de Getsemaní: para que así, pudiese cargar consigo el castigo que merecíamos nosotros, para que no tuviéramos que cargarlo nosotros mismos. Y, por tanto, aprendiendo en alguna medida el amor que Jesús tuvo por mi alma, fui constreñido a amarle a él de vuelta. Todas las exhortaciones y los preceptos de mi padre y de otros educadores, no habían producido en mí efecto alguno; todas mis predisposiciones que no pude alcanzar y mis malogrados intentos de renunciar a una vida de pecado e inmoralidad, ahora, en cambio, me veía capacitado a realizar, constreñido por el amor de Jesús. El individuo que desee obtener el perdón de sus pecados, debe procurarlo en la sangre de Jesús. El individuo que desee alcanzar poder sobre el pecado, debe por la misma vía procurarlo a través de la sangre de Jesús.

En enero de 1826, seis o siete semanas después de convertirse en cristiano, y después de muchas oraciones, Müller tomó una importante decisión y se dirigió hacia su casa para ver a su padre.

‘Padre, yo creo que Dios quiere que me haga misionero. Vengo buscando tu permiso porque así se requiere en la sociedad Alemana misionera.’

Su padre le respondió alzando su voz:

‘He gastado largas sumas de dinero en tu educación: Guardaba la esperanza de que podría pasar mis últimos días contigo en un presbiterio. Y ahora me estás diciendo que todos estos proyectos que he hecho se han venido abajo. ¡Ya no te puedo considerar más como mi hijo!’

Entonces Herr Müller comenzó a llorar.

‘Te pido que reconsideres tu decisión,’ le rogó.

Pero George estaba decidido firmemente y persuadido de que Dios le daría la fuerza necesaria para cumplir lo que a sus ojos era Su llamamiento.

Müller regresó a la Universidad Halla. Y aunque todavía le quedaban dos años más de estudio, tomó la firme decisión de no aceptar más el dinero proveniente de su padre. Le pareció incorrecto hacerlo, sobre todo ahora que su padre no había podido obtener lo que pretendía de su hijo y no iba a verlo como hubiese sido su deseo –un hombre del clero con una vida holgada y tranquila.

Müller ahora se enfrentaba con el problema de cómo sobreviviría sin el sustento de su padre. ¿Sería capaz de honrar su decisión? Rápidamente se le hizo muy claro que sí podría. Debido a un acontecimiento que ocurrió enseguida –el primero de muchos que después le seguirían en su remarcable vida– le demostró a Müller, y posteriormente al mundo entero, que ‘no hay nada que les falte a los que temen a Dios’ (Salmos 34:9).

Sucedió de esta manera. Poco tiempo después de su regreso de la visita a su padre, algunos americanos llegaron a la Halla para estudiar, y tres de los cuales eran docentes provenientes de universidades americanas. Tenían el problema de no entender la lengua germánica. En tanto, en la Halla se encontraba un nuevo Profesor de Divinidad, el Dr. Tholuck, un Sacerdote, quien le hizo una sugerencia a sus nuevos alumnos:

‘Tengo en mis clases un estudiante que sería un excelente tutor para vosotros en la lengua alemana.’

Los americanos se quedaron encantados.

‘El estudiante se llama George Müller, ’ les dijo Tholuck.

Estos americanos remuneraron de manera tan espléndida a Müller por su tutoría que, en la ausencia del soporte económico de su padre, pudo obtener la suficiente cantidad de dinero no solo para costear sus gastos, sino que además también le sobraba para guardar algo poniéndolo aparte.

Ahora dedicaba básicamente todo su tiempo en la obra de proclamar su nueva y hallada fe, con la enérgica dedicación que llegó a caracterizarlo toda su vida. Hacía circular mensualmente cerca de doscientos documentos misioneros en diferentes lugares del país; llenaba sus bolsillos con panfletos que pudiese repartir entre las personas con que se encontrase en sus paseos; escribió cartas a sus primeros amigos rogándoles para que se volvieran a Cristo; y durante trece semanas estuvo visitando a un hombre enfermo que eventualmente se volvió cristiano.

No todos sus primeros esfuerzos por evangelizar marcharon bien. ‘Una vez me encontré con un mendigo por los campos, y le hablé acerca de su alma. Pero cuando me di cuenta de que no le hizo la menor impresión, comencé a hablarle en voz más alta; y cuando aun así se mantuvo inalterable, no dejé persistentemente de hablarle, aunque al final tuve que marcharme, viendo que era inútil todo intento mío por convencerlo.’

En Agosto de 1826 se le acercó un maestro de escuela que vivía en una villa cercana a la Halla con una propuesta.

‘¿Estarías dispuesto a predicar en mi parroquia?’

‘Pues la verdad es que yo nunca he predicado un solo sermón’ replicó Müller, ‘pero creo sinceramente que si memorizo el sermón, entonces podré ser capaz de ayudarte.’

Le ocupó casi una semana memorizar el sermón y por la mañana temprano del día 27 de agosto de 1826, en una pequeña capilla, lo expuso sin demasiado regocijo ante los que se habían congregado allí. Volvió a repetir el mismo sermón palabra por palabra posteriormente en la iglesia parroquial; y por la tarde pensó utilizar el mismo sermón una tercera vez. Pero cuando se encontraba en pie en el púlpito mirando a su congregación, sintió que algo le decía que leyese Mateo 5 y que hiciese espontáneamente los comentarios inspirados que le viniesen a su mente.

Cuando comenzó a explicar el significado de las palabras ‘Bienaventurados los pobres en espíritu’ sintió también que estaba siendo ayudado en las palabras que decía. Y mientras que por la mañana su sermón se había hecho difícil de entender para las personas que lo oyeron, notó en cambio que por la tarde la congregación le escuchaba con gran atención. Sintió que estaba siendo comprendido, y verdaderamente se regocijó en su labor.

Desde entonces, comenzó a predicar frecuentemente en las ciudades y pueblos cercanos a la Halla. Los sábados por la tarde le gustaba seguir yendo a la reunión en casa de Herr Wagner. Los domingos por la tarde un grupo de estudiantes de la universidad se reunían juntos, y desde la Pascua de 1827 estos encuentros se comenzaron a celebrar en el cuarto residencial de Müller.

En agosto de 1827 la Sociedad Continental Misionera en Inglaterra decidió enviar un ministro a Bucarest. Le pidieron al profesor Tholuck, de la Halla, que estuviese atento buscando alguien capacitado para el cargo. Müller meditó y oró acerca de todo esto, y se dio cuenta de que a su padre Herr Müller no le disgustaría la idea.

‘Yo creo que esta es la oportunidad para servir al Señor que hace tanto estoy buscando.’ ‘Me gustaría ir a Bucarest.’

Mientras esperaba que le llegasen más detalles acerca del viaje desde Londres, hizo los cálculos de sus gastos hasta Bucarest y oró diligentemente acerca de su futura labor. Al mismo tiempo, en parte porque no podía hacer nada sino esperar al respecto de su planeada mudanza para Bucarest, desarrolló un apasionado interés en la lengua hebrea y comenzó a estudiarla con un profundo entusiasmo.

A finales de Octubre de 1827 un inesperado pero bienvenido visitante se presentó en la reunión del domingo por la tarde en la habitación de Müller. Herman Ball era un

missionero destinado a los judíos en Polonia, a quien Müller había conocido en la Pascua de 1826.

‘Debido a mi falta de salud en este momento, ’ le dijo a Müller, ‘Tendré que dejar de lado mi obra entre los Judíos.’

A medida que iba escuchando a Ball, Müller sintió lo que describió ser como un ‘peculiar deseo de ocupar aquel lugar’, pero no le dio excesiva importancia teniendo en cuenta su compromiso con Bucarest.

En noviembre, vinieron a llamar a Müller para que fuese a encontrarse con el Profesor Tholuck.

‘¿Has tenido alguna vez el deseo de ser un misionero enviado a los Judíos?’ le preguntó Tholuck. ‘Yo hago parte y soy corresponsal de una Sociedad Misionera en Londres que trabaja entre ellos.’

Müller se quedó sorprendido y le contó a Tholuck su encuentro con Ball.

‘Pero no sería correcto para mí pensar más acerca del caso, una vez que estoy de partida para Bucarest, ’ le dijo.

Tholuck concordó con él.

A la mañana siguiente, sin embargo, Müller sintió que había perdido todo su interés en ir para Bucarest y no se sentía indulgente consigo mismo por haber perdido su entusiasmo.

‘Querido Dios’, oró, ‘restáurame mi perdido deseo por trabajar en Bucarest.’

Sus oraciones recibieron una respuesta inmediata, pero su regocijo por el hebreo también continuó.

Cerca del fin de noviembre, la Sociedad Continental Misionera escribió lo siguiente a Tholuck: ‘Debido a la guerra que se está trabando entre Turcos y Rusos, el comité ha decidido para los tiempos más próximos abandonar la idea de enviar un ministro a Bucarest.’

‘¿Has seguido pensando algo más acerca de hacerte un misionero para los Judíos?’ le preguntó entonces Tholuck a Müller.

Antes de responder Müller oró; meditó; comentó el caso a sus amigos, y los convidó a exponer si aprobaban sus motivos; y por fin le dio su respuesta a Tholuck.

‘No puedo decir que esté seguro de que sea la voluntad de Dios que yo me haga un misionero para los Judíos. Pero estoy persuadido de que debo comprometerme y dejárselo

todo en las manos del Señor para que haga conmigo como le parezca que sea lo mejor para Él.

A principios de 1828 se estableció en la Halla un nuevo cetro de trabajo para hombres culpables de ofensas o delitos menores. Müller se inscribió con éxito para cubrir una plaza de capellán en aquellas instalaciones temporalmente, mientras aguardaba noticias de Londres. Además de predicar, también se dedicaba a aconsejar aquellos hombres individualmente, explicándoles la fe Cristiana. ‘He adquirido por fin algunas calificaciones para ministrar en este lugar, ’ escribió, ‘pues conocía bien el estado de estos pobres pecadores, habiendo yo sido anteriormente, con todas las probabilidades, uno mucho peor que muchos de ellos, y tanto mi sencillez como mi manera de hablar franca y abierta con ellos debido a mi experiencia no se encuentra fácilmente en todos los ministros.’

A pesar de todas sus actividades complementarias, Müller acabó con mucho éxito su curso en la Pascua de 1828. Ahora era un Müller completamente diferente y graduado de la Halla, comparado con el dudoso e infeliz emigrante que había llegado hasta allí en 1825. Ahora su vida tenía un propósito, un reposo y un gran regocijo; y aunque con el paso del tiempo, las memorias de la Halla se fueron desvaneciendo, siempre recordaría, sin embargo, muy vivamente aquel sábado por la tarde en 1825, cuando visitó por primera vez la casa de Herr Wagner y su vida se transformó radicalmente.

En junio de 1828 Müller recibió una carta a la Sociedad Promotora de la Cristiandad entre los Judíos de Londres (que posteriormente llegó a denominarse Iglesia Misionera a los judíos). El comité había tomado la decisión de aceptarlo como estudiante misionero durante seis meses a prueba, cuidando de todos los detalles para su traslado a Londres.

Había sin embargo un obstáculo que ultrapasar, antes de que Müller pudiese obtener su pasaporte para poder viajar hasta Inglaterra. A todos los varones prusianos graduados se les exigía servir durante un año en el ejército para poder probar que gozaban de buena salud. Müller había sido declarado apto para servir cuando tenía veinte años de edad, pero a su propio pedido se le había concedido aplazar su servicio hasta que completase su curso. Sin embargo, todos aquellos que querían llegar a ser misioneros se excluían generalmente de tener que cumplir este deber. Algunos amigos de Müller que tenían influencias en los círculos de la casa real escribieron exponiendo el caso al propio Rey, exponiéndole el problema para que le declarasen exento. Pero el Rey Frederick William III, sin embargo, les respondió que el asunto había sido encaminado al ministro pertinente de estos casos y que ninguna excepción se había concedido al caso de Müller.

La solución al problema apareció de una manera inesperada: Müller se puso seriamente enfermo. Un eminente doctor le prescribió entonces algunos tónicos y vino, y un camarada y amigo mundano –uno de los profesores americanos– cogió a Müller y se lo llevó al campo cercano a Berlín. ‘Entre tanto que me pasaba días y días al aire libre, yendo

de sitio en sitio, bebiendo vino y tomando tonificantes me fui sintiendo mejor; pero en cuanto regresé a la Halla, los antiguos síntomas volvieron a aparecer. Los mismos síntomas parecían haberse agravado severamente, debilidad de estómago, y unos escalofríos de los que Müller no podía verse libre.

Müller y su amigo americano fueron juntos a la famosa celebración festiva de S. Miguel en Leipzig, y después asistieron a la ópera, pero Müller no la pudo disfrutar. Después del primer acto bebió un vaso de agua helada; después del segundo acto se sintió débil. Recobró su fuerza lo suficiente como para emprender el regreso hasta al hotel donde se hospedaban, y allí por fin pudo pasar durmiendo una noche confortablemente y en sosiego.

‘No me siento feliz con lo que nos está sucediendo,’ le dijo Müller a su amigo el día siguiente.

‘Ni yo tampoco,’ le replicó su amigo, que era un cristiano cuyo amor por Jesús se había venido enfriando cada vez más. ‘! Cuando te sentiste débil en la ópera la noche pasada, me pareció que sería un sitio detestable para morir!’

En el regreso de ambos a la Halla, Müller sufrió una hemorragia en su estómago que sofocó tomando otro vaso de agua con hielo.

‘¿Por qué no te alistas ofreciéndote para servir en el ejército y esperas que por estar tan enfermo te rehúsen tu pedido?’ le sugirió a Müller un oficial cristiano del ejército prusiano, adoptando más bien un dudable principio ético de conducta.

Müller fue examinado y le dieron por inepto para el ejército; le fue diagnosticada una propensión para la tuberculosis. Uno de los generales en el ejército prusiano, en la ausencia de su ayudante, escribió el mismo los papeles necesarios que le daban a Müller una total exención vitalicia para todo y cualquier reclutamiento militar.

‘¿Puedo particularmente avisarle para que llame su atención a los judíos sobre el capítulo 11 de la epístola de Pablo a los Romanos?’ le dijo el general, un devoto cristiano.

La salud de Müller siguió siendo débil hasta que, poniendo en práctica los avisos de un profesor de medicina, se sometió a todos los medicamentos que le prescribió y su condición física comenzó desde entonces a mejorar.

En febrero, Müller salió de Berlín con dirección a Londres, visitando de camino a su padre en Heimersleben donde había pasado su infancia. En Rotterdam, los hielos del invierno solo ahora habían comenzado a deshacerse en el río y ningún barco de vapor tenía la osadía de aventurarse en sus aguas. Sólo más o menos un mes después, Müller pudo subirse a bordo de un barco que se dirigía hacia Inglaterra; y el 19 de marzo de 1829 consiguió llegar a Londres.

Inglaterra - 1829

Se podía muy bien oler la primavera en Londres en 1829. La ciudad había comenzado a extenderse y a invadir el campo al norte de Hyde Park Corner. John Nash había recientemente limpiado de hierba cuatrocientos acres de tierra al norte de la calle Oxford y la había transformado en un precioso jardín para el Príncipe Regente: le pusieron por nombre Regent's Park. Ladeando al sur desde el Parque hasta la alameda, donde el príncipe vivía, Nash había diseñado y construido la calle Regent. Como uno de las más prominentes edificios de la calle, había edificado una elegante iglesia con un pórtico circular de tipo Iónico: La Iglesia de Todas las Almas, en la Plaza Langham, justo cinco años antes de que Müller llegase a Londres.

En el año 1829 Nash estaba ocupado con la reconstrucción del Palacio Buckingham para George IV, pero el Rey falleció al año siguiente antes de que la obra fuese concluida. William IV prefirió residir en el Palacio S. James y la joven princesa Victoria, que ahora vivía en Kensington, no mudaría su residencia en el Palacio hasta después de su coronación en 1837. Müller sin duda alguna no dejaría de sorprenderse con los recientes y modernos candeleros a gas Pall Mall que alumbraban ahora las calles: una señal de que Londres era la ciudad más avanzada del mundo.

Müller encontró eventualmente alguna morada poco ostentosa –no en la lujosa parte oeste de la ciudad– sino en Hackney, de la cual se decía en aquel tiempo ser un lugar infestado de salteadores. Se propuso llegar a dominar fluyentemente el idioma inglés tan rápidamente como le fuera posible, pero siendo sus colegas estudiantes la mayoría alemanes, las oportunidades de progresar en sus ambiciones eran en ese sentido limitadas. En el campo que rodeaba Hackney habló en inglés por primera vez ‘a un niño pequeño... acerca de su alma, pensando que él me excusaría mi escaso inglés’.

‘Anthony Norris Groves,’ uno de los compañeros de Müller le dijo, ‘trabajaba como dentista en Exeter, pero había desistido de sus 1.500 libras al año que ganaba como salario y planeado irse como misionero a Persia con su esposa y su hijo. No iría a recibir salario alguno sino simplemente dependería solo de Dios para suplir sus necesidades.

Esta noticia le causó tanta alegría a Müller que escribió un artículo sobre ella en su periódico y también en cartas que envió para sus amigos en Alemania. Como ya venía siendo una característica suya, Müller trabajaba con ahínco en Londres: durante cerca de doce horas al día, principalmente en el hebreo, caldeo y el alfabeto rabínico. ‘Ponía mis ojos en el cielo buscando al Señor mientras abría las páginas de mi diccionario hebreo, pidiendo Su ayuda, para que encontrara rápidamente la palabra que buscaba.’

En mayo de 1829 Müller, ahora con veintitrés años de edad, cayó nuevamente enfermo. Ya no se sentía bien cuando llegó de Alemania, pero ahora las largas horas de estudio en Londres cobraban la factura y empeoró. Sintió sin duda alguna que se estaba muriendo; se asentó en él un ánimo introspectivo pero un gozo interior prevaleció también. ‘Parecía como si todos mis pecados de los que fui culpable me fuesen traídos uno por uno a mi memoria; pero, al mismo tiempo, me pude dar cuenta también de que todos mis pecados me habían sido perdonados –de que había sido lavado y hecho limpio, completamente limpio, en la sangre de Jesús. El resultado que esto trajo consigo fue un tremendo reposo. Deseo muchísimo partir de esta vida y encontrarme con Cristo.’ Pero esta partida no llegó a suceder en aquel tiempo.

‘Tu salud está mejorando,’ le dijo su médico.

‘Esta noticia, en vez de producir en mí algún gozo,’ escribió después ‘me deprimió bastante, tanto era mi deseo de estar con el Señor; aunque casi inmediatamente a seguir y por la gracia de Dios se me concedió que me sometiese plenamente a la voluntad de Dios.’

‘Debes marcharte al campo para cambiar de aires,’ le aconsejaron sus amigos. ‘¿Qué te parece al sur de Devon?’

Y fue así que en Teignmouth, en el verano de 1829, Müller entabló amistad que se mantendría durante los últimos treinta y seis años y que mudaría el curso de su vida.

Henry Craik era un hombre escocés, quien, al igual que Müller, era de veinticuatro años de edad y quien, también igual que Müller, había sido convertido en sus tiempos de estudiante universitario. Después de graduarse con alguna distinción en St. Andrews, se había ido a vivir a Exeter en 1826 para llegar a ser el tutor privado en la casa de Anthony Norris Groves –el dentista con quien Müller había estado hablando en Londres. Groves ejerció una notable influencia en la manera de pensar de Craik.

‘He sido durante años un activo hombre en la iglesia,’ le había dicho Groves a Craik. ‘En 1822, comencé un estudio intensivo de la Biblia y puedo asegurar que las Escrituras por sí solas son suficientemente capaces de ser la fuente del crecimiento espiritual.’

Groves le dejó a Craik una copia de un panfleto que él mismo había escrito en 1825 titulado *La Devoción Cristiana* en donde exponía los motivos por los que pensaba que Cristo estaba hablando la verdad literal, y debía ser comprendido como tal, cuando dice cosas tales como: ‘Vende tus posesiones y dale el dinero a los pobres’ (Mateo 19:21). Argumentaba el regreso al espíritu y la práctica de la iglesia del primer siglo cuyos miembros ‘vendían sus pluralidades y bienes y ponían el dinero en manos de quien precisase’ (Hechos 2:45).

‘Esto’ le dijo Groves a Craik, ‘armoniza y está en consonancia con la razón, de la misma manera que concuerda también con la revelación.’

Groves había decidido proceder a practicar lo que predicaba: tanto él como su esposa ya ponían a parte, primero el diez por ciento, y después un cuarto de sus sueldos y lo distribuían entre los pobres. Después abandonaron la idea de guardarse cantidad alguna de dinero o de ponerlo aparte para su hijo y, reduciendo sus gastos, simplificando su manera de vivir, se deshicieron de todo lo restante.

Para su preparación en el servicio misionero, Groves se inscribió como estudiante externo en el Colegio Trinitario, en Dublín, pretendiendo obtener una licenciatura en teología antes de ser ordenado en la Iglesia de Inglaterra. En Dublín se había encontrado al grupo de hombres que hoy se conocen como los fundadores de la 'Hermandad de Plymouth' (debido a la localización algún tiempo después de su primera de muchas iglesias). Ellos no se hacían ni la menor idea de que estuviesen fundando un movimiento: de hecho, la última cosa que hubieran deseado hacer, sería formar una nueva denominación como las que tan tristemente veían que había sido dividida la Cristiandad.

La decisión de Groves de ir para Persia como misionero había hecho que Craik por fuerza se tuviese que buscar un nuevo empleo; y en el verano de 1828 pasaría a ocupar un puesto en Teignmouth como tutor de un miembro de una familia que estaba también vinculado al círculo del cual Groves había encontrado en Dublín. Lo que realmente le atrajo más a Müller de Craik, fue 'su tierno y cálido corazón hacia el Señor'; ambos estaban fascinados con el estudio del hebreo. Müller recibió un completo informe de parte de Craik acerca de los acontecimientos ocurridos en Dublín. Además, el vínculo de Craik y Müller con Groves continuó, y en el caso de Müller llegó a ser particularmente cercano.

Unos pocos días después de su llegada a Teignmouth, Müller asistió a la reapertura de la Capilla Ebenezer y se quedó gratamente impresionado con uno de los predicadores. Él registró lo siguiente: 'Aunque es cierto que no me gustó todo lo que dijo, vi en él una solemnidad y profundidad que le hacía ser diferente de los demás.' Después del servicio, Müller hizo averiguaciones para saber más acerca de este predicador y fue convidado a ir a Exmouth, donde se encontraba, para pasar diez días con él en la misma casa. Müller aceptó rápidamente la invitación y recordó que 'A través de este hermano que sirvió como instrumento del Señor, me ha sido concedida una gran bendición en mi vida, por la cual le estaré agradecido a Dios por toda la eternidad'. Desafortunadamente no sabemos quien era 'este hermano'; lo que está claro, sin embargo, es que el desarrollo de sus futuros pensamientos durante e inmediatamente a seguir a su estadía en Exmouth reflejaría bien la influencia de sus contactos con el principiante movimiento de la Hermandad.

Müller sintió que Dios le estaba enseñando un más 'alto grado de devoción' que los que había conocido anteriormente. Sus comentarios en esta materia en su periódico, sugieren que él había estudiado cuidadosamente el panfleto de Groves *La Devoción Cristiana*: 'Esa devoción es la que llega a convertir a un hombre en siervo, 'escribió, 'en contraste a procurar ser rico, y grande y honorable en un mundo, donde Su Señor era pobre, y humilde, y desprendido de todo.'

También describió el cambio que experimentó en su estadía en Devon como si hubiese sido 'una segunda conversión'. En una carta escrita muchos años después, Müller escribió acerca de ese tiempo lo siguiente:

'Yo pasé a ser un creyente en el Señor Jesús a principios de noviembre de 1825...Durante los primeros cuatro años siguientes, los pasé en buena parte en gran debilidad y enfermo; pero en julio de 1829...me vino y sucedió una completa y total entrega de corazón. Me entregué totalmente al Señor. El honor, los placeres, el

dinero, mis habilidades físicas, mi poder mental, todo lo deposité a los pies de Jesús, y pasé a ser un gran amante de la Palabra de Dios. Me fundí del todo en Dios...

Müller regresó a Londres en septiembre, decidido a compartir sus nuevas meditaciones y entusiasmo con sus compañeros. Organizó un encuentro todas las mañanas para orar y leer la Biblia, en donde a cada uno de los presentes se le convidaba a exponer lo que Dios le enseñaba de la porción de la Biblia que había sido leída. Uno de sus estudiantes, un seguidor en particular compartió con Müller su mismo entusiasmo por los asuntos espirituales. En varias tardes, cuando Müller disfrutaba especialmente de buenos momentos de comunión con Dios, se iba a la habitación de este amigo suyo y se quedaba en un estado similar, compartiendo con él hasta después de la media noche lo que Dios le había mostrado. Ambos continuaban juntos en oración hasta la una o las dos de la mañana. Müller después regresaba a su habitación, pero poco tiempo después su entusiasmo era tanto que difícilmente se dormía antes de las seis, cuando llegaba el tiempo de encontrarse con sus compañeros de nuevo para orar y tener con ellos comunión.

Müller estaba persuadido de que Dios le había llamado para predicar el evangelio, y no estaba dispuesto a esperar hasta que llegase a ser calificado enteramente como misionero antes de comenzar a trabajar entre los judíos de Londres. Inscribió su nombre y dirección en cientos de panfletos, y, enviándolos, invitaba a los receptores a venir para que hablasen con él acerca de la fe Cristiana. Predicó en los principales centros de encuentro judíos y leyó regularmente la Biblia a cerca de cincuenta niños Judíos: vino a ser maestro en una escuela de domingo.

A finales de noviembre de 1829, Müller comenzó a cuestionarse si debería seguir asociado con la Sociedad de Promoción Cristiana de Londres entre los judíos. Se había dado cuenta de que como siervo de Dios que era, él debía dejarse guiar por el Espíritu Santo en su obra misionera y no por los hombres. Uno de los requisitos del comité sería que él debía pasar gran parte de su tiempo trabajando entre los judíos. Ahora le parecía que el abordaje Bíblico suyo, llegando a cualquier lugar, debía hacerse procurando y trabajando principalmente entre los judíos, pero predicando también a los gentiles.

En diciembre ya estaba más o menos resuelto a escribir al comité de la Sociedad para darles a conocer su punto de vista. Pero, se decidió a esperar un mes más para considerar el asunto; antes de que tomara su decisión, volvió a viajar a Devon, con la intención de pasar allí unas cortas vacaciones. Como las cosas se invirtieron, sin embargo, nunca más regresó a Londres como estudiante.

Él había planeado pasar quince días en Exmouth y estaba determinado a no desperdiciar su tiempo. Al segundo día, un devoto Devoniano se aproximó de él.

‘He estado orando durante todo el mes pasado para que el Señor hiciese alguna cosa por Lympstone, una enorme parroquia donde hay muy poca luz espiritual. Hay una capilla Wesleyana, y no tengo duda alguna de que se te permitiría predicar allí.’

Müller aceptó de buen grado la sugerencia, y al día siguiente, un domingo, se encontraba en Lympstone disfrutando como un niño obteniendo el permiso para predicar

dos veces al día en la capilla Wesleyana de la ciudad. Durante la mayor parte de los días de las siguientes semanas mantuvo una reunión ‘en una habitación con varias damas, para leer con ellas las Escrituras’.

Teniendo en cuenta este creciente compromiso se decidió a escribir pormenorizadamente al comité de la Sociedad en Londres para que mientras les notificara lo que estaba haciendo pudiese seguir predicando. Su carta exponía lo que su punto de vista tenía acerca del servicio misionero antes de haberse vinculado a la Sociedad, y cómo había cambiado desde entonces. Les dijo que se debía a ellos en gran parte que hubiese llegado a Inglaterra; y de que se daría por muy dichoso si en el futuro pudiese prestarle algún servicio no remunerado con salario, si le permitiesen ir de sitio en sitio a través de toda Inglaterra, como al Señor le pareciera y le guiase, y a predicarles tanto a los así denominados cristianos, como a los judíos. El quería obtener sus provisiones de las Escrituras hebreas y panfletos para los judíos que tenía la Sociedad.

En respuesta recibió una cordial carta personal de uno de los secretarios, además de una carta oficial donde se le informaba educadamente que la Sociedad no podía emplear a nadie que no tuviese el deseo y la voluntad de someterse a su guía, y que por tanto, no podían continuar considerándole ya más a él como un estudiante misionero. Si alguna reconsideración posterior hiciese, que cambiara su forma de pensar, la Sociedad estaría dispuesta a reconsiderar también el caso.

Así acabó la participación estudiantil con la Sociedad por la cual se vino a Londres para servir. Nunca profirió acusación alguna o habló mal de la Sociedad, y siempre supo apreciar la ayuda que le habían brindado; sin embargo, al mismo tiempo, nunca recompuso la quiebra o ruptura que se dio entre él y la Sociedad. Ahora estaba libre para poner en práctica su convicción ‘Un siervo de Cristo no tiene sino un solo Maestro’ y para trabajar donde y cuando su Maestro le indicara y guiase personalmente.

Después de tres semanas en Exmouth, Müller salió de Teignmouth pretendiendo pasar diez días con los amigos que había hecho allí durante su convalecencia en el verano anterior. El trayecto desde Exmouth a Teignmouth no es muy largo si se hace directamente: Exmouth se encuentra justamente al este del estuario donde la región de Exmouth se encuentra con el mar, y Teignmouth se halla en el otro lado a unas pocas millas hacia el suroeste, pero para aquellos como Müller, que no están capacitados para volar, el trayecto envuelve además o un desvío de veinte millas hasta el enlace más corto por tierra, o el uso de un fastidioso barco desde Exmouth a Starcross. No en tanto, en contrapartida con el tedioso viaje, se encontraba la magnífica panorámica del paisaje. Tiene unas vistas fabulosas a lo largo del estuario hasta Powderham y los bosques de Mamhead. Y más adelante, sobre las colinas de Haldon. Belveere Tower era igual, en 1830 como se mantiene idéntica en nuestros días, como una imagen de marca de la región de Devon. Esta era la tierra que llegó a ser tan familiar para Müller –no como él suponía solamente durante más o menos diez días, sino durante los próximos dos años y medio. ¿Quién se podría haber imaginado que el joven prusiano que tan recientemente había sido dispensado del ejército por causa de su salud, y con un tal inglés tan limitado como el que hablaba, pudiese ahora

hacer del Oeste del país su hogar hasta su muerte al final del siglo? Viajó hasta Teignmouth con poco más de cinco libras en sus bolsillos, sin sueldo ni empleo. Pero en esos dos años y medio George Müller comenzó a aprender la lección que le capacitaría para llevar a cabo la obra que tenía en frente.

Preparándose en el Teign

Teignmouth ya gozaba en aquel entonces de un largo historial como pequeño puerto de mar, por la pesca y por el mercado de la ciudad cuando, a finales del siglo dieciocho y principios del diecinueve, pasó también a ser una elegante estancia para turismo. Both Keats y Fanny Burney eran asiduos visitantes entre otros personajes notables de la época. En 1827, se inauguró un puente que conectaba la ciudad a Shaldom, la distinguida y fina ciudad que se encontraba en la margen opuesta del estuario del río Teign donde Henry Craik vivió.

‘¿Estarías dispuesto a hacerte un Ministro de la Iglesia Ebenezer?’ le preguntó un miembro de la congregación a Müller, poco tiempo después de haber llegado a Teignmouth.

‘No es mi intención asentar raíces en ningún lugar en particular, sino viajar por los sitios predicando cómo y dónde Dios me dirija,’ replicó Müller.

‘¿Estarías dispuesto a predicar en mi sustitución en la Iglesia Baptista en Shaldom?’ le preguntó Henry Craik.

Müller aceptó con agrado la invitación que le ofrecía su amigo. En la congregación, mientras estaba predicando, se encontraban presentes también otros tres Ministros: a ninguno de ellos les gustó su sermón. Sin embargo, una joven mujer que había estado trabajando al servicio de uno de ellos se convirtió después del servicio; Müller no salía de su asombro meditando que había estado oyendo a su maestro predicando muchas veces.

Müller predicó diariamente todas las noches en aquella primera semana o bien en Shaldom o en Teignmouth. Algunos de los que lo oyeron, que habían sido muy amistosos con él en el verano, ahora se habían vuelto muy hostiles.

‘El Señor ha querido actuar en Teignmouth a través de mí’ concluyó Müller acerca del caso, ‘y por eso Satán, temiendo los resultados, procuró levantar muchos obstáculos contra mí.’ No en tanto, había allí un cierto número de almas que aceptaron el evangelio y pasaron a ser cristianas en aquella primera semana.

A pesar de alguna oposición, las presiones que ejercieron una sección de la congregación en la Iglesia Ebenezer para que Müller fuese su Ministro, fueron creciendo hasta que por fin, después de doce semanas, toda la congregación de manera unánime le convidó para que ocupase el cargo.

‘Me siento muy feliz de aceptar vuestra gentil invitación’, replicó Müller después de haber orado mucho y meditando sobre el asunto, ‘pero debo dejar claro que sólo ocuparé el cargo siendo vuestro pastor, mientras tenga la certeza de que esa es la voluntad de Dios.’

No había puesto de lado su intención de ir de lugar en lugar cómo Dios le guiase. La congregación le ofreció un sueldo de cincuenta y cinco libras al año, una cantidad que ellos

posteriormente le aumentaron teniendo en cuenta el crecimiento que se dio en la congregación. Algún tiempo después, a medida que se desarrollaba su convicción, Müller acabaría por renunciar a este método para suplir sus necesidades. Comenzó a predicar de manera regular en Exeter, Topsham, Shaldon, Exmouth, Lymstone, Bishopsteignton, Chudleigh, Cullompton y Newton Abbot.

A principios de abril (1830) Müller se dirigió para predicar a la selecta y pequeña ciudad de Sidmouth, y se vio envuelto en un desacuerdo con tres igualmente distintas y selectas damas que conocían su manera de pensar tan propia.

‘¿Cuál es su opinión acerca de los méritos del bautizo de los niños y creyentes, Sr. Müller?’

Müller ya había muchas veces predicado en contra del bautizo de los creyentes.

‘Yo no creo que necesite ser bautizado de nuevo’, replicó él.

‘¿Ya ha leído lo que dicen las Escrituras con respecto a este tema?’ le preguntó una de las selectas damas que había sido ella misma bautizada siendo adulta.

‘No.’

‘Entonces le recomiendo no hablar más sobre el tema hasta que lo haya hecho.’

Siendo así duramente reprendido, Müller se propuso examinar el asunto. Como era habitual en él, leyó el Nuevo Testamento desde el principio procurando particularmente las referencias que hablan sobre el tema en disputa. Decidió que solamente los creyentes eran el objetivo propio del bautismo, y que la total inmersión era el modelo que se ofrecía en la Escritura. En esta decisión le influenciaron particularmente Hechos 8:36–38 y Romanos 6:3-5; algún tiempo después, él mismo fue bautizado por Henry Craik, y casi todos sus amigos siguieron su ejemplo.

La región de Devon es bastante grande –tiene cerca de setenta y cinco millas desde el norte hasta el sur, y muchas más millas de carreteras que cualquier otra región de Inglaterra– sin embargo la fama del joven prusiano que se había hospedado en Teignmouth se esparció rápidamente. Al norte de Barnstaple, un abogado, Thomas Pugsley, había edificado una capilla y convidó a Müller para predicar en su inauguración en junio (1830). Müller aceptó la invitación y dos miembros locales fueron convertidos. De hecho, casi siempre que Müller predicaba había una respuesta positiva.

En ese verano de 1830, Müller decidió que la Iglesia Ebenezer debía seguir lo que él tomó ser el ejemplo de los Apóstoles en Hechos 20:7, y observar los mandatos de la Última Cena todos los domingos, aunque admitió que no había un mandamiento específico para hacerlo así ni de Cristo ni en las Epístolas.

‘Yo creo además’, la dijo a su congregación, ‘que está de acuerdo con las Escrituras, según Efesios 4, y Romanos 12 en particular, que deberíamos dar lugar para que el Espíritu Santo opere a través de cualquier hermano en Cristo a quien Dios le plazca usar como instrumento. Lo que quiero decir, es que un miembro puede beneficiar a los demás con el don con el cual el Señor haya puesto sobre él. En ciertas reuniones cualquiera de los hermanos tendrá así una oportunidad para exhortar o enseñar a los demás, si considera que tienen algo que decir que pueda ser beneficioso para los oyentes.’

Y de esta forma en la Iglesia Ebenezer, siendo Müller su pastor, se adoptó el distintivo sistema de la Hermandad observando la Última Cena.

En el transcurso de aquel verano de 1830, Müller nunca rehusó una oportunidad de visitar Exeter. No se debía simplemente a la belleza del viaje a lo largo de la costa desde Teignmouth hasta Starcross, y después camino arriba por el estuario hasta la ciudad principal de la región que el disfrutaba. La atracción principal que le motivaba, se hallaba al final del viaje: Müller se había enamorado. Nunca había confinado su admiración por la familia Groves solamente hacia Anthony, sino que se extendía también hacia su hermana, a la que había conocido en 1829. Mary Groves ejercía como administradora en la casa de una tal señora Hake, una inválida mujer que regía una escuela en Northernhay House. Müller estaba persuadido y seguro de que sería mejor para él estar casado, y había estado orando con frecuencia acerca de su elección en una compañera para su vida. La señorita Groves difícilmente podía haber sido un mejor ideal que respondiese a sus oraciones. Compartía con su hermano una profunda devoción por el Señor, y concordó plenamente con él en su decisión de confiar en Dios por todas sus necesidades materiales. De acuerdo a lo que escribió Müller, ella tocaba piano con soltura y pintaba maravillosamente; y como manera de providenciarle buenos momentos intelectuales, había estudiado gramática inglesa, geografía, historia, francés, latín y hebreo— y podía enseñarle a Muller algunas nociones de astronomía. El día 15 de agosto le escribió pidiéndole su mano para ser su mujer; cuatro días más tarde tuvo que presentarse en Exeter donde fue llamado en Northernhay House. Mary aceptó su propuesta y se arrodillaron para pedirle a Dios que bendijese su matrimonio.

Encontraron otra administradora para la Sra. Hake, y la pareja contrajo matrimonio el día 7 de octubre. Recorrieron a pie la distancia hasta la iglesia de S. David para asistir a un sencillo servicio que fue conducido por el reverendo John Abbot. Después regresaron con sus amigos a Northernhay House para las celebraciones de la Última Cena; y el día siguiente comenzaron su labor juntos para el Señor. No se oyó hablar de que hubiesen tenido luna de miel alguna.

Poco tiempo después de regresar a Teignmouth, la pareja de recién casados decidió que no era correcto que George recibiese salario alguno. Este se le otorgaba a través de lugares reservados por alquiler en la iglesia, y, como los lugares mejores eran más caros, ellos ahora pensaban que eso serviría para incentivar la discriminación social, y que esto estaba en contra de lo expuesto en Santiago 2:1-6. Por tanto Müller abandonó la idea de los lugares alquilados e hizo libres los asientos; a finales de octubre hizo pública su intención.

‘He decidido no aceptar mi salario proveniente de la iglesia.’

Expuso sus razones, leyó Filipenses 4: 11-13 y colocó una caja de limosnas en la iglesia con una nota diciendo que cualquiera que quisiese contribuir para el sustento del Sr. Y la Sra. Müller, podría depositar allí sus ofrendas.

Müller también decidió que desde aquel día en adelante no le pediría nada a nadie, ni tan siquiera a sus amigos cristianos en la Iglesia Ebenezer, para ayudarlo financieramente

de alguna manera. Ya no se ‘acercaría más a hombre alguno, en lugar de al Señor’. Müller admitió después, que esta decisión requiere más la gracia de Dios que la de poner a un lado su salario.’ Pero fue esta decisión, probablemente más que cualquier otra, la que hizo la historia de su vida desde ese mismo momento tan excitante. En ese tiempo George y Mary también decidieron tomar literalmente Lucas 12:33 de manera literal: ‘Vende tus posesiones y dásela a los pobres.’

A lo largo de toda su vida de matrimonio, los Müller nunca discordaron acerca del principio o práctica de esta espontánea decisión que hicieron al principio de su vida juntos. Recordando acerca de este periodo de su vida Müller escribiría posteriormente: ‘Ese fue el medio que nos permitió ver el tierno amor y cuidado que tiene nuestro Dios por Sus hijos, aun en las más pequeñas cosas y detalles, de una manera que nunca habíamos experimentalmente conocido anteriormente; e hizo que, en particular, se nos diese a conocer el Señor más plenamente de lo que lo conocíamos antes, como un Dios que escucha atentamente y responde a las oraciones.’

Bishopsteignton es una atractiva ciudad en la cima de una colina desde donde se divisa el estuario (desembocadura) del Teign, con magníficas vistas sobre el río que se extienden más allá de Dartmoor. Algunos miembros de la congregación de la Iglesia Ebenezer vivían allí. Desde el tiempo de su conquista a los Normandos había pertenecido al obispo de Exeter y era una de sus de campo casas más ricas y tradicionales. Pero los dos visitantes en la ciudad en noviembre de 1830 no eran precisamente ricos: cerca de tres semanas después de haber renunciado a su salario, los Müller se encontraban reducidos a poco más de 8 chelines (antiguo veinteavo de una libra). (Durante la mayor parte del siglo diecinueve, que estuvo significativamente libre de inflaciones, un agricultor ganaba regularmente diez chelines [50p] por semana). En aquella mañana oraron a Dios para que les providenciase algún dinero.

En el transcurso de una conversación con una dama que era miembro de su congregación que vivía en la ciudad, su huésped le preguntó a Müller:

‘¿Le hace falta a usted dinero?’

‘Ya le dije a toda mi congregación, queridísima hermana, cuando renuncié a mi salario, que en el futuro, siempre confiaría solamente al Señor la providencia de mis necesidades,’

‘Pero es que Él ha sido Quien me ha dicho que le de algún dinero,’ replicó ella. Hace ahora cuatro noches, le pregunté qué es lo que debería hacer para Él y Él me dijo que le diese a usted algo de dinero: y este sábado último llegó a ser tan grande la insistencia en mi corazón acerca de este caso, que no pude dejar de hablar de él con el hermano P.

Estando aun pensando que sería mejor no hacer mención de sus circunstancias, Müller cambió a propósito rápidamente el tema de la conversación. Cuando se despidieron, la señorita le dio dos guineas (antigua moneda de oro que equivalía a 21 chelines).

La siguiente semana en Exmouth, cuando se encontraban reducidos a nueve chelines, Müller oró de nuevo por dinero y en el espacio de treinta horas les fueron ofrecidas 7 libras y 10 chelines por tres diferentes vías.

‘Me admira la gentileza del Señor’, había comentado Müller la semana siguiente a seguir a su decisión de pedirle solamente a Dios para que supliera sus necesidades ‘porque Él no pone a prueba durante mucho tiempo nuestra fe al principio, sino que nos incentiva y nos permite ver Su buena voluntad de ayudarnos, antes de que le plazca ponernos a prueba más intensamente.’

Lo que algunos denominaban ser fanáticos principios para la recepción de las ofrendas, causaba divertidos incidentes algunas veces. En marzo de 1831, mientras se encontraba en Axminster predicando, fue convidado a pasar un domingo en Chard de la región de Somerset. En esa corta estadía, ansioso de no causar la impresión de que predicaba por dinero, se mantuvo muy firme sin querer recibir ofrendas. Después del servicio, un miembro de aquella congregación intentó darle algún dinero envuelto en un sobre, pero Müller se rehusó a aceptarlo. Sin embargo, la gente de Somerset no desisten fácilmente de lo que se proponen: aquel miembro, determinado puso a la fuerza el sobre en el bolsillo de Müller y echó a correr lo más deprisa que pudo. Otra persona que vivía en Chard le obligó, no sin antes tener lugar una disputa con él, a que aceptase un sovereign (una libra de oro).

En Barnstaple, sus habitantes desarrollaron algunas ingeniosas soluciones para el problema que Müller tenía de rehusarse a recibir donativos mientras predicaba fuera de Teignmouth. Mientras el Sr. y la Sra. Müller se encontraban allí en abril de 1831 también se encontraron otra libra de oro en el bolso de Mary que había sido allí depositada a propósito. En su vuelta a casa en Teignmouth, cuando abrieron la puerta, vieron que había un sobre en el suelo. En él había otras dos libras de oro y tres peniques (el penique equivale a la centena parte de una libra). Los tres peniques se habían puesto en el sobre con la obvia intención humorística que causarían cuando se abriese.

Cuando Müller se rehusó a recibir su salario, le pidió al hermano responsable de Teignmouth que abriese la caja de la Iglesia Ebenezer una vez por semana. Sin embargo, o bien porque este gentil hombre se olvidaba de hacerlo semanalmente, o bien porque le avergonzaba traerle a Müller tan corta cantidad de dinero, lo que es cierto es que solamente se vaciaba la caja una vez de cada tres o cuatro semanas. Aunque este hábito le ocasionaba algunas dificultades a los Müller, George decidió no decir nada ni referirse al respecto en un principio; pero durante algún tiempo esta práctica los llevó a alguna escasez financiera crítica. En un domingo en junio de 1831, Müller y Henry Craik regresaban de una visita que habían hecho para predicar en Torquay. Los Müller no tenían ni un penique en sus bolsillos.

‘Amoroso Padre’, oró Müller, ‘por favor pon en el corazón al ‘hermano Y’, y dile que nosotros tenemos necesidad de dinero para que él se acuerde de abrir la caja.’

A la mañana siguiente, en el desayuno los Müller sólo tenían la cantidad justa de mantequilla para sí, para un amigo más y un familiar que estaban de visita con ellos. No les mencionaron su circunstancia, por supuesto, para que los visitantes no se sintiesen incómodos. Después del servicio por la mañana, el ‘hermano Y’ de manera inesperada abrió la caja y le dio a Müller lo que contenía –1 libra y 18 chelines 10 peniques y medio, lo equivalente a más o menos dos semanas pasadas. El pobre ‘hermano Y’ había evidentemente aprendido la lección de la manera más dura.

‘Mi esposa y yo no pudimos dormir la última noche, preocupados como estábamos de que tanto usted como la Sra. Müller pudiesen estar en apuros!’

A Müller le resultó difícil que no se le escapara la sonrisa.

La manera de sobrevivir de Henry Craik era la misma que llevaban los Müller, y eso hizo profundizar mucho la amistad que había entre ellos. El día 18 de junio se encontraba en la casa de los Müller.

‘Solamente tengo un Chelín y medio conmigo’, mencionó en el transcurso de la conversación. Y posteriormente regresó a su casa habiéndosele ofrecido una suma de dinero y además diez chelines. Se quedaron ellos con tan sólo tres chelines.

En julio les enviaron un pedazo de cordero y un trozo de pan. Poco tiempo después descubrieron que se había propagado el falso rumor de que estaban pasando mucha hambre, y que había sido un amigo próximo quien en su ansiedad les había enviado aquellas provisiones. Lo que verdaderamente sucedía, era que aunque en los primeros días se encontraban tan estrechos que no tenían un penique, o ni tan siquiera suficiente dinero para poder comprar pan cuando el último de los pedazos se encontraba en la mesa, nunca se sentaron a comer sin que faltase en la mesa alguna cosa que comer. Müller admitió, sin embargo, que Dios se hacía valer algunas veces y usaba estos falsos rumores para recordarles a las personas las necesidades que tenían.

El 10 de septiembre Müller recibió 6 libras, y recuerda en su diario que en los meses anteriores le habían sido ofrecidos 40 libras además de otras ofrendas en género. El día 16 de noviembre, los Müller se vieron obligados a orar por la cena una vez que no tenían dinero para comprarla. Después de orar, abrieron un paquete que les había sido enviado procedente de Exmouth. Entre otras cosas traía un jamón que fue suficiente, tanto para ellos, como para un amigo que estaba hospedado en la casa en aquel momento con ellos.

Müller nunca se había recuperado totalmente de su enfermedad contraída anteriormente en Devon. El 18 de febrero de 1832 sufrió de nuevo una hemorragia en su estómago que le hizo perder una buena cantidad de sangre. Un doctor al cual, a mi pedido, ha estudiado el diario de Müller que se refiere a este periodo de su vida, cree que los varios síntomas descritos allí, sugieren un tipo de derrame que es fatal en la mayoría de los casos – aunque claro que es cierto que es imposible determinar con precisión cuál sería su condición. Como quiera que fuese, a Müller nunca parece haberle importado excesivamente o sentido alarmado con el caso. Al día siguiente, el domingo por la mañana, dos miembros de Ebenezer que habían oído hablar del incidente llamaron a la puerta de la casa de Müller.

‘¿Cuáles son los temas que habías preparado para el servicio de hoy?’ le preguntaron. ‘Nosotros dos estábamos comprometidos a predicar en lugares fuera de Teignmouth hoy, pero pensamos que uno de nosotros debía quedarse en Ebenezer para sustituirte mientras estás enfermo.’

‘Venid por favor os ruego en una hora y os daré una respuesta’, replicó Müller.

Cuando se marcharon, Müller se puso a orar y sintió que Dios le daba fe para recuperarse. Se propuso mentalmente que asistiría personalmente al servicio matinal. Aunque le costó recorrer la poca distancia que distaba la iglesia de su casa, fue capaz de predicar. A la hora de la merienda fue a verlo un médico amigo suyo.

‘Te imploro que no vayas a predicar en el servicio por la tarde. Si lo haces, puede ser extremadamente grave para tu salud.’

‘En circunstancias normales’, replicó Müller, ‘Concordaría contigo en que sería una necesidad predicar después de lo que me ha sucedido. Pero Dios me dio la fe suficiente para hacerlo.’

Volvió a predicar por la tarde, y después su amigo el médico se presentó a verlo de nuevo.

‘Te ruego que no predique ni una sola vez más hoy. Si lo haces, correrá serios riesgos tu vida.’

El doctor no enfrió la fe del testarudo prusiano; volvió a predicar en la noche. Después del servicio, regreso a su hogar y se recostó sobre su cama; llegó el momento de saber por sí mismo hasta donde podía llegar.

A la mañana siguiente se levantó muy temprano y pasó su día en sus ocupaciones habituales. El miércoles, después de atender un servicio por la mañana, recorrió 6 millas con dos amigos más hasta Newton Abbot y después se dirigieron a Plymouth. Extrañamente, esta poco peculiar manera de recuperar su salud operaba con bastante eficacia y le daba buenos resultados, puesto que el jueves ya se sentía igual de bien que antes de la hemorragia.

‘Yo no puedo asegurar’ escribió, ‘que, si una cosa como esta me sucede nuevamente, yo vaya a actuar y hacer las cosas de la misma manera; porque cuando me encontraba en otros momentos de mi vida, no tan débil como cuando partí aquel vaso sanguíneo, no teniendo yo fe, no predicaba; sin embargo en este caso le plació al Señor darme la fe que yo no poseía, me sentí capaz para comportarme de la manera como lo hice, aunque me sintiera más debilitado que en el aquel tiempo.’

Por ese tiempo, Müller frecuentemente oraba con creyentes que estuviesen enfermos hasta que se diera su recuperación. Le pedía a Dios, incondicionalmente, por la bendita sanación; posteriormente en su vida, siempre puso en práctica pedir incondicionalmente estas bendiciones a Dios. Casi siempre recibía las respuestas a sus oraciones inmediatamente, pero en una ocasión, o no sucedió así – o fue respondida con un ‘No’ rotundo. Müller hacía una distinción muy clara entre el “don” y la “gracia” en la fe. Él creyó que en este periodo de su vida le fue ofrecida en algunos casos el ‘don’ de fe, para que se le concediese incondicionalmente respuestas a lo que pidiese. Con el ‘don de fe’

Müller se creía capaz de hacer lo que fuese que no había hecho, o por lo que no había creído, no siendo pecaminoso. Pero con la ‘gracia’ de fe, creía Müller que podía hacer algo o creer por alguna cosa, respecto a la cual tenía fundamento y respaldo en la Palabra de Dios, y que si no fuese hecha o creída, eso sería pecaminoso. Por ejemplo, se precisaría del ‘don’ de fe para creer que una persona seriamente enferma fuese restaurada, porque no hay una promesa que diga que así debiera ser; pero sólo se precisa la fe de ‘gracia’ para creer que Dios nos dará lo que precisemos en nuestras vidas si procuramos primero el Reino de Dios y su justicia, porque así se promete en Mateo 6.

‘He vuelto a sentir mucho en este día’, escribió Müller en su diario el 8 de abril de 1832, ‘que Teignmouth ya no es más el sitio donde debo permanecer, y que debo en breve partir.’

Había comenzado a tener este sentimiento de que su trabajo en Teignmouth había concluido, y de que debería salir de allí desde agosto de ese mismo año. Se persuadió de que en cualquier sitio al que fuera enviado a predicar lo haría con más poder y regocijo que en Teignmouth, donde ahora las cosas estaban muy diferentes que en los primeros días cuando llegó a la ciudad.

El 13 de abril Henry Craik, en una visita de trabajo a Bristol (atrayendo mucho la atención a un gran número de miembros de la iglesia de Gedeón para oírle), escribió a Müller invitándole a juntarse allí con él para que le diese su ayuda. Él le contestó diciendo que iría de buen grado si claramente viese que era esa la voluntad de Dios. Después de la predicación que hizo en la iglesia Ebenezer en la tarde del 29 de abril, Müller hizo un doloroso anuncio a su rebaño:

‘...Debo deciros que tengo que dejaros dentro de no mucho tiempo. Os acordáis que cuando llegué para ser vuestro pastor, os avisé que permanecería con vosotros hasta el día que Dios lo quisiese y esa fuese Su voluntad.’

Muchos comenzaron a llorar; pero Müller se encontraba ya por ese tiempo muy seguro sabiendo cuál era la voluntad de Dios. El 19 de abril predicó por última vez en su reunión semanal que mantenía en Torquay, y al día siguiente salieron de Teignmouth para juntarse con Craik en Bristol. Müller y Craik pasaron diez días juntos en Bristol predicando diariamente en las iglesias de Gedeón y de Phitay. Su visita fue considerada un éxito y se dieron muchas conversiones muy sorprendentes; se sintieron seguros de que Dios les estaba indicando Su voluntad con ellos en la obra de Bristol. Al caer la tarde del 29 de abril dirigieron una reunión en la iglesia de Gedeón, el último de los servicios de su visita, y Henry Craik predicó. Los huecos entre los bancos, las escaleras del púlpito y la sacristía se encontraban repletas, mientras que muchos de los cientos de feligreses que pretendían asistir al servicio tuvieron que marcharse, porque no podían encontrar un sólo sitio libre. Salieron de Bristol al día siguiente: docenas de personas les pidieron que regresasen cuanto antes.

‘Alquilaré las instalaciones de la iglesia Bethesda para ustedes con los gastos por mi cuenta’, les prometió uno de los hombres.

El día 2 de mayo se presentaron de nuevo en Teignmouth.

El 18 de mayo, mientras Müller se encontraba orando acerca de Bristol, le llegó un mensaje para que fuese a encontrarse con Henry Craik.

‘Un miembro de la congregación de la iglesia Gedeón, de Bristol’, le dijo Craik a Müller, ‘me ha escrito aceptando la oferta que les hicimos de trabajar entre ellos bajo las condiciones que les hicimos.’

Las condiciones en las cuales los dos hombres habían insistido eran: que ellos predicarían y trabajarían entre la congregación de la iglesia Gedeón no de acuerdo a relación pastoral alguna fija que se gobernase por reglas, sino de acuerdo a lo que ellos mismos determinasen interpretar como siendo la voluntad de Dios; además, que todos los asientos alquilados en la iglesia se libertasen y estuviesen libres siempre de gastos para todos; y que ellos continuarían practicando conforme hacían en Teignmouth respecto a su soporte financiero.

El 21 de mayo, Müller comenzó a llamar a cada miembro de su congregación en Ebenezer para despedirse de cada uno. Fue un día muy duro y con muchas lágrimas de por medio.

‘Si no estuviese tan enteramente persuadido’, escribió en su diario aquella misma noche’, de que debemos irnos a Bristol, me sería muy penoso y no sé si lograría ser capaz de soportar la despedida.’

El 23 de mayo, Müller salió de Teignmouth para Exeter con su esposa y su suegro. Henry Craik le siguió los pasos al día siguiente. Llegaron juntos a Bristol al atardecer del 25 de mayo de 1832. Antes de abandonar Teignmouth les había sido ofrecido quince libras sin las cuales no podrían haber emprendido ni hecho el viaje.

Müller había permanecido dos años y cinco meses en Teignmouth. Cuando allí llegó, la congregación de la iglesia Ebenezer contaba con dieciocho miembros; cuando se marchó de allí contaba con cincuenta y uno. Los dos hombres habían adquirido una invaluable experiencia pastoral que se iría ensanchando hasta el límite a medida que fueron trabajando entre la más amplia congregación en Bristol; y ambos, además, habían aprendido a depender solamente en Dios con respecto a sus necesidades. Müller tenía solamente entonces veintiséis años de edad cuando llegó a Bristol y su temprana madurez es tal vez, una de las más sorprendentes características en toda esta historia; pero de hecho precisaría mucho de un carácter sólido para realizar o llevar a cabo la obra que Dios tenía reservada para él.

Repican las Campanas

En la parte más alta del Precipicio Avon, donde los habitantes de Bristol disfrutaban de las suaves brisas del canal, Lady Elton había comenzado a edificar los cimientos de piedra de un nuevo puente once semanas antes de que los Müller hubiesen llegado a Bristol. Pero poco tiempo después de la ceremonia en junio de 1831, los cofres de dinero estaban vacíos y las obras que se realizaban en el osado puente colgante tuvieron que ser temporalmente paralizadas. De hecho el puente no acabaría de ser construido totalmente sino después de la muerte de su diseñador en 1859, trazando una nueva carretera a cerca de doscientos cincuenta pies de altura sobre el río Avon, que ligaban Clifton con los suburbios de Leigh Wood y Failand.

Siendo tan magnificentes, las altas rocas del desfiladero sobre el mar, hacían desafortunadamente que no hubiese el viento suficiente para los barcos de vela; además, si juntamos a ese inconveniente, los tortuosas encostas de los bancos de lodo y las nieblas de Bristol, comenzaremos a comprender la causa por la cual, al principio de siglo, la ciudad comenzaría a perder su lugar como segundo puerto marítimo de Inglaterra, a favor de Liverpool, con sus millas marítimas de fácil navegación y acceso en su estuario. Y posteriormente, en 1833, un año antes de la llegada de Müller, la emancipación de la esclavitud en las Indias Occidentales condujo a una quiebra en Bristol acelerando su decline en la ciudad en los principios de la era Victoriana. Isambard Kingdom Brunel, a pesar de eso, se empeñó mucho en mantener el prestigio de la ciudad a través del poderío que poseía con el Gran Ferrocarril Occidental, y su construcción en Bristol de los barcos a vapor *Gran Oeste* y *Gran Bretaña*.

Después de su llegada, Müller y Craik estuvieron algún tiempo buscando hospedaje. Alquilaban una casa por dieciocho chelines a la semana que tenía dos salas, tres dormitorios, 'carbón y mantenimiento'. Craik vivía con los Müller en ese tiempo.

A finales de junio se abrieron las puertas para que Müller y Craik pudiesen llevar a cabo su obra en el corazón de la ciudad de Bristol, en la Iglesia de Bethesda que se encontraba en la Gran Calle George; esto además de su primer compromiso de llevarla también en la iglesia Gedeón en la Calle Newfoundland. Grande y de estilo moderno, Bethesda había sido edificada unos pocos años antes por un clérigo llamado Cowan. La congregación, sin embargo, había sufrido una división en medio de una interna disputa teológica. El ofrecimiento a Müller y a Craik para uso de sus vacías instalaciones, les dio la oportunidad de comenzar de raíz una obra en sus propias líneas de interpretación de las Escrituras. Un miembro local se dispuso a pagar el alquiler del primer año, y ellos comenzaron a predicar en Bethesda el día 6 de julio de 1832.

‘Se alternaban para predicar’ escribe en su diario W. Elfe Tayler’; en uno de los días del Señor, el Sr. Craik predicaba por la mañana, y el Sr. Müller por la noche; y al siguiente día del Señor alternaban el orden. Desde el primer día atrajeron grandemente la atención de la gente; la iglesia, especialmente por la noche, siempre se encontraba excesivamente llena. No cabe duda que eso también sucedía, en parte, debido a unas ciertas pintorescas cualidades que los ministros poseían. Ninguno de los dos eran ingleses, uno era escocés, y el otro un alemán con un acento peculiar y una pronunciación muy fuerte.’ Müller era consciente de este lado pintoresco, y de que era una ventaja adicional que atraía a las personas a sus sermones; después de la conversión de una mujer de Bristol, recordaría posteriormente que, la mujer, se había acercado en aquel día a escuchar su sermón, meramente y con el sólo propósito de oírlo hablar, con su acento alemán, ‘algunas palabras que yo mal pronunciaba’. Escasamente poco tiempo después de adentrarse en la iglesia, comenzó a reconocerse a sí misma como pecadora.’

Durante el mes de julio Müller y Craik comenzaron a poner en práctica un principio que nunca abandonarían, de apartar algunas tardes en las cuales las personas que lo desearan pudiesen en la sacristía hablar con ellos en particular. En la primera de estas tardes, eran tantos los que aparecieron, que los pastores se llevaron unas buenas cuatro horas para atenderlos a todos.

Julio de 1832 fue también el mes en que hubo un ataque de cólera en Bristol. A mediados de agosto, la incontrolable epidemia había alcanzado terribles proporciones y entre doscientas a trescientas personas se juntaron a las seis de la mañana en la iglesia Gedeón para orar por la liberación del sufrimiento.

En el 24 de agosto Henry Craik escribió en su diario: ‘Nuestra vecina, la Srta. Williams, que vive a unas pocas yardas de nosotros, fue atacada a eso de las tres de la mañana, y falleció a las tres de la tarde. Su marido también fue atacado y no se espera que recobre su salud. Las campanas están continuamente repicando; es un tiempo horroroso. ‘En la misma tarde, Müller registró: ‘justo en este momento, que son las diez de la noche, las campanas están anunciando un funeral, y han estado repicando la mayor parte de esta tarde. Repican casi todo el día...Si esta noche me atacase el cólera, mi única esperanza y confianza se encuentra en la sangre de Jesucristo, derramada por la remisión de todos mis muchos pecados.’

Los dos hombres infundían ánimo y valor en todas partes y llevaban a cabo su labor pastoral sin temor alguno, visitando a muchas víctimas del cólera tanto de día como de noche; durante todo el mes de septiembre la epidemia no tenía síntomas de decrecer.

En medio de todo este peligro y amenaza, Mary Müller estaba a punto de dar a luz. Cuando los trabajos de parto debían comenzar, ella se sintió muy enferma, si bien su problema no estuvo ligado con el cólera. Müller se pasó toda una noche en oración; al día siguiente Mary dio a luz una niña. A pesar de todo, tanto la madre como la hija se encontraban bien de salud. A la pequeña niña le pusieron por nombre Lydia fue la única de sus hijos que sobrevivió a la infancia.

Una semana después, Müller y Craik fueron levantados de sus camas para que se dirigiesen a la casa de una mujer aquejada intensivamente de cólera. Nunca habían visto un caso tan grave como aquel. Dificilmente podían decirle alguna cosa debido a los gritos que daba. Müller se sintió como si él mismo hubiese sido infectado y contraído la enfermedad.

Posteriormente en su casa, los dos hombres se encomendaron a sí mismos en las manos de Dios. La pobre mujer murió al día siguiente.

A principios de octubre, la epidemia ya había pasado su pico más alto y Müller y Craik señalaron una fecha para celebrar en ella un día de acción de gracias. De manera milagrosa, solamente uno de los miembros de las dos iglesias había fallecido.

La primera esposa de Craik había fallecido siendo joven a principios de 1832 en Teignmouth. En octubre volvió a contraer matrimonio. Por esta razón, y como consecuencia también del nacimiento de Lydia, su hospedaje se hizo demasiado pequeño para todos. Cuando un huésped que ocupaba una casa que pertenecía a la iglesia Gedeón salió de ella de manera inesperada, la iglesia se la ofreció Müller y a Craik.

‘Estaríamos encantados de poder ponerla a vuestra disposición y de amueblarla a nuestro cargo para vosotros.’ dijeron los directivos de la iglesia.

Los dos hombres, sin embargo, objetaron que les daba recelo que fuese una carga financiera – pero sus objeciones fueron rebatidas. La casa estaba debidamente amueblada, y Müller registró en su diario que ‘el amor de los hermanos hizo que lo hicieran de manera más cara de lo que hubiesen ellos deseado.’

En mayo de 1833, las dos iglesias, la de Gedeón y Bethesda se dieron cita para tomar juntos el té. Fue la primera de muchas más ocasiones que se celebrarían, y Müller disfrutaba de todas muchísimo –y no era para menos, porque, según dijo él, ‘nos dieron una dulce visión de lo que va a ser la reunión de la novia con el Cordero’. Las dos congregaciones oraron juntas, cantaron y después, de manera característica, Müller anunció abiertamente a todos que ‘cualquier hermano tenía la oportunidad de hablar lo que entendiese con el fin de edificar a los demás’.

Hacía justamente doce meses desde que habían llegado a Bristol, y mirando la multitud que se había juntado en el salón, Müller meditó acerca del año que pasó. Bethesda contaba con sesenta miembros; y cerca de cincuenta nuevos miembros se habían apuntado a la congregación de Gedeón. Conoció a sesenta y cinco personas que se habían convertido bajo su predicación y la de Craik. Muchos que habían renegado de su primer amor hacia Cristo, habían vuelto, y un buen número de cristianos fueron fortalecidos en su fe. Sin duda alguna, pensaba Müller, este hecho era una prueba muy contundente de que fue la voluntad de Dios que viniesen a Bristol.

Durante todo aquel tiempo, Müller vivió de la misma manera como acostumbraba en Teignmouth –dependiendo de Dios en todas sus necesidades y las de su familia. Durante su segundo verano en Bristol (1833), él recordaba escrupulosamente, tanto sus más grandes como sus más pequeñas bendiciones.

Junio 22. Un hermano envió un sombrero al hermano Craik, y otro para mí, como señal de su amor y gratitud, como ofrenda de gratitud, dijo él. Este ha sido el cuarto sombrero que sucesivamente el Señor me ha hecho llegar a mis manos, siempre que precisase de alguno, y algunas veces antes. Entre el 19 y 27 de agosto nos fueron enviados, a través de varios individuos, una considerable cantidad de fruta. ¡Cuánta generosidad de parte del Señor, que no simplemente nos envía las cosas necesarias de la vida, sino que además nos manda cosas que, ya sea por una debilidad corporal, o por el simple deseo de algo apetitoso, podamos nosotros anhelar! El Señor nos ha enviado cosas como vino o cerveza cuando se lo hemos requerido; o, cuando había el deseo particular de algo apetitoso, y, teniendo en cuenta la pobreza de nuestros hermanos, no considerábamos adecuado gastar dinero en tales cosas, Él nos enviaba algún faisán, o algún juego de mesa, etc., para satisfacer nuestro deseo. Ciertamente no es un Señor severo al que hemos servido.

A finales de 1833 se completaban tres años después de que Müller tomara la decisión de nunca pedirle a nadie nada al respecto de sus necesidades, sino depender absolutamente y solamente de Dios. En el primero de esos años había recibido alrededor de 150 libras, en el segundo cerca de 200 libras y en 1833: 267 libras 15 chelines, y 8 peniques y cuarto – ¡A la contabilidad de Müller nunca le faltó precisión!

En 1834 Müller y Craik fundaron la ‘Casa y Retiro para la Institución del Conocimiento Escritural’ que todavía subsiste hoy en día a pesar del inimaginable nombre que le dieron (Scriptural Knowledge Institution for Home and Abroad). Los tres distintivos de la Institución eran, primero, asistir y establecer un Día Escolar, una Escuela Dominical y una Escuela para Adultos en las cuales fuesen dadas lecciones de las Escrituras; segundo, la distribución de Biblias; y tercero, auxiliar la obra misionera. Cuando se hicieron las cuentas finales financieras a finales de 1839, la Institución había enviado cerca de setenta mil libras al extranjero para las misiones.

En el 19 de marzo, Mary Müller dio a luz un hijo al que dieron por nombre Elías - ‘Mi Dios es Jehová’. Por esta razón, después de haber vivido cerca de dos años con los Craik, George y Mary decidieron que ellos y sus dos hijos deberían vivir en una casa sólo para ellos. Por eso el 15 de mayo se cambiaron al número 21 de la Calle Pablo, a una casa de tierra al final de High Kingsdown. Sólida pero no bonita, nueve peldaños conducían a la puerta frontal del primer piso de los cuatro que se componía la casa. En la parte trasera había un pequeño jardín que Müller frecuentaba para orar y meditar. En el siglo dieciocho Kingsdown había sido muy procurado como suburbio de la ciudad, lleno de mercaderes enriquecidos con el comercio de esclavos. Pero por el tiempo de Müller, había pasado a ser un lugar mucho menos procurado y mal frecuentado. Los Müller recibieron varias sumas de dinero para ayudar a amueblar la casa y algunas alfombras.

Dos días después de la llegada del otoño de 1834, se vio que el atuendo personal de Müller todavía precisaba estar bien provisto de ropas de invierno: 18 de septiembre. ‘Un

hermano, un sastre, fue mandándome a mi medida nuevas ropas. Mis ropas están quedando otra vez algo viejas, y es muy generoso el Señor supliéndome de esa manera’. 25 de septiembre. ‘Un hermano me ha enviado un sombrero nuevo hoy.’

A finales de 1834 Müller registró que sus entradas habían sido alrededor de 230 libras, y que había recibido con donativos en género cerca de 60 libras más. La iglesia de Bethesda ahora contaba con ciento treinta y dos miembros. De estos, por encima de cincuenta almas habían sido convertidas bajo la predicación de Müller y Craik

Müller pasó unos pocos meses en Alemania a principios de 1835 permaneciendo la mayor parte del tiempo en Heimersleben con su padre y su hermano.

‘Háblame acerca de las condiciones sociales y políticas en Inglaterra’, le rogó su padre, ‘Raramente haces mención de estas cosas en tus cartas, ¿será debido a que el gobierno inglés prohíba enviar para el extranjero cartas que traten sobre estos asuntos?’

Müller se sintió obligado a informarle lo mejor que pudo. A mediados de abril regresó a Bristol, y se encontró a Henry Craik sufriendo de una infección en la garganta e incapacitado de predicar. En mayo Craik tuvo que viajar hasta Devon procurando una mudanza de aires.

El mes de junio de 1835 fue un mes muy triste para los Müller –especialmente para Mary. En el día 22 perdió a su padre, y unos pocos días después a su hijo Elías, que contaba en aquella altura con quince meses de vida, cayó enfermo de pulmonía.

‘Amadísimo Padre, complácete en dar soporte a mi esposa debajo de esta prueba’, oró Müller. ‘Si es Tu voluntad para el bebé que muera, te pido por favor que te lo llesves para ti y que le ahorres el sufrimiento’.

‘Yo no oro para que recobre su salud’, registró en su diario. Dos horas después de que Müller terminara de orar, murió el niño. ‘El Señor nos ha separado de nuestra familia en la misma semana al más anciano y al más joven. Mi querida Mary siente muchísimo sus ausencias, aunque está siendo grandemente confortada.’

¿Por qué no oró Müller por el restablecimiento de Elías? Por causa de su distinción entre el ‘don’ y la ‘gracia’ de fe, este fue el tipo de situación donde, desde muy temprano en su vida cristiana, él algunas veces recibía el ‘don’ de fe –que es cuando se sentía capacitado para pedirle a Dios incondicionalmente por la bendita sanidad. En esta ocasión no le pareció que pudiera hacerlo así. El día anterior a la muerte de Elías, Müller simplemente registró en su periódico: ‘El santo Señor hará como quiera concerniente al niño.’ Y algunos años después, escribió: ‘Cuando el Señor quitó de mi lado al amado niño, mi alma se encontraba en paz, perfectamente en paz; yo solo podía derramar lágrimas de gozo cuando lloraba. ¿Y por qué? Porque mi alma descansaba con fe en aquella palabra: “De los tales es el Reino de los Cielos.” Mateo 19:14. Así que creyendo, como creí, sobre el fundamento de esta palabra, mi alma se regocijaba en vez de deprimirse, pensando que mi querido hijo estaría más feliz con el Señor que conmigo.’

Las preocupaciones financieras también aparecieron después de estas pérdidas. A principios de abril, los impuestos de los Müller debían de ser abonados, y por primera vez

no tenían dinero para pagarlos, habiendo gastado el dinero que habían previamente puesto a parte para los impuestos, en los varios asuntos que surgieron relacionados con la muerte de los familiares.

‘Querido Señor, por favor envíanos los fondos que precisamos para pagar nuestros impuestos’, oró Müller.

Dos días después escribió: ‘Me ha sido posible hoy, a través de las ofrendas depositadas en las cajas, y por lo que puse a parte, pagar los impuestos antes de que se me llamase la atención. Cuanta gentileza del Señor, para responder a mis oraciones de manera tan rápida.’

Craik regresó de Devon a mediados de agosto pero todavía no era capaz de poder hablar demasiado tiempo, aunque es cierto que se sentía mucho mejor. Müller a su vez, estaba sufriendo problemas de estómago y consideró la idea de salir de Bristol durante un cierto tiempo. Había recibido una invitación de una dama para pasar una semana en el campo con ella, pero no tenía lo suficiente para los gastos del viaje. Entonces le fueron enviadas 5 libras ‘con el propósito expreso de que utilizara el dinero para un cambio de aires’; y en seguida otras 10 libras llegaron a sus manos con el mismo fin.

A principios de septiembre viajó con Mary, Lydia y una sirvienta que ahora empleaba, hacia Portishead donde se dedicó a leer el Libro de los Mártires de Foxe, porque se sentía demasiado débil para hablar, andar o escribir. El libro le sirvió de mucha inspiración; en cuanto recobró su fuerza comenzó a dar vueltas a caballo en el campo. Sin embargo, muy pronto comenzó a sentirse un tanto deprimido y de mal humor ‘teniendo por mi principal ocupación comer, beber, pasear, bañarme y hacer ejercicios hípicas...Me gustaría mucho más estar otra vez en medio de mi labor en Bristol, si al Señor le placiera usar al más inútil de Sus siervos’.

La familia viajó hasta la Isla de Wight, y antes de retirarse a su dormitorio el 29 de septiembre Müller se sintió capaz de orar por primera vez desde que se puso enfermo para que Dios le restaurase su salud. ‘Yo ahora estoy deseando regresar a Bristol’, escribió en su diario, ‘aunque sin impaciencia, y me siento seguro de que el Señor me fortalecerá para que regrese cuanto antes.’ en el 15 de octubre (1835), los Müller salieron de la Isla de Wight en dirección a Bristol; Müller estaba apto de nuevo para embarcar en la aventura de fe que le haría posteriormente tan famoso.

Una Prueba Visible

Por medio del libro de *Oliver Twist* (1837) llamó Charles Dickens la atención a los habitantes de Bristol para la desesperada situación de los huérfanos. El libro ponía de manifiesto una serie de denuncias contra la Enmienda Contra la Ley de los Pobres en Sistema de Ayudas de 1834, a la cual el periódico Times atacó con críticas y denominándola 'aquella terrible máquina de humillaciones...para la opresión del corazón de las viudas, para rehusarle el pan a los hambrientos, para aprisionar a los huérfanos en mazmorras deplorables, y para orillar a que abrazasen la prostitución las desprotegidas y sin techo amigo donde cobijarse, ¡niñas que vagueaban por las calles!'. El tajante objetivo de la nueva Ley era acabar con el benevolente Sistema de Ayudas – el cual se mantenía por el sufragio de los trabajadores con un suplemento de sus contribuciones al Erario público– aboliendo la liberación de los más robustos fuera de las casa de trabajos forzados. Ningún hombre capacitado físicamente recibiría asistencia, a menos que entrase en la casa de trabajos forzados; las casas de trabajo forzado en sí mismas eran deliberadamente lugares desagradables con muchas 'carencias de higiene.' De hecho las condiciones en las casas de trabajo llegaron a ser una desgracia nacional; y los niños aprisionados dentro de sus paredes rápidamente se deprimían debido a los inadecuados y rudos adultos que también residían allí.

Leah y Harriet Culliford vivieron en Bristol en 1835: Leah tenía cinco años y Harriet nueve. Los padres de estas niñas eran pobres y -al igual que muchos de sus contemporáneos– habían caído en las garras de la tuberculosis. La ciencia médica no tenía medios que ayudasen a combatir la enfermedad: el futuro de las pobres Leah y Harriet se mostraba muy sombrío. Si ya no podían esperar mucho del Estado para que las compensara de la pérdida de los progenitores, la actitud de la sociedad, en general, se mostraba también igual de adversa.

En 1835 los huérfanos raramente eran apoyados a través de la caridad privada. El Dr. Barnardo fundó su primer hogar en 1866 y Spurgeon siguió su ejemplo en 1867; el Hogar Nacional para Niños se fundó en 1869 y el Sr. Fegan comenzó su obra en 1870. La Iglesia Social de Inglaterra de los Niños (entonces denominada de los 'Niños Abandonados') comenzó en 1881. Pero en 1835 los orfanatos privados estaban relegados a simples experiencias innovadoras.

En toda Inglaterra y Gales sólo es posible trazar una docena de orfanatos cuya data se ubique en 1830 o en años anteriores. Todos ellos eran muy limitados de espacio y ninguno se hallaba en Bristol. Ocho de los orfanatos se encontraban en Londres, y los otros cuatro en los denominados Hogares del Condado en otras ciudades predominantes. Pero

aunque las hermanas Culliford hubiesen residido en estas áreas, su admisión en la mayoría de las casas les habría sido completamente vetada. Hubiesen desistido en primer lugar con el precio que tenían, la mayor parte de las casas estipulaban que la admisión debía ser a través de una selección hecha por suscriptores, o por la adquisición económica de una suscripción anual o de por vida. El precio de una suscripción válida de por vida, variaba entre las 100 y las 250 libras. Además, las hermanas Culliford también hubiesen sido rechazadas en la mayor parte de las casas debido a las distinciones que hacían en términos de clases sociales: había típicos decretos que establecían muy claramente que se destinaban a 'niños provenientes de padres de la clase media... que durante su tiempo de vida estuviesen en la condición de providenciar una educación liberal para sus hijos' o 'Hijos que proviniesen de respetable ascendencia'; uno de los prospectos informativos se jactaba de que 'muchos de los niños de la fundación eran los huérfanos de clérigos, oficiales y hombres profesionales...no admitimos candidatos cuyos padres no hagan parte de respetables posiciones en la sociedad y, la certificación parental, será proporcional en su inscripción en base a la respetabilidad de esta familia'. Otro Orfanato dictaminó que: 'están prohibidas las inscripciones a los niños de sirvientas o siervos agrícolas y de jornaleros'.

Afortunadamente, suplir las necesidades de los huérfanos, pasó a ser entonces una de las mayores prioridades sociales de los británicos. Comenzando en los últimos meses de 1835, esta necesidad fue creciendo hasta ocupar los pensamientos de un ciudadano de Bristol. Mientras era estudiante en la Universidad Halla en 1826, Müller se había hospedado durante dos meses en uno de los más grandes orfanatos construido a finales del siglo diecisiete por el Pietista Alemán, Augusto Herman Francke, profesor de hebreo en la Universidad de Leipzig. Nunca se olvidó de la experiencia; y posteriormente en 1835 se acordaba particularmente de la obra de Francke. El diario de Müller contiene las siguientes anotaciones:

Noviembre 20. Esta tarde estuve tomando el té en casa de una hermana, donde encontré un libro de la vida de Francke. Tengo pensado frecuentemente, desde hace ya mucho tiempo, hacer una obra similar, aunque debería ser a más grande escala; no que quiera imitar a Francke, sino depender del Señor en todos los detalles. ¡Así quiera Dios prosperar esta idea!

Noviembre 21. Hoy tuve la impresión muy intensamente en mi corazón de no prolongar más meramente a pensamientos la fundación de un orfanato, sino que asentase ya sus bases, y me he pasado mucho tiempo orando sobre el asunto, para poder fundirme con los propósitos del Señor....

Noviembre 23. Hoy me han enviado 10 libras desde Irlanda para nuestra Institución. Así que el Señor, respondiendo a mis oraciones, me ha dado, en pocos días, cerca de 50 libras. Yo le había pedido solamente 40 libras. Esto es algo que me ha infundido mucho coraje y denuedo, y me ha hecho orar y pensar todavía más intensamente acerca de poner en pie el orfanato...

Noviembre 25. He pasado de nuevo mucho tiempo orando entre ayer y hoy por el Orfanato, y estoy cada día que pasa más y más convencido que es la voluntad de Dios. ¡Así quiera Él seguir guiándome para que se cumplan Sus propósitos!

Müller se pasó muchas horas orando acerca de su propósito con el orfanato. Examinó sus motivos preguntándose a sí mismo si toda aquella idea no tendría origen en un deseo de vanagloria para sí mismo. Por eso pidió la ayuda de Henry Craik para que su amigo pudiese tener la oportunidad de probar su corazón.

‘No puedo hallar nada que crea indebido en tus motivos’, le dijo Craik. ‘Me gustaría incentivarle para que lleves a cabo el proyecto’.

El interés de Müller con respecto al orfanato en el siglo diecinueve en Inglaterra, comenzó más de un año antes de que Dickens popularizase la situación en *Oliver Twist*. Restaban pocas dudas tanto de las trágicas proporciones del problema, como de que el interés de Müller fuera verdaderamente genuino. Cuando llegó por primera vez a Bristol le afectó mucho ver a los niños mendigando por las calles; y cuando llamaban a su puerta siempre tenía el deseo de hacer algo positivo para ayudar a resolver la situación. En octubre de 1834, había registrado en su periódico su amargura oyendo ‘el relato de un pobre niño huérfano, que durante un tiempo estuvo asistiendo a una de nuestras escuelas, y quien parecía que allí, al punto que pudimos juzgar, había adquirido una verdadera conciencia de su alma...y quien algún tiempo antes había sido retirado de una pobre casa a pocas millas de Bristol’. El informe concluía: ‘Quiera esto, si es la voluntad del Señor, guiarme a hacer alguna cosa también por el anhelo temporal de los pobres niños, de cuyas presiones resultó que este pobre muchacho nos fuese retirado de nuestra escuela!’.

Pero había otra razón igualmente importante acerca del motivo por el cual Müller contempló la idea de fundar un orfanato: *conseguir demostrarle al mundo que los asuntos de Dios eran reales*. Cuando iba a visitar a los miembros de sus dos congregaciones en Bristol se daba cuenta de que las personas precisaban ser fortalecidas en la fe. En una ocasión visitó a un hombre que tenía por hábito trabajar en su ocupación durante dieciséis horas diarias. Su salud estaba siendo afectada y su fe cristiana significaba muy poco para él.

‘Si trabajases menos’, le sugirió Müller, ‘tu salud mejoraría y tendrías más tiempo para leer tu Biblia y orar. Y tendrías mucho más gozo espiritual.’

‘Pero si yo trabajase menos’, le respondió el hombre, ‘No podré tener lo suficiente para sustentar a mi familia. Aun así, trabajando tantas horas, difícilmente obtengo lo que preciso.’

‘Eso no es confiar en Dios’, pensó Müller. ‘Eso no es creer en las palabras de Cristo, “Buscad primero el Reino de Dios y Su justicia: y todas estas cosas os serán añadidas.”’

Mi querido hermano’, le dijo, ‘no es tu trabajo lo que sustenta a tu familia, sino el Señor; y Aquel que te ha alimentado a ti y a tu familia cuando tú no pudiste trabajar, por causa de tu enfermedad, ten por seguro que proveerá lo que necesites tanto tú como los

tuyos, si, con el fin de obtener alimento para tu hombre interior, fueses a trabajar solo durante tantas horas al día como las que dejases de lado para recrearte. Y además ¿no es verdad que al comenzar el trabajo diario después de haber tenido solamente unos pocos momentos apresurados para orar, y cuando dejas de trabajar al anochecer, y quieres ponerte a leer un poco de la palabra de Dios, estás tan cansado en tu cuerpo y alma que ya no puedes disfrutarla? Y, ¿no es verdad que generalmente te quedas dormido mientras estás leyendo las Escrituras, o mientras estás de rodillas orando?’

Mientras esperaba que le respondiese, Müller observaba la expresión en el rostro de su amigo. Podía ver como el hombre concordaba con lo que decía; pero todavía tenía dudas. No estaba todavía plenamente listo para tomar a Dios conforme a Su palabra.

‘¿Cómo podría yo alcanzar algo así? ¿Cómo podría yo llevar a cabo tu consejo?’

Müller no se sintió molesto. Estaba triste. Pensó, ‘¿! Cómo he de conseguir llegar al punto de que este hermano se dé cuenta!? Algo que le dé una prueba visible de que nuestro Dios y Padre es el mismo Dios fiel que ha sido siempre, tan deseoso como siempre de probar que es el Dios Viviente, en nuestros días como lo ha sido desde el principio, para todos los que ponen su confianza en Él.’

Algunas veces, Müller se encontraba con hombres de negocios que conducían sus quehaceres de manera poco honesta. Como resultado se sentían culpables en sus conciencias; algunos justificaban su comportamiento señalando la agresividad de la competencia o el depresivo estado del mercado, y sostenían que si realizasen sus negocios de acuerdo a los principios bíblicos, nunca jamás prosperarían. Solamente de manera muy rara hacían algo conforme a los designios de Dios; sólo en raras ocasiones encontró Müller en alguien la determinación de confiar en Dios todas las cosas. Cuando así sucedía, también, Müller anhelaba demostrar que Dios no cambiaba: que Él recompensaría aquellos que no mirasen en su corazón a la iniquidad’ (Salmos 66:18). Müller había experimentado a Dios en su propia vida; estaba ansioso de que otros disfrutasen también de la misma experiencia.

‘Yo me juzgo a mí mismo limitado’, escribió, ‘para ser siervo de la Iglesia de Cristo, particularmente en lo que obtuve misericordia: en ser capaz de tomar a Dios conforme a Su palabra y descansar en ella.’

Él sentía que Dios había utilizado su encuentro con cristianos que carecían de seguridad y convicción en sus vidas ‘para despertar en mi corazón el deseo de asentar ante la iglesia, y ante el mundo, una prueba de que Él no había cambiado nada; ‘y este objetivo me pareció a mí, que lo haría mejor a través del establecimiento de un orfanato. Se precisaba alguna cosa que pudiese ser apreciada por los sentidos naturales.’

Müller había decidido embarcarse en una aventura que precisaba más cuidado y excitación que la construcción realizada por Brunel en su majestuoso puente en Clifton. Él comparó así el desafío que tenía por delante:

Ahora bien, si yo, siendo como soy un pobre hombre, a través simplemente de la oración y fe, he conseguido, *sin pedirle a nadie* (palabras puestas in *italico* por Müller)

los medios para establecer y realizar un orfanato: Debe haber algo que con la bendición del Señor, pueda servir de instrumento para fortalecer la fe de los hijos de Dios, además de ser un testimonio para las conciencias de la inmutable realidad de los asuntos de Dios.

¿Sería un deseo de aliviar el estado de los huérfanos la consideración que más influyó a Müller a fundar un orfanato, o el intento de demostrar la veracidad de Dios?

Ciertamente lo hice por el deseo que tenía en mi corazón de beneficiar a los pobres niños, destituidos de sus padres, y procurando, por otra parte, con la ayuda de Dios, hacerles bien a sus vidas –También anhelaba particularmente ser instrumento para Dios y conseguir que los queridos huérfanos fuesen instruidos en el amor con respeto a Dios– pero aun así, el primer y principal objetivo de la obra era que Dios pudiese ser magnificado por el hecho de que los huérfanos bajo mi cuidado estén provistos de todo lo necesario, a través solamente de oración y de fe, sin que a nadie le sea pedido nada o por mí, o por cualquiera de mis colaboradores, y así pueda ser comprobado que Dios es fiel y escucha las oraciones.

Una tarde de ese diciembre (1835) Müller estaba maravillado por las palabras de Salmos 81:10, ‘Abre tu boca y yo la llenaré’. Hasta esa tarde, aunque él ya había orado mucho acerca de los pros y contras del establecimiento del orfanato, todavía no lo había hecho específicamente para que Dios supliera los medios para su fundación. Pero leyendo este Salmo decidió aplicar la Escritura sobre las necesidades del orfanato.

‘Querido Dios’, oró, ‘¿quieres hacer el favor de providenciar lo necesario, mil libras y el apropiado cuerpo de colaboradores, que sirvan en pro de los niños?’

Müller ya había aprendido a depender de Dios solamente para las necesidades de su familia. Ahora buscaba el Rostro de Dios para hospedar, alimentar y vestir a una familia mucho más grande; se atrevió a pedirle a Dios que le diese una prueba más de Su veracidad y amor.

A Quien Pertenecen el Oro y la Plata

‘Diciembre 7. Hoy he recibido el primer chelín para el Orfanato. Después del cual he recibido otro chelín más de un hermano alemán. Diciembre 9. Esta tarde me han dado la primera pieza de mobiliario –un gran armario.’

En la tarde del día 9, Müller dirigió una reunión donde compartió y expuso sus propósitos para el orfanato.

‘El orfanato será solamente establecido’, dijo él, ‘si Dios provee los medios y el personal apropiado para que funcione. Pero he sido guiado más y más a pensar que todo el proyecto sea un asunto Suyo. Ahora bien, si es así, Él puede influenciar a Su gente en cualquier parte del mundo. Yo no me limito a Bristol, ni aun a toda Inglaterra, sino al Dios viviente, de Quien son el oro y la plata. Él nos confirmará tanto a mí como al hermano Corser, a quien el Señor le ha puesto el deseo de ayudarme en esta obra con los medios (John Corser era un clérigo anglicano que había sometido su vida al trabajo misionero en Bristol, y a ayudar a Müller).

‘Bajo ninguna circunstancia’ continuó Müller, ‘le será pedido a ningún individuo dinero o materiales. No habrá acepción de personas en la admisión de niños, ni ninguna restricción en la entrada en términos de clase social o credos que abracen. Todos los que deseen participar como maestros, madres sustitutas, y asistentes tendrán que tener una genuina creencia y las apropiadas cualificaciones para la obra. Solamente serán admitidos los niños que carezcan de ambos padres. A las niñas se les providenciará instrucción para servir, y a los niños para un empleo; y serán empleados conforme a sus habilidades y aptitud física en ocupaciones útiles que les sirvan de mantenimiento para sus vidas. La institución ciertamente no admitirá a niños o huérfanos cuyos parientes estén capacitados para pagar su mantenimiento. Los niños recibirán una educación completa y plena. La principal y especial finalidad de la Institución será procurar, con la bendición de Dios, traer a los queridos niños al conocimiento de Jesucristo a través de la instrucción en las Escrituras.’

Cuando Müller acabó de hablar no se recogieron colectas de los presentes; sin embargo, alguien le dio diez chelines. Una mujer se ofreció para ayudar en la obra y Müller se fue para casa feliz y lleno de confianza de que sería capaz de llevar a cabo el proyecto.

Al día siguiente comenzó a procurar ver si su confianza sería recompensada. Müller recibió una carta de un hombre y su mujer.

Nos hemos propuesto ofrecernos para el servicio del pretendido orfanato si considera que estemos cualificados para tal; también queremos ofrecer los muebles etc. Que el

Señor nos dio, para su uso; y hacer nuestro trabajo sin remuneración económica alguna; creyendo que si esta es la voluntad de Dios, Él mismo suplirá nuestras necesidades.

Por la tarde se presentó un amigo en casa de Müller con tres bandejas, veintiocho platos, tres cacerolas, un jarro, cuatro tazas, tres saleros, una parrilla, cuatro cuchillos y cinco tenedores –todo lo cual registró Müller en su diario detalladamente.

‘Querido Dios, dame por favor más evidencias de Tu gracia con el orfanato’, oró Müller al día siguiente. Mientras estaba de rodillas orando, alguien deliberadamente dejó tres bandejas más, doce platos, una vasija y un cobertor.

‘Gracias Padre’, dijo Müller. ‘! Dame más evidencias hoy!’

Un poco después le fueron ofrecidas 50 libras de una manera inesperada. ‘Querido Padre, me atreveré a pedirte por más evidencias de tu gracia en este día.’

Por la tarde, le enviaron 28 metros de tejido y una mujer se ofreció voluntariamente para la obra. Y así sucesivamente.

Diciembre 13. Un hermano sintió el deseo de darnos cuatro chelines por semana, es decir, 10 libras y 8 chelines anuales, hasta que Dios le de los medios; ya dio ocho chelines para dos semanas de suscripción. Hoy un hermano y una hermana también se ofrecieron como voluntarios, poniendo todos sus muebles a disposición, y todas las provisiones que tienen en su casa si pueden ser útilmente empleados en la Institución.

Diciembre 14. Hoy ofreció sus servicios una hermana para la obra. Por la tarde se ofreció también otra hermana para la Institución.

Diciembre 15. Una hermana trajo proveniente de varios amigos 10 bandejas, ocho tazas, un plato, cinco cucharas, seis cucharillas de té, una lechera, un tenedor, un recipiente para harina, tres cuchillos, una sábana, una almohada, una mesa; y también una libra. Por la tarde me fueron enviados veinticinco metros más de tejido, y doce metros de algodón.

Diciembre 16. Saqué de la caja de mi habitación un chelín.

Diciembre 17. La tarde pasada y esta mañana me encontraba más bien deprimido acerca del asunto, preguntándome si debía realmente emprender este camino y me vi forzado a pedirle al Señor que me diese más evidencias que incentivasen mi ánimo. Poco después le fue enviado por un hermano dos piezas de tela impresa, una con siete y la otra con veintitrés metros y tres cuartos de algodón, cuatro piezas de tejido de lino, con cerca de cuatro metros las cuatro, y un tejido con un metro de medida. Esta tarde otro hermano me trajo una indumentaria de montar a caballo, tres vestidos de niño, cuatro mantas, dos saleros, seis tazas y seis cucharas de metal; también me dio 3 chelines y 6 peniques que le dieron otras tres personas. Al mismo tiempo me dijo que había alguien con el deseo de darme mañana cien libras.

Diciembre 18. Esta tarde el mismo hermano me trajo procedente de una hermana un cobertor de cama, una plancha, ocho tazas con sus platos, un azucarero, una lechera, una taza de té, dieciséis dedales de costura, cinco cuchillos y tenedores, seis cucharas, doce

cucharas de té, cuatro peines, y dos parrillas pequeñas; y de otro amigo una plancha y una taza con su plato. Al mismo tiempo también me trajo las cien libras a las cuales se refirió ayer.

Cuando supo quien le había enviado las 100 libras, Müller pensó en no aceptarlas. Supo que la donadora ganaba 3 libras y 6 chelines por semana en su trabajo y decidió ir a visitarla.

‘Aun cuando me siento sumamente agradecido por tu generoso donativo’, le dijo, ‘quiero asegurarme que has pensado bien y cuidadosamente sobre lo que estás haciendo.’

‘Yo tengo 480 libras guardadas desde la muerte de mi padre’, le dijo a Müller. ‘He apartado para pagar algunas deudas contraídas por la familia, y le di cien libras a mi madre. Después entonces quise dar las cien libras para el orfanato.’

Müller le habló un rato intentando persuadirla a que considerase la decisión.

‘El Señor Jesús derramó hasta su última gota de sangre por mí’, replicó ella, ‘¿no debo yo ahora darle todo el dinero que tenga conmigo? Hasta que el orfanato no se establezca, daré para que se edifique todo el dinero que tenga. Tome, aquí tiene además estas cinco libras para los miembros pobres de las iglesias de Gedeón y Bethesda.’

Los donativos para el orfanato habían llegado a ser, al final del año, tan estimulantes para Müller, que se vio capaz de afirmar que abriría un pequeño hogar a principios del mes de abril siguiente. Al principio, delimitaría la admisión a niñas entre siete y doce años y se les permitiría permanecer en él hasta que estuviesen listas para hacer servicios domésticos, serían aceptadas niñas de todas partes del Reino Unido.

Los donativos continuaron llegando en el nuevo año. En la tarde del 5 de enero, el timbre de la casa de Müller sonó. Un criado abrió la puerta, no para que entrase un visitante, sino –un horno de cocina y una lavadora que habían sido, sin duda alguna, dejados a la puerta por algún donador.

Müller ya había orado acerca de todos los detalles de su plan y los requisitos del orfanato; pero hasta ahora nunca había orado ni le había pedido a Dios que le enviase a los niños. Daba por garantizado que habría multitud de pedidos de inscripción. Sin embargo a principios de febrero, aunque ya había publicado su voluntad de recibir inscripciones, no le había sido todavía enviada ninguna. Por eso se decidió a pasar la tarde entera orando por los pedidos de inscripción; al día siguiente recibió la primera.

‘Una vivienda, situada en el número 6 de la calle Wilson, se encontraba disponible con un buen precio de alquiler’, le dijo alguien a Müller.

La situación de la casa, cercana a la iglesia de Gedeón, era ideal y se fue a inspeccionarla. La propiedad tenía tres pisos y había sido sólidamente construida. Después de orar se decidió a alquilarla por un año y comenzó a amueblarla para recibir a treinta niños. Los donativos continuaron llegando, de manera conveniente con las necesidades que surgían en cada momento: 2 de abril...seis mantas, dos cobertores de cama, cuatro sábanas, ocho gorros, cinco vestidos de niños, seis uniformes...

6 de Abril de 1836; ha llegado la primera niña, admirada, mirando a todas partes y a todo el personal. Treinta pares de pies precisarán de treinta pares de zapatos; las ropas serán demasiado grandes o demasiado pequeñas y precisarán ser recompuestas. Müller sabía de antemano que si alguno de los niños tuviese hambre o anduviese mal vestido, su Dios sería desacreditado. Pero no estaba mínimamente preocupado; antes bien, siempre les repetía a esta familia y a sus ayudadores las palabras de Cristo en Mateo 6:31 y 33.

‘Así que no os preocupéis, diciendo, “¿Qué comeremos?” O “¿Qué beberemos?” o “¿Qué vestiremos?” Sino buscad primeramente el Reino de los Cielos y Su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas.’

A principios de mayo, vivían alrededor de treinta niñas en el número 6, y tanto el dinero necesario como las provisiones fueron siempre llegando a tiempo y horas. ‘Veinte libras de carne y diez libras de queso...seis gorras...seis pijamas y seis camisones...un cesto de manzanas, y tres libras de azúcar’. Los amigos de Teignmouth por supuesto que no se habían olvidado de su pastor, porque en junio, llegó una considerable suma de dinero desde Teignmouth además de un albornoz, un uniforme de niña, un par de medias, tejido de algodón suficiente para tres vestidos de niñas, dos ropas de cama y cinco mantas.

A finales de septiembre un médico de Bristol se ofreció para atender a las niñas, y las medicinas necesarias gratis que precisasen. Müller aceptó agradecido su oferta. En octubre registró la entrada de dieciséis litros y medio de cerveza pero desgraciadamente no nos dice si se les permitió a las niñas disfrutarla.

Al mismo tiempo que Müller establecía firmemente una regla de que ni él, ni ninguno de sus asistentes pidiese a nadie por nada ‘para que la mano del Señor pudiese claramente ser vista por todos’, tampoco nunca dudó de pedirle a Dios que ‘inclinase el corazón’ a ciertos individuos para que compartiesen de sus pluralidades en la obra. En diciembre de 1835 anotó en su diario una oración para que una persona en particular que conocía, ofreciese 100 libras. Algunos meses después la persona en cuestión le envió 50 libras; y posteriormente en un día festivo de 1836 ofreció las 50 restantes. Como generalmente hacía Müller, recordando y viendo en el diario sus previas oraciones, deleitándose con esta, llamó al donador y le mostró su diario en la página del 12 de diciembre de 1835, para que juntos pudiesen regocijarse de la precisión de sus respuestas a las oraciones.

Poco después de la inauguración del orfanato en el número 6 para las niñas mayores de siete años, Müller se dio cuenta de que había una necesidad de otro hogar para niñas menores de esa edad. En octubre (1836) procuró saber si podría utilizar el número 1 de la calle Wilson para abrir un nuevo orfanato, junto con un terreno que tenía adyacente para recreo de las niñas. Contrató una madre sustituta especializada y administradora; amuebló la casa y recibió el primero de los -niños y niñas – a finales de noviembre. Algunas de las más antiguas alumnas del número 6 ayudaron en el número 1, porque Müller pensaba que este entrenamiento les sería muy útil para cuando entrasen en el servicio profesional Leah Culliford fue una de las primeras ocupantes de la número 1. A medida que las navidades de 1836 se acercaban, Müller iba registrando en su diario el envío de una cantidad de patos y pavos - y cerca de 50 Kg. de mermelada. Se regocijó mucho, además, cuando llegó medio

kilo más con una nota adjunta escrita, que citaba cuando Jesús tomó a un niño en sus brazos y dijo: 'Cualquiera que reciba en mi nombre a un niño como este, me recibe a mí; y el que me recibe, no me recibe a mí sino al que me envió. (Marcos 9:37).

En los últimos minutos de 1836 –el año en que todo comenzó– Müller dirigió una reunión para alabar a Dios por las bendiciones del año que terminaba, y para orar por que continuase enviando Sus favores en el año que entraba.

En el mes de abril, había sesenta niños viviendo en los dos orfanatos, treinta niños en el número uno de la calle Wilson, y treinta niñas en el número 6. La fiebre del tifus se desencadenó en Bristol en aquella primavera, pero misericordiosamente solo dos niños fueron afectados con ella y ambos recobraron su salud.

A principios de 1837, Müller planeó publicar el primer volumen de sus *Narrativas de algunas obras del Señor con George Müller*. Se decidió finalmente a escribir estos relatos después de muchos meses de consideración y de haber examinado sus motivos. Por un lado, no quería aumentar el número de libros religiosos que había en el mercado; pero por otro, sus experiencias visitando los hogares en Bristol le convencieron de que muchos de los obstáculos y tribulaciones por los cuales los cristianos pasan se deben, o bien a una falta de confianza en Dios, o porque realizan sus emprendimientos de una manera contraria a la de las Escrituras.

En mayo de 1837 el manuscrito estaba casi listo para ser enviado a los publicadores, pero antes de enviarlo, Müller quiso tener consigo la respuesta a una oración en particular: El día 5 de diciembre de 1835, le había pedido a Dios 1.000 libras para la obra del orfanato. Desde entonces, casi a diario, se había mantenido repitiendo la misma oración, y en dieciocho meses había recibido exactamente 995 libras. El 21 de mayo se dedicó a orar específicamente para que Dios le mandase la cantidad restante. El 15 de junio recibió un donativo de 5 libras que completaban la cantidad, y Müller se regocijó mucho con Dios. Cada chelín de este dinero, y todas las piezas de ropa y del mobiliario que había recibido, le habían sido ofrecidos sin que a, en sus palabras, 'ni a un solo individuo le haya yo pedido absolutamente nada'.

Un Cambio de Aires

En Londres, la salud del Rey se encontraba muy debilitada y al comienzo del día 20 de junio de 1837 el Rey William IV fallecía en el Castillo de Windsor en los brazos de la Reina Adelaide. Mientras que Bristol y el resto de Inglaterra dormía, Londres se veía envuelta en gran alborozo y actividad. El Arzobispo de Canterbury, que había realizado los últimos rituales, salió dejando a la Reina, y viajó con Lord Chamberlain en la oscura madrugada a través del país en dirección a Kensington. A las cinco de la mañana llegaron al palacio de Kensington no sin antes encontrar grandes dificultades para entrar. El portero al principio se rehusó a abrirles la puerta o a despertar a la joven princesa. Eventualmente, por fin permitió que los dos hombres entrasen y envió a llamar a la Baronesa Lehzen; sólo a duras penas concordó con ellos la baronesa de informar a la princesa de la presencia de ambos allí. La princesa Victoria entró en la sala con una capa por encima de sus vestiduras, sus pies en pantuflas, y su pelo cayendo sobre sus hombros. Lord Chamberlain se inclinó sobre una de sus rodillas y la saludó como Reina.

Victoria accedió al trono con dieciocho años de edad, y su reinado vendría a ser el más largo de la historia. Müller contaba con treinta y un años, pero viviría lo suficiente para predicar un largo sermón por ocasión del jubileo de diamante de la Reina.

Más tarde en ese día, la noticia de la muerte del Rey llegó a Bristol y las banderas se izaron para ondear a media asta en las iglesias y los edificios públicos. Pero el 24 de julio fue un día de regocijo: las banderas se izaron en alto de nuevo y las campanas de las iglesias repicaron con júbilo. A las diez en punto una procesión ‘para proclamar a su graciosa majestad la Reina Victoria en la Regia Ciudad de Bristol’, recorría su camino desde lo alto de la Calle High sobre el puente hasta Temple Cross, atravesando Mansion House e introduciéndose en la Plaza Square y finalmente hasta Conuncil House.

La era Victoriana había comenzado; y para Müller y Craik la responsabilidad de cuidar de las dos extensas congregaciones de Bethesda y Gedeón continuó. La Biblia era la autoridad final a la que ellos observaban en su trato con las dos iglesias. Una pequeña crisis en el verano de 1837, además de los eventos anteriores, ilustran bien que ellos combinaban su supremo respeto por la Escritura con una inteligente flexibilidad en la manera de tratar con los problemas –particularmente cuando no estaban seguros de cual fuese ‘el punto de vista de Dios’ en una circunstancia específica. Desde los primeros días de su obra en Bristol nunca habían estado seguros si, solamente los que habían sido bautizados después de llegar a ser cristianos, deberían ser recibidos en la comunión en Bethesda, o si todos los que creyesen en Cristo deberían ser recibidos sin tener en cuenta su respectivo bautismo. Después de un largo periodo de disputas internas en la iglesia y discusiones con Robert

Chapman, Müller y Craik decidieron que debían ‘recibir a todos los que Cristo había recibido’ (Romanos 15:7) sin tener en cuenta sus convicciones al respecto del bautismo. Chapman, bien conocido en el historial de la Hermandad y amigo de largo tiempo de Müller, hizo pública la firme promesa de solicitar irse a servir a Dios entonces en Londres con la iglesia Barnstaple.

En junio de 1837 Müller se decidió a abrir un tercer hogar para alrededor de cuarenta niños de siete años para arriba, en primer lugar debido a que la necesidad de abrir uno así era muy obvia en Bristol, y segundo porque sin un hogar como ese, no había donde enviar a los niños cuando alcanzaban la edad de siete años. En septiembre ya había recibido la cantidad de dinero suficiente y el apropiado personal se había ofrecido para la obra; todo lo que faltaba hacer era encontrar una casa apropiada. A Müller se le ofreció otro de los edificios de la calle Wilson –el número 3– que él gratamente aceptó.

En los primeros días de noviembre, la salud de Müller comenzó nuevamente a deteriorarse. Se despertó por la noche con un sentimiento de debilidad en su cabeza. Después de algún tiempo, procuró irse a dormir habiendo antes atado un pañuelo alrededor de su cabeza que le pareció aliviaba su debilidad. El 7 de Noviembre se sintió incapaz de trabajar, y aunque el nuevo Orfanato estaba a punto de abrir y había problemas en Bethesda, decidió salir de Bristol para reposar y tener tranquilidad. Había llegado una carta anónima conteniendo cinco libras para sus despesas personales, y lo tomó como una señal de que partir sería lo más correcto.

Salió de casa sin tener idea alguna a dónde ir. La primera carroza que pasó iba de camino a Bath, así que Müller se subió en ella. Decidió que no se quedaría en compañía de cristianos porque eso significaría que tendría que conversar, y no le apetecía en absoluto. Se registró en un hotel en Bath, pero le pareció tan ‘mundano’ que se vio forzado a visitar a un amigo suyo cristiano que conoció en la ciudad. Este caballero y sus tías convencieron a Müller de hospedarse en casa con ellos y se quedó allí cerca de una semana. Los síntomas en su cabeza eran ahora tan alarmantes que pensó que enloquecería. El esfuerzo requerido para mantener una conversación era muy grande, así, pues, después de una semana, regresó a Bristol. Habiendo recibido nuevamente otras cinco libras para despesas personales, salió de viaje con Mary, con su hija Lydia y su criado a Weston-Super-Mare donde se hospedaron. Muchas veces, en Weston, Müller temió que los problemas en su cabeza indicasen la proximidad de una demencia. Mientras se encontraba allí, recibió la noticia de que una de las niñas que estaba en la calle Wilson había fallecido – pero que antes de su muerte se había encomendado a Cristo. Después de pasar diez días en Weston la familia de Müller regresó a Bristol donde Müller consultó a un médico y este le aseguró que, aunque su sistema nervioso se encontraba deteriorado, no tenía ninguna razón para preocuparse con la demencia.

Estando todavía enfermo, se consolaba en la gentileza de amigos que le enviaban regalos incluyendo lenguados en vinagre, aves de caza, dulces y uvas. Escribió a su padre pensando que tal vez fuese la última carta que escribiría. En diciembre, los médicos

diagnosticaron el problema de una inactividad del hígado; entonces se dio cuenta de que ir a cualquiera de las reuniones en Bethesda le hacía sentirse peor, y de que cualquier ejercicio mental que hiciese le hacía sentirse exhausto.

La obra seguía creciendo, y los fondos eran abundantes: setenta y cinco niños vivían ahora entre las tres casas e iban llegando más diariamente. En el día 12 de diciembre llegaron cien pares de manta de la mejor calidad a la casa de Müller para ser distribuida entre los pobres. Se sabía que Müller estaba ansioso por socorrer un número de casos en la región de extrema pobreza de los cuales tuvo conocimiento, y, a pesar de encontrarse enfermo, se las arregló para que fuesen tratados.

A finales de 1837, ochenta y un niños y nueve miembros del personal que se ocupaban a tiempo entero en la institución se sentaron a comer en las tres casas. Ya había las suficientes inscripciones para llenar otro hogar más con niñas de más de siete años, y muchas más inscripciones para niños de los que podían acomodar. Trescientos cincuenta niños asistían a la Escuela de Día que corría a cargo de la Institución para el Conocimiento de las Escrituras, y trescientos y cincuenta más eran atendidos en la Escuela Dominical.

Las continuas enfermedades y crecientes responsabilidades iban debilitando cada vez más a Müller. Él escribió en su diario: ‘Esta mañana he deshonrado en gran manera al Señor irritándome, encolerizándome contra mi amada mujer, que me hizo casi inmediatamente después arrodillarme delante de Dios, alabándole por haberme dado una tan buena esposa.’

El año 1838 no comenzó de la mejor manera. En la noche del 1 de enero algunos ladrones, aparentemente con un muy agudo sentido de humor, se introdujeron en la casa de Müller: Ya se habían prevenido anteriormente, y la mayor parte de la casa estaba protegida con otra puerta interior más resistente, así que solo pudieron llevarse consigo algunos trozos de carne fría. Después se introdujeron en la sala de clase de la iglesia de Gedeón, partieron algunas cajas pero no se llevaron nada. Al día siguiente algunos huesos, sin la carne, fueron encontrados – algunos en las tales cajas de la sala de aulas de Gedeón y otro encima de un árbol en el jardín de la casa de Müller.

El médico que atendía a Müller le aconsejó nuevamente a mudar de aires. Müller no estaba dispuesto a salir de Bristol; pero cuando le pusieron en sus manos quince libras ‘con el expreso propósito de que cambiase de aires’ procedentes de una dama que vivía a cincuenta millas de Bristol, y que no tenía posibilidad alguna de haber sabido los consejos del médico, lo tomó como una señal de la voluntad de Dios. Salió de viaje con Mary y con Lydia hacia la casa de un amigo cristiano en Trowbridge, donde se dedicó a leer *La Vida de George Whitefield* de Philip. Le impresionó muchísimo la vida de oración de este hombre y su hábito de leer la Biblia arrodillado. Al domingo, además de pasarse varias horas orando, pasó también dos horas arrodillado leyendo y ‘meditando con Dios acerca del Salmo 63’. En su periódico escribiría después:

Dios ha bendecido hoy mucho mi alma... Mi alma ha recobrado ahora un estado en el cual me deleito en la voluntad de Dios, con respecto a mi salud. Así es. Hoy puedo decir, de todo corazón, que no será removida esta enfermedad hasta que Dios, a través de ella, me haya concedido la bendición por la cual me ha sido enviada... ¿qué le puede impedir a Dios hacer de alguien, tan vil como yo soy, un nuevo Whitefield? Ciertamente, Dios puede derramar y conceder tanta gracia sobre mí, como le concedió y derramó a él. ¡Oh, Dios mío, atraeme más y más cada día que pasa hacia Ti Mismo, para que pueda yo correr hacia Ti! – Yo añoro, si Dios me restaura otra vez en mi ministerio de la Palabra (y esto es lo que creo que hará brevemente, a juzgar por el estado en que ha traído a mi alma, aunque me sienta peor en estos últimos ocho días que en las semanas anteriores), que mi predicación sea más que nunca el resultado de oraciones respondidas y tales meditaciones, y que pueda de tal manera andar con Dios, que ‘de mi interior puedan correr ríos de agua viva’.

Al día siguiente, se pasó tres horas arrodillado orando y meditando acerca del Salmo 65:2, ‘Tú oyes la oración’, y anotó específicamente ocho pedidos orando. Al final de la lista escribió: ‘Yo estoy convencido de que Él me ha escuchado’. Tres años más tarde reconocía que cinco de sus oraciones habían sido totalmente respondidas y las otras tres en parte.

A pesar de sentirse todavía mal de salud, su estado de ánimo se elevó cuando, leyendo en su Biblia, llegó al quinto versículo del Salmo 68 donde Dios se describe a Sí mismo como ‘Padre de huérfanos’. Y escribió:

Por la ayuda de Dios esté será mi argumento delante de Él, respecto a los huérfanos, en las horas de necesidad. Él es Padre de ellos, y por tanto le ha placido a Si mismo, como lo ha hecho, darles el sustento y ha tenido cuidado de ellos; y yo solamente tengo que recordarle las necesidades de estos pobres niños, para que supla sus necesidades... La expresión ‘Padre de los huérfanos’ contiene en sí suficiente fuerza y poder para abarcar a miles y miles de huérfanos, con todas sus necesidades, recaídas sobre el amoroso corazón de Dios.

La familia Müller permaneció en Trowbridge durante más de quince días. Al final de su estadía, el estado de ánimo de Müller mejoró –¡aunque una o dos veces se sintió avergonzado mientras se encontraba arrodillado leyendo la *Vida* de Whitefield en vez de su Biblia! El día 2 de febrero, aunque su salud física seguía siendo débil, dejó de lado sus medicamentos y salió por su propio pie para Oxford donde se hospedó en la casa de unos amigos.

En Oxford Müller decidió dar paseos a caballo. Se le adjudicó un bien comportado y manso caballo de plácido temperamento, el cual, pensó él, sería muy apropiado para su alterado sistema nervioso. Durante un cierto tiempo esta excelente terapia fue muy eficaz, y Müller siguió los pasos de Wesley – aunque no se sabe si, al igual que Wesley, también él leía la Biblia mientras cabalgaba. Pero –por súbita desgracia– después de tres días y para

desespero de Müller, ¡el propio caballo cayó también enfermo! Müller se volvió entonces al estudio de la Biblia y la oración hasta que el dueño le comentó que el caballo estaba lo suficientemente recobrado como para retomar su utilidad. Y para volverse a subir en él, pero no tardó mucho para que Müller volviese a caer en desespero de nuevo cuando descubrió, para desmayo suyo, que este anteriormente bien comportado animal se había vuelto semisalvaje y obstinado. Él bien trato desesperadamente de dominar a la bestia, pero todo fue inútil; la criatura no se dejaba domar. La diversión ecuestre de Müller se vio así abrupta y tristemente interrumpida.

Un amigo suyo le aconsejó vivamente a Müller que experimentase las aguas de Leamington Spa, y se ofreció para pagar sus gastos si decidiese hospedarse allí. Habiendo consultado a su médico y recibido de este su favorable opinión, se decidió a aceptar la oferta que le hizo. En el Spa encontró excelente hospedaje por diez chelines a la semana y pudo poner al día su diario en su habitación. ‘¡ Cuanta amabilidad y generosidad tiene mi Señor!’ escribió – una expresión muy típica de Müller – y se retiró a descansar.

A Müller le pareció que las aguas de Leamington mejoraban su condición, pero después de diez días de estar allí la tensión interna y las tentaciones le perturbaron sus nervios, la naturaleza de las cuales las extraemos solo por esta nota en su diario: ‘La gracia combatía contra las malas sugerencias de una y otra clase, y prevaleció, pero fue un periodo muy desgastante...Hoy he orado con muchas súplicas a Dios para que me envíe a mi esposa, porque siento que estando solo, y afligido como me encuentro en mi mente, y teniendo tan pocas ocupaciones mentales, Satán gana ventaja sobre mí.’

Al día siguiente, el cartero le entregó una carta en la cual se anunciaba que Mary estaba de camino; y poco tiempo después, la buena señora se presentó en persona para delicia de Müller. La pareja pasó varios días dando largos paseos por el campo de Warwickshire y Müller comenzó a sentir que su cabeza estaba mejor de lo que había estado en los meses anteriores, aunque estaba lejos de sentirse bien.

Müller se convenció con la idea de hacer una corta visita a Alemania, en parte porque podría aconsejar y asistir a algunos contactos en Berlín que tenían el deseo de ser misioneros, en parte también para ser un testigo de Cristo delante de su padre y de su hermano, y en parte también porque pensaba – con demasiado optimismo tal vez– que su atmosfera nativa le haría bien a su salud. Para tal efecto escribió a Henry Craik y a su médico pidiéndoles su consejo; Craik le respondió que lo hiciese, pero las órdenes de su médico fueron que esperase un mes o dos más hasta que el viaje no le ocasionase demasiada fatiga. Así, pues, Müller pasó todo el mes de mayo en Leamington con Mary hasta que a principios de abril su médico, de visita en la región, lo diagnosticó lo suficientemente recuperado como para emprender el viaje. George y Mary leyeron el Salmo 121 juntos: ‘El Señor guardará tu salida y tu entrada, desde ahora y para siempre’, antes de separarse cada uno por su camino –La Sra. Müller regresó a Bristol y el Sr. Müller partió a la tierra de su infancia.

Müller llegó a Hamburgo en el 9 de abril, habiéndole sido muy penoso el viaje por mar a causa de los mareos. Estuvo diez días en Berlín encontrándose con varios hombres que planeaban llegar a ser misioneros, y después viajó hasta Heimersleben para encontrarse con su padre. Herr Müller estaba envejecido y aparentemente no viviría por mucho más tiempo. Müller dudaba mucho que resistiese un invierno más. La relación entre padre e hijo era ahora muy buena, y las divergencias causadas por la conversión de George habían sido olvidadas. Müller se encontró a su hermano viviendo abiertamente 'en pecado' y tuvo la oportunidad de hablarle a ambos acerca de su fe en Cristo. Cuando llegó el día de la partida de Müller, su padre recorrió con él parte del camino hasta Magdeburg; cuando se separaron ambos sintieron que nunca más volverían a encontrarse de nuevo; pero ambos estaban equivocados como después sucedió.

En mayo, Müller regresó a Bristol. Desde el 6 de noviembre de 1837 había sido incapaz de tomar parte en cualquiera de las reuniones de Bethesda y Gedeón. Pero el 8 de mayo de 1838, la congregación de la iglesia de Gedeón volvió a escuchar la voz con que estaban tan familiarizados leyendo el Salmo 103.

'Bendice alma mía al Señor, y no te olvides de ninguno de sus beneficios. Él es quien perdona todas tus iniquidades...'

Durante los meses siguientes, a medida que recobraba sus fuerzas, Müller se dio cuenta de que predicaba con mucho más regocijo, más diligentemente y con más devoción que antes de haber caído enfermo. Sintió más 'la solemnidad del trabajo'.

Müller estaba próximo a cumplir sus treinta y tres años. En los años siguientes tuvo dos o tres crisis menos severas de salud, pero durante su larga vida nunca fueron tan graves como las que había padecido en 1829 y en 1837-8. Y al hombre a quien el ejército repudió, afirmó muchos años después que se sentía en mejores condiciones físicas en sus setenta años, que cuando estaba en los treinta.

Un Banco que no Puede Caer en Quiebra

Desde el comienzo de la obra de Müller con los huérfanos en abril de 1836 hasta finales de junio de 1838, las finanzas o economías nunca fueron causa de ansiedad o preocupación: siempre hubo exceso de fondos. Pero a finales del verano de 1838 el diario de Müller registraba que los tiempos llegaron a ser problemáticos.

18 de agosto, 1838. No tengo ni tan siquiera un penique en mi bolsillo para los huérfanos. De aquí a uno o dos días van a ser precisas muchas libras. Mis ojos están levantados hacia el Señor.

Por la tarde, antes de acabar este día, he recibido provenientes de una hermana 5 libras. Ya hacía algún tiempo que había puesto de parte esa cantidad en beneficio de los huérfanos. Esta mañana, mientras estaba orando, le vino al pensamiento, ‘yo tengo estas 5 libras, y no le debo nada a nadie, por tanto, será mejor dar este dinero todo de una vez, así como me propuse hace algún tiempo atrás antes de tener disponible este dinero’. Así que me lo trajo, sin saber que no teníamos un penique a mano, ni que solo tenía disponibles 4 libras, 15 chelines y 5 peniques para el mantenimiento de las casas, en vez de las 10 libras que precisamos normalmente.

20 de agosto. Las cinco libras que recibí el día 18 han sido utilizadas para pagar el mantenimiento, así que hoy estaba otra vez sin un penique. Pero mis ojos están puestos en el Señor. Me dediqué a orar por la mañana, sabiendo que precisaría por lo menos de 13 libras, si no, tal vez 20. Hoy he recibido 12 libras en respuesta a mis oraciones proveniente de una señora que reside en Clifton y que nunca antes había visto.

23 de agosto. Hoy estaba de nuevo sin un penique cuando me fueron enviadas 3 libras desde Clapham, con una caja de ropas nuevas para los huérfanos.

Müller recordaría posteriormente el periodo desde septiembre de 1838 hasta finales de 1864, como el tiempo en el cual experimentó más dificultades y pruebas en su fe, dentro de toda su labor con los huérfanos. No fueron años de continuas dificultades: sino que en ellos tendía haber unos pocos meses con dificultades, seguidos comparativamente por algunos meses de abundancia. A lo largo de todo el periodo, de acuerdo con Müller, los niños nunca llegaron a darse cuenta de las dificultades. En medio de uno de los periodos más oscuros, escribió: ‘estos queridos pequeños no saben nada acerca de todo esto que pasamos, puesto que sus mesas están siempre tan bien abastecidas como cuando teníamos 800 libras en el banco, y no les falta nada’. En otra ocasión escribió lo siguiente: ‘a los huérfanos nunca les ha faltado nada. Cuando tenía miles de libras a mano, no fueron mejor alimentados de lo que son ahora; porque tienen de todo siempre con respecto a una alimentación sana, las piezas necesarias del vestuario, etc.’ En otras palabras, los periodos

de prueba y dificultad se daban en el sentido de que no había exceso de fondos: Dios suplía las necesidades que habían cada día, y a veces en la misma hora. Se recibía solo lo necesario en el momento, pero no más de lo necesario.

El diario de Müller frecuentemente, da a entender, aunque raramente he pretendiendo analizarlo, el por qué Dios permite éstos periodos de pruebas. El mejor razonamiento que hace exponiendo estas situaciones se expresa en un registro suyo del otoño de 1838, comentando un donativo de dinero que le enviaron desde Teignmouth. ‘Nos es más conveniente ayuda, liquidar los gastos un día a la vez, y una prueba palpable de que nuestro desespero, no es más que una prueba a nuestra fe, nuestro generoso Dios se deleita tanto supliéndonos así, como cuando nos ofrece sumas de dinero considerables.’ Müller veía un propósito en las dificultades que le aparecían, similares a las que aparecen en las historias del Antiguo Testamento, como aquella donde Dios probó a Abraham, diciéndole que le ofreciese a su hijo en el monte Moriah. En ese sentido es que, estos periodos, eran una prueba de la obediencia de Müller, y un tiempo en el cual su carácter se estaba moldando – preparándose, de hecho, para la labor de su vida.

Al anochecer del jueves 6 de septiembre, Müller escuchó a Craik predicar del capítulo 12 de Génesis:

‘Todas las cosas ayudaron a bien de Abraham’, dijo Craik, ‘a medida que iba viviendo en la fe, y de acuerdo con la voluntad de Dios. Pero cuando no confiaba en Dios todas las cosas le causaban desastres’.

Cuando estaba escuchando a su colega y hermano, comenzó a aplicar la lección en su propia dificultosa situación que se encontraba. En aquella mañana, señaló en su diario, le llevaron a su despacho los libros de la contabilidad del Orfanato de Niños, y poco tiempo después le mandó un recado la madre sustituta de la institución.

‘Dígame por favor cuando podría recoger los libros’.

Müller sabía muy bien que esta era la amable manera que tenía la madre sustituta de preguntarle cuando le haría disponible el dinero necesario para la despensa de los próximos días. Le estaba enviando un mensaje.

‘Mañana.’

Sin embargo él no tenía ni un penique en sus bolsillos. Mientras escuchaba a Craik, le vino a su memoria que, a pesar de que pareciera imposible ultrapasar la situación, nunca procuraba por sus propios méritos buscar una solución como medio de su propia considerable ingenuidad. Por ejemplo, pensó en una cierta cantidad de dinero que tenía en el banco y que eran 220 libras, las cuales le habían sido ofrecidas provenientes de otras áreas de su labor cristiana. Le hubiese sido muy fácil escribir a quien le envió el dinero, y decirle que en su difícil situación se había quedado con 20 libras o incluso con cien libras para los huérfanos. Porque recuerda que el dueño le dijo repetidas veces que, si precisase alguna vez de dinero se lo hiciese saber. Sin embargo Müller decidió que ‘esta sería una solución mía, no la liberación de Dios’. En cualquier caso siempre sería ‘una no pequeña barrera y obstáculo para el ejercicio de la fe, en la próxima prueba que se nos presente

después’. En el momento necesario se le enviaba la suficiente cantidad para suplir la inmediata necesidad en el Hogar de Niños.

Durante el sábado y el domingo no se recibió ninguna ofrenda, así que el lunes por la mañana, que era el 10 de septiembre, Müller con un cierto toque dramático que no solía tener –describe la situación como una ‘solemne crisis’. Decidió dar un paso sin precedentes. Hasta ese día nunca había informado a sus colaboradores y asistentes ni confesado nunca el estado de sus fondos, a excepción de la ayuda reciente que expusimos del hermano “T”, y que refirió en su diario. En esta ocasión, sin embargo, quebró su tradición y se dirigió a cada una de los Orfanatos. Reunió el personal de cada uno, francamente les expuso la situación en que se encontraban y les preguntó por la cantidad que sería necesaria para las necesidades más inmediatas. Después de averiguar la exacta proporción del problema dijo:

‘Todavía estoy confiado en que Dios nos ayudará. Si bien que no debéis comprar nada que no podamos pagar, la verdad es que a los niños no les falta de nada en el sentido de ropa o alimentos necesarios para su sustento. Prefiero mandar a todos los niños a la calle antes que verlos carentes de algo.’

Müller ordenó que se hiciese una investigación para ver si alguno de los hogares tuviese algún artículo innecesario que se pudiese vender; dirigió una sesión de oración con sus asesores.

A las nueve y media en punto de la mañana siguiente, llegaron seis peniques que habían sido puestos en las cajas de la iglesia de Gedeón. Müller lo interpretó como el previo anuncio o señal de cosas muy grandes que estaban por llegar muy próximamente. Müller salió de los Orfanatos y se fue a visitar a su amigo Craik con quien compartió su carga, haciéndole entender la situación. Los dos hombres permanecieron juntos arrodillados en oración.

Poco después de las diez, Müller regresó a su habitación. Mientras estaba orando en su cuarto, llamó a la puerta una señorita y le dio a Mary dos soberanos para los niños (el salario de un agricultor en un mes).

Y le dijo a Mary: ‘he tardado demasiado tiempo en venir a entregaros lo que desde hace mucho me propuse.’

Unos pocos minutos después, Müller entró en la sala donde se encontraba la joven y le entregó en mano otros dos soberanos sin hacerse la menor idea de que estuviesen en crisis. Un poco después, llegó un mensajero procedente del Orfanato de Niños: Müller le dio dos soberanos y envió el dinero restante para las casas de las Niñas.

En ese mismo día, Craik saldría de Bristol para encontrarse con un amigo en el campo. Müller decidió acompañar a su amigo, pero debido al estado tan crítico que había llegado la situación de la Calle Wilson, canceló su viaje.

Más tarde en esa misma semana, después de encontrarse con el personal de las casas para orar, uno de ellos se le acercó trayendo en su mano dieciséis chelines.

‘No me sería posible orar si no ofreciese lo que tengo.’

Müller aceptó la ofrenda. No era poco habitual que el propio personal contribuyera con sus donativos para la obra en semejantes años de dificultad, y aún llegaban a vender sus pertenencias innecesarias para ayudar a salir a flote el barco en los periodos de obstáculos. Müller desmintió que esta práctica representase un fracaso de los principios por los cuales se regían. Sino todo lo contrario, él argumenta que bajo ninguna circunstancia podremos esperar buenos resultados orando por cosas materiales, hasta que no haya el deseo y voluntad de poner de parte dinero o pertenencias personales innecesarias. ‘Una Institución como la que se encuentra a mi cargo’, escribió él, no puede ser llevada a cabo por ningún creyente rico que no se base en los principios sobre los cuales por gracia se nos ha capacitado para hacer, solamente si tiene el deseo de dar de sus pluralidades, si es que tiene alguna, siempre y cuando la Institución esté pasando por periodos de verdadera necesidad’.

Muy temprano por la mañana del martes, Müller hizo un recuento de la situación en la Calle Wilson: ‘el hermano “T” tenía veinticinco chelines en su mano; él mismo había ofrecido cinco de los tales. Ahora podía, en ese día, como en los demás días, responsabilizarse por el bienestar de cerca de cien personas, incluyendo el personal de la obra, en los tres hogares.

Con la libra y los diez chelines pudieron comprar la carne y el pan que eran necesarios, y un poco de té par cada una de las casas. No era preciso nada más para ese día y tenía en las despensas pan suficiente para dos días más. Pero, ¿cómo enfrentarían los gastos de los demás días de la semana? Los fondos llegaron a su límite: todos los miembros del personal de la obra ya habían dado más allá de sus posibilidades. Se reunieron como acostumbraban para orar, pero, aunque las oraciones se dirigían hacia las necesidades que habían del día, no sucedió nada ni parecía que hubiese ninguna respuesta. ¿Cómo voy yo a poder enfrentar mañana a los niños y anunciarles que no hay nada para desayunar? Müller llegó a estar ‘probado en el espíritu’. Siete años después recordando estos momentos diría que fue la única ocasión en que se sintió así. ‘Por primera vez’, escribió, ‘él Señor parece que no quiere oír ni responder a nuestras oraciones.’

En medio de esa misma tarde la campanilla de la puerta de Müller sonó. Una señora se le presentó diciendo:

‘He llegado de Londres hace cinco días. Estoy hospedada en la casa adyacente al orfanato. Mi hija me ha dado este dinero para que se lo entregue para su labor con los niños.’

El sobre contenía 3 libras 2 chelines y 6 peniques, que suplía perfectamente todas las necesidades que había para el día siguiente. En cuanto la mujer salió de la casa y se despidió de Müller, se permitió dejar escapar un grito de júbilo muy raro en él.

‘Me puse en voz alta a alabar y a darle gracias en el momento que me vi solo en la sala, después de haber recibido el dinero. Me reuní con mis cooperadores de nuevo esa tarde para orar con ellos y adorar a Dios, sus corazones no dejan de serme muy queridos. Esto de que el dinero hubiese estado tan cerca de los Orfanatos desde hace varios días sin que se nos haya dado, es una prueba de que estaba en el corazón de

Dios ayudarnos desde el principio; pero como se regocija mucho escuchando las oraciones de Sus hijos, nos deja que le oremos hasta ver donde llega nuestra fe, y para respondernos de una manera mucho más dulce que la que esperábamos.

Después que el otoño le diese el paso al invierno, las necesidades continuaron siendo suplidas cada día. El 21 de noviembre, después de haberse comido un buen almuerzo en las tres casas, se hizo muy claro de que no había fondos ya en ninguna de las tres casas. Pero compartiendo el pan entre los hogares, suplieron las comidas del resto del día; sin embargo, les pareció que no había suficiente para el día siguiente, y no tenían dinero para comprar más.

‘Debemos quedarnos quietos y esperar por ayuda, para ver cómo el Señor se las ingenia esta vez para liberarnos’, dijo Müller.

Mientras subía la cuesta de la calle Kingsdown comenzó a sentirse desagradablemente frío y decidió que, para calentarse, iría andando hasta su casa por un camino más largo vía la Plaza Clarence. Cerca de veinte yardas distante de su casa en la Calle Paul, se encontró con un amigo que fue paseando con él. Después de una corta conversación, el amigo le depositó en sus manos veinte libras. Müller le dio diez al diácono de Bethesda para proveer de ayuda a unos miembros pobres de la iglesia con carbón para el invierno; dio cinco libras para la labor que se realizaba en la Institución para el Conocimiento de las Escrituras; y cinco libras para los Orfanatos de la calle Wilson.

Una semana después las cosas volvieron otra vez a complicarse. A las doce en punto del día 28 de diciembre, Müller se reunió con su personal para orar. Alguien había estado limpiando y arreglando el reloj del hogar núm. 1 sin cobrar los gastos, y además se había ofrecido a mantener todos los relojes que había en las casas en buenas condiciones mecánicas. Pero tanto el Orfanato de Niños pequeños, como el de los Niños ya no tenía ni pan ni mantequilla suficiente para acompañar con el té. Mientras estaban orando, se escuchó a alguien llamando a la puerta y una de las jóvenes salió de la sala. El resto siguió silenciosamente rezando hasta que levantando sus rodillas se pusieron en pie.

‘Estoy seguro de que Dios nos va a enviar Su ayuda.’ dijo Müller a medida que se levantaba.

Mientras estaba hablando se dio cuenta de que había una nota en la mesa la cual había sido allí depositada mientras oraban. La nota era de Mary y contenía dentro otra carta con diez libras para los niños. La tarde anterior, alguien le había estado preguntando a Müller:

‘¿Estará el balance de los fondos tan bien provisto como cuando fueron registrados la última vez?

“Estarán tan bien provistos como al Señor le plazca”, le había respondido Müller.

Esta era la persona que había enviado las diez libras.

Al día siguiente, llegaron procedentes de Suffolk dieciocho libras y en diciembre de un solo donativo llegaron 100 libras más junto con muchos pequeños regalos.

Jueves 7 de febrero de 1839, los fondos están otra vez agotados. El hermano “T” avisó a Müller:

‘Van a ser necesarios cerca de 1 libra y 2 chelines para comprar pan para las tres casas y hacer frente a otros gastos. Pero solo tenemos disponible 2 chelines y 9 peniques. ‘Tengo que salir para Clifton ahora para recibir a los tres niños nuevos que llegan hoy.’

‘Vuelve cuando regreses aquí, te pido por favor, para ver si entretanto el Señor nos ha enviado ya algo de dinero’, dijo Müller.

Había lo suficiente en los tres hogares para ese día poder comer. Al final de la comida se presentó una Sra. de Thornbury y compró un ejemplar de las *Narrativas* de Müller y una copia del último Informe Anual y dejó tres chelines en la caja. Cinco minutos después llegó el panadero y tocó a la puerta del Orfanato de Niños. Cuando lo vio la madre sustituta del Hogar de Niñas le trajo inmediatamente seis chelines que acababa en ese momento de recibir para prevenir que se retirase; ella sabía que no había dinero en Orfanato de los Niños. Con este dinero, y más alguno que había disponible, compró la suficiente cantidad de pan para las tres casas. A las cuatro de la tarde regresaba el hermano “T” proveniente de Clifton.

‘El Señor no nos ha enviado nada’, dijo Müller.

Un miembro del personal ofreció 5 chelines de su propio dinero. Müller le había estado pidiendo a Dios que le mostrase un pasaje de la Biblia para poder enseñar en esa misma tarde en Bethesda y le pareció ser dirigido a Mateo 6:19-34.

Tal vez la congregación de Bethesda detectase un tono especialmente fervoroso en la voz de su joven pastor cuando por la tarde les leyese la escogida porción de Escritura en su fuerte acento prusiano.

Así que no os afanáis, diciendo, “¿Qué comeremos?” O “¿qué beberemos?” O “¿Qué vestiremos?”...vuestro Padre sabe que tenéis necesidad de estas cosas. Pero buscad primeramente el Reino de los cielos y su justicia, y todas estas cosas os vendrán por añadidura. Así que no os preocupéis con el día de mañana, sino que basta a cada día su propio mal.’

Después de la reunión en Bethesda se dirigió al núm. 6 para tener un tiempo de oración. Cuando llegó se encontró con que le habían enviado una caja de Barnstaple. La había abierto y vio que tenía 8 libras para los niños, y 2 libras para Fundación Bíblica además de un donativo por separado con 3 libras. También había alguna lana merina, tres pares de zapatos, dos pares de uniformes nuevos, seis cajas que se suponía que fuesen para vender, un estuche de oro, dos anillos de oro, un collar y un estuche de plata.

Ahora tenemos que poner nuestros ojos en el Señor para las futuras provisiones’, le dijo Müller al hermano “T” el miércoles siguiente por la tarde, habiéndole dado la última de las cantidades de dinero que tenía a mano.

En esa misma tarde una señora y un caballero se encontraban de visita en las casas de la Calle Wilson. En el hogar de los niños se encontraron con una señora que también se encontraba de visita allí.

‘Damos por hecho, que usted no podría llevar a cabo esta obra en la Institución sin tener un buen y solido saldo de fondos’, le dijo una de las señoras visitantes.

¿Tiene usted una buena provisión? Dijo el caballero, volviéndose para la madre sustituta.

‘Nuestros fondos se encuentran depositados en un banco que no puede ir a la quiebra’, replicó la mujer, evitando transgredir la regla de nunca revelar el estado de los fondos.

Cuando se despedían, el caballero dejó cinco libras en el Orfanato de los Niños.

En marzo Müller recibió una carta del hermano “T” expedida cinco días antes en Devon, que mostraba que su visita sería beneficiosa para los niños. Él le había dado un Informe Anual de las obras de las casas a una persona obviamente perspicaz, el cual, habiéndolo leído, se dedicó con todo su empeño y de todo corazón a pedirle al Señor para que su hermana donase parte de sus valiosas joyas para ayudar a los niños. Poco tiempo después sus oraciones fueron respondidas, y el hermano “T” regresó de Devon con una pesada cadena de oro, un anillo incrustado con diez diamantes, un par de brazaletes de oro y una suma de 2 libras. Müller tomó entre sus dedos el valioso anillo, antes de salir con él, y escribir las palabras Jehová Jireh (‘el Señor proveerá’) en el cristal de la ventana de su habitación. Mucho tiempo después, hasta que salió de la Calle Paul, su corazón se enternecía cuando miraba estas palabras en la ventana y se acordaba de la manera tan peculiar cómo le había llegado a sus manos el anillo.

En todo el periodo de tiempo entre el verano y el otoño de 1839, las provisiones entraban diariamente: era muy raro que fuese más que lo suficiente para uno o dos días al mismo tiempo, pero nunca era menos. Los eventos en un lunes de noviembre ilustran bien cuán a menudo sucedía que recibían justo lo que se precisaba, pero que no más de lo necesario. Müller comenzó el día con diez chelines que habían sobrado del fin de semana. El lunes por la mañana le ofrecieron 1 libra más y 10 chelines; pocos minutos después le llegó a sus manos una nota de la Calle Wilson diciendo que serían necesarias 3 libras en aquel día. Mientras estaba leyendo la nota, le llegó otra proveniente de Devon – conteniendo un soberano.

En diciembre de 1839 se fijaron las reuniones públicas para hablar de las provisiones de Dios para los niños en el último año, Müller y sus asesores oraban ahora para que cuando el tiempo de las reuniones llegase, fuesen capaces de decir que había abundantes fondos disponibles. Siempre intentaban evitar dar la impresión en las reuniones públicas – que era la única ocasión en que el estado de los fondos se mencionaba– de que estaban aprovechándose de la oportunidad para mendigar dinero. El 4 de diciembre Dios respondió sus oraciones: llegaron cien libras de las Indias Orientales. Todos se regocijaron mucho con el hecho de que, en las reuniones públicas pudiesen ser capaces de testificar acerca del Dios tan rico que suple las necesidades después de un tiempo tan atribulado.

A finales del año, Müller escribió que tanto su salud como su capacidad intelectual estaban en mejor estado de que lo habían estado en años anteriores. La causa de esto lo

atribuía a la bendición que Dios le había dado a su práctica de levantarse por la mañana temprano y mojarse con agua fría la cabeza cuando se levantaba.

Prolongaron la reunión usual de oración de fin de año hasta la media noche. Cerca de la una de la madrugada, después de la reunión, se le entregó a Müller un sobre en sus manos que contenía una cierta cantidad de dinero para los niños. Él sabía que la mujer que lo había enviado tenía varias deudas por pagar, y que le habían llamado varias veces la atención sus acreedores. Así que devolvió el sobre sin abrirlo convencido de que nadie tiene el derecho de ofrecer nada si tiene deudas en su cuenta. Tomó esta decisión aun sabiendo que no había suficiente dinero disponible para pagar las despesas del día de año nuevo. Sin embargo, después recibió a lo largo del día más de diez libras junto con una cantidad de carne mayor de la que era necesaria.

Durante el mes de enero de 1840, entraron grandes sumas de dinero en todos los hogares y, a principios de febrero, Müller salió de Bristol para un viaje a Alemania. Pasó diez días en Berlín antes de viajar hasta la casa de su padre en Heimersleben. Encontró a su padre muy envejecido y debilitado, pero en el transcurso de la visita, Herr Müller se fue animando con el afecto de su hijo, y George se dio cuenta de que leía la Biblia y oraba. Müller salió de Heimersleben a finales de febrero y le dijo adiós a su padre por última vez. Moriría al mes siguiente.

A principios de marzo, Müller entró a bordo del Hamburgo, uno de los primeros barcos a vapor que se dirigía a Londres. En la cubierta, mantuvo una conversación con dos judíos rusos que escuchaban educadamente lo que les decía, aunque nunca les declaró abiertamente que él creía que Jesús era el Mesías. Después de despedirse, vio a los dos hombres hablando el uno con el otro; desconfiados de que Müller fuese algún judío bautizado o un misionero enviado a los judíos. Después de unos pocos minutos uno de ellos se volvió y le dijo a Müller:

‘Dime una cosa, ¿qué es lo que tú realmente piensas de ese tal Jesús?’

‘Yo creo que es el Mesías, Señor y Dios.’

Los judíos se sintieron ofendidos y desde ese momento en adelante, se mantuvieron lo más lejos posible de Müller.

En la cena de aquella noche en la mesa del capitán, uno de los pasajeros que había visto a Müller conversando le preguntó acerca de los dos judíos

‘Cuan significativo es’, replicó Müller, ‘que los judíos en todas partes del mundo donde se encuentren, puedan ser reconocidos como tales y que no se confundan con ninguna de las demás naciones.’

‘Esto solo puede ser explicado por las Escrituras’, intervino el capitán, ‘y demuestra que la Biblia es verdadera.’

‘Concuerdo con usted’ dijo Müller, y por el resto del viaje mantuvo siempre largas conversaciones con el capitán a quien describió como un ‘verdadero hermano en el Señor.’

Buscando las Riquezas Divinas

Cuando Müller y Craik llegaron a Bristol en 1832, se encontraron con menos de setenta asiduos asistentes en la iglesia de Gedeón; Y Bethesda tenía entonces su edificio totalmente vacío. En el transcurso del año 1840 Bethesda contaba con más de quinientos miembros. De estos, más de un centenar se sumó en 1840, de los cuales, cerca de cincuenta fueron convertidos mientras predicaban. En los próximos treinta años el número llegaría a ser el doble, y así en 1870 ya había más de mil miembros. En mayo de 1840 la señorita Anne Evans llegó a Bristol proveniente de Londres donde había regularmente estado asistiendo a la iglesia Baptista. En cuanto llegó a Bristol, se dirigió a Bethesda con una amiga suya para escuchar un sermón acerca de la segunda venida de Cristo. Esta mujer nos ha dejado por escrito un memorable cuadro de Bethesda en aquel tiempo y de la atmósfera que había en la Calle Wilson a principios de 1840:

‘Su exposición de la Escritura (de Henry Craik), fue para mí una nueva forma de adoración, y fue de verdaderamente ‘vigorosa y consistente’. El significado del pasaje lo explicó de una manera que nunca antes había oído, y me vi realmente a mí misma entre verdes pastos. El Dr. Maclaren de Manchester es el único hombre que conozco que se podría comparar con el Sr. Craik. Su conocimiento de la lengua original va por mucho, más allá que el de la mayor parte de los hombres que se dedican a predicar, y su punto de vista en el significado de la Escritura también. Ha sido un enorme privilegio escuchar a un hombre así. ‘Volveré a escucharlo de nuevo’, y vendré una y otra vez, y nunca iré a ningún otro sitio mientras que me encuentre en Bristol. Para mí ha sido como si fuese una nueva conversión. Ahora sí que he escuchado un claro evangelio que puedo perfectamente entender. La Biblia ha pasado a ser un nuevo libro para mí. El amor entre los hermanos era como nunca antes lo había visto manifestado. La piadosa y sencilla manera de vivir, aun de las personas nobles que se mueven entre la alta sociedad, era de tal manera, que nos hace regresar al tiempo de los Apóstoles, y sentí que todo aquello era realmente la cristiandad en el más alto grado...

El día siguiente de cumplir veintiún años, fijé mi residencia en el Orfanato del número 6 (de la Calle Wilson). Siguiéron cinco años de feliz servicio entre los huérfanos, durante los cuales estuve viendo de cerca los episodios y una gran parte de la vida privada de la Hermandad, y puedo por tanto testificar acerca de la verdadera vida espiritual que allí se mantiene; la devoción que tienen al servicio del Señor, y el

desinterés por las cosas mundanas que envuelve allí todo. Aquí he visto a hombres y mujeres abandonándolo todo y siguiendo a Jesús de una manera o de otra.

El profesor y autor de la Biblia Americana, Dr. A. T. Pierson, describió posteriormente a Bethesda como siendo una de las dos verdaderamente apostólicas iglesias que había conocido.

A finales de junio de 1840 el Sr. y la Sra. Müller salieron de Bristol hacia Liverpool con ocho hombres y mujeres que se proponían salir de misioneros. Müller acompañó a los hombres al barco, y antes de que se subiesen a bordo, uno de los hombres le entregó a Müller 6 libras para los huérfanos.

‘El dinero que tenemos acumulado juntos’, le dijo, al entregarle el dinero en mano a Müller, es más que suficiente para nosotros’ (tenían cerca de 20 libras entre los ocho). Durante los meses que dure la travesía en el barco no vamos a precisar de ninguno, y cuando precisemos de más, el Señor nos suplirá de nuevo lo que necesitemos. Los demás hermanos y hermanas no tienen dinero suyo, y decidieron igualmente no poseer ninguno. El Señor ha puesto en mi corazón a los huérfanos de una manera especial, y por tanto no puedes rehusarte a recibir el dinero.’

En el sábado 15 de agosto de 1840, tuvo lugar una crisis en la Calle Wilson. Todas las despensas se encontraban semivacías, y las entradas de dinero durante la semana anterior habían sido muy pocas. El sábado, además, las necesidades eran normalmente casi el doble que los demás días debido a las compras que había que hacer para el domingo. Por lo menos se precisarían de tres libras para las necesidades del día en las casas, pero estaban sin un solo penique.

Cerca de las doce y media, dos señoras se presentaron con 2 libras, 7 chelines y 6 peniques. Müller se encaminó con esa cantidad para el Hogar de Niños y se encontró con los niños sentados a comer. El hermano “B” le entregó en mano a Müller una nota que estaba pensando en ese momento enviarle:

‘Querido hermano, con patatas del jardín de los niños, y con las manzanas de los árboles de la zona del recreo, además de con los 4 chelines y 6 peniques que fue el precio de algunos artículos ofrecidos por uno de los trabajadores, ya tenemos cena. Hacen falta muchas cosas. Pero el Señor ha provisto todo y seguirá proveyéndolo todo.’

En ese mismo día también entró un chelín de la venta de un Informe; un chelín de la caja del número 6; 6 chelines y 6 peniques de los trabajos de costura de las niñas; y 6 chelines del donativo de la hermana de una niña en el Orfanato.

En diciembre tuvieron las reuniones públicas de costumbre para dar a conocer los progresos habidos en 1840. Müller salió convencido de que la primera de las reuniones

había corrido bien; estaba particularmente contento y sintiéndose feliz en aquella tarde, con el hecho de que ninguno de los presentes pudiese haber detectado por la expresión de su cara de que no tenían absolutamente nada a mano para suplir las necesidades de los próximos días. Después de la reunión le dejaron dos peniques y medio en su casa.

A la mañana siguiente, aunque los fondos necesarios fuesen precisamente dos peniques y medio, Müller se volvió y puso sus ojos en el Dios viviente. Nunca habían tenido tanta falta de pan en las casas y después del desayuno, todo el pan en el Orfanato de Niños y en el de los más pequeños había sido distribuido. De manera misericordiosa, cerca de las once de la mañana, Müller recibió de Barnstaple 5 libras y medio soberano; la segunda reunión abierta tuvo lugar en esa misma tarde.

Müller se refirió en esa reunión a los cinco primeros años de existencia de los Orfanatos:

El objetivo principal por el cual la Institución fue establecida (recordó), es que la Iglesia de Cristo pueda ser beneficiada comprobando manifiestamente la mano de Dios operando en nuestro respaldo en las horas de necesidad, viendo como Él responde nuestras oraciones. Nuestro deseo, por tanto, no es que no tengamos momentos de prueba de fe, sino que el Señor gratuitamente se compadecerá de nosotros en medio de esas pruebas, para que no le deshonremos con nuestra desconfianza.

Esta manera de vivir nos hace estar siempre muy cerca del Señor. El está ahora, como lo ha estado siempre, mañana tras mañana inspeccionando nuestras provisiones, para que de acuerdo a lo que precisen nos envíe lo necesario. Nunca vi tan grande ni tan cercana la presencia del Señor como cuando después del desayuno no teníamos medios ni nada para cenar, y vimos como entonces el Señor proveyó comida para más de cien personas; o como cuando después de cenar, no había medios para el té del desayuno siguiente, y sin embargo, nos hizo llegar el té que precisábamos; y todo esto sin que ni a una sola persona se le haya informado acerca de nuestras necesidades...

Se nos ha dicho en más de una ocasión, que tal manera de vivir hace que pongamos nuestros pensamientos en la comida, las ropas, etc., que tienen que aparecer, y que nos incapacita para los ejercicios espirituales. Ahora bien, en primer lugar, yo respondo que nuestras mentes están muy poco entretenidas con las necesidades de la vida, precisamente porque el cuidado respecto a todas ellas lo hemos depositado en nuestro Padre, quien, debido a que somos Sus hijos, no solamente nos permite hacerlo así, sino que Él mismo nos dijo que lo hiciéramos así. En segundo lugar, debemos tener en cuenta que, aunque nuestras mentes pudieran estar ocupadas pensando acerca de las necesidades de los niños, y en otras cosas que sirvan de medio para llevar a cabo la obra, aun así, como procuramos solo en Dios estas cosas, solamente lo haríamos exponiéndolas como una necesidad bajo la presencia de nuestro Padre para que las satisfaga; y eso es una bendición y no una injuria para el alma. En tercer lugar, nuestras almas se dan cuenta que, para la gloria

de Dios y del beneficio de la iglesia también, es por lo que se nos presentan estos obstáculos y pruebas de fe, y ellas mismas son las que nos llevan siempre a Dios, a pedirle Sus gratuitas provisiones, que nos permitan ser fieles en este servicio.

En el transcurso del año de 1840, además de la obra con los niños, el Instituto para el Conocimiento de las Escrituras de Müller tenía también a su exclusivo cargo el mantenimiento de trescientos niños pobres que asistían allí seis veces por semana, además de mantener otras escuelas de Bristol. Müller programó una de las tardes para dedicarla a una clase para los adultos que no sabían leer ni escribir. Desde que se fundó el ICE en 1834, más de seis mil Biblias habían sido distribuidas, y después de 1840 otros libros también además de la Biblia fueron distribuidos – algunos vendidos, y otros ofrecidos. Este aspecto de la obra de la Fundación de Müller todavía se lleva a cabo en nuestros días. En el transcurso del año 1840, también, fueron enviadas ciento y veinte libras para las distintas obras misioneras a través del ICE.

Durante la primavera de 1841, aunque no seriamente enfermo, Müller sintió necesidad de un cambio de aires. En el momento que se vio con cinco libras en sus manos que le habían sido enviadas para sus gastos lo interpretó como una señal de que debería abandonar Bristol durante un cierto tiempo. Así que salió de viaje para Nailsworth en Gloucestershire y se hospedó en casa de unos amigos.

Pasando la primavera en Nailsworth, comenzó una práctica que jamás abandonaría después en todo el resto de su vida. Hasta ese día había tenido por hábito, después de vestirse por la mañana, de inclinarse para recogerse en oración. Pero mientras se encontraba en Nailsworth pasó a adoptar el punto de vista de que la cosa más importante era concentrarse primero leyendo la Biblia, meditando en el pasaje escogido:

Para que así mi corazón pueda ser consolado, incentivado, avisado, reprendido, instruido; y que por medio de la palabra de Dios, mientras en ella meditamos, mi corazón pueda ser conducido a la comunión efectiva y experimental con el Señor...La primera cosa que yo hacía (por la mañana temprano), después de haberle pedido en pocas palabras al Señor las bendiciones sobre Su preciosa palabra, era, comenzar a meditar en la Palabra de Dios, procurando, como estaba, dentro de cada versículo obtener la bendición que contenía; no con el propósito de predicar acerca de lo que hubiese meditado; sino con la finalidad de obtener comida para mi alma. El resultado invariable me he dado cuenta de que es, que después de unos pocos minutos mi alma se ve obligada a confesarse, o a dar gracias, o a que haga intercesión, o a orar con súplica; y no como pensaba, que era dedicarme a la oración, sino a meditar, aunque se volvía casi inmediatamente más o menos en una oración...De este modo igualmente he combinado lo esencial al aire libre durante una hora, una hora y media, o dos horas antes del desayuno, andando por el campo, y en el verano sentándome un ratito en las escaleras del jardín, si no tengo ganas de andar. He encontrado muy benéfico para mi salud el pasear así para meditar antes del desayuno, y ahora me doy

al hábito de tomar ese tiempo para tal propósito, cuando me encuentro en espacios abiertos, generalmente me llevo un Nuevo Testamento de buena imprenta, que cargo siempre conmigo con esa finalidad, además de mi Biblia: y hallo que puedo pasar mi tiempo de manera muy efectiva al aire libre, lo cual no era el caso anteriormente por la fuerza de mis hábitos...La diferencia, entonces, entre mi anterior práctica y la actual es esta: Anteriormente, cuando me levantaba, comenzaba a orar en cuanto me fuese posible, y normalmente me pasaba todo el tiempo hasta el desayuno en oración, o casi todo el tiempo...Pero ¿cuál era el resultado? Yo generalmente pasaba un cuarto de hora o media hora, o incluso una hora, de rodillas, antes de ser consciente en mí mismo de que había producido consuelo, incentivo, humildad de alma, etc.; y normalmente, después de haber sufrido mucho con distracciones mentales durante los diez primeros minutos, o un cuarto de hora, o incluso media hora, solamente después realmente era que comenzaba a orar. Muy raramente me sucede eso ahora. Porque mi corazón está siendo nutrido con la verdad, siendo atraído hacia una experimental comunión con Dios, hablándole a mi Padre, y a mi Amigo (¡siendo tan vil como soy, y tan indigno de eso!) acerca de las cosas que Me ha puesto delante y acercado en Su preciosa Palabra. Ahora me asombro pensando cómo es que no he comenzado a hacer todo esto antes.

Los meses del verano en 1841 fueron para los Orfanatos un periodo de continua prosperidad, o como Müller los definió: ‘un continuo manantial del río de la abundancia de Dios’. En el último periodo de tres años, nunca se había vivido con tanta abundancia en la Calle Wilson. Y no sería la última vez. Pero en los seis meses siguiente de 1841, Müller apuntó: ‘le ha placido al Señor...probar nuestra fe más severamente que nunca, antes desde el comienzo de la obra’. Tenemos un largo y duro invierno por delante.

Verdaderamente, tan afiladas y difíciles fueron las pruebas de nuestra fe durante los seis meses posteriores (hasta septiembre de 1841); tan largas y penosas las jornadas cuando, día tras día, solo diariamente nos llegaban las provisiones, y cuando aun entre una comida y otra, teníamos que buscar al Señor; tan largas las sesiones de oración, y sin embargo la ayuda parecía no llegar; que tan solo se puede atribuir a la especial misericordia del Señor, que la fe de aquellos que estaban colaborando en la obra no se enfriase del todo, que no se hayan desviado de sus obligaciones llevando a cabo la obra del Señor, y que se hubiesen marchado, desesperanzados de la ayuda de Dios, y se volvieran a los hábitos y los principios de este mundo pernicioso...En medio de la prueba, yo estaba plenamente confiado de que el Señor nos extendería Su brazo a Su debido tiempo, y de que, aunque fuese en el último momento, resultó para el beneficio de la Iglesia de Cristo de una manera general, para que la palabra se cumpla en nosotros – “que si somos atribulados, es para vuestra consolación’.

Después del periodo de comparativa plenitud que acabó en septiembre, la situación no se deterioró de repente; es cierto que por la mañana del día 1 de octubre Müller tuvo de nuevo que apuntar en su diario que no tenía un solo penique en el bolsillo. Pero que la ayuda ya venía de camino. A medio día llegaron 10 chelines con una nota donde estaba escrito: 'Vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de estas cosas. Confiad en el Señor.' Cinco minutos después Müller recibió diez libras de una señorita en Irlanda. Al mismo tiempo oyó que tres cajas llenas de artículos provenientes de Telbury venían en camino para ser vendidos para los niños. Dos horas más tarde le entregaron catorce pequeños donativos, que sumaban al total cerca de treinta chelines.

Un mes más tarde, sin embargo, sería rara la vez que llegasen juntas más de diez libras.

Noviembre 23. Ayer entraron cinco chelines para el fondo, los cuales nos han provisto lo necesario para el desayuno en el orfanato de los Niños. Una hermana nos ha enviado también un jamón y algunos guisantes. Ahora pasamos verdaderamente por mucha pobreza. Uno de los trabajadores (un miembro del personal) quiso ofrecer una cena para el orfanato de las Niñas con su propio dinero. En estos momentos de necesidad nos entregaron 17 chelines y 6 peniques de la venta de informes, que era la cantidad recogida de varios meses, pero que nuestro Señor nos entregó solo ahora que más necesitábamos. Además de esto, hemos recibido 2 chelines y 6 peniques más los trabajos de bordados de las niñas. Así que ya tenemos lo suficiente para hoy también. Por la tarde el Señor nos dio una prueba más de Su fidelidad en el amoroso cuidado que nos derrama, ahora que somos tan pobres, a través de una caja que nos ha llegado desde Plymouth conteniendo ropas, pequeñas joyas etc.

Temprano, a la mañana siguiente uno de los artículos en la caja de Plymouth se vendió por una suma suficiente para pagar los gastos del día. En esos días, Müller tenía reuniones diarias de oración en la Calle Wilson debido a la urgencia de la situación. Cuando él llegó a esta reunión de oración en particular de esta mañana, Müller oyó que mientras los niños estaban dando un paseo por el campo con sus profesores por la mañana, una pobre mujer se les había acercado y les ofreció dos peniques.

'Es una niñería', dijo la señora, 'pero tengo mucho gusto en daros estas monedas.'

En el momento que Müller llegaba a la reunión uno de estos peniques había sido necesario para completar la cantidad requerida para comprar el pan.

Diciembre era el mes en que habitualmente se hacían las reuniones abiertas al público para dar los informes sobre la obra. Pero al final de 1841, los tiempos eran tan inusualmente difíciles, que Müller decidió suspenderlas para que no se hiciesen críticas, de que se habían preparado para dar conocimiento de la necesidad que enfrentaban; la publicación del Informe Anual también se suspendió por el mismo motivo. Müller escribió:

¿Qué mejor prueba que esta?, por tanto, podríamos darle a la gente de nuestra dependencia esta puesta solamente en el Dios viviente, y no en reuniones públicas o informes impresos, que en medio de nuestra más profunda pobreza, estamos

agradecidos porque en el tiempo que pasamos podíamos darles a conocer nuestras circunstancias, sin embargo, nos quedemos en silencio durante un cierto tiempo más, sin decirles nada...El Señor estaba diciendo a través de estos tiempos de pobreza, 'Ahora descenderé y veré si verdaderamente confían en Mí, y si realmente me procuran solo a Mí.'

Este grado de fe no fue instantáneamente recompensada. Por el contrario, Müller escribió unos cuantos años después que:

Por todos los periodos que pasé desde que estoy viviendo de esta manera, hasta ese momento, nunca había conocido ningún periodo en el cual la fe hubiese sido puesta a prueba como durante los cuatro meses desde el 12 de diciembre de 1841 hasta el 12 de abril de 1842.

Nunca los niños tuvieron conocimiento de las dificultades ni de las carencias de comida, ropas, o bienes que había a través de todo este periodo. Pero hubo algunos acontecimientos pintorescos. Al medio día del martes 8 de febrero de 1842, había el suficiente alimento en las tres casas para las comidas del día, pero no tenían el dinero suficiente para comprar el pan o la leche para la mañana siguiente; dos de las casas necesitaban carbón. Müller pensó que nunca habían llegado a ser tan pobres y escribió que si Dios no enviaba nada antes de las nueve del día siguiente, 'Su Nombre se vería deshonrado'. Posteriormente en la tarde llegaron nueve pasteles, enviados de parte de una gentil señora. Incentivado con el donativo –no dudaba que era una prueba– estos tiempos que pasaban, la situación continuaba siendo tan terrible al tiempo de irse para la cama en aquella noche. Las últimas palabras en su diario ese día fueron estas: 'Verdaderamente estamos más pobres que nunca; pero, por gracia, mis ojos no se fijan en las despensas vacías ni en los vacíos bolsillos, sino en las riquezas celestiales del Señor solamente.'

A la mañana siguiente, Müller se dirigió muy temprano hacia la Calle Wilson para verificar la manera como Dios supliría la necesidad, y se dio cuenta al llegar que entre las siete y las ocho ya había carne suficiente. Un hombre de negocios cristiano había recorrido media milla hacia su lugar de trabajo cuando en sus pensamientos se le ocurrió que los niños de Müller podrían estar en dificultades. Él decidió, sin embargo, no volverse ahora de su camino, sino que les llevaría algo a las casas en esa misma tarde. Pero, como él mismo le dijo después a Müller:

'Vi que no podía dar ni un paso más, sintiéndome constreñido como me sentía para venir ahora mismo.'

Dejó tres soberanos en el Orfanato de los Niños. Esta ofrenda, junto con otras pequeñas sumas de dinero, cubrieron las necesidades para dos días.

Por abril de 1842 Müller y sus colaboradores se encontraban viviendo desde hacía seis meses en severas pruebas en las que semana tras semana, con tan solo tenían pequeños periodos de liberación, los fondos no tenían más que lo necesario. Müller nunca vaciló en su determinación de que ni él ni ningún miembro de su personal deberían pedirle a nadie

fondos. Pero su fe nunca había sido puesta a prueba tan intensamente. ¿Cuánto tiempo más duraría todo esto?

El martes 12 de abril la necesidad nunca había sido tan apremiante: desde el pasado sábado se recibieron menos de 14 chelines en la Calle Wilson. Por la mañana temprano Müller se arrodilló para orar.

‘Señor ten piedad de nosotros! Tú sabes que nosotros desesperadamente necesitamos de alguna comida, algunos pares de zapatos, dinero para reparar los zapatos viejos y para rellenar nuestras despensas, y algún dinero que se necesita para algunas de las colaboradoras en la obra. Te pido por favor que nos mandes buenas sumas de dinero.’

Posteriormente en esa misma mañana llegó un sobre de las Indias Orientales: contenía 100 libras. ‘Es imposible’, escribió Müller, ‘describir el gozo en Dios que me dio... yo no cabía en mí de contento y excitación cuando llegó este donativo, porque lo interpreté que vino en respuesta a la oración, que desde hace tanto tiempo procurábamos.’

En el mes de mayo, Müller pensó que sería correcto publicar un nuevo Informe de las actividades en el Instituto para el Conocimiento de las Escrituras incluyendo, por supuesto, los Orfanatos. El Informe que había sido suspendido cinco meses antes por causa del periodo de prueba.

Durante los previos diecisiete meses el ICE había estado financiando, además de a un centenar de niños en los Orfanatos, un total de otras actividades incluyendo la Escuela de Domingo, la Escuela para Adultos, La Escuela de Día para niños, la circulación de Biblias y libros cristianos y el soporte económico de misioneros en el extranjero. Durante los diecisiete meses hubo muy pocos casos de enfermedad en la Calle Wilson y ninguno de los niños había fallecido. El total de gastos en los Orfanatos habían sido de cerca de 1.337 libras y el total de ingresos un poco más de 1339 libras. La felicidad del Sr. Micawber sería total y completa. (Personaje del romance de Dickens “David Copperfield”, símbolo del optimismo, siempre confiado en que las cosas cambiarán de repente para mejor, atribuido aquí a Müller).

Una Justa Reclamación

Müller pasó seis meses en Stuttgart, con Mary, desde agosto de 1843 hasta febrero de 1844, intentando sofocar algunas disputas doctrinales que habían surgido en una pequeña iglesia Baptista. En todo ese periodo de tiempo, no hubo dificultades financieras en la Calle Wilson. Por ese tiempo llegó el primer niño a un cuarto Orfanato de la calle Wilson

A lo largo de todo el verano de 1844, tampoco hubo muchas dificultades, pero en cuanto acabó el verano y dio paso al otoño, los fondos estaban otra vez bajos.

En la mañana del miércoles 14 de septiembre, los fondos en la calle Wilson no tenían un penique; cerca de ciento cuarenta personas –niños y personal incluido– tenían que ser alimentados y sustentados. Pero cuando Müller inició aquel día sus actividades, no estaba preocupado: él decía muchas veces: ‘Nuestra necesidad es mi consuelo’. Ese día, al igual que en muchos otros, estaría deslumbrado al ver cómo Dios se las ingeniaría para enviarles Su ayuda. Un poco después de las nueve, recibió en la calle Paul un soberano proveniente de un dador anónimo. Entre las diez y las once, llegó una nota de la calle Wilson diciendo que serían necesarios 1 libra y 2 chelines para los gastos del día. En cuanto Müller acabó de leer la nota, un coche de caballos se paró a la puerta de su casa y se presentó un caballero proveniente de Manchester.

‘Yo soy un creyente en el Señor Jesús y me encuentro ahora en Bristol por causa de unos negocios’, le dijo a Müller. ‘He oído hablar acerca de sus orfanatos y me he quedado sorprendido sabiendo que sin tener usted ningún sistema de recolección de fondos, ni suscripciones personales de nadie, aun así usted recibe más de dos mil libras al año para su obra.’

Conversaron durante un cierto tiempo, y el hombre de negocios le entregó a Müller dos libras. También le llegaron en esa misma mañana diez chelines procedentes de la venta de dos bolsos de señora, además de pequeñas sumas que aparecieron durante ese día, y una caja con artículos para vender.

A medida que se acercaba el invierno, Müller comenzó asiduamente a orar acerca de las necesidades que serían precisas.

‘Querido Dios, por favor súplenos los medios necesarios para comprar una gran cantidad de ropa nueva para los niños. El Orfanato de los niños precisa de ser pintado y el personal de algún dinero para sus gastos personales.’

En la primera tarde del mes de octubre, su oración fue respondida: recibió un cheque de setenta libras. El donador le había pedido a Müller que le dejase saber ‘si alguna cosa en particular sería precisa además del donativo’. Pero Müller escribió en su diario ‘aunque el donativo vino en un tiempo tan necesario, yo no podía escribirle nada al generoso donador,

que le indujese a darnos más recursos, exponiéndole así nuestra situación, y que así indujera yo además, la mano de Dios a que no se manifestase en proveerme con los medios necesarios para la obra, como de otro modo lo haría'. El Orfanato de los niños fue, como siempre, debidamente pintado y el personal recibió su salario.

Todas las almas de la calle Wilson disfrutaron de una próspera navidad en 1844: Müller la describe como un 'periodo de rica abundancia'. En un crudo y frío invierno, el apetito de los niños creció para combatir al frío. Siempre que era posible, el personal les ponía delante comida en grandes cantidades, por ejemplo, en un sábado de febrero se compraron cerca de cincuenta kilos de arroz y cuatrocientos litros de guisantes. El 12 de febrero fue el día más frío de todo el invierno: en su paseo diario para orar y meditar oró:

'Querido Padre amoroso, muchas gracias que estoy tan bien provisto con carbón, buena comida y ropas cálidas. Puede ser que alguno de tus niños en Bristol tenga necesidad. Por favor provéeme los medios necesarios que me capaciten para ayudar mejor a los que estén en necesidad.'

Tres horas más tarde, le dieron una ofrenda de diez libras para sus propias necesidades. No nos cabe duda de cómo utilizó el donativo, aunque su diario no dice nada al respecto. Es sabido que durante su larga vida ofreció más de 80.000 libras del dinero que le dieron para su uso personal. Además de esto, muchos donadores sabían y eran conscientes del cuidado y solicitud que Müller tenía por los pobres en general, y algunas veces apartaban algo de sus donativos con esa finalidad.

Lydia tenía en esa altura doce años y había recibido lo que Müller describe como "una buena educación" en una escuela privada. Después de asistir a la escuela durante seis meses, Müller le preguntó por los gastos a la directora del curso: 'Tengo mucho placer en educarla gratuitamente'. Él insistió en el asunto, y eventualmente llegaron a un acuerdo de una cierta cantidad que pagó. Sin embargo, la suma exacta le fue devuelta anónimamente por la directora (como vino a saber más tarde). Lydia permaneció en la escuela hasta los dieciocho años, pero a pesar de las varias tentativas, a Müller nunca le fueron recibidos los pagos que pretendía hacer, procurando cubrir los gastos de la educación de su hija. 'Yo podía recordar después, 'y era bien capaz de pagar por su educación, y tenía mucha voluntad de hacerlo: pero el Señor se la concedió gratuitamente; mostrándome así también, cuan dispuesto está en Su abundancia de ayudarme y de suplir mis necesidades.'

En la mañana del jueves 30 de octubre de 1845, Müller recibió lo que describe como una 'delicada y amistosa' carta de un residente de la calle Wilson. El autor decía que tanto él como sus vecinos, estaban 'de varias maneras descontentos por lo que estaba ocurriendo en los Orfanatos de la calle Wilson'. La carta dejaba en manos de Müller una acción a emprender.

Hasta el lunes siguiente tuvo Müller tiempo suficiente para orar por este nuevo problema. Habiéndole pedido a Dios que le guiase a una correcta decisión, escribió las razones por las que estaba en contra de mudar de sitio a los niños.

En primer lugar vio que la reclamación de los vecinos, ‘ni estaba exenta de fundamento, ni era injusta’. Era verdad que –particularmente en las horas de recreo– los niños eran muy barullentos, aun pensando, sostenía Müller, ‘que el ruido que hacían era simplemente aquel tipo de ruido que nadie le puede encontrar falta alguna, cuando los queridos niños los producen jugando’. Él pensó, ‘Puedo muy bien imaginarme lo que supondría para mis nervios vivir al lado de las casas de huérfanos... me veo por eso en la obligación de actuar con los demás, como desearía que lo hiciesen conmigo. En segundo lugar, en medio de las ciento cuarenta, o ciento cincuenta personas que están viviendo en las cuatro casas en la Calle Wilson, debe haber ocasiones en las que las cañerías no funcionen tan bien drenando, y que afecte las aguas canalizadas.

Había otras razones para mudarse. El único patio de recreo en la calle Wilson era sólo lo suficientemente amplio para los niños de una sola casa al mismo tiempo; Müller siempre deseó que los niños tuviesen más espacio para jugar. Además, siempre quiso encontrar un sitio con una buena tierra para cultivar que pudiese ser jardineado y cultivado por los de más edad. Otra ventaja de acuerdo a su necesidad, sería que toda la lavandería podría ser hecha en los Orfanatos.

Müller tenía consciencia además, de que los aires de la atmósfera de la calle Wilson no eran lo suficientemente puros que deberían ser y, teniendo en sus pensamientos que muchos de los niños no tenían salud suficiente cuando llegaban a las casas, él estaba ansioso que ellos pudiesen ser instalados en el ambiente más saludable que fuese posible. Los profesores y el personal, igual, pensó él, también estarían agradecidos con algún sitio donde ellos puedan relajarse en un jardín o pasear en los campos después de sus horarios de trabajo.

Durante varios años, Müller había estado procurando alguna propiedad de ese tipo en Bristol que ofreciese esas ventajas, pero no había encontrado hasta la fecha ninguna. Generalmente las casas grandes, edificadas por familias privadas eran, él sentía, normalmente inadecuadas para el uso de orfanatos, siendo como eran inadecuadamente ventiladas.

Mientras más Müller pensaba y oraba acerca del asunto, más y más comenzaba a sentir que era esa la voluntad de Dios para él, embarcarlo en su más arrojada aventura de fe: abrir un nuevo y flamante edificio para huérfanos.

Yo comencé a darme cuenta que el Señor quería llevarme a edificar, y que Su intención no sería sólo en beneficio de los huérfanos, y la mejor solución en esta obra, sino que también produciría un testimonio más de que Él podía y proveería grandes sumas de dinero para las cosas que precisasen ellos confiando en Él para eso; y además, que Él podría agrandar la obra para que, si vengo a construir un Orfanato,

pueda ser lo suficientemente grande como para albergar en él trescientos huérfanos, con sus profesores y demás supervisores y criados necesarios para la obra.

En ningún periodo desde el comienzo de la obra en 1836, había habido tantos pedidos de admisión –particularmente de niños– y a Müller le resultaba muy doloroso tener que rehusarles un hogar a tantos niños.

Él les preguntó a sus colaboradores en Bethesda sus puntos de vista, y los ocho juzgaron que él debía salir de la calle Wilson y no podían ponerle ninguna objeción a la edificación de la nueva premisa. George y Mary comenzaron a reunirse todas las mañanas para orar acerca del asunto, y, en cuanto estuvieron seguros de que esa era la voluntad del Señor, ellos comenzaron a pedirle los fondos necesarios. Müller calculaba que serían necesarios por lo menos unas 10.000 libras.

En noviembre, Robert Chapman llegó para trabajar durante un cierto tiempo en Bristol. Müller estaba agradecido de tener la oportunidad para consultar a su amigo acerca del proyecto del edificio.

‘Yo creo que tienes todo el derecho de tener en cuenta ese desarrollo’, dijo Chapman. ‘Debes pedir la ayuda de Dios para que te muestre el plan, para que todo pueda ser hecho de acuerdo con los pensamientos de Dios.’

Los últimos siete años no habían sido nada fáciles: durante largos periodos no hubo exceso de fondos. La mayoría de las personas ya se darían por satisfechas continuando el sustancial y valioso trabajo de la calle Wilson, juzgando que la expansión ni sería práctica ni esencial. Müller, sin embargo, no se dio por satisfecho con meramente consolidar solo la obra; él ahora estaba persuadido de que era la voluntad de Dios expandirse y construir. Su Dios, decía él muchas veces, era un Dios rico y sin limitaciones en Sus recursos: ‘La plata y el oro son Suyos’.

El día diez de diciembre de 1845, Müller recibió el primer donativo para el nuevo edificio –una ofrenda de mil libras, la suma más alta que había recibido en un solo donativo. ‘Cuando me la entregaron’, escribió él, ‘me encontraba tan tranquilo, igual de quieto, como si hubiese recibido un chelín. Porque mi corazón estaba esperando las respuestas a mis oraciones.’

La hermana de Mary regresó de una visita a Londres.

‘Me encontré con un arquitecto cristiano’, le dijo a su cuñado, ‘que había recientemente leído tus *Narrativas* con gran interés. Estaba ansioso de oír hablar más acerca de la obra. Cuando le conté los planes que tenías de construir un nuevo edificio, él se ofreció para realizar los planos y supervisar las obras gratuitamente.’

Müller estaba maravillado. Él interpretó éste voluntariado, además de las mil libras como el comienzo de cosas muy grandes que estaban por suceder.

Salió para ver un pedazo de tierra de seis o siete acres situado a las afueras de Bristol. Por ese tiempo, había una atmósfera de gran especulación en torno a varios planes de edificación en esa misma área, y los terrenos ahí situados se cotizaban a un muy alto precio. Müller se propuso deliberadamente no declararle a nadie nada, dando detalles de sus planes

‘para que la mano de Dios sea la que se vea manifiesta en la obra’. Solo hablaría a las personas acerca de sus planes si la conversación se volcase sobre ese tema. A finales de diciembre recibió dos ofrendas posteriores para el nuevo Orfanato –una de mil libras y otra de cincuenta libras. Impresionado como se quedó por estos donativos, ya no pudo aguantarse de felicidad y escribió en su diario las siguientes notas en el año nuevo:

Enero 3. Uno de los huérfanos ofreció seis peniques.

Enero 10. Uno de los huérfanos después de haber recibido media corona de un primo suyo, ofreció 1 chelín y 6 peniques para el Orfanato; una hermana en el Señor también me dio tres chelines, un anillo, un par de pendientes de oro y un broche de oro.

Durante el mes de enero, Müller estuvo considerando las posibilidades que le ofrecían un cierto número de sitios apropiados, pero ninguno de los que había visitado le parecía adecuado o lo suficientemente barato. Sin embargo, al mes siguiente, aparecen estas notas en su diario:

Febrero 2. Hoy me he enterado que hay un terreno apropiado y barato disponible en Ashley Down.

Febrero 3. He visto el terreno. Es el más adecuado de todos los que he visto hasta ahora.

Ashley Down ofrecía sin duda enormes posibilidades: estaba bien situada y con una buena posición en el lado norte de Bristol, con amplias vistas que se extendían al este sobre Stapleton y al norte sobre Horfield. Y al mismo tiempo tenía la ventaja de encontrarse cerca del centro de Bristol y no demasiado lejos de Bethesda.

Al atardecer del día siguiente, Müller llamó a la puerta del dueño del terreno.

‘Él se encuentra ahora mismo en su lugar de trabajo’, le dijeron a Müller.

Cuando se le informó dónde era se presentó en la oficina del propietario.

‘Acaba de salir en este momento’, le dijeron, ‘pero espera estar de regreso en su casa a las ocho de la tarde’.

Müller decidió que no era la voluntad de Dios que se encontrasen en esa tarde y regresó a Kingstown.

A la mañana siguiente, Müller llamó una vez más a la puerta de la elegante casa donde vivía el propietario del terreno en Ashley Dow.

Un criado le atendió diciendo:

‘Está ahora mismo en casa y se encuentra muy ansioso de verlo cuanto antes.’

El criado condujo a Müller hasta el salón del caballero. Parecía muy cansado.

‘Su pedido sobre la posibilidad de adquirir el terreno para la construcción de un Orfanato, me fue comunicado ayer’, comenzó diciendo. Esta mañana me desperté a las tres de la madrugada, y ya no pude conciliar el sueño hasta las cinco. Finalmente vino a mis

pensamientos que si es con ese fin, le dejaré que tenga la tierra a 120 libras por acre, en vez de las 200 libras que yo había previamente pedido.’

¡Cuán bueno es el Señor!! Pensó Müller, y firmó con él un acuerdo para comprar cerca de siete acres.

Müller recibió una respuesta a la carta que le había escrito al arquitecto de Londres, acerca de su ofrecimiento de ayuda con los planes del edificio.

Mi estimado Sr.,

Me sería muy gratificante, más allá de lo que le pueda comunicar por carta, ofrecerle mi ayuda en la amorosa labor que está llevando a cabo, y estimaría como un gran privilegio que me fuese permitido ejercitar mis habilidades como arquitecto y supervisor, en la construcción del edificio que usted se propone erigir para los huérfanos. Es realmente lo que desearía ofrecerle, y, si todo sale como está previsto con la bendición de Dios, de manera gratuita le proporcionaré los planes, las elevaciones y las secciones; con especificación de todos los detalles de la obra, para que los gastos puedan ser bien valuados y estimados. También le haré una estimativa de los gastos y supervisaré la obra de manera gratuita...’

La semana siguiente, el arquitecto viajó a Bristol desde Londres, y Müller y él se fueron a visitar juntos los terrenos de Ashley Down.

‘Este lugar es de lo más apropiado’, le dijo el arquitecto a Müller, ‘en términos de situación, drenaje y suministro de agua.’

El dinero para el edificio estaba llegando rápidamente, y a mediados de febrero, Müller recibió la promesa de que le serían ofrecidas quinientas libras.

El arquitecto finalizó sus planos a finales de abril; el nuevo edificio providenciaría un hogar para trescientos niños, ciento cuarenta niñas y ochenta niños de ocho años para arriba, y ochenta niños y niñas hasta los siete, además de tener los cuartos apropiados para el personal y los profesores. La obra no comenzaría hasta que los fondos necesarios hubiesen sido recibidos. Él escribió:

Se me hace imposible describir mi gozo en Dios cuando recibí este donativo. Yo no estaba ni excitado ni sorprendido; porque buscaba con expectativa respuestas a mis oraciones. Yo estoy persuadido de que Dios me oye. Así que mi corazón estaba tan repleto de gozo, que solo pude quedarme quieto ante Dios, y admírame con Él, como David en 2ª de Samuel capítulo 7. Al final incliné mi rostro, y agradecí ardientemente a Dios, con mi corazón rendido hacia Él por Su bendito servicio.

El 19 de noviembre Müller se levantó a las cinco de la mañana para orar.

‘Querido Padre celestial, Tú sabes lo que se ha estado hablando recientemente acerca del inconveniente causado por los orfanatos. Te pido por favor que nos proveas los fondos necesarios para que podamos empezar a construir. Tú sabes, Señor, que los pedidos de

admisión nos llegan ahora en exceso de plazas a la Casa y que detesto rechazar a los niños. En Tú misericordia, escucha mi oración.’

Müller abrió su Biblia y leyó las palabras de Jesús en Marcos 11:24: ‘Por tanto, os digo que todo lo que pidieréis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá.’

‘Señor’, oró él, ‘yo creo que Tú me darás todo lo necesario para la obra. Yo estoy convencido de que dispondré de todo, porque estoy persuadido de que recibo respuestas a mis oraciones’.

Después del desayuno se tomó otro tiempo para orar, y cerca de cinco minutos después se puso en pie y le entregaron una carta registrada en mano. Contenía un cheque de trescientas libras de los cuales 250 se destinaban a la construcción del edificio. Esta cantidad sumo un total de más de 6.000 libras en el total de los fondos de la obra.

En diciembre recibió otro donativo de 1.000 libras, y en enero de 1847, con otra ofrenda de 2.000 libras sumaron el total de más de 9.000 libras.

El invierno de 1846-7 no había sido un periodo fácil con el mantenimiento en la calle Wilson. El año 1846 fue catastrófico para los cultivos de la patata y del trigo. La cosecha de algodón americana también había sido más baja de lo esperado, haciendo que los precios se disparasen. La economía británica estaba sufriendo una crisis de confianza con los rumores que corrían acerca de muchas compañías de ferrocarriles que estaban siendo investigadas, y que estaban a la cabeza del pánico financiero. En mayo de 1847, Müller registró en su diario: ‘Nunca tuvimos tanto cuidado con las provisiones desde que comenzamos la obra, como tenemos en este momento. El pan que requerimos es casi el doble más de lo que precisábamos hace dieciocho meses, la harina casi tres veces más que al principio, el arroz cuesta más del doble de su precio normal y las patatas no pueden emplearse, por causa de el excesivo precio que tienen ahora. Pero’, continuó él, ‘a los niños no les falta nada...mi corazón se encuentra en paz, en un gran reposo.’

En junio recibió otras mil libras para los fondos del edificio y ahora estimaba que, incluyendo material y mobiliario, el total de los gastos no serían menos de 14.500 libras. Sin embargos estas necesidades extras -tejidos para uniformes, linternas de gas, mobiliario para tres grandes zonas de recreo y un pequeño camino– nos se requerirían hasta cierto tiempo después de comenzar la obra en construcción. Por eso decidió comenzar la edificación, y los primeros obreros llegaron a Ashley Down el 5 de julio. El 19 de agosto los fundamentos de piedra del nuevo edificio terminaron de ser erguidos.

En febrero, un donativo de cien libras le permitió a Müller comprar una muda nueva de ropa para cada niño en la calle Wilson, que había sido algo por lo que él había estado orando desde hacía algunas semanas.

Durante el invierno, cuando el tiempo lo permitía, los trabajos continuaban en el nuevo edificio, y por mayo, ya se veían los tejados en una gran parte de él. Pero antes de que el primer niño se mudase para Ashley Down, Müller tuvo que lidiar con la explosión de

un triste suceso que se dio en el seno del movimiento de la Hermandad, y que se prolongaría durante varios años, llegando a causar trágicas y muy caras consecuencias.

Más Fuerte en Medio de la Tormenta

Volviendo a octubre de 1832, John Nelson Darby había predicado en Bethesda y en la iglesia de Gedeón en Bristol, y había hecho comentarios acerca de la ‘obra significativa’ que los ‘queridos hermanos Müller y Craik’ estaban haciendo. Darby fue una de las más influyentes figuras entre la primera comunidad de hermanos en las dos iglesias. Godson, del famoso Admiral de donde recibió su segundo nombre, fue educado en la Escuela Westminster y el Colegio Trinitario de Dublín, donde se graduó con la medalla clásica de oro.

Darby poseía una personalidad compleja. Por un lado, cuando se debatía en una de las muchas amargas disputas de su vida, podía llegar a ser muy obstinado, áspero y rudo. Pero, por otro lado, podía mostrarse a sí mismo extremadamente simpático y de cálido corazón. Cuando estaba de viaje, prefería generalmente hospedarse con familias pobres, antes que en las casas de las familias influyentes, y en la historia de la Hermandad (entre hermanos de Bethesda y Gedeón) escribieron y pasaron el testimonio oralmente de abundantes anécdotas mostrando que él apreciaba especialmente en su corazón a los niños -y estos de manera recíproca, también le adoraban.

Su habilidad natural se coronaba de una gran energía: A la hora de su muerte había fundado y dirigido unas 1500 iglesias en muchos países. Sus escritos se extienden y cubren catorce volúmenes incluyendo comentarios sobre la mayoría de los libros de la Biblia. Tradujo la Biblia a tres idiomas, y escribió profundos y a veces hermosos himnos para la iglesia.

Darby dijo que lo que le había llevado a salirse de la iglesia establecida era... ‘la unidad del cuerpo; allí donde no se aplica y practica yo no puedo estar’. Y sus primeros años en el nuevo movimiento fueron marcados por unos principios impecables de no sectarismo. ‘Este es el verdadero secreto de una iglesia bien estructurada’, escribió, ‘la perfecta amplitud de corazón, tan amplia como la de Cristo... nos mantiene infinitamente lejos del sectarismo...vosotros no pertenecéis a nada, ni a nadie, no sois otra cosa sino cristianos.’

Aunque a principios de 1830 se había quedado impresionado por la obra de Müller y Craik en Bethesda, comentó lo siguiente: ‘Hubiese deseado ver un mayor principio de amplitud de comunión’. Este fue un comentario que hizo, considerando que Craik frecuentemente predicaba para ministros no conformistas y disfrutaba una relación amistosa con ministros y escolares de la iglesia establecida incluyendo a Dean Alford, el Arzobispo Trenc y Dean Ellicot. Además, Müller y Craik convidaban algunas veces a bien conocidos

hombres de la iglesia que no pertenecían al movimiento de la Hermandad para que predicasen en Bethesda.

A principios de 1835, sin embargo, la formal generosidad del corazón de Darby, se vio corroída por otro fatal principio. En ese mismo año, Anthony Norris Groves (el cuñado de Müller que había llegado a su casa desde la India), visitó Plymouth y había detectado señales de que la Hermandad bajo la influencia de Darby había pasado a ser exclusiva y sectaria. En vez de mantenerse juntos por la verdad en Jesús, estaban más bien regocijándose, manteniendo un unánime testimonio en contra de todos los que no estaban de acuerdo con ellos.

En vista de la creciente influencia de Darby sobre muchos de la recién establecida asamblea en la Hermandad, Groves le había escrito, refiriéndose a la amplitud y generosos propósitos que Darby tanto había deseado y en los cuales se había afirmado él (Groves), pero francamente le expuso a Darby ‘tú te has apartado de esos principios...y estás volviéndote a la ciudad de la cual habías salido’.

A mediados de 1830 el movimiento de la entonces reciente Hermandad ya había sostenido varias tendencias divergentes internas. Por un lado, estaban aquellos como Groves, Müller, Craik y Chapman que se mantenían sin vacilar en el principio original no sectario de recibir a todos a ‘quienes Cristo había recibido’; y por el otro, Darby y el creciente número de iglesias bajo su influencia que estaban contemplando el establecimiento de un sistema de admisión dudoso para la unidad del cuerpo de Cristo y enfatizaban la separación del mal como un principio de Dios para la unidad.

Otras tensiones surgieron. En 1839, después de una quincena de reuniones para considerar algunos asuntos de orden eclesiástico que se habían levantado en Bethesda, Müller y Craik habían adoptado el firme punto de vista de que había necesidad de reconocer liderazgos y de ordenar gobiernos dentro de la iglesia. Darby, por otro lado, desaprobaba cualquier reconocimiento formal de los dones de predicar y enseñar, sosteniendo que eso llevaría a la formación o emergencia de un selecto grupo de ministerios y ministros. Él tenía la idea de que el reconocimiento de coordinadores era un obstáculo y una restricción hacia el libre movimiento del Espíritu Santo, creando una falsa distinción entre lo forjado y formal (que provenía “del hombre”) y lo espontáneo e informal (que provenía “del espíritu”).

A principios de 1840, una nueva figura entra en la historia. Benjamín Wills Newton se había formado primeramente en Oxford, y había llegado a ser Compañero del Colegio de Exeter. Él llegó a ser, durante un cierto periodo, extremadamente influyente en una de las primeras asambleas en Inglaterra –Ebrington Street, en Plymouth– la asamblea que le dio al movimiento su popular, aunque extraño título. Entre 1200 y 1400 personas de diferentes iglesias alrededor acostumbraban juntarse allí para oírle predicar.

Newton comenzó a levantar la alarma contra lo que él consideraba ser el sistema extraño de doctrinas de los tiempos o dispensaciones de Darby con respecto a los tiempos de la segunda venida. De acuerdo a esta doctrina, la cual se conoce como el “Rapto Secreto”, la segunda venida de Cristo tendrá lugar en dos periodos: el primero será el “rapto

de los santos” cuando Cristo retorne para llevarse consigo a los verdaderos cristianos de la tierra. Solamente entonces se levantará el Anticristo y aparecerá el periodo de la “tribulación”. El gobierno del Anticristo llegará a su fin por el segundo periodo de la venida – la pública “aparición” de Cristo en toda su gloria. Newton, sin embargo –y no era solo él– no estaba de acuerdo. Si la Iglesia fuese a ser removida antes de que se diese la tribulación, cuestionaba él, ¿quiénes podrían ser entonces aquellos fieles, de acuerdo al libro de Apocalipsis, que sufrirán durante aquel periodo? Newton no consideraba las diferencias que había entre él y Darby como si fueran triviales y sin importancia, porque él pensaba que la teoría de Darby entraba en conflicto con una doctrina central de la fe. Para Newton, la Iglesia abarcaba a todos los que habían sido redimidos por Cristo; las tribulaciones del “fiel remanente” por tanto debían haber sido redimidos por un acto de Dios aparte y diferente de la redención realizada por Cristo si tuviéramos que separarlos de la Iglesia del primer rapto.

Darby defendía que habían muchas y significativas secciones del Nuevo Testamento que debían ser aplicadas, no a la Iglesia, sino solo a una futura dispensación del remanente Judío restaurado.

‘Si haces esta distinción’, le dijo Newton, ‘echas por tierra toda la Cristiandad.’

Sin embargo, la influencia de la personalidad de Darby con su punto de vista acerca de la segunda venida, que puede darse ‘en cualquier momento’, ganaba muchos seguidores no solamente entre el movimiento de la Hermandad. Ha sido adoptado a través de los años por un gran número de anglicanos evangelistas y un gran número de fundamentalistas en Gran Bretaña y en América; el proceso ha ido fomentando la aceptación de la teoría, y la elaboración de los fundamentos en los tiempos o dispensaciones fueron adoptadas y declaradas luego por muchos estudiantes de la Biblia, tales como Scofield en su popular Referencia de la Biblia, y Bullinger en muchos de sus innumerables estudios.

Müller no era el único que no aceptaba este punto de vista. Müller, Craik, Chapman y S. P. Tregelles estaban firmemente convencidos de que debían darse una serie de eventos antes del retorno de Cristo –aunque para ellos esta venida contiene en sí misma la gran esperanza de la Iglesia. Entre los anglicanos, el arzobispo Trench, Dean Alford, Bishop Ellicot y Ryle se encontraban estos que abrazaban la fe antigua.

De manera muy triste estas emergentes tensiones entre los primeros hermanos que componían la Hermandad, y particularmente entre Darby y Newton, aniquilaron la armonía y el sosiego de la asamblea de Ebrington Street. Poco después de que Darby volviese de una corta visita al continente en 1845, un desastroso conflicto entre él y Newton quebró la paz y la armonía de la iglesia y casi paralizó el progreso de la obra.

Derby inició sus propias sesiones de enseñanzas en Plymouth, y comenzó a atacar tanto las doctrinas de Newton como al propio Newton. Anunció que se había apartado de la comunión de Ebrington Street, algo que después admitió haber sido precipitado.

En 1847, el énfasis del conflicto se centró en un nuevo punto doctrinal, concerniente a la persona y a los sufrimientos de Cristo. Esta no fue por supuesto la primera vez que

surgían contiendas en la historia de la iglesia, y tristemente no sería la última tampoco, que se centraban sobre la humanidad o de la deidad de Cristo. Darby criticó algunos puntos de vista que Newton había publicado en panfletos informativos y los describió como “doctrinas blasfemas”, y Müller, que estaba de acuerdo con Newton acerca de la segunda venida, comentó que el punto de vista de Newton en sus últimos panfletos parecían indicar ‘que el propio Cristo precisaba de un salvador’. Craik sospechaba que los errores de Newton eran ‘meramente de aquel tipo que se derivan de un intelectualismo especulativo propio, al mismo tiempo, de quien solo procura honrar a Cristo’. Más tarde en es mismo año, Newton se dio cuenta de su error y publicó una declaración donde dejó por escrito que admitía haber errado en sus panfletos. Su conclusión final termina así: ‘Confío en que el Señor no solo me perdonará, sino que además contrarrestará cualquier mal efecto que con estos escritos puedan haber surgido’.

Fue una catástrofe que las disputas no se quedasen allí. Darby trató de demostrar que Newton no se había verdaderamente retractado de su error, a pesar de la vigorosa confesión que Newton escribió diciendo lo contrario. El resultado fue que la iglesia de Ebrington Street virtualmente se desintegró, y la conexión de Newton con la Hermandad cesó de repente. Llegó a vivir hasta 1899 recluso en medio de pequeños círculos de iglesias fundadas por él mismo; continuó escribiendo artículos y panfletos a los cuales Müller posteriormente se refirió como siendo ‘sana doctrina y de acuerdo con las escrituras’ y que tanto él como su mujer leían ‘con profundo interés y provecho’.

A finales de abril de 1848, Darby visitó Bristol y se encontró con Müller como era su costumbre. Müller le convidó a predicar en el domingo próximo en Bethesda. Pero él rehusó la invitación debido a un incidente reciente.

En mayo dos miembros de la Iglesia de Ebrington llegaron a Bristol y se inscribieron para ser parte de la de la congregación de Bethesda. Uno de los hombres que había llegado de fuera durante los disturbios de Plymouth había por tanto sido admitido, pero la otra inscripción todavía se encontraba bajo consideración. Algunos de los seguidores de Darby levantaron algunos obstáculos a la inscripción del caballero, y Craik entonces sugirió que los tres miembros que más se oponían al pedido de admisión deberían visitarle. Ellos así lo hicieron, y declararon a los dos hombres claramente de ser simpatizantes alegados de la misma herejía de Newton.

En una reunión que se celebró en Exeter, Darby entonces públicamente anunció que él nunca más volvería a Bethesda si la iglesia recibía alguna vez en su seno a ‘seguidores de Newton’. Él entonces confirmaría lo mismo por carta a Müller; y posteriormente alegó que los seguidores de Newton habían distribuido sus escritos en el seno de Bethesda. Los seguidores de Darby en Bethesda por tanto comenzaron a presionar para que se abriese una investigación formal hecha por la iglesia sobre las enseñanzas de Newton (las cuales fueron por supuesto condenadas y repudiadas por sus autores).

En junio, uno de los seguidores de Darby, George Alexander, abandonó Bethesda; y los coordinadores se vieron forzados a convocar una reunión de iglesia. En esta reunión fue firmada una declaración (que vino a ser conocida como la Carta de los Diez) por diez

miembros de los líderes, incluyendo, por supuesto, Müller y Craik, que habían sido leídas y sancionadas por la mayoría de la iglesia. Los simpatizantes de Darby, sin embargo, abruptamente abandonaron la congregación.

La declaración iniciaba el punto de vista mantenido en Bethesda concerniente a la humanidad de Cristo, y declaraba que, al mismo tiempo que Cristo ‘sufrió exteriormente las pruebas y obstáculos inherentes a su condición de ser hombre e israelita - así también en Sus sentimientos y experiencias, además de en Su carácter externo, Él estaba en una escala entera y completamente “separada de los pecadores”’.

El documento final expone nueve motivos o razones explicando por qué los líderes se sienten incapaces de estar de acuerdo con el pedido de George Alexander, de que ellos deberían formalmente investigar y juzgar los errores de Newton. El motivo noveno introduce un bienvenido elemento de buen humor en toda la historia: ‘Todos sentimos que estar de acuerdo con los requisitos del Sr. Alexander, introduciría un mal precedente. Si un hermano tiene el derecho de demandarnos que examinemos una obra de cincuenta páginas, él puede requerir que sea investigado nuestro error, que diga estar contenido dentro de otro más grave que hayamos hecho; y así nuestro tiempo se desperdiciaría en la exanimación de los errores de otra gente, en vez de en el más importante de los servicios’.

A Darby sin embargo no le hizo gracia alguna y, estando de visita en Yorkshire, se dio cuenta de que la asamblea de la Hermandad tenía simpatías con Bethesda. Por eso el 26 de agosto emitió desde Leeds una circular excomulgando a Bethesda ‘en bloque’ ¡por deliberadamente haber recibido en su seno seguidores del punto de vista de Newton en la iglesia!! Demandó a todas las asambleas esparcidas por todas partes de la Hermandad a ‘juzgar la cuestión de Bethesda’.

Müller y Craik no mostraron signos de preocupación o de pánico y se quedaron quietos. Uno de los seguidores de Darby le escribió un papel intentando demostrarle que una de las publicaciones de Craik era sospechosa. Sin embargo, Darby sabía muy bien que el bien capacitado y experimentado Craik era sólidamente ortodoxo, y de Darby se dijo que se deshizo del papel de su propio seguidor tirándolo en su hoguera.

El 31 de octubre, Müller decidió tomar acción. Anunció públicamente que su personal condenaba de las enseñanzas de Newton, y en una serie de reuniones de la iglesia dejó ver claro que nadie que defendiese o fuese seguidor de las enseñanzas de Newton (ya retractado), sería recibido en la congregación de Bethesda.

De ahí en adelante, las asambleas de la Hermandad que se rehusaron a aplicar los decretos de Darby contra Bethesda, pasaron a ser conocidas como la ‘Hermandad Abierta’ (sus últimos sucesores en el siglo 20 prefieren el título de ‘Hermandad Cristiana’) y aquellos que siguieron a Darby pasaron a ser conocidos como ‘Hermandad Exclusiva’. Henry, el hijo de Anthony Norris Groves, sostenía que se habían hecho más esfuerzos en Bethesda para juzgar y repudiar los puntos de vista de Newton, de lo que ningún otro acto de otras asambleas actuando bajo la disciplina de Darby. El círculo de iglesias simpatizantes de Darby llegaron a creer con toda su sinceridad Bethesda había sido cortada del seno de las asambleas de la Hermandad por haber abrazado los puntos de vista de

Newton; mientras que de hecho el propio Newton había ya repudiado él mismo los errores y la iglesia en Bethesda nunca les había prestado atención alguna en ningún momento.

Bethesda y las 'reuniones abiertas' que se mantuvieron con Bethesda, de manera firme y segura sostenían la independencia de cada una de las iglesias locales para decidir a quién recibir o no en sus congregaciones; aunque ya solo de por sí este exclusivo argumento, redargüían ellos, no estaba de acuerdo con la 'buena práctica de la unidad del cuerpo'.

La Srta. Anne Evans continuó siendo un miembro de Bethesda a pesar de este triste y turbulento periodo. Ella lo describe como un 'tiempo de agonía, de intenso dolor y perturbación'. Bethesda pasaba, escribió ella: por un periodo en que estaba siendo despedazada desde la cabeza hasta los pies. Hubo amistades quebradas; familias fueron divididas –maridos de sus mujeres, hijos de sus padres, relaciones de negocio fueron disueltas, corazones, e inclusive la razón, debilitados. Nosotros (en Bethesda) precisamos de ser humildes. Hemos estado pensando demasiado en nosotros mismos. Habíamos crecido muy rápidamente en número y nos hemos dado a conocer mundialmente, porque son muchos los que se han juntado con nosotros de las clases superiores. Nuestro timonero hermano, además, está fuera de cualquier sospecha... Todo esto es algo que está muy por encima de carne o sangre, por eso es por lo que verdaderamente a Satán se le ha permitido descender sobre nosotros y arrastrar por el polvo todo nuestro orgullo.

Pero no todo está perdido. Continuó Anne Evans:

En estos tiempos de dolor el Sr. George Müller ha sido un gran estandarte para nosotros; no ha perdido la cabeza; ha sujetado el timón con mano firme; y cuando por fin Bethesda resurgió de la tormenta, salió fortalecida, más libre que nunca antes. Hemos vuelto a crecer en número (a mediados de 1850 contaban con cerca de setecientos miembros). El trabajo en el orfanato, que parecía haberse obstruido, produjo la 'admiración del mundo'...

Cuando el gran Festival comenzó, la Hermandad Abierta se lanzó de alma y corazón y puso manos a la obra. Fue a través de la lectura de un libro de Müller que dos jóvenes comenzaron a llevarla a cabo.

Pero esta una historia para un capítulo posterior.

El Tesoro Secreto de Müller

Por el tiempo en que Darby mandó su circular excomulgando a Bethesda, los trabajadores que estaban laborando en el nuevo Orfanato concluyeron el tejado y parte de su interior ya estaba revestido. Hasta esa altura se habían dado para la obra más de 11.000 libras, y no serían necesarias menos de 3.000 para concluir la entera y adquirir su mobiliario.

En febrero de 1849, Müller se pasó largas horas haciendo los últimos preparativos antes de poder recibir al primer niño y orando para que la cantidad que faltaba apareciera de prisa. Otras 1.500 libras aparecieron en sendos generosos donativos.

‘Un visitante ha llegado hasta aquí y quiere verte’, le comunicaron en la mañana del 11 de febrero.

‘Había determinado’, comenzó el visitante diciendo después de las presentaciones, ‘donar para su Institución dinero en mi testamento, pero ahora he decidido entregárselo en vida. Estoy particularmente ansioso de que mi nombre no sea relacionado, y por eso no escribí ni firmé cheque alguno, para que ni tan siquiera mi banco pueda saber nada acerca de mi donativo. Aquí tiene el dinero en efectivo.’

El visitante le entregó en mano a Müller dos mil libras en monedas.

‘Me es imposible describir’, escribió Müller, ‘el verdadero regocijo que yo tuve en Dios cuando recibí esta suma. Yo estaba tranquilo, para nada excitado sino en paz, capacitado para emprender inmediatamente otra labor que me viniera para hacer...; pero era inenarrable el deleite que yo tenía en Dios, Quien de esta manera me ofrecía la respuesta completa a mis miles de oraciones, que elevé durante estos mil novecientos y noventa y cinco días’. El donativo le dio a Müller los medios para hacerle frente a todos los gastos para la nueva casa, y además le sobraron sesenta libras de reserva. En total, recibió cerca de dieciséis mil libras para el nuevo hogar, incluyendo cerca de setenta libras por la venta de la tierra y la turba (concentración de materia orgánica) que había donde la casa fue construida, y 750 libras de intereses: Müller usó el punto de vista ‘como mayordomo de grandes sumas, que se me han depositado, yo procuro invertir el dinero, hasta que sea necesitado.’

Lunes 18 de junio de 1849. Gran excitación en la calle Wilson: el primer niño estaba listo para mudarse a Ashley Down. ¡Qué hermosa fue la primera impresión que les causó este nuevo y gran edificio!! ¡Les cortó la respiración a los niños!! ¡Cómo se deleitaron con

el sonar de los pajarillos cantando, con las vacas pastando en los campos, y la vista que se extendía sobre el valle hasta Stapleton!! Una vez dentro de las instalaciones, hasta los pintados y nuevamente pulidos muebles de madera olían bien, y la totalidad del edificio tenía iluminación y estaba bien ventilado. Para el martes, ya todos, incluidos también los profesores y el personal, se hallaban en el nuevo hogar: ciento cuarenta personas viviendo debajo de un mismo techo. El sábado Müller estaba apto para redactar: ‘hay unas medidas de orden de tal forma establecidas en la casa, por la ayuda de Dios, que hace que parezca que las cosas son hechas al tiempo de las agujas de un cronómetro’.

Durante la primera semana, Müller había estado observando a un visitante del nuevo hogar:

‘Estos niños deben consumir una gran cantidad de alimentos.’

Mientras hablaba, sacó de su bolsillo un fajo de billetes que sumaban juntos cien libras. En la misma tarde llegó a la casa un gran barril de cerveza, junto con seis sacos de azúcar. Un tonelero hizo dos grandes nuevos barriles para cerveza totalmente en forma totalmente gratuita. Al día siguiente fueron almacenados diez sacos de arroz. ‘Después de todos los muchos y largos periodos de aflicción y pruebas de fe, dentro de estos trece años y dos meses, durante los cuales los huérfanos estuvieron en la calle Wilson’, dijo Müller: ‘el Señor los ha transformado en comparativa abundancia. ¡Loado sea Su Santo Nombre por eso!!’

‘El Sr. J. N. Darby está aguardando que descienda para recibirlo’, le dijo un asistente al mes siguiente.

Lo que realmente sucedió durante el encuentro ha sido amplia y ardientemente discutido: lo siguiente está basado en los registros de Müller. A la una menos diez en punto, entró Müller en la sala donde se encontraba Darby y le extendió cordialmente su mano.

‘Una vez que ahora has juzgado los escritos de Newton’, dijo Darby, ‘ya no hay ninguna razón ni motivo de separación entre nosotros.’

‘Solo dispongo de diez minutos ahora,’ replicó Müller, ‘tengo un compromiso agendado para la una en punto, y por tanto, no tengo tiempo para hablar sobre el asunto; debido a que tú has actuado tan vengativamente en toda esta disputa, muchas cosas tienen que ser revistas antes de que tú y yo verdaderamente podamos volver a juntarnos de nuevo.’

Con esto Darby se levantó y salió de la casa. Los dos hombres no volverían a encontrarse jamás. Darby (que falleció en 1882) posteriormente negó que el registro de Müller sobre la entrevista que mantuvieron fuese correcto, pero no hay documento aparentemente de la versión de Darby sobre el caso. El Profesor F. F. Bruce, uno de los líderes y figuras entre la Hermandad hoy en día, ha comentado que ‘una respuesta con mas humor’, por parte de Müller, debió provocar que aquella oportunidad nunca más fuera repetida. Igual que Müller, Darby también poseía los atributos de su nacionalidad, y su personalidad impulsiva irlandesa debió haberlo inducido a una posterior severa respuesta’.

Todas las semanas recibía Müller ahora entre cinco y ocho niños nuevos, y por mayo de 1850, más de trescientas personas se sentaban todos los días a comer en Ashley Down

incluyendo el personal que eran más de treinta miembros. Todos los miércoles por la tarde se veían grupos de visitantes alrededor del Nuevo Edificio para los Huérfanos, como era conocido.

‘Fuimos reunidos en la puerta’, recordaría un visitante, ‘poco después de las dos en punto una numerosa y bonita fiesta de todas las edades en la vida, esperábamos para ser admitidos. Cundo las puertas se abrieron, nos encontramos en un pequeño recibidor, desde donde una escalera de piedra nos condujo hacia el interior de salas espaciosas en el edificio central, donde los visitantes esperan para ser guiados. Esta sala es un cuadrado perfecto, con los cuatro ángulos separados por el hueco de las ventanas, desde donde contemplamos alargados espacios de recreo empedrados, con partes cubiertas de tejado para uso de los niños en tiempo de lluvia. Vimos que uno de los espacios era apropiado para jóvenes de ambos sexos, un cierto número de los cuales se encontraba realizando actividades bajo la supervisión de dos o tres niñas más mayores; otro para niñas; y el tercero para los niños; mientras que por la cuarta ventana se divisaba el jardín por donde entramos las visitas.

Nuestro guía entró, y se hizo cargo de los cuarenta o cincuenta que esta vez se habían reunido... Comenzamos por introducirnos en la Sala de Día de los más pequeños, donde nos encontramos una tribu de pequeños haciendo cosas, bajo el cuidado de la asistente. Pegado al margen de una de las paredes de esta sala se encuentran unos pequeños cestos de dormir, para uso de los más pequeños si se encuentran cansados de jugar.

‘Nos encontramos en una sala como una docena de niños que estaban, bajo el cuidado de una señora, sosegadamente entretenidos y dedicados en la muy necesaria tarea de la hechura y reparación de provisiones (ropa, zapatos, mobiliario, etc.), los cuales atraeron la simpatía de las mujeres de la comitiva de una manera más expresiva. Una señora, de avanzada de edad, se dejó llevar emocionada por el entusiasmo – “un paso arriba y un paso abajo, es como se perfecciona el zurcido.” Algunos, tal vez, de estos muchachos puede ser que en el futuro lleguen a estar en la marina naval, otros puede ser que escojan ser emigrantes; y nosotros difícilmente podemos estimar el valor de este humilde pero necesario arte en semejantes circunstancias. Aún la más común de las experiencias de los aprendices en este campo, encontrarán que fue muy a menudo de gran provecho para ellos. En todos los casos admiramos la sabiduría práctica que se desarrollaba, aún en los remiendos y reparación de las provisiones, enseñando la mejor manera de hacer las cosas. En el departamento más reciente se encuentran armarios como aquellos para la loza, que sirven para poner de lado sus juguetes, cuando se encuentran estropeados. Estaban bien abastecidos con casi todas las descripciones que una tienda corriente pueda suplir.

‘El lugar del aseo, observamos nosotros, se encuentra equipado con baños, y en las paredes están colgados pequeños cestos para cada niño, enumerado, con jabón y escoba del pelo. El más escrupuloso cuidado es evidentemente otorgado para asegurar la limpieza tanto de las personas como de las toallas, así como para evitar habladurías de alguna infantil o juvenil acusación de algún personal contacto.

‘Mientras más nos adentrábamos por este establecimiento tan provechoso y útil, más intensamente impresionados nos quedamos viendo que no había el menor rasgo de pobreza

en los vestuarios y en el aspecto de los niños. El cabello aseado de las niñas luce con peinados muy lindos, como los que podemos imaginar que hubiesen sido realizados por el amor de una madre; y había en todo el lugar unos ojos que nos miraban a las visitas con una feliz sonrisa, y una transparencia de corazón en sus tiernos rostros, que eran la prueba indudable de que tanto en Principios como en Asistencia, la fuente de motivación es siempre el Amor, y el prevaleciente y dominante espíritu que gobierna todo el establecimiento es la Ley de la Ternura. Es verdaderamente imposible no salir de aquí totalmente convencido de que todo se hace de la mejor manera en cada departamento, y que cada uno de los que coopera en la obra se encuentra admirablemente equipado para sus deberes, y tenía un corazón generoso de amor por su trabajo, que le salía de dentro.’

Aunque ahora Müller tenía a su cuidado cerca de trescientos niños, él tenía consigo una larga y rápida creciente lista de espera de niños procurando admisión: en diciembre de 1850 la lista andaba por los setenta y ocho nombres (por 1856 ya había crecido para cerca de ochocientos cincuenta nombres). Para él era desesperante rehusar la entrada para uno solo de estos niños.

Nunca hubo una sola institución en el Reino Unido que no fuese selectiva y con una radical admisión supervisada. La mayor parte de las casas admitían públicamente que realmente discriminaban a ciertos niños, esto es, para que a los niños que hubiesen perdido ambos padres les fuese no solo muy dificultoso, sino imposible entrar. La admisión por medio de votos o peticiones provenientes de los donadores, excluía al que es realmente pobre de hacer uso de los orfanatos, una vez que normalmente no tienen ni el tiempo ni el dinero necesario para obtener los votos necesarios requeridos. En el caso de Müller nada era necesario sino un pedido de admisión dirigido a Müller – ningún dinero, ningún tipo de suscripción, ningún voto era requerido. La gente más pobre, sin ningún tipo de influencia, sin amigos, apoyo de nadie, que vinieran de cualquier parte del Reino Unido, que provengan de cualquier religión conocida o no conocida, quien apelase en respaldo de un niño que hubiese perdido ambos padres, podían ver al niño admitido si había sitios vacantes. Ni los gobiernos regionales ni los nacionales destinaban fondos apropiados para los huérfanos. Un documento oficial publicado en 1845 dice que existían seis mil huérfanos en las prisiones de Inglaterra. ‘Por la ayuda de Dios’, escribió Müller, ‘haré lo que me sea posible para alejar a los huérfanos de las prisiones.’

Müller comenzó a pensar en la posibilidad de construir un nuevo gran edificio lo suficientemente grande para acomodar a setecientos niños y así poder tener a su cargo un total de mil pequeños. Se encontraba profundamente deprimido por lo que oía decir acerca de las condiciones que había en los centros de trabajo. ‘Escucho decir una y otra vez, de fuente segura, que los niños, empleados en la Unión (centros de trabajo obligatorios), son corrompidos, por otros niños maleantes, y otra muy mala gente joven que anda en estos locales; por eso muchos de los familiares pobres de los huérfanos, se ven incapacitados de cuidar de ellos, ni les pasa por la cabeza sacarlos de allí, dejándolos que se corrompan.’

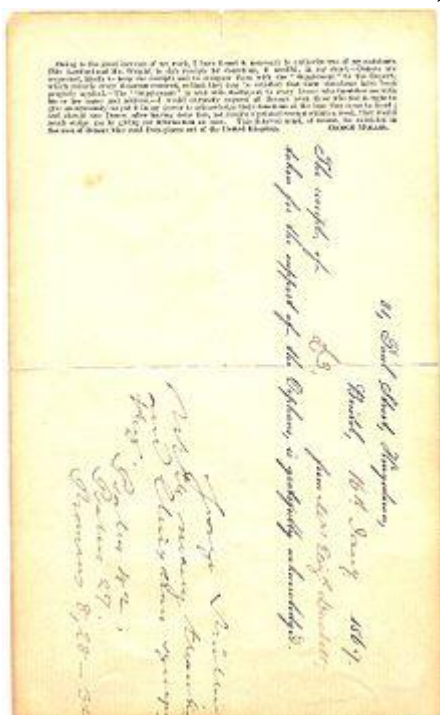
En enero de 1851, Müller recibió el mayor de los donativos para la obra que le habían dado hasta la fecha: tres mil libras. ‘Este donativo es...como una Voz del cielo,

hablándome acerca del asunto más profundamente importante a tratar, con respecto al cual estoy procurando la guía del Señor, la construcción de un nuevo Hogar para huérfanos’. Durante cinco meses se mantuvo orando acerca del asunto, poniendo por escrito ocho razones o motivos contra la expansión de la obra, además de una respuesta para cada una de las objeciones y entonces ocho razones para la edificación de un nuevo hogar para setecientos niños.

En abril recibió un donativo, el cual fue contribuido por un vicario, un diácono y unos capellanes de la Reina.

En mayo de 1851, se decidió finalmente a llevar adelante sus planes de expansión, y comenzó a orar para que Dios le proveyese los medios económicos necesarios –alrededor de 35.000 libras, estimaba él. ‘La magnitud de la suma requerida produce en mí una especie de secreto regocijo; porque mientras más grandes sean las dificultades a ultrapasar, mejor y más ampliamente se verá la gloria de Dios, lo mucho que puede ser hecho a través a través de la oración y de la fe.’

En agosto, Müller recibió un cheque de quinientas libras, pero en los primeros meses de la nueva aventura recibió pocas sumas tan grandes. Durante varios meses en el verano de 1851, corrió la noticia de que de que ya se poseían treinta mil libras disponibles para el fondo económico del edificio: era un falso un rumor, el actual estado de la bolsa no contenía más de 1.200 libras. Müller se rehúso en principio de desmentir el rumor (él nunca comentaba el estado de los fondos).



Formulario de recibo emitido por George Müller

‘Señor, tú sabes cuan pequeña es la suma que Tu siervo tiene.’ le dijo a Dios, ‘en comparación con lo que se necesita. Pero Tú sabes que Tu siervo no ha hecho nada precipitado ni bajo sentimiento alguno en todo este asunto, sino esperado en Ti durante seis meses en secreto antes de hablar de su intención. Ahora Señor, en Tu misericordia, sustenta la fe y la paciencia de Tu siervo, y si Te place, renueva rápidamente su corazón enviándole grandes sumas de dinero, por las cuales está aguardando, y que él confiadamente espera.’

No obtuvo respuesta inmediata la oración y durante algunos meses parecía que el intenso rumor que había afectaba a los donativos. Por marzo de 1852, los fondos fueron decreciendo de tal manera debido a los gastos del día a día, que el día 16 no había literalmente ningún dinero disponible sino el saldo en el fondo del edificio.

Müller se encontraba esperando en su casa en la calle Paul por un miembro de su personal que vendría proveniente de Ashley Down por más dinero.

‘Querido Padre celestial’, oró, ‘provee para que no tenga que entregarle dinero de los fondos del edificio para las necesidades del día.’

Al día siguiente, Müller recibió un donativo de poco menos de mil libras de los cuales retiró doscientos para los gastos corrientes, seiscientas libras para los fondos de la construcción, y el resto para la escuela, Biblias, panfletos y gastos con las misiones.

Este fue uno de los peores periodos en la historia de los Orfanatos debido a las enfermedades. Durante un periodo de cerca de cuatro meses, más de un centenar de niños en el nuevo Hogar llegó a estar seriamente enfermo con fiebre escarlatina y cinco de ellos fallecieron.

Los donativos venían normalmente del extranjero. Un pastor australiano que había leído las Narrativas de Müller mientras apacentaba su rebaño le envió una ofrenda; una niña pequeña en Nueva Zelandia apartó los huevos de las gallinas y con la venta envió un donativo; otros donativos llegaron de Estados Unidos, Nueva Escocia, Tahití, Canadá, India, Ceilán, África, el Cabo de Buena Esperanza, Turquía, Francia, Suiza, Alemania y de Italia.

A finales de 1852, Müller oró específicamente con insistencia para que Dios le enviase grandes sumas de dinero. Finalmente, en enero de 1853, él recibió la promesa de que con la suma de donaciones conjuntas de varios cristianos, recibiría ocho mil cien libras. ‘Día tras día, durante diecinueve meses seguidos’, escribió, ‘he estado procurando una más abundante ayuda de la que estaba recibiendo. Yo estaba plenamente persuadido de que Dios me enviaría ayuda con grandes sumas de dinero; aunque la espera se me hizo muy larga. ¡Mirad y ved cuan precioso es aguardar en Dios!! ¡Mirad y ved que aquellos que lo hacen así, no serán nunca confundidos!... ¿He confiado en Dios de balde? ¿No se ha manifestado que es mucho más precioso, en todos los caminos, depender enteramente de Dios?’

Al día de 13 de junio la cuenta corriente había decrecido hasta solo haber doce libras. Varios artículos eran necesarios, incluyendo: harina –por ese tiempo se recibían diez sacos para consumir por semana, cerca de dos toneladas de avena, cuatrocientos platos de sopas; y había un número de reparaciones que hacer en la casa empleando un número de operarios, además de los gastos corrientes de cerca de 70 libras por semana. Para colmo de todo esto,

el sábado anterior Müller había descubierto un defecto en el sistema de la calefacción que costaría cerca de 25 libras reparar.

En esa misma mañana, a medida que Müller subía la cuesta de la calle Paul hasta Ashley Down, oró mientras andaba.

‘Señor, hoy es lunes, cuando muy pocas ofrendas se nos entregan normalmente. Pero si es Tu voluntad Tú puedes mandarnos lo que necesitamos.’

Legando a su despacho en el nuevo Orfanato se encontró con un cheque de más de trescientas libras.

El gozo que tuve no puedo explicarlo. Paseé de un lado a otro de mi oficina durante un largo rato, lágrimas de gratitud al Señor corrían en abundancia por mis mejillas, alabando y magnificando al Señor por Su bondad y cuidado conmigo de nuevo, agradeciendo con todo mi corazón a Él por Su bendito servicio. Difícilmente había yo alguna vez sentido de una manera tan intensa la generosidad del Señor ofreciéndome Su ayuda.

A principios de Enero (1854) Müller recibió la promesa de una posterior donación de una muy buena cantidad de dinero, esta vez de más de cinco mil libras. Un año más tarde volvió a recibir proveniente de un grupo amigo de cristianos otra cantidad de cerca de seis mil libras. Estas dos grandes sumas de dinero hicieron más próxima la fecha en que se podrían comenzar las obras en el segundo edificio.

Durante algún tiempo, Müller había estado pensando que en vez de levantar un enorme edificio para setecientos niños como originalmente había previsto, sería mejor construir dos casas para ubicar cuatrocientos en una y trescientos en la otra. Por eso él consideró los terrenos que se hallaban en cada extremo del Hogar ‘Núm. 1’ y juzgó que la idea era posible de ser llevada a cabo. Llamó a un arquitecto para que reconociese los terrenos y que elaborase un plano para las dos Casas; éste le confirmó que el proyecto era viable.

Así que Müller decidió hacer un inmediato comienzo en edificar un segundo Hogar en la parte sur del ‘Núm. 1’ para albergar a cuatrocientas niñas. En mayo los obreros pusieron manos a la obra y comenzó la construcción. En la lista de nombres de niños que deseaban entrar en los hogares había en ese momento seiscientos inscritos.

En febrero de 1856 Müller recibió otro gran donativo de tres mil libras, y en marzo llegó uno posterior con cuatro mil libras.

La gente se inventaba todo género de ingeniosas conjeturas para explicar el remarcable éxito que Müller tenía obteniendo estas grandes cantidades de dinero sin nunca haber mendigado por fondos. Algunos decían que se debía a que era extranjero; otros sostenían que era por la novedad de la obra; algunos decidieron que Müller debía tener acceso a algún tesoro secreto; pero la más popular explicación era que todo no pasaba de

ser el resultado de los Informes Anuales que Müller producía. Müller respondía a estas explicaciones con una cierta gracia.

El que yo sea extranjero, debería ser considerado naturalmente, más bien como un obstáculo para que depositasen en mis manos tales sumas de dinero, y no de un incentivo en los donadores a que me las ofreciesen. En cuanto a ser nueva la forma de procurar dinero, hace ya mucho tiempo que no es novedad para nadie, porque estamos en junio de 1856 y la obra comenzó en marzo de 1834. En relación al tesoro secreto al cual tengo acceso, hay más verdad en esto de lo que se suponen los objetores; tened por cierto que el tesoro de Dios no tiene fin, y yo, pensando así, me he dirigido solo a ese tesoro para obtener libremente sus beneficios, y simplemente por la fe y las oraciones, de ahí he retirado las más de 113.000 libras que recibí desde el comienzo de la obra.

En cuanto al rumor de que los Informes servían de medio por el cual todo el dinero aparecía, Müller contestó de la siguiente manera:

‘No hay nada especial en escribir informes detallados. Esto es lo que hace en cualquier institución generalmente, pero habitualmente resulta que los Informes no los lee nadie. Nuestros informes no se distinguen por el poder de lenguaje, ni por hacer llamados a sentimentalismos. Son simplemente declaraciones de los hechos. Los Informes no van acompañados de una inscripción personal como medio para obtenerlos; sino que se envían simplemente a los donadores, o a cualquier individuo que se muestre interesado en recibirlos. Si es cierto que producen resultados, lo que no se da generalmente con los informes, solo puedo atribuírselo al Señor.

...No dudo de que el Señor haya una y otra vez utilizado los informes como instrumento para incentivar a las personas a ayudarnos con los medios. Pues aunque estamos continuamente precisando de grandes sumas de dinero; y como centenas de libras no duran sino un corto espacio de tiempo, yo le ruego al Señor día tras día, y normalmente varias veces al día, para que me supla de los medios, con lo que dicen respecto a los corazones de Sus amados niños, y que a los lectores les constriña por el amor de Cristo a ayudarme con los medios con los cuales les motive Dios. Y si eso es lo que ocurre, no dudo, que el Señor una y otra vez haya operado a través de Su Espíritu en los corazones de aquellos que han leído o hayan oído hablar de los informes. Pero tanto si se nos suplen los medios a través de los informes, o si no tienen influencia alguna en eso, en cualquier caso es Dios quien está obrando por y para nosotros...’

La siguiente carta llegó al buzón de la puerta de Müller:

11 de Octubre de 1856.

Querido Sr.

En admiración por los servicios que usted le ha rendido a los pobres huérfanos y a la humanidad en general, pienso que es correcto que reserve algunas provisiones para usted mismo. Pienso que es correcto enviarle 100 libras como un comienzo (al que espero que muchos buenos cristianos se sumen también), para formar un fondo teniendo en consideración su mantenimiento y el de su familia, y espero que usted lo reciba como el principio de un acuerdo. Que Dios le siga bendiciendo a usted y a su labor, así como lo ha estado haciendo en todo respecto a su institución.

Estoy a su servicio, estimado Sr.

Müller vio la carta como una tentación para poner su confianza en cualquier cosa diferente que no fuese en la voluntad de Dios Mismo, y respondió así:

Calle Paul 21

Kingsdown

Bristol

12 de Octubre de 1856

Mi estimado Sr.,

Deseo agradecerle su amable carta, e informarle que su cheque de 100 libras ha llegado a mis manos.

Yo no tengo ninguna propiedad, ni las tiene mi querida esposa; no poseo ni un chelín de salario regular como ministro del evangelio desde los últimos veintiséis años, ni como director del Orfanato ni en los demás propósitos de la Institución para el Conocimiento de las Escrituras. Cuando tengo necesidad de alguna cosa, me arrodillo y le pido a Dios que se complazca en darme lo que necesito; y Él pone en el corazón de una persona u otra que me ayude. Así han sido suplidas abundantemente todas mis necesidades durante los últimos veintiséis años, y puedo decir libremente, para alabanza de Dios, que no tengo necesidad de nada. Mi querida esposa y mi única hija, una joven con veinticuatro años de edad, tienen la misma manera de pensar. De andar en este bendito camino de vida ninguno de nosotros se encuentra cansado, sino que cada día que pasa estamos más convencidos de las bendiciones de Dios.

Yo nunca he pensado que sea correcto hacer provisiones para mí mismo, o mi querida mujer e hija, excepto de esta manera, que cuando me encuentro en la calle con un caso de necesidad, como el de una anciana viuda, una persona enferma, o un niño sin ayuda, yo utilizo liberalmente los medios que Dios me ha ofrecido, plenamente persuadido de que si tanto yo mismo, como mi querida esposa o hija, en un momento o en otro, podamos llegar a estar carentes de algo, Dios nos devolvería lo que le hubiésemos dado al pobre, considerándolo una ofrenda para Sí Mismo.

Bajo estas circunstancias, no estoy capacitado para aceptar su generosa oferta de 100 libras teniéndolas en cuenta como una provisión para mí mismo y mi familia; como me parece entender de su carta. Cualquier cosa que se me ofrezca, sin haberla pedido, es suplida por aquellos que tienen en su corazón ayudarme para suplir mis personales o familiares gastos, yo los acepto agradecido; o cualquier donativo para la obra de Dios con la que estoy comprometido, también la acepto lleno de gratitud, como un mayordomo para los huérfanos; pero su generoso donativo me parece ser específicamente ofrecido para suplir mis provisiones; lo cual juzgo que sería desagradable para Mi Padre Celestial, quien tan bondadosamente me ha ofrecido diariamente el pan a su tiempo. Pero si cree que yo he malentendido el significado de su carta, déjeme por favor saberlo. Retengo en mi poder el cheque hasta que vuelva a tener noticias tuyas.

Entretanto, mi estimado Sr., cualquiera que sea el significado de su carta, estoy profundamente conmovido de su generosidad, y diariamente oro a Dios para que se digne a recompensarle ricamente, tanto físicamente como espiritualmente.

En su servicio, muy agradecido

George Müller

Dos días más tarde Müller recibió una respuesta, en la cual el donador le pedía que usase las cien libras para el mantenimiento de los huérfanos, y unos pocos días después recibió una carta posterior con doscientas libras de parte del mismo donador.

Por el mes de noviembre de 1857, Müller abrió el Hogar 'Núm. 2' (como llegó a ser conocido) en Ashley Down: se situaba inmediatamente al sur del Núm. 1 perfectamente encuadrado con él. Tenía sitio para cuatrocientas niñas –doscientas niñas de ocho años para arriba y doscientas más pequeñas, y la primera y emocionada niña llegó a mediados de noviembre.

Los escépticos dudaban si Müller sería capaz de proveer los medios para setecientos niños, y el largo número de personal que ahora empleaba. Estas dudas fueron desbaratadas; y en los años que estaban por venir Müller sorprendería al mundo al triplicar la dimensión de su obra.

Cuando el Viento del Sur Sopló



Hogares en Ashley Down, Bristol

Los dos nuevos Orfanatos estaban completamente aclimatados por una central de calderas de gas. A finales de noviembre de 1857, un asistente le trajo una carta a Müller con una mala noticia:

‘La caldera que alimenta los radiadores de la calefacción del Hogar núm. 1 sufre de una grave avería. No podremos enfrentar el invierno si no intervenimos ahora.’

La caldera estaba totalmente rodeada por un muro de ladrillo, y la localización de la avería no podía ser detectada sin derribar ese muro, una operación que debería causar daños posteriores a la caldera. Durante los ocho inviernos que trabajó hasta ahora, nunca había dado problemas y este contratiempo les tomó de sorpresa. Müller firmemente creyó que el no haber hecho nada y el haber dicho: ‘Confiaré ese asunto en las manos de Dios’, había

sido una presunción descuidada, y no fe en Dios. ‘Eso sería’, dijo él, ‘lo contrario de fe.’ Alguna cosa, por tanto, tenemos que hacer ya y rápidamente.

‘Estoy excesivamente preocupado de que los niños –especialmente los más pequeños– no sufran con el frío’, le dijo Müller a su asistente. ‘Una nueva caldera llevaría muchas semanas para ser instalada. ¿Podría la que está ahora ser reparada?’

‘No podemos tener la certeza de eso’, le contestó el asistente, ‘pero de cualquier manera nos llevará varios días derribar el revestimiento de ladrillo para identificar el problema.’

‘¿Podremos usar gas en la calefacción temporalmente?’

‘No es suficiente el gas disponible que tenemos del sistema de iluminación, para calentar el vasto número de radiadores que son requeridos.’

‘¿Podemos utilizar “los radiadores de Arnott?”

‘Esos no serían apropiados porque requieren altas chimeneas para despejar el humo.’

‘Cualquiera que sea la solución’, dijo Müller, ‘no debemos permitir que las finanzas entorpezcan nuestro camino. Tendré todo el gusto en gastar cientos de libras, antes que ver a los niños sufriendo de frío.’

Müller decidió que había que remover el muro de ladrillo para ver la extensión de los daños, y si fuese posible arreglarlos para que pudiesen resistir al invierno. Fijó una fecha el siguiente miércoles para que los trabajadores comenzaran las reparaciones necesarias. Él sabía que cuando los obreros llegasen el fuego en la caldera tendría que ser apagada. El día después de que Müller así lo programase, apareció el primer día verdaderamente frío del invierno, y un gélido viento del norte se asentó. Müller se arrodilló para orar.

‘Señor, Tu sabes que no puedo llevar a cabo las reparaciones. Querido Padre, te pido dos cosas. ¿Podrías tener la bondad de cambiar el viento norte en un viento sur; y que te dignes darles a los obreros un “corazón para trabajar” como lo hiciste cuando Nehemías reconstruía el muro de Jerusalén en cincuenta y dos días porque “el pueblo tenía corazón para trabajar?”

El martes por la tarde, antes de que los trabajadores llegasen, el gélido viento del norte permanecía; pero en el miércoles, el viento del sur sopló exactamente como se lo había pedido Müller a Dios en oración. El tiempo estaba tan agradable que no se necesitaba calefacción. Los operarios aparecieron puntualmente, removieron el revestimiento de ladrillo, encontraron la avería en la caldera y comenzaron a repararla.

A eso de las ocho y media de la tarde del miércoles, cuando Müller se retiraba para su casa, le detuvieron en el recibidor a la entrada en la puerta del Hogar de Ashley Down.

‘El jefe de la firma’, le dijo el portero’, que fabrica la caldera ha venido para ver cómo va la obra y cómo podrían ser acelerados los trabajos.’

Müller regresó de inmediato al Hogar núm. 1 y procuró juntarse con el jefe para ver cómo iban los trabajos.

‘Los hombres trabajarán hasta tarde hoy’, dijo el jefe, ‘y volverán aquí de nuevo por la mañana muy temprano.’

‘Nosotros preferiríamos, señor, trabajar toda la noche’ le dijo el empleado.

Müller se acordó de la segunda parte de su oración. ¡Dios es quien le da verdaderamente a los hombres “un corazón para trabajar”!!

Por la mañana los hombres completaron las reparaciones, acabaron con la avería – aunque con grandes dificultades– y en un tiempo de cerca de treinta horas, se reconstruyó el muro de ladrillo. Finalmente re encendieron el fuego en la caldera con mucho regocijo.

Y durante todo el tiempo sopló un agradable vientecillo del sur.

Los donativos para una tercera casa todavía continuaban apareciendo: al comienzo de 1858, Müller recibió un donativo de tres mil libras, y dos más con 800 y 700 libras. Estos, y otros donativos similares, significaban que Müller ahora tenía consigo los fondos necesarios para comenzar la obra en el núm. 3. En septiembre compró once acres y medio de terreno al lado del camino frente a los Hogares núm. 1 y 2. Como el sitio era espacioso, él decidió construir el núm. 3 lo suficientemente amplio para acomodar a cuatrocientos cincuenta niños. Eso significaría que tendría un total de mil ciento cincuenta niños a su cargo. Ahora precisarían de varios miles de libras extras. En diciembre, una fábrica de cristales le comunicó que supliría en el edificio núm. 3 todo el cristal de los trescientos cincuenta ventanales sin costo alguno. En los primeros días de enero de 1859, Müller recibió setecientas libras, de las cuales separó cuatrocientas para el fondo del edificio.

Durante 1859 y 1860, los donativos aparecieron rápidamente e incluían números de muy sustanciosos donativos en respaldo del edificio. Incluso cuando el núm. 3 estaba siendo construido, y justo antes de que fuese abierto, los pensamientos de Müller se centraron en una posterior extensión dramática de su obra. Después de un periodo de oración diaria y reflexión, se decidió a construir dos Hogares más grandes en Ashley Down para ochocientos cincuenta niños, y así serían eventualmente un total de dos mil niños a su cuidado. ¿Cuáles eran las razones para una tan costosa expansión? ¿Sería verdaderamente necesario?

Con respecto a la necesidad, el número de inscripciones de admisión iban creciendo constantemente a principios de 1860. Casi todos los días llegaban nuevas inscripciones, a veces tres y cuatro en un mismo día. Además, Müller hasta ese tiempo había estado más centrado en proveer de un hogar para niñas en vez de niños. ‘Las niñas’ decía él, ‘son el sexo más débil; y se encuentran por eso más expuestas que los niños de caer terribles negligencias; y nosotros podemos fácilmente mantenerlas hasta que cumplan los dieciocho o los diecinueve años de edad.’ Así la supervisión debía tener mayor consideración a las niñas que a los niños. ‘Pero ahora’, continuó Müller, ‘he sido guiado a considerar que debemos hacer algo más también por los niños, para prevenir, si nos es posible, el necesario rechazo al niño de una familia, teniendo con ellos la misma actitud que con las niñas, de ser recibidas sin impedimento.’

El hospedaje en otros orfanatos en el Reino Unido todavía eran inadecuados; y su admisión supervisada altamente selectiva. ‘Y aunque hubiesen espacios disponibles en ellos’, dijo Müller, ‘que no es el caso, aun así, las reglas que tienen de admisión por votos, las cuales se ejercen en la mayoría de ellos, hacen difícil, si no imposible, para las personas más pobres y más destituidas que puedan servirse de ellos...Una vez recibí un pedido de admisión para varios huérfanos, cuya madre, una viuda, que pretendiendo obtener votos para uno de sus hijos sin padre, se quedó tan en extremo cansada un día que ella volvió para su casa de recolectar votos, se sentó y falleció.’ La única alternativa para estos pobres niños fue los centros de trabajos obligatorios.

Muchos de los niños -aun los ya jóvenes- que Müller recibió desde el principio de su obra, eran incapaces de leer cuando llegaron a los Hogares. Müller escribió que ellos tenían el privilegio y regocijo de educar a centenas, que de otra manera no podían cultivarse mentalmente; además de enseñarles una gran variedad de otras cosas que son provechosas en esta vida para hacer de ellos miembros útiles de la sociedad’. Pero, continuó el, ‘con todo el progreso físico y mental que reciben, nunca debemos darnos por satisfechos. Todo nos parecería ser excesivamente corto, si ellos no fuesen beneficiados primero espiritualmente...Y esta bendición tenemos nosotros que agradecerla a Dios, no solo concerniente a veinte o cincuenta huérfanos, sino concerniente a centenares.’

Recordando atrás a los cerca de treinta años de la obra, existían amplios incentivos para que Müller expandiese las actividades de la Institución. Incrementar el trabajo administrativo no resultaría un problema; a principios de 1860 empleó efectivamente a tres asistentes de tiempo entero para que se ocupasen de la correspondencia, de los fondos y de asuntos similares. Él pudo expandir su personal como era requerido. Pero los gastos de supervisar a dos mil niños y además al personal serían enormes. Dos nuevos Hogares con la necesaria tierra debían costar alrededor de cincuenta mil libras.

Le dijo la gente: ‘¿Y cómo será capaz de llevar a cabo la obra, y de abastecer las necesidades del edificio, cuando los gastos corrientes asciendan a cerca de 35.000 libras al año?’

‘Yo sentí naturalmente todas esas dificultades considerando la obra’, respondió Müller. Yo no soy ningún fanático o entusiasta, sino, como todos los que me conocen saben muy bien, un quieto, sereno, sosegado y calculador hombre de negocios; y por tanto sé muy bien que me sería totalmente imposible, viéndolo por los cinco sentidos; pero así como siempre se ha llevado a cabo todo en esta obra desde el principio, por la fe sola, confiando en el Dios Viviente solamente para todas las cosas, pues así va a seguir también con respecto a este ensanchamiento. Yo busco al Señor solamente por los cooperadores, terrenos, medios y todo lo demás que sea necesario. He considerado las dificultades durante meses enteros, y he analizado al pormenor cada una de ellas; pero la fe en Dios las echa por tierra a todas.’

Müller originalmente comenzó su obra con los niños con el objetivo de demostrar lo que se puede llegar a realizar solo por la fe.

Mi principal objetivo era la gloria de Dios, dando una práctica demostración de lo que puede ser alcanzado simplemente a través de los instrumentos de la fe y la oración, para beneficiar a la Iglesia de Cristo más ampliamente, y que lleve a un desprotegido mundo a darse cuenta de la realidad de las cosas de Dios, demostrándoles a los hombres, en este mundo, que el Dios Viviente es todavía, el mismo que hace cuatro mil años. Esta súplica mía me fue concedida abundantemente. Multitudes de pecadores han sido así convertidos, multitudes de niños de Dios en todas partes del mundo se han visto beneficiados por esta obra, así como yo lo había anticipado. Pero mientras más iba creciendo la obra en amplitud, mayor iba siendo la bendición, concedida por la misma vía en que yo procuraba por las bendiciones; porque la atención de cientos de miles se ha fijado en la obra y varias decenas de millares han venido para verla de cerca. Todo esto me guía a desear más y más aplicar este principio y a trabajar por esa vía, para poder traer una todavía más grande gloria al nombre del Señor...Para que pueda darse a conocer cuánto puede hacer un pobre hombre, simplemente por confiar en Dios, y puede realizar a través de la oración; y para que así otros hijos de Dios puedan ser inspirados a crecer en la confianza hacia Él, en sus individuales posiciones y circunstancias.

A finales de mayo de 1861 Müller anunció su intención de ampliar su obra para instalar a dos mil niños. Al final de año, no más de unas mil libras habían entrado en los cofres de las cincuenta mil que serían necesarias para la construcción de los hogares núm. 4 y 5. Müller calculaba que a ese paso se necesitarían alrededor de veinticinco años antes que llegase el dinero necesario para que la construcción tuviera lugar. Pero no estaba desesperado: se mantuvo confiado.

En la tarde del 11 de enero, Müller pasó varias horas en Ashley Down orando por varios aspectos de la obra que dirigía, y para que el dinero entrase en los fondos. Cuando llegó a su casa de la calle Paul, se encontró con un cheque registrado de dos mil libras con la siguiente nota:

Le envió un cheque, con el valor de 2.000 libras, el cual espero que acepte con mi más grande amor y como expresión de mi enorme gratitud de corazón a Dios por el privilegio de ser un cooperador en la obra de protección para los huérfanos. Desearía que fuesen utilizados en los dos edificios que usted se propone, Dios mediante, edificar. Había considerado distribuir 1.000 libras en cada uno; pero tiene usted toda la libertad de usarlo todo en el primero que se construya, si ese es su deseo. Y además, una vez que han sido ofrecidas para el Señor, yo se que serán bien empleadas.

Tres días más tarde recibió otras dos mil libras y una quincena después más otras dos mil y quinientas. ¡Los veinticinco años de espera para que los Hogares núm. 4 y 5 fuesen construidos comenzaron a parecer más cortos!!

A principios del verano de 1861, la familia Townsend se mudó para Bristol. Müller y John Townsend, que había estado ayudando a George en su obra en la Escuela de Domingo en Bristol, llegaron a ser amigos muy cercanos. La hija de Townsend, Abigail, todavía no había cumplido tres años cuando su familia llegó a Bristol pero rápidamente sintió un amor muy especial por Müller y pasaba muy a menudo tiempo en Ashley Down con George y Mary en la calle Paul. Se sentía fascinada mientras oía a sus padres hablando del camino que Dios le providenció a Müller y a sus niños.

‘! Yo quiero ser como George Müller!’ solía decir muy a menudo.

Una vez en la calle Paul dijo: ‘Ojalá que Papito responda a mis oraciones como Él hace con las tuyas, George Müller.’

‘Así lo hará, querida mía.’

Teniendo a Abigail en su regazo, él repitió la promesa de Jesús: ‘Cualquier cosa que pidieréis en oración, creed que la recibiréis, y será vuestra’ (Marcos 11:24).

‘Ahora bien, Abbie, ¿qué es lo que tú quieres pedirle a Dios?’

‘Algo de lana.’

Juntándole sus manos, Müller dijo, ‘Ahora tú repites lo que yo diga: Por favor Dios, envíale a Abbie algo de lana’.

‘Por favor Papito envía a Abbie algo de lana.’

Soltándose de sus brazos Abigail salió corriendo para jugar en el jardín, muy segura de que la lana llegaría.

Entonces se acordó de que Dios no sabía que tipo de lana quería ella, así que regresó a los brazos de Müller.

‘Yo quiero orar de nuevo.’

‘Pero ahora, querida, estoy ocupado.’

‘Es que me he olvidado de decirle a Dios el color que quería.’

Tomándola de nuevo en sus rodillas, Müller dijo: ‘Está bien, se siempre muy clara, ahora pídele a Dios lo que quieres.’

‘Por favor Papito, envíame una lana “atul claro”, dijo Abigail, que aunque tenía un rico vocabulario, no podía pronunciar la ‘zeta’ bien, y la cambiaba por la ‘te’.

La mañana siguiente llegó un paquete dirigido a Abigail conteniendo una cantidad de variedades de lana. Su profesor de la Escuela de Domingo, se acordó de que su cumpleaños estaba muy próximo aunque no sabía exactamente cuando era, y recordando además que le gustaba mucho hacer trabajos de lana, había comprado algunas y se las envió –no en su cumpleaños– sino en el día perfecto para deleite de la niña viendo que Dios oye y responde las oraciones.

Una de las historias que más amaba Müller también con respecto a Abigail Townsend, y que no se encuentra registrada en el diario de Müller, pero está incluida en una corta biografía, *Las Aventuras de la Hermana Abigail*, es la siguiente:

Una mañana temprano, Abigail se encontraba jugando en el jardín en Ashley Down cuando Müller vino a ella y le cogió su mano.

‘Anda, vamos a ver lo que el Padre va a hacer ahora.’

La llevó hasta el enorme comedor donde ya estaban dispuestos los platos, tazas y utensilios de comida sobre las mesas. De acuerdo con el registro, no había nada más dentro de los platos vacíos sobre la mesa. Los niños estaban de pie esperando por el desayuno.

‘Niños, vosotros sabéis que tenemos que llegar temprano a la Escuela’, dijo Müller, y juntando sus manos oró: ‘Querido Padre, nosotros Te agradecemos por aquello que Tú nos vas a dar de comer hoy.’

En ese momento oyeron todos unos golpes secos en la puerta. El panadero se encontraba allí de pie:

‘Sr. Müller, no he podido dormir nada la noche pasada, Algo me hacía sentir que no tenían pan suficiente para el desayuno, y el Señor quiso que les trajera alguno. Así que me levanté a las dos de la mañana y me puse a fabricar algún pan caliente, y ahora lo he traído.’

Müller agradeció al panadero y alabó a Dios por Su cuidado.

‘Niños’ dijo él entonces, ‘no solo tenemos pan, sino pan fresco, recién hecho y todavía caliente.’

Casi inmediatamente escucharon una segunda llamada en la puerta. De esta vez era el lechero.

‘Sr. Müller, el carro donde transporto la leche ha sufrido una avería a la puerta de su orfanato. Desearía ofrecerles a los niños la carga de leche fresca para que pueda vaciar el remolque y reparar el problema.’

Müller le agradeció al lechero y los niños disfrutaron su desayuno.

Después de algunos retrasos en la construcción, el tercer Orfanato en Ashley Down se abrió por fin el día 2 de marzo de 1862. El más grande de los edificios levantado por Müller en Ashley Down, el núm. 3 era también el más relevante en su posición y llegó a ser (y a ser recordado) un famoso emblema de Bristol. Un hombre que vivía en Horfield, cerca de Ashley Down, dijo que, ‘siempre que le surgían dudas sobre el Dios Viviente sobrevolándole por sus pensamientos, él acostumbraba a levantarse por la noche para contemplar las muchas ventanas que había en Ashley Down, brillando a través de la oscuridad como las estrellas en el cielo.’

Pero con una lista de espera en ese momento de cerca de un millar de niños, Müller estaba ansioso de que aun mas estrellas brillasen en Ashley Down. En octubre de 1864, un donativo de cinco mil libras sumó a lo que ya había en el cofre del edificio más de veintisiete mil libras y Müller se propuso comprar el terreno para edificar el Hogar núm. 4. Durante algunos años había estado observando un precioso sitio en el mismo margen de

Ashley Down donde se ubicaban los Hogares núm. 1 y 2, opuestos al núm. 3. El terreno poseía unos dieciocho acres y tenía una pequeña casa y otras construcciones anexas en un extremo de la propiedad, muy cerca del punto donde la carretera de Sefton Park se encuentra con la carretera de Ashley Down (entonces un tortuoso camino). Müller le había pedido a Dios en oración centenas de veces para que fuese capaz de levantar dos grandes hogares en aquel lugar.

Ahora que ya tenía consigo el dinero necesario para edificar el cuarto Hogar, Müller fue a visitar al agente que actuaba en nombre del dueño del terreno y le preguntó si la tierra se encontraba en venta.

‘Así es’ respondió el agente, ‘pero la persona que la tiene alquilada solo la desocupará el día 25 de marzo de 1867.’

Müller no se sintió desilusionado con esta noticia. Él esperaba, por medio de la oración, hacer un acuerdo con el arrendatario, persuadiéndole de que saliera antes de aquel tiempo, a cambio de alguna compensación económica. Habían surgido entretanto otras dos dificultades. En primer lugar, lo que el dueño pedía eran siete mil libras por el terreno, lo cual Müller juzgaba ser considerablemente más caro que su valor real; segundo, él había leído que la Compañía de Trabajos del Agua de Bristol pretendía construir un adicional depósito de abastecimiento de agua para la ciudad en el mismo terreno, y conseguido un Acto del Parlamento (doc. oficial) para el efecto.

Varias veces por día Müller ahora se entregaba específicamente a orar por estos tres inconvenientes. Él entonces se fue a visitar al comité de directores de la Compañía de Aguas para saber del depósito de aguas.

‘Nosotros solamente necesitamos de una pequeña área de tierra se requiere para el depósito’, le dijo el comité, ‘no lo suficiente como para interferir en sus planes. Si nos es posible no ocuparemos ni tan siquiera ese trozo de terreno, si es que nos aparece entre tanto algún otro sitio.’

Sosegado, Müller entonces se fue a visitar al colono y le habló acerca de sus planes para el terreno y su esperanza de que fuese posible comprarlo antes de marzo de 1867, cuando expiraba su alquiler.

‘Tengo mucha esperanza’, dijo también Müller, ‘que podamos llegar a un acuerdo de una manera cordial y amigable.’

‘Deme por favor unos pocos días para pensar sobre el asunto’, le respondió el inquilino.

Mientras el hombre pensaba, Müller oraba. Después de una semana, le hizo una segunda visita al colono.

‘Yo no había imaginado que la tierra seria empleada para un propósito tan útil y provechoso’, respondió el colono. ‘Pero al haberme gastado una buena cantidad de dinero con la casa, espero una compensación económica para dejarla libre antes del tiempo.’

‘Yo estoy listo y feliz de poder hacerlo así’, dijo Müller.

Hasta ahora todo iba bien. Pero ahora Müller tenía que enfrentar el último y el más difícil de los obstáculos: el precio que el propietario pedía por el terreno. Como siempre

solía hacer, él combinó la ardiente oración con el sentido común de los negocios – vemos al Müller, proyectista y negociador. Él sabía muy bien cuan ventajosa era la tierra para su institución; pero su punto de vista era que su valor para una institución con los huérfanos no podría ser el mismo que el valor del mercado para los depósitos de agua.

‘Querido Padre celestial’, oró él, ‘¿podrías convencer al dueño de la tierra de aceptar una cantidad considerable más baja de la que está actualmente pidiendo?’

Él visitó al dueño, y de una forma educada pero firme le dijo el por qué no creía que la tierra valiese la cantidad que él estaba pidiendo. Conversaron durante un cierto tiempo y el dueño se quedó callado unos minutos.

‘Acepto las 5.000 libras por la tierra en vez de las 7.000 que pedía al principio.’

Müller aceptó y concordó en pagarle esta cantidad. Él sabía que debido a que el terreno estaba nivelado se ahorraría mucho dinero a la hora de levantar los cimientos para los dos nuevos hogares; un nuevo alcantarillado, concluido unos pocos de meses antes, podrán ampliamente beneficiar los Orfanatos; podría continuar recibiendo gas del reservatorio de Bristol; y por fin se dio cuenta de que la gran ventaja para él, era que edificando en las proximidades de los otros tres Orfanatos significaba que toda la institución podría ser más fácilmente dirigida. Ninguna otra tierra en Bristol ofrecía estas mismas ventajas: Aunque no lo dejase trasparecer en su rostro, Müller sintió un regocijo.

‘El Señor nos ha ofrecido generosamente la tierra’, pensó él.

Un misionero, que, a pesar de su juventud, impresionó enormemente a Müller, hizo una visita a Ashley Down en agosto de 1865: James Hudson Taylor. Desde los primeros días de su vida cristiana, Hudson Taylor había sido inspirado por el ejemplo de Müller; y ahora que –con treinta y tres años de edad, pero con seis años de experiencias en China a sus espaldas– había fundado su propia sociedad misionera basada en principios similares a los Orfanatos de Müller, él valorizaba más que nunca al hombre de las oraciones, de los juicios y de los avisos de Dios que había en Bristol.

En el día 22 de agosto llegó a Ashley Down con un grupo de jóvenes miembros de la nueva Misión en Tierras de China y registró en su diario:

Estuve una hora con el Sr. Müller. Habló muy precisamente acerca del llamamiento y del espíritu del misionero; sobre la consecutiva lectura de las Escrituras; sobre la oración y la fe en Dios; sobre los obstáculos y muros espinosos.

Al día siguiente Taylor registró:

El Sr. Müller habló sobre la comunión con Dios como un acto para Dios; y bajo la necesidad de no hacer nada vacilando; sobre el deber de mezclarnos libremente con la gente, y la restricción de hablar en inglés entre nosotros (en la presencia de personas chinas que no nos entiendan); y finalmente nos prometió orar por el grupo.

A medida que Müller les iba mostrando a los jóvenes misioneros los hogares, y ellos se iban dando cuenta de la felicidad, de la salud y de lo bien vestidos que estaban los niños, se pusieron a reflexionar sobre el valor de las oraciones ofrecidas por Müller. Durante los veinte años siguientes, el soporte práctico de Müller a la Misión en Tierras de China fue crucial para su desarrollo. (Ver *Hudson Taylor: Un Hombre en Cristo*, Roger Steer, OMF books, 1990?).

Un Regocijo Indescriptible



Un granjero dijo: ‘Yo estaba subiendo las Colinas de Ashley la otra mañana, cuando me encontré al Sr. Müller de camino a la ciudad. Yo no lo conocía, había oído decir que él era un caballero de fina lisura y despreocupado, tan serenamente andaba, tan pacífico y majestuoso era su porte, que parece que tuviera el Salmo veintitrés escrito en su rostro.

Müller se encontraba ahora (en 1865) en sus sesenta años; todavía muy lleno de energía. Su salud era mucho mejor de la que había tenido en sus veinte y treinta años anteriores, Arthur Tappan Pierson, el profesor de *American Bible* que conoció muy bien a Müller, escribió:

Su silueta era alta y delgada, siempre aseadamente vestido, y muy derecho, y su paso firme y aplomado. La expresión de su rostro, reposada, podría decirse un tanto austero, si no fuese por la sonrisa que habitualmente afloraba por sus ojos y se extendía a través de todos sus trazos y que dejaba su impresión en las líneas de su cara. Sus maneras de una sencilla cortesía y espontánea dignidad: nadie podría percibir en su presencia ninguna vana frivolidad, y tenía en él un cierto e indescriptible aire de autoridad y majestad que recordaba la de alguien nacido príncipe; y al mismo tiempo se mezclaba con todo esto la sencillez de niño de tal manera, que hasta los niños se sentían en casa con él. En su manera de hablar, él nunca perdía aquella peculiar característica de su acento extranjero, y siempre hablaba despacio y con mesurada articulación, como si una redoblada vigilancia guardase la puerta de sus labios...

Aquellos que no sabían sino muy poco de su persona, y veían en él solamente sus serios modales, podían pensar que carecía de aquella peculiar cualidad humana del buen humor. Pero ni era un antisocial, ni estaba desprovisto de aquel elemento de inocente apreciación de los aspectos cómicos y de aquella clase de regocijo que se tiene oyendo una buena historia, y que hace parte esencial del hombre completo. Sus hábitos eran sobrios, pero dejaba desbordar siempre algún chiste que nunca era soez y en el que nunca había intención de rebajar a nadie. Para los que conocía mejor y amaba, sin embargo, se mostraba verdaderamente como era en sí mismo, en sus divertidos modales – como sucedió en Ilfracombe, subiendo con su esposa y otras personas las colinas desde donde se divisaba el mar, él iba andando un tanto adelantado, y sentándose para esperar por el resto del grupo, entonces, cuando ellos apenas se habían sentado donde él estaba, se levantó y serenamente dijo: ‘Bueno ahora, que ya hemos descansado, prosigamos.’

Müller era un amante de Ilfracombe: él adoraba pasear sin rumbo fijo por el puerto, protegido de los vientos del mar por los Montes Capstone, o explorar los edificios de la parte antigua ciudad situada en las cimas elevadas. Entonces, si el tiempo era agradable, reunía a su familia para escalar andando juntos las cimas de los bosques que en forma de semicírculo rodeaban la ciudad.

En septiembre de 1865 hizo una de sus visitas a Ilfracombe ‘para un cambio de aires’. En la mañana del día 4 subió el Monte Capstone con Mary y Lydia. Mientras bajaban de la cima, dos hombres se aproximaron a ellos.

‘Perdóneme, por favor,’ dijo uno de ellos, ‘¿No es usted el Sr. Müller?’

‘Sí, yo soy’

‘Tengo que darle algún dinero para los huérfanos.’

‘¿Por qué no se sientan conmigo durante un rato en esta roca, para que podamos conversar un poco más?’ dijo Müller.

‘Yo vivo en la vecina ciudad de M. Soy un hombre de negocios. Hace algún tiempo llegó a mis manos uno de sus Informes, pero, debo honestamente confesarle, que no pude creer que usted obtuviese sus fondos simplemente en respuesta a sus oraciones; dudé mucho que eso fuese verdad. Sin embargo, el asunto se quedó grabado en mi mente y pensaba en eso una y otra vez.

‘Mientras consideraba si Dios estaría o no envuelto en todo esto, y si usted verdaderamente obtenía por la fe sola y en respuesta a las oraciones estas grandes sumas de dinero, yo escuché hablar de una cierta propiedad que estaba en venta, la cual pensé que me gustaría comprar, si su precio fuese razonable. Yo la fui a ver para ser evaluada por un competente hombre de negocios, el cual me dijo que su precio era demasiado elevado. Entonces pensé para mí mismo, de una manera un tanto escéptica: ‘Ahora veré si realmente Dios está del lado del Sr. Müller o si no lo está. Por tanto, si consigo comprar esta propiedad (fijando sobre ella un precio muy bajo), entonces le daré al Sr. Müller cien libras.’

‘Yo entonces encomendé a una cierta persona para que me representase y se dirigiese al sitio donde sería vendida esta propiedad en subasta pública, manteniéndome yo a una cierta distancia; pero mi curiosidad era tan grande para ver si Dios realmente aparecería respaldándole a usted en todo este caso, que tomé el tren y me presenté en la sala de subasta en el momento del acto, para que pudiese saber de primera mano y cuanto antes la información de cómo acabaría todo esto.

‘Y encontré, para sorpresa mía, que había realmente obtenido esta valiosa propiedad por el exacto bajo precio que había previamente fijado. Yo me quedé atónito. Pero comencé a meditar más acerca de los principios que usted pone en práctica, y me quedé sorprendido pensando que, como cristiano, tanto yo como cualquier otro hubiésemos podido dudar y cuestionar lo que usted dice acerca de las respuestas a las oraciones. Mientras más consideraba el asunto, y leía su Informe, mejor veía cuan apropiado y correcto es dirigirse a Dios por todo lo que necesitamos, y confiar en Él para todas las cosas.

‘Habiendo sido hecho el acuerdo, y habiendo acabado ya todo acerca de la venta, yo me siento en la obligación de cumplir ahora mi promesa; así que mi amigo, a quien usted acaba de ver conmigo, y yo salimos a dar una vuelta por Devonshire, y entonces, de vuelta a casa, llamamos antes de ayer a la puerta de su casa; pero hallamos que se encontraba fuera de ella. Ayer nos quedamos en Bristol, y habiendo obtenido información de la dirección donde se encontraba, nos hemos acercado aquí a Ilfracombe hoy, porque deseaba conocerle personalmente.’

‘Bueno,’ dijo Müller, ‘No me sorprende nada de que Dios obre así en mi respaldo, una vez que día tras día procuro Su ayuda, y de esa manera, en respuesta a las oraciones, obtengo de las personas más inesperadas, y más desconocidas, los donativos para la obra. Por ejemplo, tengo conmigo una carta de un abogado de M. de donde usted es, que me ha llegado recientemente, pidiéndome que le diga la forma de poder mandar un legado donado para los huérfanos, una vez que uno de sus clientes desearía dejar un legado de mil libras para los huérfanos. Ahora bien, tanto cuanto se, yo no conozco personalmente ni a una sola persona en M., ni conozco tampoco el nombre del individuo que se ha propuesto ofrecer estas mil libras.’

‘Acerca de ese tal legado, replicó el extraño, ‘yo puedo decirle algo. Después de que obtuve esta propiedad, y de ver cuán equivocadamente me comporté siendo tan escéptico de su obra, como si no fuese realmente llevada a cabo a través de las oraciones, he decidido ayudarlo con algo más. He pensado para conmigo mismo, aunque soy un hombre que goza de bastante salud, y de media edad todavía, que sería sin embargo bueno que hiciese mi testamento, y que le deje a usted mil libras para los huérfanos.’

Así fue como Müller descubrió que éste era el individuo en cuya representación le había escrito aquel abogado. Una hora después, éste en un tiempo escéptico hombre, llamó a la hospedería de Müller y le dejó allí un cheque de mil libras.

En 1859 al amigo y fiel colaborador Henry Craik le había sido informado por su médico que poseía un débil corazón. Desde el verano de 1865 era evidente que Craik,

quien, al igual que Müller, contaba con sesenta años de edad, se encontraba desesperadamente enfermo. Durante el mes de enero de 1866, el hombre que había rehusado dos veces un doctorado honorario por la Universidad de S. Andrés, en reconocimiento de sus escritos teológicos, se encontraba obviamente a las puertas de la muerte. Entre las cartas que Craik recibió en aquel enero hubo una firmada por un tal J. N. Darby llamándole de su ‘querido hermano’ y retractándose de su separación.’

Müller se encontraba frecuentemente al lado de su amigo. En una de las visitas, cuando Craik se encontraba muy debilitado, Müller le besó y estaba a punto de salir cuando Craik, demasiado débil como para seguir hablando, le dijo, ‘Siéntate’ y también le pidió a la mujer de Craik que se sentase para que pudiese contemplarlos, aunque era incapaz de hablar. Müller se sentó allí y se mantuvo en silencio durante un buen espacio de tiempo, y después salió.

Al día siguiente, Müller contrajo un resfriado y fue obligado a quedarse durante varios días. En el transcurso de ese periodo, Craik falleció. Ambos, tanto Müller como Craik, habían sido cristianos por más de cuarenta años. Müller anotó: ‘Mi amadísimo hermano y amigo ya ha finalizado su curso; yo he tenido el privilegio y el honor al más alto grado de obrar para el Señor, y tengo que seguir haciéndolo ahora sin aquel de quien yo a menudo he recibido sabios consejos.’ El inmenso número de coronas que llegaron en ese mismo día a Bethesda para el funeral de Craik, fue un muy vivo testimonio de la pérdida que se sintió en el corazón de la comunidad cristiana.

En mayo de 1866 comenzaron las obras del cuarto Orfanato; y en enero de 1867, en cuanto se llegó a las siete mil recibidas, comenzaron las obras en el Núm. 5. Los contratos para ambos hogares sumaban la cifra de cuarenta y un mil libras. Todos los cristales para las setecientas ventanas fueron ofrecidos gratuitamente por una firma de constructores de edificios. En el día de Guy Fawkes de 1870, el cuarto de los Hogares fue abierto; y el día seis de enero de 1870, el último de los grandes edificios en Ashley Down, el ‘Nuevo Orfanato Núm. 5’ fue debidamente inaugurado.

El vasto programa de expansión de Müller en Ashley Down se encontraba ahora finalizado. Veinticinco años se habían evaporado desde que él había por primera vez anunciado su plan de construir los hogares para huérfanos. Pero de ninguna manera tenía sentido alguno dormirse ahora en sus laureles. Todas las mañanas se levantaba entre las seis y media, y las ocho menos cuarto, después de su periodo usual de oración y estudio de la Biblia, él iniciaba el trabajo leyendo y respondiendo su correspondencia. Después, como el periódico *The Times* refirió algunos años más tarde, ‘a las diez de la mañana en punto era aguardado por nueve asistentes, a quien les daba sus instrucciones’. (Hasta 1850 había atendido una correspondencia de cerca de tres mil cartas al año sin tener secretaria.)

Los gastos con los orfanatos ascendían ahora a las treinta mil libras al año. Dos mil niños tenían que ser alimentados y vestidos; sus indumentarias lavadas y remendadas; por arriba de dos mil pares de zapatos tenían que comprarse y ser reparados; cada año, cientos de nuevos niños aparecían que debían ser provistos con ropas y calzado; cientos de niños y niñas salían como aprendices y aprendices en las ciencias domesticas y tenían que ser

guarnecidas de ropas a cargo sus gastos de la Institución. Cada muchacho que dejase los Hogares como aprendiz, tenía derecho a un premio económico que le entregaba su maestro, este montante de dinero era similar y equivalía a lo que un obrero ganaba en un año para pagar su mantenimiento. Cuando alguno de los muchachos o muchachas partía, sus gastos de viaje les eran costeados por la Institución también.

Mantener los cinco enormes edificios reparados, con más de mil setecientos amplios ventanales y más de quinientas habitaciones, era muy costoso; había que pintar, blanquear, colorear, reparar las faltas y daños. Miles de artículos de mobiliario tenían que ser reparados o reemplazados.

Cada vez que un niño caía enfermo, o moría, los gastos extras debían ser cubiertos. El amplio número de personas que trabajaba en Ashley Down incluyendo un inspector de escuela, madres sustitutas, profesores, oficiales de medicina, enfermeras y los asistentes personales de Müller, eran todos asalariados con el dinero que provenía de las oraciones. Sin embargo, escribió Müller: 'somos capaces de realizar toda esta obra, de una forma muy sencilla, aun más sencilla de lo que los hombres nobles y ricos la pudiesen llevar a cabo, simplemente por ver en todas nuestras pobreza, a Quien es infinitamente rico para suplirlo todo'.

Mary Müller era la esposa ideal para el director de los cinco grandes hogares de niños.

'Querida mía,' le decía a ella muy a menudo Müller, 'El Mismísimo Dios fue quien te reservó para mí, como la más apropiada esposa que yo hubiese podido desear haber tenido.'

Durante los años de dificultades y pruebas desde 1838 hasta 1846, cuando Müller tuvo que poner de su propio dinero para los gastos en las reuniones en los Hogares, Mary nunca le reprochaba nada sino que se juntaba con él en oraciones a Dios para que enviase más provisiones. Y cuando Dios les respondía, lo que verdaderamente hacía siempre, ellos juntos muy a menudo, lloraban de regocijo.

Además de tener una buena educación general, Mary era una experta en toda clase de trabajos necesarios, y experta en los apropiados tipos y cualidades de los materiales destinados al vestuario y los aseos que se hacían en Ashley Down. Porque era suya la responsabilidad de ordenar y conservar cientos de miles de metros de telas y otros materiales. Era ella quien aprobaba o desaprobaba el material cuando se recibía en los hogares. Todos los meses ella examinaba los libros de la contabilidad e inspeccionaba cientos de facturas y recibos. Se decía en Ashley Down que si algún comerciante o alguna de las amas cometiese el más pequeño de los errores, sería sin duda alguna descubierto a la postre por Mary. Ella se pasaba casi todo el día en Ashley Down y prestaba una especial atención a los niños que estuviesen enfermos.

De su casamiento con Mary, Müller dijo:

Cada año que pasa va en aumento nuestra felicidad a más y más. En cualquiera de los momentos en los que me encontraba con ella inesperadamente, en cualquier parte de

Bristol, nunca me encontré a mi querida mujer sin que me regocijase grandemente al verla. Y nunca la dejé de encontrar por acaso, incluso en los Orfanatos, sin que mi corazón se llenase de felicidad en la bendita casualidad que nos proporcionaba Dios de ese inesperado momento. Día tras día, cuando nos encontrábamos en nuestros vestidores, en los Hogares, para lavar nuestras manos antes de la cena o para tomar el té, me encantaba encontrarme con ella, y a ella le proporcionaba también el mismo placer al verme. Miles de veces le dije: 'Amada mía, yo nunca te he visto ni una sola vez, desde que eres mi mujer, sin que todo mi ser se regocije al verte.'

Además, día tras días, si alguna cosa tuviese que ser hecha, yo me pasaba después de cenar veinte minutos o una media hora con ella en su habitación en el Orfanato, sentado en su diván, con el amor de los hermanos cristianos, juntos y relajados, y la tomaba en mis brazos...yo sabía que era bueno para ella, que sus queridas actividades mentales y manuales pudiesen reposar, y sabía bien que eso no podría suceder, si no tuviese a su querido marido muy cerca...Yo me pasaba estos preciosos momentos con mi querida mujer. Allí nos quedábamos sentados, lado a lado, sus manos en las mías, como algo habitual, teniendo en intercambio entre los dos unas pocas palabras de amor, o permaneciendo en silencio, pero la mucha felicidad en Dios, y entre nosotros, tanto cuando hablábamos como cuando no, era indescriptible. Nosotros no teníamos unos cuantos días felices al año, ni un mes de felicidad por año; sino que teníamos doce meses de felicidad al año, y así un año tras otro. Repetidísimas veces le decía: 'Querida mía, ¿Crees que podrá haber alguna pareja en Bristol, o en el mundo entero más felices de lo que nosotros somos?'

Müller estaba convencido de que uno de los más grandes secretos de su bien aventurada vida marital era que junto a sus momentos de oraciones privadas, y oraciones en familia, él y Mary frecuentemente se juntaban solos en oración.

Durante muchos años mi mujer y yo hemos mantenido, inmediatamente después de las oraciones matinales, un corto espacio de tiempo para orar los dos juntos, en los que los asuntos más importantes del día, los poníamos delante de Dios. Tanto si hubiese alguna presión mental en nosotros, como alguna particularmente gran necesidad, entonces volvíamos a reunirnos después de cenar, cuando visitaba su habitación... y esto en tiempos de extraordinarias dificultades o necesidades, podía ser repetido dos o tres veces por la tarde...

Entonces al anochecer, durante la última hora de nuestra estadía en los Orfanatos, cuando su trabajo o el mío no eran tan demandantes, era algo muy habitual que esta hora fuese dedicada para orar. Mi amorosa mujer venía entonces hasta mi habitación, y ahora nuestra oración, de súplica e intercesión junto con acciones de gracias, duraban generalmente cuarenta minutos, cincuenta minutos, y algunas veces una hora entera. En estas sesiones exponíamos tal vez cincuenta o más diferentes puntos, o personas, o circunstancias delante de Dios.

Mary Müller tenía ahora (en 1870) setenta y dos años. Desde hacía uno o dos años era obvio para Müller que su salud se estaba deteriorando: se estaba gradualmente y muy deprisa debilitando y fatigándose. Müller intentó sin éxito persuadirla de trabajar menos y a comer más. Algunas veces, Mary se quedaba despierta por la noche durante dos o más horas y Müller expresaba su desagrado.

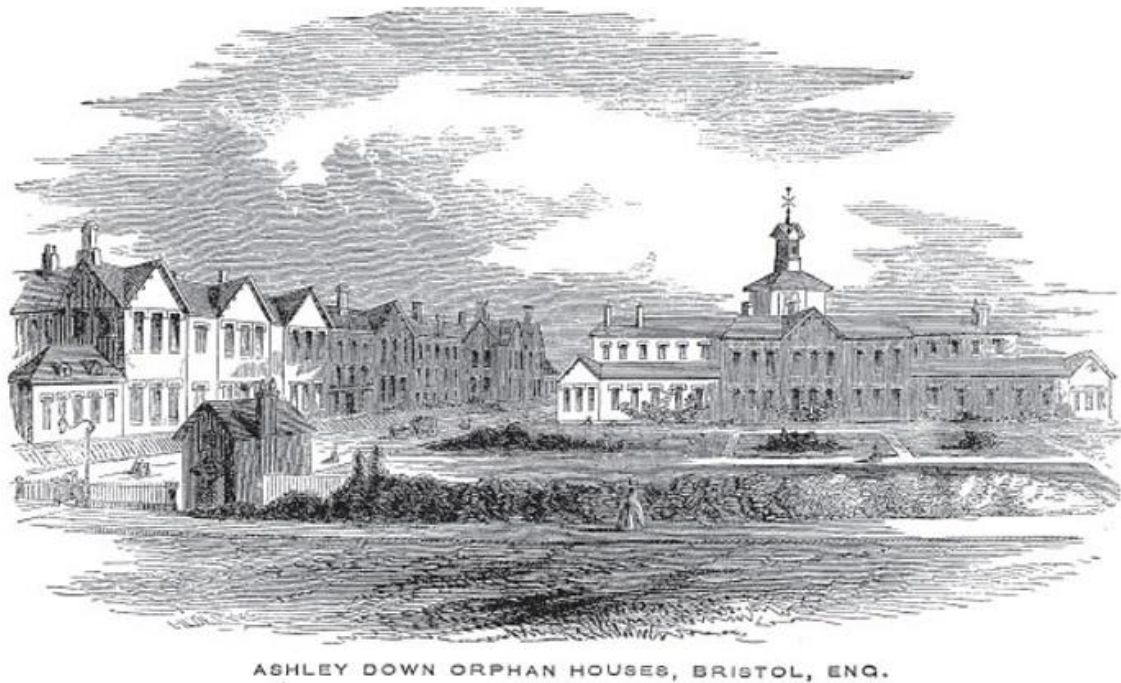
‘Querido mío’, le diría ella, ‘Estoy envejeciendo, las personas de edad no precisan descansar y dormir mucho.’

Dos años antes ella le había dicho, ‘Amado mío, yo creo que el Señor me permitirá ver edificado el Hogar para Huérfanos Núm. 4 y el 5 con todo lo necesario para su apertura, y que después me pueda ir para casa; pero lo que más deseo de todo es que el Señor Jesús venga ya por nosotros, y que podamos vernos ya reunidos todos juntos yendo con él.’

Y realmente el Señor le permitió ver los edificios Núm. 4 y Núm. 5 abiertos; y durante todo el año de 1869 se pasó casi todo el día trabajando en los cinco edificios.

Desgraciadamente trabajó demasiado duro.

Ningún Otro Lugar Me Es Tan Querido



Casas de Orfanato Ashley Down. Bristol, Inglaterra.

‘Yo nunca supe lo que era una madre cuidando de mí, o que me llevase a la iglesia, o que me enseñase oraciones de niños.’ Estas eran las palabras de William Ready que había nacido en una casa de trabajos forzados de Londres el día 23 de enero de 1860. Su padre, alcohólico, había sido incapaz de mantener a su mujer y a los nueve hermanos y hermanas de William; ambos progenitores habían fallecido en 1865 y los diez niños se habían quedado huérfanos.

William comenzó a vivir como un vagabundo, durmiendo en locales polvorientos o en los oscuros compartimientos de los vagones de trenes. ‘Muchas veces’, diría él posteriormente, ‘cogía las cáscaras de las naranjas tan ávidamente como si fuesen monedas de seis peniques, y hasta masticaba las colillas de cigarros para mitigar la sensación de hambre que tenía. Algunas veces nos llevaban a casas públicas para que cantásemos las canciones chistosas que aprendíamos en las calle, y generalmente nos retribuían muy bien... Los domingos por la mañana, a eso de las cuatro de la madrugada, yo acostumbraba

a llevar los productos hasta el Mercado del Jardín de Covent, y mis pies y manos estaban casi siempre quemados con el hielo.’

En este estado a la edad de doce años, en 1872, William Ready fue rescatado por James Walk, un misionero de la Ciudad de Londres, 'Cuando me llevaban andando para Ashley Down, donde había sido inscrito, cuando me vi dentro de los edificios, con la enorme puerta de hierro cerrándose detrás de mí, yo no me encontraba mínimamente feliz, te lo puedo asegurar’, recordaba Ready. ‘Yo no veía con buenos ojos ni tomaba por amigos a quienes interfirieron con mi libertad callejera. No mucho tiempo después de que se cerrasen las puertas, comencé a sentir que me estaban encarcelando y una verdadera enfermedad que me postró en cama se abatió sobre mí. Ansiaba por vagabundear en las calles de la Metrópolis y ver las luces de Londres. Yo era como un pájaro en una jaula, y si alguno me hubiese dicho “puedes volver allí si quieres” yo le hubiera contestado “¡muchísimas gracias, señor! Usted es realmente mi amigo.”



Comedor en Ashley Down

El personal de Ashley Down le dio un baño a William y le vistió con su uniforme – pantalones de paño, una chaqueta azul, abrigo y bufanda blanca. Él nunca se olvidó del día cuando se presentó y fue visto por primera vez en el comedor. Los niños juntándose a su alrededor, comenzaron a pincharle y a tirarle de los pelos. El timbre sonó y todos los muchachos ocuparon sus lugares en las mesas. ¡Por primera vez en su vida, había perdido su apetito! ¡Oh, que bueno sería volver a mis viejos hábitos, de colgarme de los carros y autobuses! Ellos le habían puesto dos trozos de pan y algo de mermelada en un plato enfrente de él, pero no pudo probar ni un bocado.

‘¿No quieres el té? ’le pregunto uno de los muchachos.

‘!No!’

Los niños que tenía a su lado se encargaron rápidamente de acabar con su ración.

En aquella tarde, los otros muchachos le pegaron hasta que su sangre irlandesa salió por su nariz. Se había peleado con un muchacho y después con un robusto joven, Curly Oliver, que se había sumado en el conflicto con verdaderas ganas de participar en él. William se despojó de su chaqueta y se envolvió en una riña atacando fieramente a Curly.

Justo en el momento que iban a comenzar a disfrutar de la disputa, un maestro entró en la sala con su caña y envió a William para su dormitorio.

‘Tu número de cama es el veintidós’, le dijo.

A las seis de la mañana del día siguiente, sonó la campana para despertar a los niños. A las ocho fueron a tomar el desayuno. Las mesas estaban dispuestas con platos de papillas de avena y William no les dio la oportunidad a los muchachos de preguntarle si quería su desayuno. Su apetito había vuelto. En aquel desayuno escuchó por primera vez ser leída la Biblia.

La primera lección de aquel día comenzó: el maestro de William se dio cuenta de que él no se sabía las letras del alfabeto. En unos pocos meses siguientes, el maestro le enseñó a William a leer bien, le hablaron de Dios, de Cristo y de la salvación, y memorizó pasajes de la Biblia. En breve pasó a ser muy popular entre los muchachos, y durante un cierto periodo de tiempo dio una clase secreta enseñando a los ávidos niños los trucos y las acrobacias de las calles de Londres. Un maestro descubrió que había estado cobrándole a los que podían pagar un penique con lo que les enviaban por correo a la semana sus tutores. Sin embargo, como también se descubrió, que aquellos que pagaban, lo hacían de su propia voluntad sin que él ejerciese presión alguna sobre ellos, nada más se investigó sobre el caso.

En una ocasión, William lideró un bando de niños en una invasión nocturna al comedor de los maestros para sustraer lo que había sobrado en las mesas de su cena. Él fue descubierto y castigado ‘con la habitual carga de sermones’ y después, inmediatamente, su maestro se lo llevó consigo amigablemente y le dio algunos caramelos y dulces.

‘Este acto’ dijo Ready, ‘tuvo más influencia apartando el mal de mí, que todos los sermones y prédicas que me dieron. Al fin y al cabo, la ternura en vez del castigo fue la que me hizo ser humilde, y atender a la razón y al orden.’

Una mañana en 1876 William fue llamado fuera de la escuela para ver al Sr. French, el hombre encargado del departamento que empleaba a los niños como aprendices.’

‘¿Te gustaría ser un molinero de harina, Ready?’

‘Si señor, claro que me gustaría’, le respondió William, sin darse cuenta de doble sentido que envolvía el trabajo.

Antes que nada, antes de salir y de acuerdo con la norma que se practicaba, a él se le proveía con tres mudas de ropa a cargo de la Institución. Y después venía la final entrevista con Müller.

Müller lo recibió cariñosamente en su cuarto de oración en el Orfanato Núm. 3. Le puso media corona en su mano izquierda y una Biblia en su derecha.

‘Tú puedes sustentarte más sólidamente con tu mano derecha que con tu izquierda, ¿no es cierto?’ le dijo Müller con un cierto brillo en sus ojos.

‘Sí, señor.’

‘Bueno, pues entonces retén contigo las enseñanzas de este libro y siempre tendrás en tu mano izquierda algo que agarrar. Ahora bien, amigo mío, ponte de rodillas.’

Poniendo su mano sobre la cabeza de William, Müller le encomendó a los brazos de Dios su protección y guardia. Ayudándole a recobrarse en pie le dijo: 'Confía en el Señor y haz el bien; para que puedas habitar en la tierra y serás alimentado de la verdad (Salmos 37:3). ¡Adiós, amigo mío, hasta siempre!'

Cundo abandonó Ashley Down, William Ready redactó en su diario después: 'mis pertenencias eran mi Biblia, mis mudas de ropa y media corona y, lo mejor de todo, la inestimable bendición de la oración de George Müller.'

Ready fue puesto en un tren que se dirigía para Newton Abbot en Devon. Un hombre de mirada feliz luciendo barba y sombrero de paja se encontraba en la estación para encontrarse con él.

'¿Eres tú William Ready?'

'Sí, señor.'

'Bien, yo soy tu maestro, o tu padre si así lo deseas. ! Vamos al carruaje, hijo mío!'

Ready nunca se olvidaría de los cien kilómetros del viaje a través de los lindísimos campos de Devonshire hasta la casa de William Perryman en Changford: el nuevo papá de William se ganó su corazón por la tierna y amistosa conversación que mantuvo con él. Perryman era un devoto cristiano, y no pasó mucho tiempo para que Ready se convirtiese en cristiano durante su trabajo de aprendizaje en Changford. Unos pocos años después, él se hizo un ministro de la Iglesia Libre, y marchándose a Nueva Zelandia, llegó a ser uno de los predicadores más famosos de aquel país.

Recordando sus años pasados en Ashley Down escribió lo siguiente: 'Ahora puedo darme cuenta de que fue el sitio exacto para mí y de la bendición que fue que me pusiesen en aquel bendito hogar. Si mis propios hijos se quedasen sin padres, huérfanos, yo no podría desear nada mejor para sus vidas, sino que fuesen instruidos y entrenados al cuidado de Müller.'

Los Orfanatos de Müller hoy en día se encuentran diseñados para acomodar a los niños agrupándolos en pequeñas casas para que puedan vivir de la manera más parecida posible con un entorno común al de cualquier hogar. Sin embargo, teniendo en cuenta las costumbres y modos del siglo diecinueve, George Müller debe ser considerado tanto un pionero como un radical. Solamente él ofrecía casas modernas a miles de niños que de otra manera, o bien estaban desprovistos de hogares, o eran enviados a los centros de trabajo intensivo o a una de las prisiones oficiales, o a que le ofreciesen a duras penas un miserable rincón en la casa de algún familiar. Y no había impedimentos ni barreras de admisión en los Orfanatos de Müller por causa de pobreza, clase social o convicción religiosa.

Teniendo en cuenta que las admisiones en los demás Orfanatos del siglo diecinueve y los principios de mil y novecientos, no eran de acuerdo ni tomaba en cuenta la necesidad de una familia para el niño, sino que se llevaban a cabo bajo personal recomendación o por mayoría de votos en las periódicas reuniones de los suscriptores, Katheleen Heasman acreditó a Müller como el precursor de un novedoso método: de dar prioridad a las

necesidades de los niños...El hecho de que la reunión de los suscriptores no se tomase en cuenta para la admisión, y que los nombres y las cantidades de dinero ofrecido por los donadores particulares habituales no se hiciesen públicos, significaba que los niños eran seleccionados de acuerdo a sus necesidad, y que, si había lugar, todos los inscritos eran aceptados. Así pues, el sistema de los votos desapareció de casi todos los hogares evangélicos para niños, y con este ejemplo (el de Müller), gradualmente se fue aboliendo el sistema de votos completamente.

Los grandes edificios de Müller, ofrecían algunas ventajas que los pequeños edificios no podían dar. La vida podía ser regimentada, y las rutinas y hábitos previsibles, pero las divertidas aventuras compartidas en un ambiente de vitalidad juvenil, y el crecimiento que tenían tantos niños juntos, significaba que había en el aire un gran regocijo habitualmente. Existía además una estabilidad y una seguridad en torno de ellos que no hay en los hogares pequeños. Un huérfano que comenzó su vida en uno de los Orfanatos pequeños de Londres y solamente llegó al Núm. 4 a la edad de diez años, relató la diferencia: En Londres, el personal de los Hogares que allí trabajaban y los niños eran continuamente cambiados. Sin embargo en Ashley Down 'un profesor que hubiese trabajado durante veinticinco años se mantenía allí igual que al principio'; algunos antiguos alumnos de Ashley Down de hecho han vuelto de visita con sus nietos, ¡y se han encontrado a su antiguo maestro todavía activo en su cargo! De manera similar, además, los pequeños hogares les ofrecen a los niños muy poca variedad de amigos, mientras que si en Ashley Down aunque los niños se peleasen, tenían siempre la posibilidad de juntarse con otros y de hacer nuevos amigos.



Los niños del orfanato de Müller

Una de las primeras jóvenes huérfanas escribió refiriéndose a sus años pasados en Ashley Down lo siguiente: 'Estoy muy agradecida de ver que un gran número de huérfanos se acuerda entrañablemente del querido antiguo Hogar, en el cual pasaron sus días más felices; porque verdaderamente no hay otros para mí como aquellos años que pasé en mi querido Orfanato Núm. 3. ¡Cuán felices éramos en nuestro pequeño mundo propio, creciendo en tal santa atmósfera como era aquella!'

Otra señorita que estuvo en los Orfanatos escribió: ‘Cuando miro para atrás a mis días escolares, pienso que aquellos fueron los más gozosos años de mi vida.’ Y una tercera dama recordó: ‘Yo era entonces muy pequeña, y todavía soy una niña cuando pienso en Ashley Down. Era un amoroso y tierno nido....y ningún otro lugar es tan querido para mí.’

En la impresión de los jóvenes, la experiencia de vivir bajo los cuidados de personas con una profunda fe en Cristo, además de la animación producida cuando muchos de sus contemporáneos vinieron a participar de esta misma fe, era algo que no se podía olvidar. Las muchas centenas que llegaron a ser cristianos en esta devota atmósfera, sienten unánimemente una enorme deuda de gratitud hacia Ashley Down. Una muchacha cristiana poco después de entrar a trabajar en servicios domésticos le envió esta carta a Müller:

“Amadísimo y respetable Señor, no puedo expresarle lo suficiente mi gratitud a usted por toda la ternura que he recibido mientras estuve debajo de su amoroso cuidado en el querido Orfanato, y los años que pasé allí le puedo asegurar que fueron para mí los más felices de mi vida; porque no solo fuimos educados en las cosas temporales, sino también en las espirituales; y de hecho yo me siento muy agradecida al Señor de haber podido ser recibida en aquel lugar, y de que desde tan pequeña se me hubiese dado a conocer al Señor; y es el deseo sincero de mi corazón conocerlo más y más a Él, a llegar a ser como Él es, porque Él es verdaderamente para mí el capitán entre diez miles, y todo Él es amor...Yo debo agradecerle a usted por el amoroso lugar en que fui recibida. La señora para la cual trabajo ahora es muy generosa y amorosa conmigo, y espero darle muchas satisfacciones en su vida...Ojalá que usted pueda ser siempre el amigo de los huérfanos y su protector; y ojalá que el Señor le siga dando más abundantes respuestas a sus muchas oraciones para la conversión de los queridos huérfanos que todavía permanecen sin convertir...Le recuerdo siempre, querido señor, grata y respetuosamente.”

Nancy Garton ha escrito acerca del uniforme utilizado por los niños en los días de Müller diciendo que les daba a los huérfanos una gracia y dignidad muy peculiar, y que cuando pasaron a ser anticuados, a muchos les pareció, que los modernos uniformes introducidos en 1936, con sus faldas a la rodilla y sus boinas, carecían de esas cualidades completamente’.

De acuerdo a la Señorita Garton:

Los niños más mayores vestían una chaqueta azul marino, con un chaleco abotonado hasta el engomado collar de la camisa, ambos de buen paño; pantalones castaños de pana; zapatos lustrosos en punta; y durante el mal tiempo, capa corta. Cada niño tenía tres mudas de ropa.



Esta imagen muestra a Jennie Hodder y otros maestros con una clase de niños. (Estas dos fotos son cortesía de Cindy Schmidt).

Los niños pequeños, entre los ocho y nueve años, vestían un uniforme de diario que parecía haber sido extrañamente escogido bajo el punto de vista práctico. Era una bata corta, sin cinturón, en blanco o algodón blanqueado. Posiblemente, sería blanco, si pudiese ser teñido y restaurado a su pureza original, pero quien, conozca a los niños, puede rápidamente sospechar que se precisaría de mucho tiempo para volverlos de alguna manera blancos de nuevo. Pantalones cortos azules, calcetines y zapatos con correas completaban la indumentaria. Para vestirse mejor, los pequeños niños se quitaban su bata, y se vestían con chaquetas que se combinaban con los collares de las camisas, con las que lucían más atractivos. Sus capas eran las mismas que las de los más mayores.

El uniforme de calle de las niñas durante el tiempo frío se componía de una larga capa verde y bufanda azul; en las estaciones medias un vestido de lana sustituía la capa; en el tiempo cálido, como mejor vestuario, el vestido era de un fino tejido de algodón de color púrpura, sobre el que se ponían un capa corta del mismo material, y un elegante pañuelo en su cuello. Durante todo el año las niñas vestían gorras de colores naturales de fresa. A cada boina se le juntaba una larga cinta de material fino estampado de verde y blanco, que formaba una banda en todo su frente, que rodeaba su espalda y que se sujetaba a los lados, para que los dos extremos formasen el cordel donde la boina se colgaba.



Mary Jane "Jennie" Hodder y su hermana Marta Harriet "Hattie" Warren Hodder trabajaron en la casa antes de 1918. La imagen las muestra con algunos de los niños a su cargo.

El vestuario de diario para las niñas de todas las edades era de algodón color marino cubierto con pequeños puntos blancos, a los que para andar en la calle se le añadían una estolas blancas cuando el tiempo era demasiado caliente para llevar capas o ponchos. En el interior del Orfanato las niñas mayores de catorce años se vestían con una chaqueta azul hasta el cuello que se abotonaba de lado. Las jóvenes de más de catorce años, que habían dejado la sala de clases y eran llamadas “Las Niñas de la Casa” vestían delantales con cordones para diferenciarlas de las más pequeñas. Las niñas más adultas, aquellas que estaban listas para abandonar los Hogares en unos pocos meses, eran conocidas como las “Niñas Capitanes”, y vestían capas, delantal a la cintura y camisa con collar blanco. Cada niña poseía cinco mudas de ropa.

Las mudas de ropa eran todas arregladas por las niñas; de lana oscura para el invierno, y de algodón blanco para el verano. Un par de estas mudas blancas puede ser visto en el Museo en la Casa de Müller. Los zapatos eran generalmente de estilo de hebillas en aro.

Con el uniforme antiguo, las niñas no tenían impermeables, y en tiempo inestable había un paraguas de algodón para cada dos niñas. El privilegio de transportar el paraguas no era fácilmente decidido. Los paseos en los días húmedos solían ser muy reñidos, una vez que las más persistentes de cada pareja obligaban a mantener en su mano el paraguas a su poco voluntariosa compañera.

Nancy Garton nos dio también una fascinante descripción de los cortes de cabello de las niñas:

El pelo de las niñas era tratado de manera muy práctica e inteligente, considerando que centenas de cabezas de pelo tenían que ser tratadas de alguna manera para que pudiesen tener una buena presentación diariamente. Las niñas de tierna edad tenían su pelo casi tan corto como el de los niños, pero bellamente recogido y bien peinado. Aquellas que tenían entre ocho y once años tenían una coleta, con raya al medio y franja, para que ellas mismas pudiesen componer su peinado sin tener que ser asistidas. Las más mayores, que eran capaces de hacerse sus propios peinados, se les permitía que lo tuviesen tan corto o tan largo como lo desearan, y lo sujetaban atrás con una cinta azul oscura. Y las más crecidas mantenían su pelo suelto.

Las primeras niñas de Ashley Down me contaron que, las niñas que venían de visita con sus padres a los Hogares, se mostraban a menudo envidiosas de los peinados que presentaban las residentes.

A Müller también le cabe la honra de haber sido un pionero y un radical por causa de su instrucción educacional. Él fue de hecho criticado por educar a los jóvenes “por encima de su época”; no muchos años antes, en su libro "Una Experiencia en la Educación", el Dr. Andrew Bell había escrito:

"No se supone que los niños de los pobres deban ser educados de manera costosa, e incluso que se le enseñe a escribir o sumar...existe el riesgo de sublevación a través de una indiscriminada educación a las mentes de aquellos condenados a los trabajos de esclavos diarios, y esto puede colocarlos por encima de su condición, y que por eso haga sobresalir en ellos descontentamiento e infelicidad en su clase. Debe por tanto ser más que suficiente enseñarles solo las cosas elementares, en un plan económico y de pocos gastos, y a leer la Biblia para que entiendan las doctrinas de nuestra sagrada religión. Con eso basta."

Müller no estaba de acuerdo. Al mismo tiempo que la educación religiosa, el se dio cuenta que a sus niños debían enseñarles lectura, escritura, aritmética, dicción, gramática, geografía, historia inglesa y mundial, composición, canto, costura y bordado y –para las niñas además– ciencias domésticas. Los niños hacían sus propias camas, pulían sus zapatos, aseaban sus habitaciones, se les enviaba a hacer recados, y a ordeñar, a plantar y cuidar del jardín. Las ciencias domésticas envolvían a las niñas en algunos trabajos en la cocina, lavar los platos, lavar y asear los cinco edificios. Lewis Court dijo que, aun para los días de Müller, cualquiera de las aptitudes que se enseñase, siempre se providenciaba la más alta educación de las profesiones, lo cual era muy raro en su tiempo en otras instituciones.

Müller empleó un inspector de escuela para mantener un alto grado de educación en la escuela para sus niños en Ashley Down, en escuelas financiadas por el Instituto para el Conocimiento de las Escrituras. ‘El Examen anual de los niños se llevaba a cabo durante los meses de febrero y marzo.’ el inspector, en ese tiempo un tal Sr. Horne, escribió en 1885: ‘Los niños eran examinados y clasificados en el segundo, tercer, cuarto, quinto y

sexto grado en muchas asignaturas de acuerdo al Código Gubernamental. Cada niño era separadamente examinado en lectura. Cada niño mostraba entonces su cuaderno de trabajo para determinar su grado de escritura adquirido. Se le ponían diez preguntas en las siguientes materias: escritura, geografía, historia y gramática. Seis sumas se daban en aritmética. Las respuestas se daban por escrito en papel. El porcentaje medio de las notas que recibían los niños en sus exámenes era de 91,1 por ciento de aciertos.’

‘Con todo lo que dice respecto a este asunto’ comentaba Müller con un cierto orgullo, ‘la última palabra nos mostrará el grado de éxito con que hayan sido educados nuestros niños.’

Debido a la duración de la educación que él proveía a los niños, Müller fue acusado de retardar y sustraer a las factorías, fábricas y minas de la mano de obra necesaria; pero él no se inmutaba. En general las niñas permanecían bajo su cuidado hasta que cumplían diecisiete años y algunas veces por más tiempo. Ellas después eran recomendadas para trabajar en algún lugar apropiado y enviadas con sus transportes pagados por el Orfanato; algunas irían para trabajar como enfermeras. Generalmente los niños salían como aprendices cuando tenían entre catorce y quince años. Pero Müller deliberadamente abolió las normas fijas y mantenía una norma de flexibilidad para que la necesidad de cada niño pudiese ser tenida en cuenta. En teoría Müller permitía que cada niño decidiese la profesión que quería aprender, aunque en la práctica el proceso de selección era sin duda normalmente similar al caso de William Ready que citamos anteriormente.

Los Hogares providenciaban a cada niño con tres mudas de ropas y suplían cualquier otro gasto relativo a sus trabajos como aprendices. Algunos niños abandonaban los Hogares para trabajar en las oficinas de Correos, y las agencias de Telégrafos, o como oficiales de otras instituciones. Otros entre los más capacitados iban para profesores, tal vez en los propios Hogares – en cuyo caso recibirían su entrenamiento en la universidad de Purton, Gloucestershire, financiada y dirigida por la Institución del Conocimiento de las Escrituras.

Con respecto a la disciplina en los Hogares, Nancy Garton la resumió como ‘estricta pero no severa’. Un grupo de primeros niños de Ashley Down (no mucho tiempo después de la muerte de Müller), me contó que, ‘Si alguna vez éramos castigados, era sin duda alguna porque lo merecíamos’. Solo muy ocasionalmente tuvo Müller que expulsar a un niño que llegase a tener una inaceptable mala influencia sobre los demás niños. Pero la expulsión, es decir, el devolver a un niño a un familiar o guardián suyo – era la última solución después de repetidos avisos y llamadas de atención para reformar al niño; y después de la salida del ofensor, Müller y su personal seguían siempre orando por él (o ella).

Müller registró el caso de un niño que había llegado a Ashley Down en 1849.

Él no había cumplido en aquella altura los ocho años de edad; pero aunque era tan joven, rápidamente nos dimos cuenta de que era muy maduro en el pecado, porque era un mentiroso confirmado y un ladrón. El se gloriaba de eso delante de los otros niños, y les contaba que había pertenecido a un bando juvenil de ladrones, antes de haber sido admitido

en los Orfanatos, que había muchas veces robado mercancía de los barcos, carruajes de tren y sitios afines y vendido los productos de su robo. Al principio pensamos que hablaba de esa manera solo fanfarroneando, pero quedó probado sin embargo que era en verdad un experto en esas materias; porque dos veces huyó de los Orfanatos, llevándose consigo cosas que pertenecían a los otros muchachos. Además, abría los cajones con llaves falsas. Dos veces le recibimos de vuelta, después de haber huido, con la esperanza de que siendo benignos con él, y utilizando otros variados medios, él pudiera mudar de actitud; pero todo fue en vano. Por fin, habiéndole soportado, e intentado que se corrigiese durante cinco años y cuatro meses, él fue solemnemente, con oración, delante de todo el establecimiento, expulsado, por si de alguna manera esta última dolorosa solución pudiese ser una bendición para su vida. Sin embargo siempre seguimos a este pobre muchacho con nuestras oraciones, y con la esperanza de que el Señor pueda todavía mostrarle sus malos caminos, y pueda darnos todavía buenas noticias sobre él, así como hemos visto suceder en otros casos similares.

Una vez, un niño estaba siendo dimitido delante de todos sus compañeros por repetir su mal comportamiento durante un largo periodo de tiempo, y cuando Müller le puso su mano sobre su cabeza y comenzó a orar por él, para mostrarle cuan dolido e inconformado se encontraba con la situación, el niño volvió su faz para mirar a Müller con sus ojos muy abiertos. Para sorpresa suya, las lágrimas corrían por las mejillas de Müller. En aquel lugar y en ese mismo momento, de acuerdo con la historia, el niño se convirtió a Cristo y su vida tuvo un cambio radical. Y otro niño, después en su vida, describió su dimisión de parte de Müller y las últimas palabras de Müller, lleno de lágrimas:

‘!Lo siento muchísimo! Que Dios te bendiga.’

El periódico *The Times* una vez redactó que entre aquellos que visitaron los Hogares de Müller, y expresaron su admiración por la manera como se llevaba a cabo la administración y el trabajo, se encontraban los mandatarios de Derby, Lord Salisbury, Lord Hampton, y muchos otros que estaban interesados en los asuntos sociales.

Charles Dickens visitó Ashley Down una vez. Él había escuchado un rumor acerca de que los niños eran maltratados y que en algunas ocasiones pasaban hambre, y decidió investigar estas cosas personalmente. Müller le recibió con cortesía, llamó a uno de sus asistentes y le puso en las manos un conjunto de llaves.

‘Haga usted el favor de mostrarle al Sr. Dickens todo lo que desee ver.’

Eso fue lo que se hizo, y quedó registrado que Dickens se marchó completa y gratamente sorprendido.

Los primeros residentes de Ashley Down cuyas memorias se centran sobre los días de Müller recuerdan que comían carne regularmente a los lunes, jueves y viernes, mientras que a los miércoles y sábados se les servía una sopa con carne. Los martes y domingos (cuando mucho del personal se encontraba en el servicio matinal de Bethesda) era muy común que se les diese para la comida un plato de arroz con uvas. La carne era frecuentemente de carnero australiano, a la que los niños le daban el nombre popular de “filete encornado”; los niños de manera incidental llamaban también al pan “pan seco”

(*token* en inglés) debido a una frase muy común en Ashley Down cuando se agradecía la comida, 'Te agradecemos a Ti Señor estas "señales" (*tokens*, en inglés) de Tu amor'. La condición de puerto de mar que tenía Bristol hacía que fuese muy usual que los niños recibiesen fruta fresca, particularmente plátanos y naranjas. Ocasionalmente, en tiempos de abundancia, se recibían grandes cantidades de fruta gratuita en Ashley Down para que no se deteriorase. Los huevos hacían parte habitual en el menú, pero también en algunas veces ocasionales, como en sus cumpleaños, a cada uno de los niños se le otorgaba dos huevos, uno para él y otro para su mejor amigo. La bebida corriente eran el agua y la leche.

En los predecibles menús y en la rutina de los hábitos se podría decir que la vida de Ashley Down era un tanto monótona, pero había un número de actividades anuales que interrumpían la rutina y providenciaban a los niños momentos de grata memoria y excitación, con los cuales se animaban mucho sus vidas (además de sus propios cumpleaños).

En primer lugar, en la entrada del verano se realizaba el paseo por Pur Down, en el que a los niños se les sacaba por la mañana provistos con un saco rosa o azul de algodón lleno de golosinas y dulces bizcochos, para comer en la jornada. En ese día, cuando llegaban al campo, los niños de los cinco Hogares se podían juntar unos con otros y mezclarse como quisiesen. La comida en el campo (de pan y queso) y a la merienda del té (con pan y mantequilla y bizcocho) se transportaba hasta Put Down en grandes recipientes. Un grupo de los más antiguos alumnos de Ashley Down de aquel tiempo, me dijeron que no se acuerdan de que saliese un solo día lluvioso cuando hacían la excursión a Pur Down, y me mostraron orgullosos un viejo castaño debajo del cual y a su sombra acostumbraban a jugar muchos años atrás en ese gran día. El paseo terminaba con la merienda de cinco grandes tartas con velas, una para cada Hogar.

Probablemente el acontecimiento que los niños anticipaban con más grande alegría era el de la Navidad. Mucho antes del tiempo, ellos se comenzaban a preparar para las celebraciones –aprendiendo a cantar villancicos y otras canciones de los cancioneros de Ashley Down (a menudo con acompañamientos instrumentales), haciendo las decoraciones, y memorizando poemas, cuadros teatrales y versos, para ser recitados y presentados en las fiestas.

23 de Diciembre de 1878. Hemos recibido para los niños, proveniente de Clifton, una cantidad de muñecas, algunas cajas de sorpresas, libros de pinturas, juegos, balones y una gran variedad de otros juegos de mesa y regalos. De Durdham Down, como regalos de navidad para los huérfanos, vestidos de muñecas, cajas de bombones de chocolate y golosinas, algunos tambores, bolas, pistolas de juguete, cajas con juegos de mesa, libros, cartas de jugar, estuches de pinturas, monederos, corbatas de algodón y bufandas, balones y cestos, lápices, trompetas y otras cosas de jugar...De una tienda de Bristol ocho barriles de harina, un barril de zumo de uvas y dieciséis cajas de uvas para la tarta de Navidad de los niños.

Una Navidad, fueron enviados a Ashley Dow ciento y cincuenta faisanes de un donador en Cornwall.

Y así fue como uno de los primeros alumnos redactó por escrito esos tiempos, 'Bien puedo acordarme de las felices Navidades que pasé en el Hogar Núm. 4: el principio de las preparaciones con las decoraciones; la llegada del gran árbol de Navidad, sin nada en él, pero yo sabía que antes de llegar la Navidad estaría lleno con juguetes y regalos; y que en algún lugar entre todos ellos habría uno especialmente para mí.' Y otro escribió sobre los Hogares durante la Navidad: 'Siento la misma excitación ahora en esos tiempos como cuando estaba allí, ¡cuando aprendía los amorosos villancicos, y las Tiendas de Navidad! Me gustaría ver y espiar los Hogares ahora. Para ver si realmente es igual a como acostumbraba ser entonces. No creo que sea posible que ahora sea mejor.' Las Tiendas de Navidad eran pequeñas y amorosas tiendas, abiertas en cada rincón de los Hogares, dirigidas por los miembros del personal de la escuela que traían las golosinas y dulces manufacturados de manera especial para la ocasión. De tiempos a tiempos estas tiendas eran abiertas también en otras fechas.

Después de la muerte del fundador, y tal vez también durante su tiempo de vida, otra fiesta que se celebraba anualmente era el cumpleaños de Müller, el 27 de septiembre. En este tiempo los niños se tomaban una semana entera de vacaciones, como una de las niñas registró por escrito: '¡ Solíamos pasar casi todo el día fuera, cogiendo moras silvestres en el campo. ¡Qué bien nos lo pasábamos! El día en sí mismo se caracterizaba por la ayuda especial que se daba en la confección de la tarta de Müller con galletas, y un enorme dulce de manzana para cada niño.

No podemos suponer, evidentemente, que todos los niños fuesen felices en Ashley Down; algunos claro que no lo eran. La experiencia era especialmente infeliz para los niños que habían conocido durante un periodo de sus vidas el amor de sus propios padres y habían tenido una vida normal; para estos niños –cuando llegaban a Ashley Down tal vez a la edad de once años o más – los cinco enormes edificios les deberían parecer naturalmente cuarteles nada atractivos. Y podremos decir sin miedo a equivocarnos que el personal debía cometer sus errores también, y como resultado la bondad y la comprensión que gozaban en sus hogares no se les daba convenientemente. Como un pionero en la materia, Müller se vio forzado a aprender con sus errores; y con los errores que allí se cometían. Muy seguramente los niños que existían en Ashley Down debían estar demasiado lejos de conocer la realidad que había en el mundo exterior. Hoy en día, los niños de Müller frecuentarían las escuelas oficiales autorizadas y se mezclarían fácil y libremente con otros niños y niñas. Pero en los días en que se fundaron los Orfanatos, Bristol no ofrecía una educación libre a los cerca de dos mil niños y era difícil sugerir las alternativas que se les ofrecían.

Para su tiempo, sin embargo, los niños recibieron una sana educación, la cual serían muy afortunados que pudiesen haber obtenido en cualquier otro sitio. Ellos recibieron, además, un tesoro de invaluable valor: enseñanzas que les possibilitaban hacerles 'sabios para la salvación' y que les dio a los que las aceptaron, 'una vida más que abundante'.

Reservados para la Gloria

No muchos días después de la inauguración del Hogar Núm. 5 en enero de 1870, Mary Müller –ahora con setenta y tres años– sufrió un serio resfriado que la hacía toser penosamente.

‘Amada mía, debes permitir que el Dr. Pritchard te vea’, le dijo Müller.

Mary concordó, a duras penas.

‘Ya no debes ir caminando desde tu casa en la calle Paul hasta Ashley Down’, le dijo el médico. ‘Desde ahora en adelante debes ir en transporte público, y además debes tomarte un tiempo de reposo después de cenar diariamente.’

Por la noche Müller tomándole el pulso a Mary lo halló muy débil e irregular; pero Mary no concordaría que hubiese nada grave con ella. A finales de enero, ella sintió un dolor alrededor de la parte baja de su espalda y en el brazo derecho. Aunque el dolor iba en aumento y empeorando, Mary se dirigió hasta Ashley Down con Lydia y llevó a cabo sus actividades usuales en los Hogares. A la hora del té regresó para su casa con su hermana Groves y con Lydia; Müller abandonó la reunión de oración en la iglesia de Salem. Cuando llegó a su casa, se encontró que su médico Josiah Prithchard, le había ordenado que se metiese en la cama.

‘Mary tiene que permanecer en cama’, le dijo el Dr. Pritchard a Müller, ‘y su habitación calentada con la hoguera. Padece de fiebre reumática.’

Müller esperaba lo peor. Pero, dijo, ‘aunque mi corazón estaba próximo a despedazarse, por causa de mi profunda aflicción, me dije a mí mismo: “El Señor es bueno, y todo lo que hace es bueno; hágase todo conforme a Su voluntad. Nada sino lo mejor, como Él Mismo es, puede venir de Dios. Si a Él le place llevarse a mi mujer, eso será lo mejor, porque Él es bueno. Lo que yo tengo que hacer, como hijo Suyo que soy, es estar satisfecho con aquello que mi Padre hace para que pueda así glorificarle.”’

Al día siguiente, el martes por la tarde, Müller se sentó solo en la habitación de su mujer en el Núm. 3. Mary se encontraba en casa por primera vez en nueve años; en la pared había un calendario con un comentario diario El Silencio Confortable, Müller leyó el texto de ese día: Salmos 119:75, ‘Conozco, oh Jehová que tus juicios son justos, y que conforme a tu fidelidad me has afligiste,’ Müller leyó una y otra vez estas palabras.

‘Sí, Señor’ se dijo a sí mismo, ‘Tus juicios son justos, yo estoy satisfecho con ellos. Tú conoces la profundidad de la aflicción de Tu pobre hijo por su querida mujer, sin embargo estoy satisfecho con Tus juicios; y en lo más profundo de mi alma digo que fui afligido conforme a tu fidelidad. Todo esto que está sucediendo es de acuerdo al amor con

el cual Tú me amaste en Cristo Jesús, y cualquiera que sea el resultado, todo lo que venga nos ayudará a bien.’

A seguir a este texto, El Silencio Confortable tenía las palabras: ‘En Tus manos están mis tiempos’ (Salmos 31:15).

‘Sí, Padre mío’, pensó Müller, ‘los tiempos de mi querida esposa están en Tus manos. Tú harás lo que sea mejor para ella y para mí, tanto si es la vida como la muerte. Si es posible, recobra la salud a mi preciosa mujer de nuevo, Tú eres capaz de hacer eso, aunque ella se halle tan enferma; pero cualquier cosa que determines hacer conmigo, solamente te pido que me ayudes a continuar estando perfectamente satisfecho con Tu santa voluntad.

Durante esa semana, las palabras del himno ‘Aquel que está por encima de todos’, se mantuvieron constantemente en la mente de Müller:

La mejor de las bendiciones nos proveerá
Nada malo nos sucederá,
Guardados para la gloria Él nos guiará,
¡Oh cuán grande es Su amor!

‘Mi corazón’, dijo él, ‘me repite continuamente – “Nada malo nos sucederá”,’

El miércoles, Mary sintió menos dolores, y antes de salir de la Calle Paul para Ashley Down, Müller se sentó en su cama y leyó un versículo del Salmo 84, ‘Porque sol y escudo es Jehová Dios; gracia y gloria dará Jehová. No quitará el bien a los que andan en integridad.’

‘Amada mía’, le dijo Müller a Mary, ‘ambos hemos recibido gracia, y recibiremos por tanto gloria; y a medida que andemos en integridad, por la gracia de Dios, el bien no nos será quitado de nuestras vidas.’

Posteriormente en ese mismo día, Mary le repitió a su hija Lydia el versículo que Müller le había leído y le compartió el gran consuelo que recibió leyéndolo con él. Y mientras Müller se dirigía hacia su trabajo en Ashley Down se dijo una y otra vez a sí mismo: ‘Yo ando en integridad, por tanto mi Padre no permitirá que nada malo me suceda; así que si es bueno para mí que mi querida Mary recobre la salud, con toda la certeza eso es lo que sucederá; si así no fuese, yo de cualquier manera procuraré glorificar a Dios en perfecta sumisión a Su santa voluntad.’

‘Cada dos horas durante la noche’, le dijo el Dr. Pritchard a Müller en esa tarde, ‘quiero que le des a tu mujer un poco de caldo de carne o una cucharada de vino mezclado con una cucharada de agua,’

Müller así lo hizo, y en cada turno hacían juntos una oración.

‘Creo que me sentiría mejor’, le dijo el Dr. Pritchard a Müller, ‘si mi colega el Dr. Black pudiese examinar a la señora Müller porque debo confesarte que su situación se ha vuelto bastante grave.’

‘Yo estoy plenamente satisfecho con el tratamiento que está teniendo con usted’ le contestó Müller, ‘pero si se siente mejor, haga lo que más crea conveniente.’

El sábado por la mañana, Müller se quedó en casa al lado de Mary. Después de la comida le dijo:

‘Querida mía, siento mucho tener que dejarte, pero regresaré a tu lado tan pronto como me sea posible.’

‘Yo estoy siempre con Jesús, no te preocupes’ le dijo Mary.

En esa misma noche los dolores empeoraron. Müller pasó toda la noche intentando consolarla lo mejor que podía. Müller se encontraba ahora incapacitada de mover cualquiera de sus brazos.

Por la mañana fueron llamados el Dr. Black y el Dr. Pitchard.

‘No hay esperanzas de que recobre su salud’, le dijo el Dr. Black a Müller.

Müller entró en su habitación.

‘El Señor Jesús viene a por tí’, le dijo Müller a Mary.

‘Sí, ¡ya sé que en breve vendrá! Le dijo Mary.

A la una y media, Müller le dio a Mary su medicamento y una cucharada de vino con agua, Mary tuvo mucha dificultad en tomarlos y comenzó a delirar. George se mantuvo tranquilo a su lado y se dio cuenta de que ‘su amada se estaba apagando’.

Salió por unos instantes de la habitación.

‘Mary se está muriendo’, le dijo calmamente a Lydia y a la hermana de Mary.

Las dos mujeres se juntaron con George al lado de Mary y poco después también se juntó con ellos otra de las hermanas de Mary. Los cuatro permanecieron sentados durante dos horas y media. A las cuatro y veinte del 6 de febrero de 1870 Mary Müller falleció.

‘Gracias Padre por haber libertado a Mary’, dijo Müller mientras se arrodillaba cerca de la cama. ‘Gracias por haberla llevado contigo. Te pido que ahora nos ayudes y consueles a nosotros.’

George y Mary habían estado casados durante cuarenta años.



Mary Groves Müller (1797-1870).

El 11 de febrero de 1870, el propio Müller presidió el servicio fúnebre tanto en Bethesda como en el cementerio. Alrededor de mil doscientos niños secundaban la procesión; reunidos por el personal desde Ashley Down y con cientos de miembros de la

Iglesia de Bethesda. Antes de predicar su sermón en el funeral, Müller se sentó en la sacristía repitiendo una y otra vez:

‘!Oh Mary, mi amada Mary!’

Y comenzó a leer el texto, ‘Bueno eres tú, y bienhechor.’ (Salmos 119:68). Recordó que Mary había sido el primer miembro de la iglesia de Bethesda cuando reabrió bajo la dirección de Craik en 1832; que había visto en su vida a dos mil y setecientos creyentes adherir a su comunión; y que cuando ella falleció contaba con novecientos y veinte miembros. Después hizo un recuento detallado de su vida y obra.

‘Tal vez a ninguno de los cristianos que me hayáis escuchado’, dijo al final de su discurso, ‘no les sea difícil de concordar de corazón que “el Señor es bueno, y bienhechor” habiéndome concedido estar tanto tiempo con ella; pero les pido a estos queridos amigos cristianos que se extiendan un poco más adelante conmigo, y que digan en sus corazones también: “Bueno eres Tú, y bienhechor” habiendo quitado a esta eficaz, amorosa, excelente esposa de su marido, y que en el momento que, humanamente hablando, él más que nunca precisaba de ella. Mientras estoy diciendo esto, estoy sintiendo la voz dentro de mí. Mi amada ya no está conmigo, para compartir mi gozo y tribulación. Cada día que pasa la recuerdo más y más. Veo más y más cuán grande es su pérdida para los huérfanos. Sin embargo, sin esfuerzo alguno de mi parte, en el fondo de mi alma me regocijo con el gozo de la partida de mi amada. Su felicidad me produce gozo. Mi querida hija lo siente igual. Dios mismo es Quien produce en nosotros todo este gozo, los dos estamos satisfechos con Él...’

Sin embargo, a pesar de estas consoladoras y valientes palabras en el funeral, en los meses siguientes a la muerte de Mary, Müller sintió la pérdida más profundamente. Él registró en su diario: ‘todo mi gozo terrenal desapareció’; y alrededor de diez días después de la pérdida llegó a estar, durante un cierto tiempo, muy angustiado y enfermo. Cuando recobró de esta enfermedad, cayó en la cuenta de que cuando ‘entre las ocho y las nueve por las tardes, me iba para casa desde los Orfanatos, en vez de hacer el camino con la compañía de mi amada Mary, como lo había hecho durante tantos años (porque siempre lo hacía conmigo), pensé para mi mismo: “Cuando llegue ahora a casa, no me voy a encontrar con ella allí, pero sé que el Señor Jesucristo sí que estará esperándome, mi precioso amigo; Él me confortará”; y le agradecí a Dios que me permitiera tener a mi queridísima hija a mi lado, que siempre estaba esperando que llegase, para consolarme, y hacía todo lo posible para atenuar el dolor que tenía en mi desconsolado corazón. Es que la pérdida que sufrí fue muy grande, la angustia fue muy profunda, y, con el transcurso de las semanas y meses, aunque continuando habitualmente no solo a estar satisfecho con Dios, sino también adorándole por lo que había producido en esta amargura de corazón, la herida tendía a agrandarse en vez de achicarse, y el sentimiento de pérdida cada se hacía más y más grande...’

La pérdida fue sentida también por los niños, así como por los chicos y chicas más mayores que habían pasado por los Orfanatos; Müller recibió centenas de cartas de

condolencia, aun en los meses siguientes al acontecimiento. Una de estas cartas fue enviada por una de las primeras niñas de Wilson Street:

Querido Sr. Müller, créame que no ha sido por ingratitud que no le haya escrito antes, sino porque sabía que usted tendría que atender centenas de cartas; pero no amo ni un ápice menos a la Sra. Müller que aquellos que le han escrito. Yo pienso que la amé junto con usted igual que si fueran mis verdaderos padres. Es cierto que nunca conocí a mis padres, para saber por experiencia cómo sea amarlos; sin embargo sé muy bien lo que es amar tanto a usted como a ella, y desde lo más profundo de mi corazón siento su pérdida. Bien es que usted la echa de menos a diario. Guardo un grato recuerdo de ella andando por los Hogares; porque siempre los observaba cuando salían juntos; pero ahora usted se ha quedado solo. Confío en que a Dios le placera guardarlo con nosotros durante muchos años, así como a su querida hija y familia; porque, ¡Oh Dios mío! Sería un gran vacío, de hecho, si nos fuese quitado de nosotros. Siempre le recuerdo muy afectuosamente.

La escritora de esta carta no era la única en pasar por esta ansiedad de qué sería lo que sucedería si Müller faltase.

‘¿Qué es lo que será del Orfanato, Sr. Müller, cuando usted falte? Le preguntaba la gente.

‘Los Orfanatos’, les contestaría Müller, ‘y las tierras que les pertenecen, se encuentran en las manos de once fieles servidores y administradores, así que la Institución se mantendrá en los mismos pasos que hasta ahora, en este particular, como otras Instituciones de caridad.’

‘¿Pero dónde va usted a encontrar al hombre que lleve a cabo la labor en el mismo espíritu con que usted lo ha hecho, a través de confiar solamente en Dios para todo que sea necesario para la obra?’

‘Cuando al Señor le plazca quitarme de mi puesto, Él Mismo probará que no es dependiente de mí, y que muy fácilmente puede Él levantar a otro siervo Suyo que prosiga la obra.’

‘Bien puede usted orar para que Dios nos levante un sucesor que tome las riendas de la obra después de usted.’

‘Eso es lo que hago regularmente’, contestaba siempre Müller.

“¿Podría avisar al Sr. James Wright que venga a verme?’

Le dijo Müller a un asistente no muchos meses después de la muerte de Mary,

Desde que Wright era muy joven, Müller siempre había estado observando sus ‘consistente piadoso comportamiento’, y durante cerca de doce años él había sido uno de los colaboradores más eficaces de Müller en todos los aspectos de la obra en la Institución para el Conocimiento de las Escrituras incluyendo el trabajo con los niños. George y Mary habían orado juntos durante una serie de años específicamente para que Dios lo preparase para llegar a ser el sucesor.

‘Tengo que confesarle’, le dijo Müller a James Wright, ‘que estoy considerando que es la voluntad de Dios que usted me suceda como director de esta Institución.’

Wright le dio a Müller una serie de razones del por qué se consideraba a sí mismo incapaz de ocupar el puesto, ninguna de las cuales le pareció válida a Müller.

‘Yo creo que la obra es una carga demasiado pesada para ti. Te imploro que no aceptes la invitación del Sr. Müller’, le dijo su esposa a Wright. Algunas semanas después, sin embargo, ella cambió de opinión y Wright fue a encontrarse con Müller nuevamente.

‘Siento que es mi deber no oponerme a la invitación que me hizo por más tiempo.’

‘Entonces estamos de acuerdo’, dijo Müller, sonriendo, ‘si yo faltó, tú serás mi sustituto.’

Poco tiempo después de esto, la esposa de Wright falleció.

Se dijo de Wright que su ‘bello rostro y radiante sonrisa, mejor de lo que las palabras podrían, mostraban que la paz y el gozo gobernaban su corazón’. Su manera al mismo tiempo digna y graciosa ganó el respeto y la admiración de todos con unanimidad. De su fe y amor, sus obras daban testimonio, pero su humildad era igualmente aparente para cualquier mente observadora.’

Wright era entendido en música y durante muchos años su bella voz de bajo dirigía las canciones en Bethesda. Le gustaba mucho juntar un coro alrededor del piano o del órgano y cantar himnos del cancionero Bristol Tune Book.

Dieciocho meses después, en agosto de 1871, Wright pidió ver a Müller para tratar con él un asunto particular.

‘He venido para pedirle la mano de su hija en casamiento.’

No sabemos cuál fue la respuesta que Müller le dio, pero escribió en su diario: ‘No sé de nadie mejor a quien con toda mi buena voluntad le confiase la vida de mi precioso tesoro terrenal.’

Durante dos semanas estuvo Lydia agonizando acerca de la respuesta que debería de darle al pedido de Wright. Müller descubrió que su único obstáculo residía en no querer dejar solo a su padre.

‘Yo te ruego que no permitas que eso sea un obstáculo en tu vida’, le dijo Müller a Lydia. ‘Sería un gran consuelo y gozo para mi verte casada con un marido tal.’

Se casaron en Bethesda el 16 de noviembre de 1871: Wright tenía cuarenta y cinco años y Lydia treinta y nueve. Wright posteriormente describió su vida juntos como un tiempo de ‘felicidad inquebrantable’.

Bethesda asistió poco después a un nuevo casamiento.

De Vuelta al Rigi

Cerca de dos años después de la muerte de Mary y del casamiento de Lydia, entre otros hechos, finalmente persuadieron a Müller a contraer matrimonio nuevamente –una decisión meditada, dijo él, ‘en el temor a Dios, y en la absoluta convicción de que he tenido la guía y la aprobación de mi Padre Celestial’. Registró que había conocido a la Srta. Susannah Grace Sangar, una gobernanta de Clifton hacía unos veinte años en su juventud, ‘durante más de veinticinco como una fiel cristiana, y a respecto de quien no tengo razón alguna para dudar que ella sería capaz de ofrecerme una gran ayuda en mis varios servicios’. Se casaron el 30 de noviembre de 1871.

Durante los dos meses siguientes, Susannah Müller fue aprendiendo más y más acerca de su trabajo, y procuró liberar a su marido de todo cuanto podía. Y entonces, en marzo de 1874, contrajo una fiebre muy severa: era la fiebre del tifus. Al principio se pensó que no era un ataque muy grave.

El jueves 26 de marzo, Müller dejó a Susannah con Lydia en la calle Paul en un mejor estado que los días anteriores. Después de la comida, Lydia vino a encontrarse con Müller en Ashley Down.

‘Susannah ha sufrido una hemorragia.’

Müller llegó a su hogar y se encontró con que su esposa había padecido una muy grave pérdida de sangre. El Dr. Williams llegó. ‘Mi querida esposa’, redactó él, ‘parecía tan pálida como si estuviese muerta, y la presencia de la muerte se manifestaba en su rostro; pero por los medios que se emplearon, después de unos instantes pareció volver de nuevo a la vida.’

El 15 de abril, Susannah comenzó a delirar; la fiebre se encontraba en el punto más alto. Por la tarde el Dr. William consultó al Dr. Black.

‘La Sra. Müller debe recobrar su salud si consigue dormir’, dijo el Dr. Black. Susannah no había podido cerrar sus ojos durante más de treinta horas.

Una tercera enfermera vino para que las otras dos pudiesen descansar. Müller hizo lo que pudo para asegurarse de que las instrucciones del médico se llevasen a cabo correctamente. ‘Pero mi confianza estaba depositada en Dios solamente. Yo le conozco muy bien, y se perfectamente que Él hará lo mejor para mí. Mi corazón está satisfecho con Él. Me deleito dentro de mí mismo en Él.’

El estado de salud de Susannah era ya conocido en muchos países y miles de oraciones se ofrecían en todas partes en su respaldo.

En aquella noche la crisis tuvo su pico más alto y después desapareció. Ella consiguió dormirse durante cinco horas y durante la mayor parte del lunes, Desde ese día Müller pudo comenzar a ver algunas señales de mejoría. Aunque el pulso de Susannah se encontraba en 120 y todavía muy debilitado.

‘Nunca había visto a ningún paciente mío que recuperase después de una hemorragia masiva como la que sufrió la Sra. Müller’, dijo un distinguido médico de Londres – Müller lo describió como siendo ‘uno de los más eminentes y expertos médicos de Londres.’

‘Por tercera vez ahora’, escribió Müller’, en lo más profundo de mi ser estoy satisfecho con Dios, deleitándome con toda mi alma en Dios, besando la mano de quien me azota; y, por Su gracia, así seguiré haciendo... Yo sé cuan amoroso, y generoso Ser es Dios, por la revelación que Le ha placido darnos de Sí Mismo en Su santa Palabra; yo creo esta revelación; y también sé muy bien por propia experiencia la verdad que hay en ella; y por tanto, yo me encuentro satisfecho con Dios, me deleito en Dios con toda mi alma; y estoy seguro que me concederá las peticiones de mi corazón, aun con la restauración de mi querida esposa.’

Al comienzo de mayo, Susannah se encontraba lo suficientemente recobrada de su salud como para salir de la cama y sentarse en una silla en el salón durante cortos periodos de tiempo; a mediados del mes dio su primer paseo al aire libre en un carruaje. Al final de mayo la pareja pudo viajar hasta Burnham, en Somerset, para que Susannah pudiera beneficiarse con los aires del mar. En septiembre viajaron hasta Ventnor en la Isla de Wight donde recuperó plenamente su salud.

Desde que había llegado a Bristol en 1832, Müller casi exclusivamente solo había predicado en esta ciudad; su puesto como pastor de la extensa iglesia de Bethesda y como director de los Hogares de huérfanos, y el trabajo con la distribución de literatura lo habían retenido en Bristol. Pero las cosas en Bethesda eran ahora diferentes: había varios hombres habilitados espiritualmente y con la suficiente experiencia para tomar en sus manos las responsabilidades. Y James Wright ya había probado ser un excelente codirector en la obra de Ashley Down y de la Institución en general. Así que después de muchas oraciones, Müller decidió emplear sus últimos años en la labor de predicar y enseñar la palabra en otros lugares.

Él estaba convencido de que había muchas personas que eran perfectamente genuinas en sus deseos de ser justos delante de Dios, pero que carecían de la paz necesaria debido a que se apoyaban en sus propios sentimientos. Después de más de medio siglo de diario, sistemático y consecutivo estudio de la Biblia, Müller podría ahora compartir con una más extensa audiencia las verdades que él mismo había descubierto e incentivar a más cristianos para que fuesen más amantes de la Biblia en sus vidas personales; para que comprobasen todas las cosas por la palabra de Dios.

Otro de los deseos de Müller al embarcar en sus viajes predicando sería (según el espíritu de Groves y los mejores miembros pioneros de Bethesda) cortar con las barreras de las denominaciones y promover, como él dejó por escrito, ‘el amor entre la hermandad de los verdaderos cristianos’.

Aunque no esté para nada de acuerdo con algunas de sus opiniones y prácticas, yo nunca dejé de predicar entre todos, habiendo considerado durante muchos años cuán

grande debe ser la amargura en el corazón del Señor Jesús por la desunión que existe entre sus propios verdaderos discípulos. A este respecto, por tanto, yo he procurado (en la medida de mis posibilidades) reunificar a los verdaderos creyentes, que ellos vean cara a cara y concuerden en cada punto con nosotros; pero, una vez que esto no es posible, debido al distanciamiento de nuestra hermandad en Cristo, yo preciso acercarme a ellos, y mantenerme unido con ellos, en la medida necesaria para que nadie tenga que decir de mí que no lo haya hecho con toda mi buena conciencia.

Susannah Müller disfrutaba mucho en los viajes y sería una excelente compañera de viaje. Aunque la salud de George era todavía muy buena, sería imposible para él finalizar la ardua tarea programada de expandir la palabra que tenía en frente de él, sin tener a Susannah a su lado como asistente y enfermera. Ella podría asegurarse de que los viajes no fuesen solo trabajo, sin también disfrutar de otras cosas: porque, sin duda se debía en gran parte a su influencia, que la pareja saliera de la rutina de los numerosos compromisos para hacer también visitas turísticas atractivas a bellos monumentos y plazas de interés históricos.

Su primer viaje juntos –sin salir de Inglaterra– fue una corta visita en la primavera y el principio del verano de 1875. Müller tenía setenta años y Susannah alrededor de cincuenta. Spurgeon le había pedido a Müller que predicase en su lugar, y, en el famoso Tabernáculo Metropolitano, el hombre que fue pionero en la obra de Bristol se dio a conocer muy bien en Londres, dirigiéndose a una gran congregación. Predicó también en Newcastle y, regresando a Londres, lo hizo igualmente en la Conferencia Mildmay Park – la interdenominación precursora de la Keswick Convención que estaba en ese mismo tiempo comenzando a formarse.

Gavin Kirkham, siendo él mismo un evangelista con dones espirituales, y primer secretario de la Open – Air Mission, escribió acerca de ese tiempo:

La apariencia del Sr. Müller es sorprendente; es alto e imponente. Tiene setenta años. Posee un fuerte acento alemán, aunque cualquier oyente inglés puede comprenderle muy fácilmente. En su ministerio público, él es sobre todo un *maestro*, que frecuentemente nos trae a la memoria el camino de la salvación, en una clara, dulce, y persuasiva manera. Los predicadores deben aprender sus *métodos* de predicación. Él antes que nada nos trae un mensaje de parte del Señor: Que él siempre depende del Señor, a través de la lectura de las Escrituras, meditación y oraciones, hasta que tiene la certeza de que tiene con él la mente o pensamientos del Espíritu como aquello que él dirá. Algunas veces permanece en duda de lo que dirá hasta casi el último minuto, pero ni tan siquiera una vez le ha defraudado el Señor. Él hace un apelo muy grande y practica una predicación expositiva. En vez de utilizar un solitario sacado de su contexto, lo que hace es que selecciona un pasaje, que puede ser de varios versículos, en los cuales se detiene meticulosamente clausula por clausula. Lo primero que hace

es dar el significado del pasaje, y después lo ilustra con otras Escrituras y por fin le da la aplicación que tiene. Esto lo hace frase por frase, la definición, la ilustración, y la aplicación continuamente –de manera constante. Así nunca tienen la certeza sus oyentes de cuándo va a acabar, y no saben cuántos versículos más se propone a considerar. Sus ilustraciones ocasionalmente son tomadas de la historia, la biografía, o de las ciencias naturales, pero en la mayor parte de los casos sacadas de las Escrituras con testimonios de sus experiencias personales.

Una de las cosas más sorprendentes de la predicación de Müller es la forma como él induce a sus oyentes a *reconsiderar* todo lo que se va diciendo. Frecuentemente dice: ‘Ahora bien, vamos a hacernos una pregunta, ¿Estoy comprendiendo todo esto? ¿Cómo se aplica en *mí*? ¿Es ésta *mi* experiencia?’

El primer viaje fue relativamente corto, con Müller predicando setenta veces; pero se hizo muy notorio que, a cualquier sitio que fuese, sería siempre recibido con entusiasmo e interés por muy largas audiencias.

En agosto de 1875, Moody y Sankey regresaron a Nueva York después de una campaña en Bretaña que les había dado mucha fama. Moody describió a Müller como siendo una de las tres personas que más anhelaba conocer; su labor visitando Bristol se debió, según sus palabras biográficas, ‘para embeberse una buena dosis de la fe de Müller’.

En el mismo día que Moody y Sankey regresaron a Nueva York, George y Susannah salieron para su segundo viaje por Bretaña que duraría hasta julio de 1876. Müller dijo que su especial deseo era ‘ayudar a reforzar la obra de los hermanos comprometidos, Moody y Sankey...Estos queridos hermanos, por no haber podido permanecer mucho tiempo en cada sitio que habían visitado, no habían podido seguir enseñándoles a los nuevos conversos acerca del conocimiento y gracia; por eso procuro seguir la labor que han dejado, y, en la medida de lo posible, hacer lo que pueda para suplir este vacío de servicio.’ Estando ansioso de instruir a los nuevos conversos llegó a dar catorce conferencias en el Centro de conferencias *Mildmay Park* en Londres, generalmente hablando para una audiencia de tres mil personas de cada vez.

Y después en Escocia donde predicó en una Convención en Glasgow para cinco mil personas en el poder del Espíritu; no todos los asistentes tuvieron lugar en la sala, y Müller aceptó una invitación para hablar en una rebosante reunión de cerca de mil doscientas personas en una iglesia vecina. Durante un mes en Glasgow predicó cerca de cuarenta veces, y todos los domingos por la tarde se dirigía a tres mil personas en el Teatro príncipe de Gales.

Después de llevar tres semanas en Dublín, incluyendo una serie de reuniones en un completamente lleno de gente *Merrion Hall*, los Müller viajaron hasta Liverpool. Allí Müller hizo de orador en el *Gran Victoria Hall* que había sido construido por Moody y Sankey. ‘Entre esta vasta audiencia’, escribió W. H. Harding, ‘se sentó un hombre bronceado por las inclemencias del sol, ahora capitán de un barco mercante, que en otro

tiempo había sido residente del Orfanato. ¿Cómo le hubiese sido posible a este hombre, todavía no convertido, sentirse en paz consigo mismo mientras que este antiguo benefactor, anciano y obviamente entrado en años, le estaba predicando una vez más, el bendito mensaje de la vida eterna? El capitán lleno de cicatrices escuchaba atentamente, lleno de lágrimas, y aprendió espiritualmente el motivo de la vida de Müller, y tomó el rumbo correcto hacia la obtención del descanso del alma.

Müller predicó alrededor de cincuenta veces en Liverpool, los domingos entre cinco y seis mil personas. Y después durante un ocupado viaje en el transcurso del cual Susannah recordó que mientras se encontraban en la ciudad de Crathie 'fuimos agasajados por una gobernanta cristiana que vivía en el Castillo de Balmoral, la cual muy gentilmente nos condujo una tarde hacia la residencia de la Reina en Escocia; y, un poco de tiempo antes de que saliésemos de Crathie, Su Majestad se acercó al Castillo, a quien vimos ocasionalmente paseando, acompañada por la Princesa Beatrice'.

El tercer viaje llevó a la pareja hasta Europa y pasaron las dos últimas semanas de agosto de 1876 en París. En septiembre llegaron a Berna donde Müller predicó en alemán por primera vez en treinta y seis años. Una tarde se acercaron a *Die Enge*, un Auditorio en uno de los lados de una montaña a las afueras de Berna donde el Coronel von Büren había convidado a más de ciento cincuenta personas para encontrarse con ellos. Mientras estaban sentados bebiendo café y mirando alrededor los distantes Alpes, en cuyas cimas cubiertas de nieve se reflejaba una luz rosada de puesta de sol, alguien dijo:

Le bon Dieu l'a fait exprès pour vous donner plaisir.

(El buen Dios hizo esto a propósito para nuestro placer).

Antes de embarcar en una larga serie de reuniones, George y Susannah se subieron a bordo de un barco de vapor en Lucerna y atravesaron el Lago Geneve hasta Vitznau a los pies del Rigi. Más de medio centenar de años habían transcurrido desde que Müller escalara la montaña con Beta y sus demás amigos estudiantes en el verano de 1825. Afortunadamente, en los años anteriores alguien había terminado de construir un teleférico, y los Müller pudieron hacer el viaje con una relativa comodidad. Pero la vista que se extendía sobre la Floresta Negra hacia el norte había cambiado muchísimo.

A medida que la nieve comenzaba a caer, la pareja se congratuló de encontrar refugio en un hotel al borde de la cima. 'A las cuatro y media de la mañana siguiente', escribió la Sra. Müller, 'escalamos a la Cima del Rigi, desde donde se contemplaban esplendidas vistas de innumerables picos llenos de nieve y glaciares distantes podían ser divisados extendiéndose por todas partes, los cuales, iluminados como estaban por el brillo del sol naciente, daban un prisma muy colorido a todo el escenario; y allí permanecimos felices contemplando aquella maravilla durante mucho tiempo, volviendo alrededor nuestra mirada para este lugar salvaje y solitario, una silenciosa región con un interés que difícilmente podía ser superado'.

En la cima del monte St. Gothan Pass, de nueve mil pies de altitud por encima del mar y envuelto en una espesa niebla, la gobernanta de la que hablamos anteriormente de

Clifton y su marido se sintieron muy agradecidos de aceptar las pobres instalaciones que había disponibles en el Hospicio, y, a pesar del humo de algunos italianos que llenaban la única sala con hoguera dentro de ella que tenía toda la casa, se sintieron felices de que se les permitiera compartirla con ellos, y con otros viajeros que se les había ocurrido acudir allí’.

En Zúrich, Müller predicó dos veces en la Capilla Anna a una congregación que sobrepasaba el número de asientos y se encontraba en los corredores y las salas adyacentes. En Constanza, los Müller visitaron la Sala del Concilio en la Sala Merchant donde Juan Huss había sido juzgado y sentenciado a la hoguera por su punto de vista en las enseñanzas sobre la corrupción dentro de la iglesia de la pre- Reforma.

En Estugarda, Alemania, la Reina de Württemberg envió a llamar a Müller y en el palacio le preguntó una serie de cosas acerca de la obra con los niños en Bristol. En Darmstadt se encontró una sala enorme repleta de gente donde se dio la reunión en la casa del Juzgado; había cuatro salas adyacentes con las puertas abiertas, y la Princesa Karl (madre del Príncipe Luis de Hesse, marido de la Princesa Alice de Inglaterra), la Princesa von Battenberg, y varias personalidades más del círculo real asistieron al acto.

En Düsseldorf, el Obispo de la Ciudad se acercó a Müller con una preocupación.

‘Yo tengo siete hijos y llevo muchos años orando para que se conviertan. Ellos no quieren saber de nada. ¿Qué es lo que debo hacer?’

‘*Mantente* orando por tus hijos’ le dijo Müller al Obispo ‘y mientras espera una respuesta a tus oraciones, debes alabar a Dios.’

En la primavera de (1877) George y Susannah visitaron el Castillo de Wartburg próximo a la Halle donde Martín Lutero había estado recluido en 1521. Visitaron la sala donde el reformador tradujo la Biblia al alemán. En la Halle, Müller predicó en el Orfanato Francke, la institución que le había inspirado a él en sus días anteriores en Bristol. Müller se quedó feliz, al ver que su antiguo tutor, el Profeor Tholuck, todavía se encontraba activo. Ahora ejercía el cargo de Alto Consejero del Consistorio de Prusia. Los dos hombre se regocijaron muchísimo de poder estar juntos y mantuvieron una larga conversación.

En el camino a Berlín, en Wittenberg, visitaron la iglesia a cuyas puertas en 1517 Lutero clavó sus noventa y cinco tesis contra las indulgencias; y en un viejo monasterio visitaron la habitación donde Lutero había vivido cuando era monje Agustino.

Durante las tres semanas en Berlín, Müller predicó a una amplia congregación. Count Bismarck (un primo del famoso hombre de estado), recorrió ciento veinte millas (190 Kms.) solo para encontrar a Müller y oír predicar.

‘Sus narrativas Sr. Müller, han sido para mi alma un gran consuelo y bendición’ le dijo Bismarck a Müller.

Después de predicar en congregaciones en casi todas las ciudades de Holanda, Müller acabó su recorrido por Europa después de haber predicado en más de trescientas ocasiones. De regreso a la Calle Paul, le esperaba una carta de los Estados Unidos firmada por el Reverendo E. P. Thwing y cuatro otros pastores implorándole que visitase América para predicar.

La invitación era la más reciente de otras muchas que ya había recibido invitándole a los Estados Unidos. En esta ocasión decidió aceptar la invitación.

A La Casa Blanca

Los Müller salieron para los Estados Unidos en agosto de 1877 a bordo del trasatlántico *Sardinian* de 4.000 toneladas. Por algunas razones fueron alojados en el alto compartimiento oficial como camarote, al cual Susannah halló 'tolerablemente confortable'.

Aunque el Atlántico estaba revuelto, el barco permaneció en su rumbo hasta que se adentró en una densa niebla próxima de Newfoundland. El capitán Dutton había permanecido en pie vigilante en el puente durante veinticuatro horas cuando Müller se acercó a su lado.

'Capitán, he venido a decirle que debo estar sin falta en Quebec el sábado por la tarde.'

'Eso es imposible', dijo el capitán.

'Muy bien', dijo Müller, 'si su barco no puede llevarme, Dios debe ingeniarse alguna otra manera - jamás he roto un solo compromiso que haya hecho en cincuenta y dos años. Vamos a bajar los dos a la sala de reuniones y orar juntos.'

El capitán Dutton se rascaba la cabeza preguntándose de qué tipo de asilo se habría escapado aquel lunático Müller.

'Sr. Müller', le dijo él, '¿sabe usted cuán densa es esta gran niebla que nos rodea?

'No, mis ojos no están puestos en la densidad de la niebla, sino en el Dios viviente Quien controla todas las circunstancias de mi vida.'

Entonces Müller se arrodilló y oró con palabras sencillas. Cuando acabó, el capitán iba también por su turno a comenzar a orar, pero Müller le puso su brazo por sus hombros.

'No ore más. En primer lugar, usted no cree que Él nos vaya a responder; y además, yo creo que ya lo ha hecho. Ya nos ha respondido, así que no hay necesidad de que usted tenga que orar.'

El capitán Dutton miró a Müller muy sorprendido.

'Capitán' continuó Müller, 'Yo conozco a mi Señor desde hace cincuenta y dos años, y nunca se ha dado el caso desde entonces de no haber conseguido tener una audiencia con el Rey (refiriéndose a Dios). Levántese, capitán, y abra la puerta, y verá que la niebla ha desaparecido ya.'

El capitán se dirigió hacia la puerta de la sala y la abrió. La niebla había desaparecido.

El capitán Dutton relataría muchas veces esta historia durante su larga carrera como maestro del *Sardinian*; un bien conocido evangelista del siglo diecinueve describió a este capitán como 'uno de los más devotos hombres que yo haya conocido.'

Cuando estaban llegando a las costas de Quebec, el *Sardinian* disparó sus armas en señal de su aproximación. En el Hotel San Luis, había una gran cantidad de cartas aguardando con invitaciones a Müller para ir a predicar. Pero antes de dirigirse hacia el sur hasta Nueva York, se tomaron el tiempo para visitar las Cataratas del Niágara.

La pareja se sintió desilusionada en el primer puesto de observación que pararon, era muy distante de la Catarata. Después que fueron conducidos a través de un puente que se

localizaba por debajo de la Catarata Americana, subieron por unas escaleras hasta Luna Island, y después, estando muy próximos del precipicio, comenzaron a apreciar la magnitud y grandeza de las Cataratas Americanas.

‘Esta vista’, pensaron ellos, ‘lo supera todo; ¡con toda certeza, esta debe ser la mayor catarata del mundo!’

Pero no lo era; después de unos pocos pasos más, llegaron enfrente de la gran Catarata Herradura, en el lado del río que entra en Canadá, debitando mil quinientos pies cúbicos de agua por hora sobre los desfiladeros dentro de una enorme, espumante y humeante caldera en su base. Admiraron los Rápidos por donde el Niágara bajaba, como lo describe Susannah, ‘entre grandes monumentos rocosos, grandes masas de piedra y enormes bloques de roca’, y donde ‘sus aguas ondean y espuman, en diez mil fantásticas configuraciones, y en el salvaje torbellino, a medida que frenéticamente corre y se precipita en el abismo que tiene hacia abajo.’

El domingo por la mañana, del 9 de septiembre, en el Tabernáculo del Dr. Talmage – dijo, refiriéndose a esta iglesia como siendo la más grande de los Estados Unidos. El Reverendo Profesor E. P. Thwing presentó a Müller a la congregación. El visitante de Bristol predicó durante tres cuartos de hora. Después de una reunión por la tarde, una de las primeras niñas de Ashley Down, que ahora estaba casada y establecida en América se acercó a la sacristía para saludar a los Müller.

Müller predicó alrededor de cincuenta veces en barrios de Brooklyn y de Nueva York, incluyendo algunas veces en alemán para la vasta población de origen Germán. Después viajaron hasta Boston donde el primer compromiso que tenía Müller se daría en el Tabernáculo de Moody – un enorme edificio que albergaba setecientas personas.

Müller predicó dos veces en la Antigua Iglesia Presbiteriana de Newburyport, fundada por George Whitefield, y produjo una gran sorpresa porque se le dio a leer en la Biblia que había pertenecido al gran hombre cuya biografía él había leído cuarenta años antes; la Biblia no se abría normalmente. Müller habló desde el púlpito que se sitúa justo por encima de la tumba donde Whitefield se encuentra enterrado.

‘¡Dios te ha enviado a América, querido hermano! Le dijo un pastor a Müller después de haber predicado en la Iglesia del Dr. Mitchell en Washington. ‘Este es el tipo de enseñanzas que apreciamos y deseamos; algo que despierte y levante tanto a Cristianos como a incrédulos. ¡Dios le ha traído a Usted a América, si señor! De eso estoy seguro.’

En la mañana del 10 de enero de 1878, a las nueve y media, a los Müller les aguardaba una comisión muy especial. Habían sido convidados a la Casa Blanca para reunirse con el Presidente Hayes y su esposa. ‘Nos recibieron con gran cortesía’, dijo Susannah, ‘y después de hacernos varias preguntas acerca de nuestra obra en Inglaterra, el Presidente mantuvo una conversación con el Sr. Müller que se extendió por una media hora. La Sra. Hayes después nos condujo en una visita guiada a través de la Casa Blanca, una enorme y antigua mansión, y nos mostró los apartamentos de Estado, con los variados objetos de interés que esta residencia contiene.’

Müller tuvo unas fatigantes tres semanas en Washington, predicando generalmente dos veces al día, pero tuvieron tiempo suficiente para escalar los cuatrocientos pies de altura hasta la cima de la roca que hay sobre el Edificio del Capitolio y admirar desde allí la vista que tiene.

Desde Washington, viajaron hasta Salem, en Virginia, en las Montañas Allegheny, y la fama de Müller le precedió. En la Iglesia Luterana, ‘cientos de jóvenes estaban presentes,

la mayor parte de ellos, estudiantes de Colegio Roanoke y del Seminario Teológico, muchos de los cuales se agolpaban a la entrada de la sala; mientras que otros se sentaban en la parte del púlpito juntando sus lugares. La galería se encontraba amontonada de gente. A espaldas de estos varios jóvenes se encontraban situados, con sus cabezas pegadas a los barrotes y sobre el estrado de los asientos en la galería, unos cuantos jóvenes con sus piernas fluctuando en el vacío, en una un tanto peligrosa posición.’

‘Este buen hombre,’ dijo el *Colegial de Roanoke* en su artículo que escribió en enero de 1878, bajo el título El Reverendo George Müller, ‘tan sobrada y vastamente conocido y bien recibido, como el fundador de los Hogares para Huérfanos en Bristol, en Inglaterra, y como el autor de *Verdades de Vida*, se ha dignado a visitarnos...él mide cerca de seis pies de altura, es muy derecho y su cabello está plateado con la edad; su rostro manifiesta las señales distintivas del alemán refinado, mientras que su *personalidad*, que tiene mezclas de clásico y de militar, impresiona antes que nada por su expresión de gozo y santa quietud, que se sobrepone en el semblante...Pedir impropriamente, y pedir acertadamente son los dos temas en su sermón. Pedir indebidamente es pedir algo proveniente de uno mismo. Pedir correctamente conlleva tres partes: 1º. El deseo en sí de la Gloria de Dios. 2º La confesión de nuestra incapacidad y depender sólo de los méritos de Jesús. 3º Creer que recibiremos las cosas por las cuales Le hemos pedido.’

El viaje siguiente llevó a la pareja a través de cuatrocientas millas hasta Columbia en Carolina del Sur donde permanecieron con el Jefe de Justicia Willard. El Sr. Willard les presentó al Gobernador y Secretario del Estado de Carolina del Sur. Müller abrió con una oración la reunión en la Casa de los Representantes de Estado.

A finales de febrero, los Müller embarcaron en un barco de río para hacer un viaje un tanto fatigante a través del río Savannah hasta Jacksonville, en cuya travesía el barco *Ciudad de Bridgetown* crujió con las intemperies algunas veces. En Jacksonville, una vasta audiencia se había juntado para oír a Müller – descrita como siendo la más vasta congregación conocida en aquella ciudad hasta entonces reunida.

Después de varias reuniones que tuvieron lugar en Montgomery y Nueva Orleans, la intrépida pareja embarcó en el mercante *Jhon Scudder* para cruzar la travesía sobre el río Misisipi que va a dar a Memphis. Aunque es cierto que la comida servida a bordo fuese excelente, George y Susannah se sintieron perturbados con el hecho de que no hubiese otra agua disponible para beber, excepto el agua del propio río. Esta agua se encontraba tan llena de impurezas y sedimentos orgánicos que llenaba el fondo del vaso o taza donde se depositase. Los pobres George y Susannah no sabían si sería mejor bebérsela caliente o fría, en forma de té o de café. Por fin, llegaron a la conclusión de que, juntándola con hielo, haciendo un helado, y después mezclándolo todo con un poquito de vino, se obtenía un sabor más agradable. Müller predicó a ‘pasajeros de todo tipo de razas oscuras así como las compañías de navegación consiguen atender’ pero se dio cuenta que los pasajeros eran gente ‘de hábitos locos mundanos, que se pasaban el tiempo gozando con música, canciones, danzas y juegos de azar, del cual mundo no tenían escapatoria posible, así cómo comprobábamos desde nuestro camarote y podíamos observar lo que estaba ocurriendo’. Si los Müller hubiesen recorrido ese mismo trayecto de viaje diez años más tarde, las bandas de música de New Orleans que llegaron a ser posteriormente tan populares, hubiesen sido una irritación más que hubiesen tenido que soportar.

El 18 de abril (1878) los Müller llegaron a las cinco y media en punto, y reposaron del largo viaje desde San Luis hasta San Francisco que distaba por tierra cerca de dos mil y

cuatrocientas millas entre sí. Viajaron en el reservado compartimiento de un carruaje Pulman, que hasta Susannah condescendió diciendo que era lo suficientemente confortable como para poder descansar y dormir. En el transcurso de la primera mañana, cuando llegaron para desayunar en el Council Bluffs fueron sorprendidos por una multitud de emigrantes en California, entre los que Müller distribuyó algunos panfletos. Después de Omaha, en Nebraska, su viaje los llevó a través de las planicies, y a cierta altura Susannah no podía comprender por qué el tren viajaba a tan solo quince millas por hora. Por fin se dio cuenta (tal vez se lo dijese su marido) que estaban escalando gradualmente miles de metros por encima del nivel del mar; la escalada era realmente tan larga e inclinada que la maquinaria no resistió y se averió, y los pasajeros habían salido al exterior para contemplar la espectacular vista que había. Müller y su mujer aprovecharon la oportunidad para distribuir algunos impresos más. Con la avería de la maquinaria parcialmente reparada la travesía se hizo aun más lenta y demorada hasta llegar a Sherman, la estación de tren más alta del mundo, donde el frío era muy intenso y la nieve abundante.

Cuando llegaron a Wells, vieron grupos de Indios vestidos con paños de color escarlata muy grueso y mantos de lana con colores brillantes; (antes de la era en que televisaran películas del oeste), y la Sra. Müller estaba intrigada con la ´curiosa apariencia de sus sombreros, llenos de plumas y de cintas coloridas´; y se dio cuenta de que ellos ´tenían sus rostros pintados con listas coloradas´.

Después de descender por la montaña en la mañana del 23 de abril, avistaron por primera vez California. ´Una magnífica perspectiva de indescriptible grandiosidad de repente surgió ante nuestros ojos. Por encima de la estación (Summit) y a lo alto, innumerables picos de montañas se elevaban sobre el cielo; el sol, que lucía resplandeciente, iluminaba la nieve dando un testimonio que era deslumbrante; estábamos rodeados de abismos profundísimos, colinas y montañas; millones de pinos y de abetos crecían en las encostas de las montañas´; y miles de metros por debajo de nosotros se extendían hermosos valles vestidos con las más ricas vestiduras que le daban mucha belleza a todo el escenario.´

A las ocho en punto el conductor asomó su cabeza por la puerta del carruaje.

´! El Cabo de Horn!´ anunció a gran voz.

Los pasajeros se levantaron, mirando por las ventanillas para ver cómo el tren atravesaba lentamente el puente de un precipicio con cerca de dos mil quinientos pies de profundidad. Atravesando Emigrant's Gap comenzaron a descender hasta adentrarse en California. El tiempo estaba templado y Susannah vio que ´los campos estaban cubiertos de hierba, mezclada con brillantes ramos de flores salvajes; margaritas, geranios, rosas salvajes que estaban floreciendo...y millones de una flor original de California de un amarillo muy intenso, mezclado con naranjas superaba todo lo demás´.

´Yo nunca he visto flores más hermosas que las de California´, gritó un pasajero.

En la estación de Oakland, en S. Francisco, fueron recibidos por dos amigos que los llevarían para que embarcasen en *El Capitán* que los llevaría hasta la Bahía de S. Francisco y de ahí al Hotel Palace donde se les había reservado una suite de cuartos de los cuales, Susannah se apresuró a decir, que sus amigos le habían providenciado.

En su primer domingo en California, Müller predicó a dos mil personas en el Tabernáculo de la Iglesia Presbiteriana en la Calle Tyler. El martes, un amigo llegó con su carruaje de caballos y se los llevó a dar una vuelta turística. Pasearon por la playa y se refrescaron sus rostros con la brisa del Pacífico. Entonces, Susannah recordó, ´nuestro amigo nos condujo hasta Cliff House, un hotel edificado sobre una alta roca desde donde se

contempla el océano, y donde, desde un balcón tuvimos la oportunidad de observar leones marinos que son muy frecuentes entre las rocas que se adentran en el mar. Centenas de estos curiosos criaturas anfibias se encontraban allí con sus hocicos y sus cuerpos brillando por el agua salada. Algunos estaban tumbados al sol en porciones secas de las laderas rocosas, otros saltaban dentro del mar, y había varios que estaban escalando zonas más elevadas en las rocas, y otros reñían entre sí.

‘En el Hotel Cliff House, un hombre que estaba allí hospedado se acercó a la mesa donde se encontraban.

‘Sr Müller, debo presentarme a usted. Yo soy un hermano de Emma Evans, una niña de la que usted cuidó en Ashley Down. Regularmente atendía a sus predicaciones cuando yo vivía en Bristol hace muchos años atrás. Escuché que llegaba a los Estados Unidos, y justo en este momento para delicia mía le acabo de reconocer.’

Antes de que los Müller saliesen, el visitante ofrendó a Susannah y a George con un ramo de flores.

En Oakland, todas las principales iglesias cerraron para que sus congregaciones y sus ministros pudiesen escuchar a Müller predicar en la Primera Iglesia Presbiteriana. Junto con la multitud que acudió, centenas de personas no pudieron entrar y se perdieron el sermón de Müller sobre Lamentaciones 3:22-26.

‘Hemos asistido a una reunión maravillosa’, le comunicó un pastor a Müller posteriormente.

En S. José, llegó una carta para los Müller de una mujer cuya hija había sido convertida a la edad de catorce años, pero dos años después se mezcló con el espiritismo en donde ha estado atada durante nueve años. En S. Francisco, sin embargo, ella escuchó predicar a Müller varias veces y se quedó profundamente impresionada por uno de los sermones en particular. ‘Usted es la primera persona que ha encontrado y abierto el camino de su corazón en todos estos nueve años.’ escribió la mujer a Müller, ‘ella dice que no se hubiera perdido aquel sermón ni por cien dólares que le diesen’.

Después de predicar continuamente en S. Francisco y Stockton, Müller precisó de descansar y la pareja aceptó una sugerencia para que fueran a visitar el parque natural Yosemite Valley. Ellos habían sido avisados de que aquel viaje en un coche de caballos californiano sería una inolvidable aventura. ‘Nuestro cochero conducía furiosamente’, recordó Susannah después de haberse recuperado de la experiencia. ‘Escarpado o liso, montes y valles, todo le daba igual a él. Una vez pasamos por encima de una gran piedra, y en seguida choco con la rueda y luego contra la otra; y que hiciésemos un alto en el camino en el descenso de la montaña jamás se le pasó por la cabeza. El hombre era sin duda alguna un chofer muy experto, y en ningún momento sentimos miedo; pero, siendo nosotros simples y sensatas personas, desacostumbrados con tal manera de proceder, teníamos que estar agradecidos, y tornar las cosas más sencillas; y además de eso, estábamos deseosos y con muchas ganas de acabar nuestro viaje sin ningún hueso partido. Por la generosidad de nuestro Señor, sin embargo, llegamos al Hotel Priest sanos y salvos, donde se nos había reservado una habitación para pasar la noche; y después de un viaje de once horas y media, nos retiramos inmediatamente a descansar.’

Después de tres días en Yosemite Valley se levantaron a las cuatro y media en punto para emprender el camino de vuelta con otros diez pasajeros más en un carruaje para cinco caballos. A las cuatro de la tarde se cruzó con nosotros otro coche de caballos más pequeño transportando dentro a un hombre y una mujer, el cual tuvo que encostarse a un lado del

camino, para dejar pasar el largo carruaje nuestro. De repente, la mujer que iba dentro dio un salto y se puso de pie fuera.

‘¿No es ese el Sr. Müller?’

‘Si, es él.’

‘! Entonces tengo por fuerza que extenderle mi mano, señor! He leído su *Verdades de Vida* y ha sido una gran bendición para mi alma.’

George y Susannah sacaron sus cuerpos por la ventanilla para darles sus manos a la mujer y a su marido.

‘! Ore por mí!’ gritó la mujer a medida que los dos carruajes se distanciaban el uno del otro.

En Salt Lake City, la gran sede del Mormonismo, visitaron Lion House, la primera casa del fundador Brigham Young. ‘Su cuerpo permanecía sepultado en una miserable y descuidada parcela de terreno –de unos pocos metros cuadrados– y su tumba está cubierta por una gran piedra plana, que tenía incrustada una inscripción; ‘Pero’ dijo Susannah con cierta ironía: ‘lo que el epitafio decía, no nos dimos al trabajo de descifrar.’ Müller predicó en la Iglesia Metodista a una vasta congregación que incluían varios Mormones.

A finales de junio, embarcaron en *El Adriático* hacia Liverpool después de que Müller hubiese predicado más de trescientas veces y de haber viajado por más de mil novecientas millas. El viaje había durado un año entero y, el 18 de julio, ‘llegando a través de coche de caballos abierto hasta la cima de Ashley Hill a las cuatro y media, se encontraron un pequeño ejército de niños y niñas con casi todos nuestro personal de trabajo en el Orfanato esperando para recibirnos. Entonces, a medida que nos íbamos acercando despacio, los niños gritaron con gozo, y las niñas agitaban sus pañuelos y cintas, determinados en ofrecernos “una verdadera bienvenida de reyes”; y a la entrada del Orfanato Núm. 3, una multitud de niños se nos acercaron y rodearon, con amorosos y amigables saludos’

Por la Fe Simplemente



Más de cuarenta años habían pasado desde que Müller procurase por primera vez demostrar, a través de la fundación y el mantenimiento de un hogar para niños de acuerdo a ciertos y definidos principios, de que existe una 'realidad en los asuntos de Dios'. En el transcurso de ese periodo muchos habían quedado convencidos por la demostración, y fueron rescatados del escepticismo hacia la fe. La respuesta de aquellos que se hicieron cristianos generalmente resultaba en un compromiso mayor y más de corazón para vivir una vida de oración y servicio a Dios. La más significativa de todas estas conversiones fue el efecto que el conocimiento de la vida de Müller produjo en un joven irlandés, James McQuilkin, y subsecuentemente a través de él en el florecimiento que se dio en 1859.

Poco tiempo después de convertirse en cristiano en 1856 McQuilkin, le llegó a sus manos el prólogo del primero de los dos volúmenes de Müller *Narrativas*. Él se las ingenió para obtener una copia en enero de 1857 y se quedó impresionado con lo que leyó.

'Mira cuantas cosas obtuvo el Sr. Müller por la oración simplemente', pensó para sí mismo. 'Es evidente que se pueden obtener muchas bendiciones a través de la oración.'

En el otoño siguiente McQuilkin se dirigió hablando a un pequeño grupo de hombres que acostumbraban reunirse con él para orar regularmente en Connor.

'Dios me ha bendecido muchísimo leyendo las *Narrativas de algunos hechos del Señor con George Müller*. Ahora sé muy bien el poder tan grande que hay en la oración creyente. Sugiero que nos juntemos para orar con regularidad para que se dé un derramamiento del Espíritu Santo en este distrito. Ya habéis debido oír hablar del florecimiento que se está dando por muchas partes de América. ¿Por qué nos privaríamos nosotros de ver tal obra aquí viendo que Dios ha hecho cosas tan asombrosas a través del Sr. Müller, por la simple respuesta a las oraciones?'

En marzo de 1859, estos hombres jóvenes organizaron una serie de reuniones en las proximidades de Ballymena; la atmósfera en la región llegó a ser electrizante, con cientos de personas arrodillándose para orar por el arrepentimiento en las calles. En mayo el

movimiento llegó hasta Belfast y comenzó a influenciar a iglesias de todas las denominaciones. En el afloramiento que se dio, la vida de cientos de millares de personas se vio afectada.

Antes de finalizar el año, esta llama ardía tanto por los Estados Unidos como también por Europa. Uno de los resultados del afloramiento, fue que miles de hombres sintiesen en sus corazones que Dios los estaba llamando para llegar a ser ministros evangelistas de tiempo entero. En Inglaterra, un hombre que había sido en Exeter zapatero de nombre George Brearley dedicó su vida devotamente a predicar y a trabajar en Blackdown Hills, en los límites con Devon y Somerset. Edificó o reabrió la capilla de la ciudad, donde se mantuvo en activo como pastor y fundador de Las Escuelas de Días.

Las escuelas que George Brearley y su hijo Walter que establecieron en las montañas Blackdown eran –igual que otras muchas escuelas en Bretaña y alrededor del todo el mundo– financiadas por la Institución para el Conocimiento de la Escritura de Müller. La última de estas escuelas –en Bishopwood– no se cerró hasta 1947, cuando los servicios de educación del Estado finalmente la dieron por redundante y superfluo.

En los años que transcurrieron desde 1870 hasta 1880, la Institución para el Conocimiento de la Escritura financió completamente cerca de ochenta Escuelas de Día para niños y media docena de Escuelas para Adultos; y además, parcialmente, también financiaba otras entre cinco a diez escuelas diferentes más. En el año financiero de Müller de 1879-80, la Institución era enteramente responsable por la educación de más de siete mil niños en sesenta y seis escuelas alrededor de todo el mundo, así como de siete Escuelas de Adultos. De estas escuelas, catorce se situaban en España, cuatro en India, una en Italia y seis en la Guinea Británica; el resto se hallaban en Inglaterra y en Gales.

Otro converso del afloramiento de 1859, posteriormente famoso, fue un hombre joven de Manchester llamado Henry Moorhouse, quien, en 1861 llegó como jugador de cartas y juegos de azar y borracho empedernido a un encuentro en el Alhambra Circus en Manchester, procurando problemas, y fue convertido al escuchar el solo nombre – Jesús; él ‘que había entrado buscando conflictos, permaneció y acabó alabando en oración.’

En 1867, Moorhouse se encontró con D. L. Moody en Dublín, y posteriormente Moody escuchó a Moorhouse predicar mientras se encontraba de visita en Chicago. ‘Nunca me olvidaré de esas noches’ recordaría Moody más tarde. ‘Yo he predicado desde ese momento un evangelio diferente, y he obtenido más poder con Dios y con los hombres desde entonces.’ Moorhouse llegó a tener una amistad muy próxima con Moody y Sankey; se decía que Moorhouse fue el hombre que hizo mover al hombre que hizo mover la palabra; y que él le enseñó a Moody que Dios odiaba al pecado, pero que amaba a los pecadores.

Durante el último año de su vida, Moorhouse vendió Biblias y panfletos viajando en un coche de caballos, y dirigió campañas evangelistas en el distrito industrial de Lancashire, de Yorkshire y de Leicestershire. En dos años Moorhouse vendió por encima de quince mil Biblias y Testamentos, y esparció millones de libros e impresos; toda su literatura era abastecida por la Institución para el Conocimiento de las Escrituras de Müller en Bristol.

En agosto de 1878, Moorhouse escribió a Müller desde Blackpool:

Mi querido Sr. Müller, estamos disfrutando aquí de un tiempo glorioso, vendiendo cerca de mil copias del Nuevo Testamento por semana, y predicándole a miles de

personas a cielo abierto. Le incluyo un recibo de pago de 12 libras y diez chelines. Envíenos por favor tres mil Nuevos Testamentos de dos peniques cada uno. Muchísimas gracias por su generosidad en ofrecérselos por la mitad de su valor. Dios le bendiga, querido Sr. Müller.

En respuesta cuando recibió los Nuevos Testamentos enviados, Moorhouse volvió a escribir desde Blackpool:

Querido Sr. Müller, Los Nuevos Testamentos han llegado a salvo desde Londres. Le agradezco muchísimo que nos los haya hecho llegar a un penique cada uno. Los gastos del Carruaje del Evangelio, con caballos, linternas y alquiler de locales deben rondar las 3 libras por semana; y estoy confiado de que con la venta de las Biblias etc. se podrán muy bien suplir. Me gustaría mucho que viese las miles de personas que están escuchando la predicación del evangelio a campo abierto, y algunas veces con cientos de ellos llorando. Viendo todo esto, usted diría que es la obra del Señor. Ojalá que surgiesen una docena más de carruajes por la ciudad – He hallado una multitud, en los Estados Unidos, que fueron muy bendecidos por su ministerio allí; y muchos fueron los ministros que me dijeron lo mucho que le amaban a usted.

Cuatro años antes en 1876, Moorhouse –que nunca había sido robusto– recibió la noticia de su médico diciéndole que su corazón se encontraba muy débil; había seguido su obra con el mismo efervescente y enérgico espíritu que anteriormente. En septiembre de 1880, Müller recibió la última de las cartas enviadas por Moorhouse:

Querido Sr. Müller, hemos pasado un tiempo glorioso en Darlington y en Stockton-Tees. Decenas de millares de personas en estos lugares tan recónditos han escuchado el glorioso evangelio de nuestro Señor Jesús. Hemos llevado el carruaje a muchos sitios y predicado a todas las razas, pero nunca habíamos pasado una semana como la que pasamos en estos dos sitios...Si hubiera visto los cientos de personas que había oyendo con rostros de veneración, y muchas de ellas llenas de lágrimas ante la simple historia del Calvario, su corazón se regocijaría, y se daría por satisfecho y pagado por todas las pérdidas con las que nos ha dado soporte, dándonos las Escrituras y los pequeños libros del Evangelio a tan bajo precio. Que Dios siga bendiciendo su vida, amadísimo Sr. Müller.

Unas pocas semanas después, Henry Moorhouse fallecía. En el año en que murió (1880), la Institución para el Conocimiento de la Escritura de Müller vendió cerca de cien mil Biblias y Nuevos Testamentos a precios reducidos y ofreció gratuitamente otras cuatro mil. Así como en inglés, las Biblias eran en galés, dinamarqués, holandés, francés, alemán, italiano, portugués, español, ruso, sueco, griego y hebreo. En el mismo año, la Institución hizo circular cerca de tres millones y medio de panfletos y pequeños libros.

Durante la vida de Müller, la Institución que él y Henry Craik habían fundado en 1834 gastó cerca de medio millón de libras esterlinas con otros objetivos además de la obra de los Huérfanos. De este dinero, Müller gastó cerca de 115.000 libras en la obra con las escuelas alrededor del mundo, cerca de 90.000 libras en la distribución de Biblias, Nuevos Testamentos, impresos y libros, y más de 260.000 libras en las obras misioneras mundiales. En los años de más intensidad en la obra misionera en los tempranos 1870, Müller envió

10.000 libras en abono anual de cerca de doscientos misioneros. A mediados de los años de 1880 los gastos ascendían a cerca de 5.000 libras al año y nada menos que ciento treinta misioneros eran soportados financieramente. Todos estos gastos eran aparte de la suma de cerca de un millón de libras que Müller gastó durante su vida en la obra residencial con los niños en la Calle Wilson y en Ashley Down.

‘Mira lo que el Sr. Müller ha obtenido simplemente a través de la oración’, había dicho James McQuilkin’. Así que yo también puedo y debo obtener bendiciones a través de la oración.’ Y como hemos visto, así lo hizo. De hecho existe una sencillez muy grande en la oración - ‘Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; y a quien llame a la puerta, se le abrirá.’ Esta es la simple promesa de Mateo 7:7-8 con la cual Müller comenzó un sermón hablando acerca de la oración en 1880.

‘Esto ha sido escrito para nosotros, esta es la promesa con respecto a la oración’, dijo Müller en su sermón, ‘Yo creo que nadie podría añadirle nada a lo que nos dice: “Pedid, y recibiréis”. Sin embargo, aunque la promesa sea tan completa, tan profunda, tan extensa, y tan preciosa en todas sus veredas, tenemos que, como tenemos que hacer en otras partes de la Palabra de Dios, comparar Escritura con Escritura, porque hay otras partes donde se nos añaden más cosas al respecto, y son dadas condiciones nuevas, las cuales, si no las tenemos en cuenta, nos perderemos una buena parte de todos los beneficios de la oración.’

Durante el sermón, Müller delineó un número de condiciones de las cuales depende el éxito en la oración. Antes que nada, dijo él, nuestros pedidos tienen que estar de acuerdo a la voluntad de Dios. En segundo lugar, no debemos pedir con el fundamento de nuestra propia bondad o mérito alguno nuestro, sino en el nombre del Señor Jesucristo’ - Juan 14:13-14. Müller tuvo el cuidado de recordarle a su congregación, además, como generalmente hacía, el versículo en Salmos 66:18 ‘Si en mi corazón hubiese yo mirado la iniquidad, el Señor no me habría escuchado.’ ‘Esto quiere decir’ dijo entonces, ‘que si vivo en pecado, y estoy andando de una manera intolerable para Dios, yo no debo esperar que mis oraciones lleguen a ser respondidas.’

La tercera condición era que debemos ejercitar la fe en el poder y en el deseo que Dios tiene para responder a nuestras oraciones. ‘Esto es sumamente importante.’ dijo Müller. ‘En Marcos 11:24 leemos: “Cualquier cosa que pidáis en oración, creed que ya lo habéis recibido, y os será concedida”. Yo he comprobado invariablemente que en los cincuenta y dos años y nueve meses durante los cuales he sido creyente que, cuando creía, siempre alcanzaba, en el tiempo de Dios, la cosa por la cual le había pedido. Me gustaría que retuvierais bien en vuestros corazones, que ejercitéis la fe en el poder y el deseo que Dios tiene de responder a nuestras oraciones. Debemos creer que Dios es capaz y tiene mucho deseo de concedernos todo lo que le pedimos. Para comprobar que Él es capaz, tan solo tienes que mirar a la resurrección del Señor Jesucristo; porque habiendo sido resucitado de los muertos, debe tener consigo un poder ilimitado en su nuevo cuerpo. Y para comprobar el amor de Dios, tan solo debes fijarte en la cruz de Cristo, y ver Su amor en no escatimar la vida de Su Hijo, en no escatimar a Su unigénito Hijo de la muerte en tu respaldo. Con estas pruebas del poder y del amor de Dios, con toda seguridad, si nosotros las creemos, vamos a recibir – vamos a obtener todas las cosas que le pidamos.’

La cuarta condición es que ‘tenemos que perseverar pacientemente esperando en Dios, hasta que la bendición que procuramos haya sido alcanzada. Tenemos que señalar, que no se nos dice nada en el texto acerca del tiempo en que, o las circunstancias bajo las cuales, la oración vaya a ser respondida. “Pedid, y recibiréis.” Es una promesa positiva, pero nada dice acerca del tiempo en que las recibiremos...Algunos pueden preguntarse,

“¿Será necesario que yo le recuerde a Dios dos, tres, cinco o hasta veinte veces el mismo asunto, o basta ser solo una vez?” Otros podrían muy bien también decir que no hay necesidad alguna de recordárselo ni una sola vez, una vez que Él conoce de antemano aquello que precisamos para nuestras vidas. Él algunas veces nos pone a prueba, para ver si realmente nosotros tenemos confianza en Él, y si ocupamos nuestra posición como criaturas en pos del Creador.

‘Además, nunca debemos perder de vista el hecho de que debe haber varias razones particulares del por qué las oraciones no son algunas veces respondidas. Una de las razones puede ser la necesidad de ejercitar nuestra fe, porque a través del ejercicio nuestra fe se fortalece. Todos nosotros sabemos que si nuestra fe no fuese ejercitada permanecerá como estaba al principio. La fe se ejercita y fortalece a través de las tribulaciones. Otra razón puede ser que estemos glorificando a Dios a través de la manifestación de la paciencia. Esta es un favor divino por la cual se magnifica mucho a Dios. Puede haber varias razones. Puede ser que nuestros corazones todavía no estén preparados para recibir la respuesta de nuestra oración. Voy a darte un ejemplo...’ Müller dio varios ejemplos dando testimonios de las vidas de aquellos que conocía además de su vasta experiencia propia.

‘Si os digo que durante los cincuenta y cuatro años y nueve meses que llevo siendo creyente en el Señor Jesucristo, yo he tenido treinta mil respuestas a las oraciones, o bien en la misma hora o en el mismo día que hice el pedido, no estoy diciendo nada especial. Normalmente, antes de salir de mi cuarto por la mañana, ya he obtenido las respuestas a las oraciones que hice en esa misma mañana, y en el transcurso del día obtengo cinco o seis respuestas más; así, pues, al fin y al cabo, unas treinta mil respuestas me han sido respondidas o bien en la misma hora o bien en el mismo día en que fueron ofrecidas. Pero algunos de vosotros se deben suponer que todas mis oraciones fueron rápidamente respondidas. No; no todas ellas. Algunas veces he tenido que esperar semanas, meses e incluso años; algunas veces muchos años.

‘En noviembre de 1844, yo comencé a orar por la conversión de cinco individuos. He orado todos los días sin una única interrupción, tanto cuando me encontraba enfermo como cuando tenía salud, en tierra o en mar, y sin tener en cuenta la fuerza de los compromisos que pudiera tener. Se pasaron dieciocho meses antes de que el primero de los cinco fuese convertido. Yo le agradecí a Dios por este, y oré por los restantes. Pasaron cinco años más, y entonces se convirtió el segundo. Le agradecí a Dios, y oré por los otros tres. Continué orando por ellos día tras día, y pasaron seis años más antes de que el tercero se convirtiese. Le agradecí a Dios por el tercero, y seguí orando por los otros dos. Estos dos últimos todavía no se han convertido. El hombre a quien Dios en las riquezas de Su gracia le dio decenas de miles de respuestas a las oraciones, en el mismo día o en la misma hora que fueron ofrecidas, ha estado orando día tras día durante cerca de treinta y seis años por la conversión de estos dos individuos, y sin embargo todavía permanecen sin convertirse; el próximo mes de noviembre hará treinta y seis años desde que comencé a orar para que fuesen convertidos. Pero tengo esperanza en Dios, continúo orando, y procurando todavía las respuestas.

‘Así, pues, amados hermanos y hermanas, seguid esperando en Dios, perseverad en la oración; solamente debéis estar seguros de que pedís cosas que sean conforme a la mente de Dios, porque Él no desea la muerte del pecador. Esta es la revelación que Dios ha hecho de Sí Mismo – “No queriendo que ninguno perezca, sino que todos vengan al arrepentimiento”. Perseverad, por tanto, en la oración; esperad una respuesta, procuradla, y al final llegaréis a alabar a Dios por Su respuesta.’

De los dos individuos que permanecían sin convertirse en el tiempo en que se dio este sermón, uno de ellos llegó a ser cristiano antes de la muerte de Müller, y el otro unos pocos años después.

El Aroma de las Madreselvas

Uno de los puntos culminantes del quinto viaje que realizó para predicar por Europa entre septiembre de 1878 y junio de 1879, tuvo lugar en una visita que hizo a una escuela en España financiada completamente por la Institución para el Conocimiento de la Escritura. Müller se dirigió entonces a ciento cincuenta niños en una escuela de un barrio pobre de Barcelona, hablando muy despacio para que un intérprete pudiera traducir sus palabras.

‘Mis queridos niños’, dijo él, ‘Os amo a cada uno de vosotros muchísimo, y oro por todos diariamente. Yo deseo desde lo más profundo de mi alma encontrarme con cada uno de vosotros en el cielo; pero, para que vosotros podáis llegar a ese feliz lugar, como pobres, perdidos, culpables pecadores, debéis poner toda vuestra confianza en el bendito Señor Jesucristo que fue castigado en vez de nosotros; solamente por su sangre somos limpios de nuestros pecados.’

Müller entonces continuó contándoles a los niños españoles testimonios acerca de los niños en Ashley Down. Cerca de la escuela de niños había una escuela para niñas, también enteramente financiada por la I.C.E. Después de haberse dirigido hablando a las niñas, y que ellas hubiesen cantado un himno para él, ‘una linda niña pequeña, con cerca de seis años de edad, de pelo negro y unos ojos muy brillantes, se subió al escenario y repitió sin omitir una sola palabra el Salmo 128.’ La pareja siguió visitando otras escuelas en Barcelona y en Madrid, también financiadas completamente por la I.C.E.

Después de salir de España, los Müller pasaron algunos meses en el sur de Francia, Müller predicó muchas veces en Francia. En una escuela que poseía una residencia para niños con retraso mental y epilépticos, el director, que no precisaba de intérprete, dijo de él, *Monsieur Müller est admirable* (*El Sr. Müller es admirable*).

George y Susannah pasaron el mes de marzo en Menton y mantuvieron allí reuniones en la Iglesia Francesa y en la Iglesia Alemana. Los domingos por la mañana el pequeño recibidor de la Iglesia Libre de Escocia se encontraba lleno con una multitud de gente, y sus puertas y ventanas abiertas, porque había muchos que estaban sentados fuera en los balcones escuchando a Müller en la soleada primavera. Entre ellos había asistido en los tres domingos que allí predicó Müller un hombre inglés de cerca de cuarenta y cinco años, que se encontraba allí por motivos de salud: Charles Haddon Spurgeon – el predicador más popular del siglo diecinueve en Inglaterra. En varias ocasiones en esa misma primavera, los Müller salieron con Spurgeon para pasear en un carruaje de caballos abierto. En una de las tardes pasearon por la carretera de Turin próxima de Castiglione.

‘Cuando nos encontramos en medio de tierras como estas’, dijo Spurgeon, mientras subían lentamente la ladera de un monte, ‘desde la coronilla de mi cabeza hasta la punta de mis pies, siento como si pudiera estallar en una canción de alabanza.’

El Dr. Henry Bennet vivía en Menton, y mientras Spurgeon recobraba su salud de una enfermedad, tenía permiso para entrar y salir en el jardín de Bennet cuando quería. En esa misma primavera, Spurgeon registró por escrito que el Sr. y la Sra. Müller pasaron un día con él en aquel jardín juntos. ‘El Dr. Bennet se levantó de su lecho’, escribió Spurgeon, ‘y yo me deleité escuchando a Müller enseñando acerca del poder de la oración.’

‘Yo deseo comprar un terreno próximo a mi casa’, dijo Bennet a Müller, ‘pero su dueño está pidiendo por él cien veces más de lo que vale.’

‘Entonces lo que debes hacer es orar por eso’, dijo Müller.

‘Es que yo siento que ese es un asunto de muy poca importancia como para molestar con él al Señor’, dijo Bennet.

‘Bien puede usted orar por sus Orfanatos, pero por este pedazo de terreno para ensanchar mi jardín – ¡eso no es una buena causa!’

‘Pero’ respondió Müller, ‘si cedemos a las corruptas demandas de las personas, las motivará a que sigan viviendo en pecado, y por tanto yo creo que debe orar para que el dueño abandone esa idea del precio tan exorbitante que reclama.’

‘Como meros ciudadanos,’ replicó Bennet, ‘esta gente, en mi opinión, tienen buenas excusas si quieren guardarse para sí su tierra y no venderla, o si pretenden obtener con la venta tanto cuanto puedan de un hombre inglés, ¡del cual ellos se imaginen que vive en una mina de oro!’

Müller sonrió. Spurgeon comentó posteriormente que, ‘el espíritu de ambos era bondadoso; pero por supuesto, la sencillez, el candor, la santa verdad de Müller se sobreponía a todos. Él no es una persona santurrón; sino que está repleto de gozo, y de dulce paz e inocente placer interior.’ Charles Spurgeon Junior una vez escribió en una carta que ‘su padre le declaró ser mucho más capaz de “confiar y no ser temeroso” a través de la inspiración que produjo en su vida haber conocido al Sr. Müller’.

Después de un día de viaje a través del norte y el centro de Italia, donde Müller predicó en S. Remo, Florencia y Roma, llegaron a Nápoles. Aquí, algunos marineros ingleses provenientes de Bristol, se enteraron de que Müller se encontraba en la región y lo convidaron a reunirse con ellos, lo cual sucedió a bordo de un barco. En el transcurso de su viaje, escalaron el Vesubio y admiraron desde allí su espectacular vista; dieron una vuelta en góndola por Venecia; y viajaron por los Valles de Waldensia. En este lugar durante siglos, congregaciones de cristianos de Waldesia, llamados también Vados, que trazan sus orígenes desde los tiempos apostólicos, han vivido en la reclusión pacífica de sus ciudades montañosas, casi sin verse para nada afectados por el desarrollo que en todas las partes del mundo eclesiástico ha sucedido.

En los dos valles principales de S. Martín y Lucerna, estos miembros de las pequeñas iglesias, escribió Susannah:

Se ven obligados a andar muchas millas para atender a sus servicios. Estos Cristianos de Waldesia son generalmente muy pobres, y muchos de ellos viven en casas con tejados muy inclinados, con piedras en losa sobrepuestas una a la otra, en vez de pizarra o ladrillo. En las ventanas, además, de unas cuantas de sus residencias, el papel ocupaba el lugar de lo que debían ser cristales. En Pomaret algunas de las personas salieron a sus puertas para vernos, porque nuestra visita había sido previamente anunciada; y a medida que íbamos andando con *Monsieur le pasteur George Müller* recibimos muchas respetables manifestaciones de saludos.

A las cinco en punto llegamos a la casa del pastor en Villa Seche, y al anochecer nos dirigimos con él hacia la iglesia, un muy antiguo lugar de adoración Vado, situado en la alta cima de una gran montaña, muchos cientos de metros por encima de su residencia. Un estrecho, empinado, y sinuoso camino cubierto con placas de piedra de

losa nos condujo por esta montaña hasta la iglesia; y como había algunos pequeños riberos que corrían por la falda del monte, era difícil no tener los tobillos empapados con agua. El silencio y la soledad de toda la región, además, eran impresionantes. Por fin, empapados, cansados y casi sin poder respirar (Müller tenía en la altura setenta y cuatro años), llegamos a la iglesia, un edificio grande y muy antiguo que estaba lleno con una gran multitud de personas rústicas, (la celebración había sido anunciada para las cinco, pero debido a las circunstancias no nos fue posible llegar allí sino a las siete) las cuales se encontraba allí pacientemente sentadas y aguardando nuestra llegada. El servicio, que se hizo en francés, se abrió con canciones y oraciones después de las cuales el Sr. Müller se dirigió a la audiencia durante una hora, identificándose de alma y corazón en sus circunstancias. Al acabar la reunión distribuimos pequeños libros en francés e italiano entre los presentes; extendiendo nuestras manos con muchos de ellos; y poco después de las nueve llegamos de vuelta a la casa del pastor, un chalet suizo, con un tejado inclinado, y dos galerías de madera en su exterior. En esta casa de montaña, los adornos domésticos eran de la mayor simplicidad posible, muchas de las comodidades y conveniencias de la vida (generalmente consideradas indispensables) brillaban por su ausencia; sin embargo nosotros fuimos generosamente recibidos, y disfrutamos enormemente nuestra corta visita.

En una escuela de S. Juan, cerca de La Tour, en la gran sede de los Vados, Müller predicó en francés una vez más a una vasta congregación. Al final del acto el pastor oró *que le discours excellent de notre frere soit gravé sur nos coeurs (el discurso de nuestro hermano fue excelente para ser grabado en nuestros corazones)*; y otro caballero dijo *Monsieur Müller nous a dit précisément ce qu'il nous faut; le sermon était admirable (El Sr. Müller nos dijo exactamente lo que necesitábamos, y el sermón fue admirable)*.

Müller había finalizado su primer viaje a los Estados Unidos con más de cien cartas de invitación para predicar que no había podido aceptar. Por tanto, después de pasar diez semanas en Bristol después de su regreso por Europa, los Müller emprendieron nuevamente el viaje hacia los Estados Unidos a bordo del *Germanic* a finales de agosto de 1879.

El domingo por la tarde del día 14 de septiembre de 1879, en la Iglesia Episcopal Metodista, de la Calle Sur Segunda de Brookling, el pastor presentó al invitado orador a su congregación.

‘Mis queridos amigos, tengo el regocijo de comunicaros que vamos a escuchar el evangelio de labios de nuestro venerable amigo, quien, aunque teniendo ahora setenta y cuatro años, ha predicado el evangelio en mil cuatrocientas ocasiones durante los últimos cuatro años, en las varias ciudades y países que ha visitado. Escuchad esto, vosotros los jóvenes, y recordad que él no es un fumador, ni amante de bebidas alcohólicas; pero podemos observar cómo Dios puede fortalecer por Su bendito servicio a aquellos que confían en Él, y procuran vivir de acuerdo a Su honor y gloria. Tengo el placer de presentaros al Sr. Müller, de Bristol, Inglaterra.’

Müller predicó poderosamente sobre Isaías 3:10-11.

En diciembre, Müller fue uno de los oradores en una larga conferencia que tuvo lugar en el Shaftesbury Hall, en Toronto, hablando sobre Cristo en las Escrituras y acerca de la segunda venida. En la última sesión, Müller respondió abiertamente a nueve preguntas, una

de las cuales fue hostilmente debatida en aquel tiempo así como en algunos sectores también lo es hoy en día.

‘¿Debemos esperar que nuestro Señor retorne a cualquier momento, o tienen primero que darse varios eventos antes de su regreso?’ preguntó uno de los asistentes.

Cientos de pulsos se aceleraron mientras que Müller se ponía en pie para dar su respuesta.

‘Yo sé muy bien que, sobre este asunto en particular, existe una gran diversidad de juicios y yo no quiero forzar a otras personas que vean la luz que yo personalmente he recibido. El tema, sin embargo, no es ninguna novedad para mí; pues habiendo tenido un cuidadoso y diligente estudio de la Biblia durante cerca de cincuenta años, mi mente desde hace bastante tiempo está bien asentada sobre este asunto, y no tengo ninguna sombra de duda al respecto. Las Escrituras declaran abiertamente que el Señor Jesús no vendrá hasta que la apostasía tenga lugar, y el hombre de pecado, el “hijo de perdición” (o la persona del Anticristo) haya sido revelado, como lo declara 2ª Tesalonicenses 2. Muchas otras partes de la Palabra de Dios enseñan claramente que hay ciertos eventos que deben ser cumplidos antes del retorno de nuestro Señor Jesucristo. Todo esto, sin embargo, no puede afectar para nada, ni alterar el hecho de que la venida de Cristo, y no la muerte, sea la gran Esperanza de la Iglesia, y, si nosotros reposamos en esta buena predisposición de corazón, (como hicieron los creyentes de Tesalónica) “serviremos al Dios viviente y verdadero, y esperaremos a Su Hijo del Cielo”.

Müller predicó su último sermón en Toronto ante una inmensa congregación en la Gran Iglesia Metropolitana sobre el tema del poder interno del espíritu santo, comenzando en Juan 14:16-17. Durante este viaje Müller predicó en trescientas ocasiones.

Regresaron a Liverpool el día 16 de junio, llegando a Ashley Down el día siguiente. Los niños se encontraban reunidos en asamblea y listos para recibirlos y cuando vieron de lejos a la pareja recién llegada a casa comenzaron todos a gritos saludándolos. Una de las niñas más pequeña se adelantó y le ofreció a Susannah un enorme ramo de margaritas mientras que Müller permanecía radiante de alegría. Muchos años después (en 1939) la misma niña, entonces en sus sesenta años, escribió:

Se me quedó grabado para siempre el perfume de las madreselvas, pero nunca en toda mi vida me volví a encontrar ningunas parecidas con el aroma que guardaba en mi memoria de aquel ramo – todas las posteriores me parecieron siempre más pequeñas y menos amorosas que aquellas... Acabo de regresar a Wiltshire para realizar un trabajo que durará quince días. Tal vez tenga tiempo... Tal vez el antiguo hogar tenga ahora una apariencia distinta. Era tan hermoso, y mis once años tan felices allí. Siempre lo llevaré grabado en mi memoria.

George y Susannah también se sentían felices de volver al querido antiguo hogar.

Müller había dejado pendiente en Norte América más de ciento cincuenta invitaciones para predicar que no pudo entonces aceptar, y por eso, en septiembre de 1880 George y Susannah salieron de viaje para Quebec. Feliz por poder reanudar su amistad con el capitán Dutton, mantuvo ocho reuniones a bordo del *Sardinian*, dirigió tres seminarios Bíblicos y distribuyó cerca de doscientos pequeños libros entre los pasajeros y la tripulación. La niebla no atrasó el viaje del *Sardinian* en esta ocasión.

Durante su estadía en la región de Boston, Müller visitó Plymouth y predicó en la Iglesia de los Peregrinos construida en diciembre de 1620 por los Padres Peregrinos. George y Susannah vieron la primera de todas las casas edificada en Nueva Inglaterra y visitaron un museo de reliquias traídas a América por el grupo político *Mayflower*.

En New Heaven, Conética, Müller predicó varias veces para el personal y los estudiantes de la Universidad de Yale, una labor en la cual, dijo él, ‘puse todo y mi más profundo empeño, recordando mi conversión mientras era estudiante en la Universidad de Halle’.

George y Susannah pasaron los meses de invierno desde diciembre de 1880 hasta marzo de 1881 en Nueva York. En el más frío invierno que la ciudad había conocido durante treinta años, frecuentemente se dirigían en Ferry a través del hielo que, era tan duro, que el barco solo a duras penas podía abrir camino entre él con mucha dificultad. Müller dirigió cerca de cien reuniones incluyendo cerca de cuarenta entre el medio millón de alemanes que vivían en la región de Nueva York y de Brooklyn.

En su octavo viaje misionero, George y Susannah visitaron Egipto, Palestina, Turquía y Grecia, y tuvieron tiempo en Egipto para hacer una excursión a las pirámides.

Viajando por el sur a través de Palestina en un carruaje abierto ruso de tres caballos se encontraron con que la tierra que se relata en el Antiguo Testamento “donde fluye la leche y la miel” se había vuelto estéril, llena de piedras e incultivable y Susannah llegó a la conclusión de que la maldición de Dios asentó no solamente sobre los judíos sino también sobre sus tierras. (No está documentado si su marido compartió este punto de vista que sería sólidamente discutido en los días actuales.) Sin embargo, ella pensó, ‘en el retorno del Señor Jesús, cuando Israel como nación sea convertida y restaurada, “El desierto se regocijará, y florecerá como el rosal”’.

En el Hotel Mediterráneo de Jerusalén fueron alojados en una habitación de esquina del primer piso con una hermosa vista sobre el Monte de los Olivos; y mientras permanecían en aquel lugar, daban juntos paseos diarios sobre la terraza del hotel para admirar el espléndido panorama que desde allí se divisaba.

Müller dirigió muchas reuniones en Jerusalén predicando en lengua inglesa y alemana con interpretación árabe cuando era necesario. La población de Jerusalén contaba entonces con menos de treinta mil personas incluyendo cerca de ocho mil judíos que vivían en las partes más pobres de la ciudad. ‘En este tiempo presente’, observó Susannah, acordándose de las señales del cumplimiento de la profecía Bíblica que hemos visto desde que vivimos, ‘no hay vestigio alguno de la reunión masiva que tendrá lugar proveniente de otras naciones hacia su propia tierra.’

En diciembre, Müller (ahora con setenta y ocho años de edad) y Susannah disfrutaron de una excursión con amigos ingleses en burro hasta Betania. En su camino atravesaron el Arroyo de Kidron y visitaron la cueva, en el interior de una roca, donde Lázaro había sido sepultado. También visitaron una casa en ruinas donde les dijeron que Marta, María y Lázaro habían vivido. Desde la cima del Monte de los olivos podían observar las planicies del río Jordán, la bien regada tierra que Lot escogió para sí mismo, los Montes de Moab en la distancia, la tierra alrededor de la Cueva de Adulam y el estuario donde el río Jordán desemboca con el Mar Muerto. El tiempo era espléndido; después de la puesta del sol, todo el escenario se revestía e iluminaba con la luz de una luna llena que brillaba magníficamente, y descendiendo del Monte de los Olivos, se maravillaron con la grandiosa

vista sobre Jerusalén. Atravesaron el Jardín de Getsemaní, donde algunos de sus olivos todavía permanecían en pie desde los días de nuestro Señor.

Otro día viajaron en burro también hacia Belén, que dista seis millas desde Jerusalén; y, después de comer en un aislado Convento Latino, visitaron la iglesia edificada sobre un lugar donde (de acuerdo a la tradición) se encontraba el pesebre en que nació nuestro Señor. Durante su estadía en Jerusalén, visitaron también la *Vía Crucis*, la Mezquita de Omar (construida donde anteriormente había sido edificado el Templo de Salomón), la Iglesia del Santo Sepulcro (edificada, de acuerdo a la tradición, en el lugar donde nuestro Señor fue crucificado), El Pilar de Absalón, el Estanque de Betesda, el lugar del palacio de Herodes, las ruinas del Castillo donde Pablo fue encarcelado y el Estanque de Siloé.

Después de más de nueve semanas en Jerusalén los Müller regresaron a Gaza para tener una estadía de una semana antes de subirse a un pequeño barco que, tenían previsto, los llevaría hasta el barco de vapor austriaco *Flora*, con destino a Haifa y ancorado en algún lugar alejado de la playa. Había un fuerte vendaval, y:

Después de navegar entre fuertes oleajes, y estando cerca de las rocas, nuestro barco se mantuvo firme ante las investidas de olas durante cerca de una hora y media; y, después de por fin acercarnos, el barco, en una favorable oportunidad conseguimos ponernos de pie a bordo (en el justo momento que el barco fue izado por las olas), entonces tuvimos que aceleradamente, uno detrás de otro, arriesgando nuestras vidas, saltar rápidamente por los empinados peldaños de la escalera, que nos llevaba hasta la cubierta del barco.

En Haifa, algunos cristianos alemanes se encontraron con ellos y los llevaron en un carruaje abierto en medio de una lluvia torrencial hasta el Hotel del Monte Carmelo. Llegó a decirse que la predicación de Müller en Haifa trajo un afloramiento espiritual entre la gran colonia de alemanes que residían en aquel lugar.

En febrero se dirigieron en burro hasta el Monte Carmelo, y pararon para descansar en el monasterio que se encuentra cerca de su cima donde sus monjes les ofrecieron tazas de café y vasos de vino de moras salvajes. Los monjes los llevaron a una iglesia donde pudieron contemplar una cueva donde les dijeron que Elías había vivido; y después hasta un montículo desde donde pudieron divisar una vista magnífica. El sol lucía muy brillante, la atmósfera era transparente; aquí fue, dijeron los monjes, donde Elías, a través de la oración, hizo que lloviera fuego desde el cielo para derretir su sacrificio sobre el altar (ante los profetas de Baal).

Después en su viaje, Müller predicó muchas veces en Constantinopla, y visitó con Susannah las trincheras en Scutari desde donde Florence Nightingale asistió a la desastrosa Guerra de Crimea. Mientras daban un paseo a pocos minutos del hotel *d'Angleterre*, se sintieron intrigados viendo algunas danzas típicas del lugar. 'Eran dieciocho artistas al total', remarcó Susannah, 'que vestían mantos castaños y grandes capas hechas de fieltro. Como sello particular, todos tenían cicatrices en sus rostros; pero después de levantarse, y pasearse durante un corto espacio de tiempo alrededor de la sala, con los brazos cruzados, agachándose y dando vueltas muy lentamente y repetidas veces, se despojaron de repente de sus mantos y aparecieron vestidos interiormente con chaquetas y chalecos de colores muy vistosos, y, después de juntar sus manos estrechamente, comenzaron peligrosa y

deliberadamente a danzar y a dar vueltas durante quince o veinte minutos tan rápido cuanto podían.’

Müller dirigió un gran número de reuniones en Atenas, pero todavía tuvieron tiempo para visitar el Areópago y de pasear por la plaza donde Pablo predicó su famoso sermón. Exploraron la Acrópolis, y visitaron las ruinas de los muy antiguos templos de idolatría que tanto irritaron el corazón del Apóstol dieciocho siglos antes.

Regresaron a casa en Ashley Down vía Corintia, Roma y Florencia después de un viaje que había llegado a su fin después de más de nueve meses.

Amado por Millares

Siempre que regresaba de un largo viaje en el que había predicado, Müller comprobaba que su yerno, James Wright, asistido por un eficaz cuerpo de colaboradores, estaba dirigiendo muy bien Ashley Down. Además, cuando surgía algún problema durante alguno de sus viajes por el extranjero que requería el especial consejo de Müller, Wright siempre lo relataba entre sus muchas cartas que frecuentemente le escribía. El temor de que los donativos decreciesen en la ausencia de Müller se había diluido en el tercer año después de que Müller hubiese comenzado su obra en el extranjero cuando el total de las entradas de los donativos habían sido mayores que en ninguno de los años anteriores.

Müller, por tanto, no dudó en ausentarse de nuevo, y salir con Susannah en agosto de 1882 para emprender su noveno viaje –dentro de Europa. En Düsseldorf, Müller se regocijó de ser recibido por la Ciudad Misionera que había visitado seis años antes.

‘Resolví seguir su consejo’, le dijo el Misionero, ‘y me dediqué más intensamente a orar por mis hijos. Dos meses después de que usted se marchase, cinco de mis seis hijos fueron convertidos a la fe en Cristo, y ahora el sexto está pensando seriamente en confiar su vida al Señor.’

Desde Düsseldorf, los Müller viajaron a través de Rhine hasta Heildelberg, Mannheim y después hacia Viena para asistir a una serie de reuniones. Visitaron Budapest y Praga antes de volver vía Leipzig hasta Halberstadt, donde Müller había pasado muchos de sus días escolares. A la mañana siguiente fueron por carretera hasta Kroppenstadt.

‘Esta carretera se encuentra casi igual que estaba entonces, cuando yo era un muchacho’, le dijo Müller a Susannah, ‘con la excepción de que donde antes había chopos en ambos lados del camino, ahora los han sustituido por estos árboles frutales.’

Esta era la primera vez que Müller había vuelto a Kroppenstadt desde su infancia; Allí dirigió dos encuentros en una gran sala. El local estaba repleto de gente para escuchar a su más famoso hijo haciendo un recuento de su vida y obra. Müller comprobó que la casa donde él había nacido todavía se mantenía en pie; y también pudo mostrarle a Susannah la casa en Heimersleben, donde su familia se mudó para vivir cuando él tenía cuatro años de edad.

Desde Heimersleben viajaron hasta Berlín para asistir y dirigirse a una gran congregación, así como a varias reuniones –muy populares en ese tiempo– en casas particulares. Viajando después para Danzig, Müller se encontró dos amigos de sus días de estudiante en Halle que se habían hecho pastores y se mantuvieron sirviendo como ministros durante cincuenta años. En Königsberg, el día de Navidad, Müller se dirigió hablando a una inmensa congregación de tres mil personas que se habían juntado aquella mañana para escucharle en el Tragheimer Kirche.

A finales de diciembre se subieron a bordo de un tren Prusiano con destino a S. Petersburgo, acomodados en un confortable carruaje con aire acondicionado. Por la mañana se levantaron del sueño y se dieron cuenta mirando por las ventanas que estaban atravesando ‘un vasto desierto de nieve’. En la estación de S. Petersburgo (Leningrado) les estaba esperando Su Alteza, la Princesa Lieven y el Coronel Paschkoff, un oficial en la Guardia del Imperio y hombre noble rico a quien Müller describió como siendo ‘uno de los más activos cristianos en todo el vasto imperio’.

‘¿Podrían por favor hospedarse en mi casa mientras estén en Rusia?’ dijo la Princesa, de quien Susannah dijo ser ‘una amada hermana en el Señor’.

‘Sin embargo’, dijo Müller, ‘nosotros muy raramente aceptamos invitaciones para quedarnos en casas de amigos, porque yo requiero de mucho descanso y necesito tanto tiempo para mí mismo cuanto sea posible, por eso declinamos la invitación, y nos dirigimos hasta un hotel donde permanecemos dos noches. Sin embargo, viendo que la Princesa deseaba mucho que fuésemos sus convidados, y que sentiría una gran desilusión si continuásemos rehusando su generosa invitación de hospitalidad, el lunes, primer día de enero nos trasladamos a su mansión, y fuimos maravillosamente recibidos allí durante más de once semanas.’

La Princesa alojó a los Müller en una habitación conocida como la Sala Malaquita, debido a su suelo, columnas y dinteles de ese mineral. La malaquita –una dura, verde piedra, hermosa cuando es pulida, había sido extraída de las minas en los Montes Urales. A pesar del espléndido lujo del hospedaje, sin embargo, la estadía de Müller en S. Petersburgo nunca fue ociosa ni desprovista de sorpresas y aventuras. Predicó dieciséis veces en la Capilla Inglesa y Americana; ocho veces en alemán en la Iglesia Reformada Alemana, en once ocasiones en alemán también en la Iglesia Moravia; mantuvo tres encuentros con los suecos en la Capilla Inglesa y Americana, con traducción al idioma sueco, atendió a tres reuniones de pastores, asistió a cinco reuniones en casas particulares con muchas personas asistiendo en la mansión del Coronel Paschoff, dirigió otras dos en la casa del Conde Korff y treinta y cinco en la mansión de la Princesa Lieven. Además de todo esto, recibió visitantes y periodistas todos los días y sostuvo cerca de cuarenta entrevistas privadas con pequeños grupos de obreros Cristianos. Habló también en hospitales militares y en Orfanatos.

Tolstoi en su libro *Resurrección* ilustró la fascinación que la sociedad de S. Petersburgo tenía por las reuniones en casas particulares (iglesias en casas) a finales del siglo diecinueve. La tía de Nekhlydov, la Condesa Katerina Ivanova, es retratada como una ‘ferviente adherente de la doctrina que enseña que, la fe en la redención, es la esencia de la Cristiandad’. Tolstoi describe el elegante carruaje que llevó a los fieles a una reunión que había sido programada en la sala principal de la mansión de la Condesa.

Damas vestidas de seda, trajes de pieles y rendas (especie de bordados hechos con hilo), con falsas pelucas, firmemente envueltas en corsés y figuras acolchonadas, sentadas en la lujosamente adornada sala. Entre las damas, había hombres en

uniformes y trajes de noche, y cinco o seis de ellos provenientes de las más bajas clases sociales: dos porteros de casas, un tendero, un zapatero y un cochero. El predicador, un hombre grueso de pelo gris, hablando en inglés, y una joven delgada vestida de lunetas traduciendo rápidamente y bien. Él dijo que nuestros pecados eran tan grandes, y el castigo que merecían tan enorme e inevitable, que era imposible vivir, anticipando un castigo tal.

Es posible que el retrato un tanto antipático que hizo Tolstoi del Predicador, fuese inspirado en Müller, aunque es más probable que se refiriese al Dr. F. W. Baedeker, primo de aquel otro 'Baedeker' de los famosos libros Guías del Continente, y él mismo un participante activo de los varios Guías. Baedeker, cuya casa se situaba en Weston-super-Mare (barrio de Bristol), había desde 1860 sido un amigo muy próximo de Müller, y también se hospedó en la mansión de la Princesa Lieven en sus frecuentes visitas a S. Petersburgo. Él solía hablar de una larga conversación que había mantenido con el Conde Tolstoi en Moscú sobre Inglaterra y la vida en Rusia.

Müller obtuvo el permiso del Ministro del Interior de Rusia para predicar en las iglesias alemanas que había en S. Petersburgo, y también a los suecos en la Capilla Británica. El permiso del Ministro estaba escrito en ruso por lo cual Müller no pudo entenderlo – pero le informaron que el deseado permiso le había sido concedido.

El viernes 9 de febrero, los Müller fueron sorprendidos con una inesperada visita en la mansión de la Princesa Lieven. Era la policía.

‘Se requiere que usted aparezca mañana ante el oficial jefe de la policía.’

A la mañana siguiente, el jefe de la policía trató a Müller cortésmente, le estrechó la mano, y le pidió disculpas por haber actuado de aquella manera.

‘Usted ha sido acusado de mantener reuniones con traducciones al idioma ruso, para lo cual no tenía el permiso del Ministro de Asuntos Interiores.’

Desde ese día la policía prohibió las reuniones en la casa del Coronel Paschkoff. Unos pocos años más tarde, el Coronel Paschkoff fue deportado a Siberia por el Zar Alejandro III debido a su persistente evangelismo manteniendo las reuniones en su casa y por distribuir propaganda Cristiana.

Los Müller encontraron el frío en Rusia más intenso que el que habían encontrado en los Estados Unidos y Canadá. Sin embargo, no permitieron que el tiempo les impidiera buscar unas cuantas aventuras. En marzo, visitaron un campamento de Lapones acampados sobre el hielo del río Neva. La Sra. Müller escribió:

Un grupo de lapones (vestidos con pieles y casacas, con la parte cálida del tejido hacia dentro y pareciendo como si hubieran sido cosidos a sus vestimentas) se encontraban de pie cerca de una tienda. No tienen más vestidos con ellos (nos dijeron), y nunca se lavan o mudan estas ropas excepto cuando se rasgan con la suciedad o se deshacen por su constante uso. El interior de la tienda de un lapón, sobre el hielo, también presenta una miserable e inconfortable apariencia. Consiste en

una tienda hecha de pieles de animales con el pelo vuelto hacia el interior, y tiene una abertura en el medio de su techo, que sirve con el doble propósito de chimenea y ventana. Un recipiente de hierro, conteniendo un caldo de sopa, se encontraba suspenso sobre una pequeña hoguera en el centro de esta tienda, y el suelo de hielo en la cabaña estaba cubierto por mantas; pero los adornos domésticos en su interior tenían un carácter de lo más repulsivo...

La pareja regresó a Inglaterra vía Polonia, donde el punto alto de su visita fue el éxito que Müller tuvo tocando los corazones de los ciudadanos de Lodz, una ciudad industrial. Después de una semana en reuniones llenas de gente en la ciudad, Müller recibió una nota de la cual esta es la traducción:

Yo, y casi la totalidad de la población de esta ciudad, en el nombre del Señor Jesús, estamos de acuerdo en que debe usted permanecer con nosotros hasta después del próximo domingo. En el nombre de muchos miles de personas, yo le agradezco por su ministerio.

Las multitudes de personas en las reuniones que celebraba Müller continuaron siendo tan grandes como la Iglesia Bautista alemana podía albergar, aproximadamente cerca de mil doscientas personas, y la Sra. Müller observó que 'la predicación además era el tema de conversación en las fábricas, en las casas públicas y en muchos hogares de familia'. Así que prolongaron su visita allí el tiempo que les fue posible.

De regreso a Inglaterra, en el mes de mayo, Müller predicó siete veces en una abarrotada sala de conferencias de Mildmay. Después, cuando volvieron a Ashley Down, la larga multitud de niños esperando para saludarlos hicieron que los rostros de los Müller se llenasen de lágrimas.

En septiembre de 1883, los Müller salieron de Tilbury a bordo del *Siam* con destino a Madrás, India. Llegaron al puerto de Madrás Pier a finales de octubre, y Müller predicó muchas veces en la ciudad incluyendo una reunión dirigida a cuatrocientos hindús en la Iglesia Libre de Escocia. La pareja contrató a un sirviente Indio llamado Abraham para que viajase con ellos a través de la India: Abraham podía hablar tres lenguas, hindustani, tamil y canarese.

En diciembre un 'tonga' -un carruaje cubierto arrastrado por ponis- los llevó al interior de los Montes Nilgiri hasta Coonoor. Después viajaron hasta Benares, la principal de las ciudades sagradas en India, donde permanecieron con el Reverendo John Hewlett de la Sociedad Misionera de Londres. Para explorar la ciudad, era necesario que madrugasen para evitar el sol abrasador del medio día, y el día 22 de febrero se levantaron a las cinco de la mañana para salir en un carruaje abierto para dar un paseo por la ciudad y sus suburbios. Ellos visitaron la famosa Escuela de Filosofía hindú donde encontraron muy ocupados a muchos Bramas versados en Sanscrito con sus pupilos. Después subieron río arriba en un

pequeño barco de vapor para dar una vuelta por el Ganges y contemplaron una vista magnífica sobre la ciudad; vieron numerosos locales de baños para purificación, y una pira ardiente para quemar los cuerpos muertos; visitaron templos, mezquitas y lugares sagrados. También se encontraron desde la cubierta del barco con tres cuerpos flotando río abajo con cuervos encima de ellos picando sus carnes.

‘Los hindús que son pobres, no pueden pagar la madera necesaria para incinerar a sus muertos,’ les dijo el guía a George y a Susannah, ‘y por eso los lanzan en el río en vez de quemarlos.’

En Allahabad y Agra, pudieron visitar el Taj Mahal, el ocupado programa de los Müller continuó sin interrupción. Después de permanecer en la Casa Gubernamental en Lahore con Sir Charles Aitchison, ellos viajaron hasta Delhi y Poona. Dieron un paseo matinal hasta Parbuttee, un monte situado a cuatro millas de Poona. Saliendo de su carruaje en la base del monte subieron andando hasta su cima y admiraron su hermosa vista. Un templo en la cima albergaba una representación del dios Shiva y otros dioses y diosas. El guía que los conducía, un hindú, se dispuso a hablarles sobre estas deidades, cuando Susannah, que nunca era mujer de guardarse sus palabras, ni tenía simpatía alguna en cualquier otra luz religiosa, le interrumpió bruscamente.

‘Nosotros no creemos en Shiva para nada,’ dijo ella, ‘sino en el verdadero Dios viviente, que hizo los cielos y la tierra, y Quien mandó a Su Hijo a la muerte por los pobres y perdidos pecadores, como se revela en las Sagradas Escrituras.’

‘¿Ha oído usted alguna vez hablar de Jesucristo?’

‘Nunca.’

‘Entonces le aconsejo que le pregunte a algún misionero y que le enseñe acerca de Jesús, porque sin la fe en su nombre nunca podrá ir al cielo’

‘Haré lo posible por aprender acerca de él,’ dijo el guía, ‘lo intentaré, lo intentaré.’

Una fiebre tuberculosa en Bombay llevó la visita a la India a su fin. Antes de salir, Susannah recibió una carta que refería a Müller como ‘amado por millares de personas en India, y yo creo que por centenas de miles en otras partes’.

A principios de mayo se despidieron de su querido siervo Abraham y se subieron a bordo del *Indus* desde Aden con destino a su hogar. El día 5 de junio cogieron un tren expreso desde Paddington que llegó a Bristol en dos horas y media, y regresaron al Orfanato Núm. 3 después de un viaje de más de veinte mil millas.

Los tres viajes siguientes fueron todos a las Islas Británicas.

El catorceavo viaje llevó a los Müller (vía Estados Unidos), a países que nunca previamente habían visitado. El 23 de enero de 1886 la pareja llegó por mar a Port Jackson en Sídney a bordo del *Australia*; Allí se hospedaron en el Hotel Perry hasta principios de marzo. Müller mantuvo muchas reuniones y fue presentado por Sir Alfred Stevens a Lord Carrington, el gobernador de Nueva Gales del Sur y al Jefe de Justicia de Sídney Sir James Martin.

La siguiente parada en el viaje fue Bathhurst y Melbourne, donde Müller se dirigió hablando dos veces a una audiencia de tres mil personas en el Teatro Royal y en una ocasión predicó a cerca de cinco mil en la Sala Principal de la Ciudad de Melbourne.

En agosto viajaron hasta Java; Hong Kong (muchas reuniones); y adentrándose en el corazón de China mantuvieron reuniones en Shanghái, Hankou y Nanjing. En esta visita a China, Müller se encontró con Hudson Taylor y con muchos misioneros que trabajaban con él en la Misión en Tierras de China, la fundación que habían financiado tanto durante los malos como en los buenos tiempos desde hacía muchos años.

En Japón, vastas audiencias acudieron para escuchar a Müller en Yokohama, Tokio, Kobe, Kioto y Osaka.

El siguiente viaje de George y Susannah (desde agosto de 1887 hasta marzo de 1890), fue el último que hicieron por tierras fuera de Europa. Primeramente fueron, vía Estados Unidos, hasta Adelaide, Australia, y Tasmania donde Müller dirigió muchas reuniones durante una estadía que se prolongó por algunos meses. En Nueva Zelanda, su viaje comenzó con una serie de reuniones en Queenstown. Después se subieron a un tren en Kingston con destino a Dunedin. En frente de ellos, en un amplio compartimiento del tren, un caballero se encontraba sentado con un periódico en sus manos. Este hombre comenzó a leer en voz alta para sus compañeros de viaje.

‘El Reverendo Müller de Bristol, Inglaterra’, leyó él, ‘va a hacer una visita a Dunedin’. Tendré el mayor gusto de ir a verlo’.

‘El Sr. Müller está sentado en este momento en frente suyo’, le dijo a este otro pasajero atenciosamente.

El lector del periódico se quedó boquiabierto. Se quitó su sombrero, extendió calurosamente su mano a George y Susannah, y comenzó con ellos una larga conversación con la cual, observó Susannah, ‘nuestros compañeros de viaje mostraron un gran interés también’.

En Dunedin permanecieron en el Grand Hotel, y todas las reuniones de Müller se encontraban repletas de gente, incluyendo las que mantuvo en el amplio Garrison Hall, que albergaba casi tres mil personas. El viaje a Nueva Zelanda los llevó hasta Port Chalmers, Oamaru, Timaru y Wellington. El lunes 27 de febrero de 1888, uno de los periódicos de Wellington declaró: ‘Ayer por la tarde el Reverendo George Müller de Bristol, Inglaterra, predicó en la Casa de la Ópera para la más numerosa congregación que jamás se haya reunido en aquel edificio, porque no solamente se encontraban todos sus asientos ocupados, sino que, además, cientos de personas se vieron obligadas a permanecer de pie.’ En su tercera visita a Sídney, Müller predicó en ochenta y seis ocasiones.

A finales de diciembre, llegaron a Calcuta para el comienzo de su segunda visita a India, y una vez más contrataron otro siervo indio para que los acompañase en sus viajes – no fue Abraham, sino un nativo de Madrás, llamado John Nathaniel. Müller trabajó ahincadamente en Calcuta, predicando muchas veces a pesar del calor que hacía tan intenso mismo para la India. Los mosquitos eran una continua amenaza tanto de día como de

noche; y aunque los sirvientes se afanasen continuamente por mantener limpios los salones, comedores y hasta por la noche las habitaciones, nada sin embargo los detenía.

Müller se encontraba con ochenta y tres años, y Susannah llegó a estar alarmada debido a su salud.

‘Debes procurar el consejo de un médico’, le dijo ella a George.

‘Usted no debe’, le aconsejó un doctor, ‘permanecer en Calcuta ni un día más que le sea necesario por causa de la intensidad del calor que está haciendo. Si lo hace, correrá serios riesgos su vida.’

Así que salieron de Calcuta por tren a las cuatro y media del día 29 de abril; pero fue demasiado tarde. Müller se puso muy enfermo. Susannah pensó que iba a morir; no existían hoteles en la región, ni ninguna estación de tren que tuviese las suficientes comodidades.

Müller se afanaba por respirar en el largo asiento de su compartimiento. Susannah le puso una almohada debajo de su cabeza; mantuvo abiertas todas las ventanas que había; y le abanicaba continuamente. Ella le persuadió para que bebiese un poco de agua con vino y que comiese unos pocos bocadillos.

‘Ahora trata de dormir y descansar’, le dijo.

Por fin pararon en una estación.

‘Por favor, prepare una taza de té para el Sr. Müller’, le dijo Susannah a John Nathaniel, ‘o un vaso de limonada.’

Susannah oró fervientemente y trató de mantener vivo a Müller hasta que llegaron a Damookdea Ghat a las nueve de la noche. Viendo que el pulso de Müller estaba normal, Susannah se sintió con valor y se subieron a un barco de vapor. Encontró dos hamacas en la cubierta del Ferry para que su marido pudiera beneficiarse de la brisa nocturna que corría por el Ganges; y en el puerto de Sara desembarcaron.

En la estación John Nathaniel alquiló un confortable compartimiento en otro tren. Müller pudo descansar y llegaron a Silgary a las nueve de la mañana del día siguiente. Desde allí se dirigieron por río hacia las Montañas del Himalaya hasta Darjeeling, donde Müller fue ayudado a subirse a un palanquín; dos sirvientes nepalíes transportaron en otro a Susannah a pie por una muy inclinada y larga travesía hasta Rockville. Aquí, hospedados en una casa que se encontraba en una hermosa localidad con una deslumbrante vista de los Himalayas, Müller pudo por fin recobrarle de su física debilidad.

Admirando la Bondad del Padre

Durante algunos de los viajes (escribió Müller), estuvimos muchas semanas expuestos a temperaturas frías de más de veinte grados bajo cero; y en otras ocasiones al calor por encima de cincuenta grados, incomodidades que tenemos que experimentar para saber la fuerza que tienen. Además, por mar, una y otra vez, tuvimos que enfrentar muy grandes borrascas, y hasta por un tifón fuimos sorprendidos que nos puso a prueba de manera muy severa. Por tierra, tuvimos que viajar, con dificultades, no solamente durante veinte o treinta horas seguidas, sino que más de una vez estuvimos en trenes seis días y seis noches sin parar para descansar. Y aunque, por lo general, hemos tenido excelentes hospedajes durante nuestros largos viajes, sin embargo, algunas veces, nos hemos visto obligados a quedarnos en lugares increíbles de muy baja condición. En dos ocasiones, aunque eran los mejores compartimientos, en barcos de largo recorrido, los lugares de primera clase abordó estaban plagados de insectos; en los Estados Unidos, en Nueva Gales del Sur, en Ceilán y en India, este problema con los mosquitos se agravó muchísimo; y en otras dos ocasiones que estábamos viajando también por barco y en primera clase, los ratones eran tan abundantes, que corrían por nosotros cuando estábamos dormidos en la noche. Sin embargo Dios siempre estuvo con nosotros y fue nuestra ayuda, y no tenemos dudas, de que nos socorrerá hasta el final.

Y de hecho es lo que Él siempre hizo. En medio de unos cuantos días en que estuvo entre la vida y la muerte en el tren desde Calcuta hasta Darjeeling, Müller pudo aun así mantenerse activo –predicando regularmente, haciendo lecturas, dirigiendo enseñanzas Bíblicas y escribiendo el cincuentenario informe anual de la Institución para el Conocimiento de las Escrituras.

El viaje a la India los llevó hasta Simla, Mussourie, Dehra, Dun, Agra, Cawnpore y Allahabad, donde Müller predicó a setecientos cristianos hindúes provenientes de cinco diferentes iglesias que se habían reunido a cielo abierto para celebrar juntos una fiesta en amor.

En Jabalpur, Müller recibió en mano un telegrama de su yerno, James Wright: La hija única de Müller Lydia Wright había fallecido el 10 de enero de 1890, cuando contaba cincuenta y ocho años de edad. No había recibido noticias de que estaba enferma y describe la mala nueva como ‘un pesado fardo’; pero buscó consuelo del versículo 28 de Romanos 8: ‘Y sabemos que, a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan para bien, estos es, a los que son llamados conforme Su propósito’. Los Müller decidieron regresar a Inglaterra en el primer Buque que partiese de Bombay.

Mientras aguardaba en Bombay –por el primer barco que saliese– Müller predicó en quince ocasiones, y una de las veces en alemán para los marineros que había a bordo de un

buque Prusiano. Cuando regresó a Bristol se sintió gozoso de que todas las cosas corriesen tan bien bajo la dirección de (el amado) Sr. Wright’.

Durante más de cuatro meses en el verano de 1890 Müller se quedó trabajando en Ashley Down. Precisaba de un descanso, y por eso tanto él, como Susannah salieron de Inglaterra en agosto para un viaje por el río Rhine, a través de ruinas pintorescas situadas en campos de bosques a sus dos lados. En Heilderberg, sintiéndose descansado y revigorizado, Müller predicó cuatro veces en la Capilla Evangelista alemana. Empleó su tiempo de descanso en un largo viaje de predicación dirigiéndose a vastas audiencias en Alemania y Suiza.

Viajando hacia el este, Müller predicó en Viena y allí se reunió con su amigo F. W. Baedeker, Müller posó sus manos en la cabeza de sesenta y ocho años de BaedeKer.

‘Querido Padre Celestial’, oró Müller, ‘escoge y separa para Ti a tu amado siervo para el especial ministerio con la desterrada humanidad. Yo te lo entrego del todo en Tus Manos, a Tu amoroso cuidado.’

En los previos años anteriores, la Iglesia Ortodoxa Rusa había decidido que los Baptistas, Stundistas y aquellos que sigan ‘las herejías Paschoffistas’ iban a ser proscritos; el Coronel Paschoff fue uno de los miles que fueron exiliados en Siberia, Transcaucasia y otras remotas partes del Imperio. Baedeker viajó a través de Siberia y en el interior de las Islas Sakhlín, visitando y llevándoles aliento espiritual a este grupo de cristianos perseguidos.

Yendo en su viaje hacia el sur, hasta Italia, Müller predicó en Florencia, Roma y Nápoles. En mayo, él y Susannah llegaron de regreso a Inglaterra y entraron en Ashley Down después de una ausencia de veintiún meses.

El viaje de predicación había llegado a su fin. En setenta años, George y Susannah habían recorrido alrededor de doscientas mil millas (cerca de trescientos diez mil kilómetros) visitando cuarenta y dos países; Müller contaba ahora con ochenta y siete años de edad.

El año financiero que acabó poco después de que Müller hubiese regresado a Ashley Down –el año que acababa en mayo de 1892– fue el segundo en toda la historia de los Orfanatos en que los gastos superaron a los ingresos. La primera ocasión fue en el año 1881-2, cuando las despesas de la obra con los niños habían excedido los ingresos en aproximadamente quinientas libras; pero en menos de un mes a seguir a la apertura del nuevo año recibieron una suma por el pago de herencias que fue tres veces más grande que el déficit: y todo esto sucedió antes de que se publicase el informe anual.

En esta, la segunda ocasión, los gastos ascendían a cerca de dos mil libras por encima de los ingresos. Dieciséis donativos, sin embargo, que no habían sido entregados a su debido tiempo, ingresaron en los cofres cerca de tres mil libras. Además, entre otras cuarenta y cincuenta donaciones en herencia que habían sido dejadas legalmente para los Orfanatos, alcanzaba al total la cifra de otras dos mil seiscientas libras, pero el pago de ellas

dependía de la viuda del testador o de otros parientes. Además, los cinco Hogares en Ashley Down, habían sido edificados y amueblados con gastos que ascendieron a las ciento quince mil libras; ninguno de los hogares fue sobrecargado jamás por hipotecas. Al fin y al cabo, la Institución poseía aproximadamente 900 acres de valiosos terrenos edificables que valían miles de libras. Basándose en todo esto, Müller no tuvo la más mínima dificultad en adquirir préstamos de los bancos para saldar necesidades puntuales.

Pero por otro lado, Müller detestaba *aparentar* si quiera que tuviesen deudas. Él escribió: ‘La forma como Dios a operado con nosotros en este último año indica que Su Voluntad es que hiciésemos contratos legales en nuestras operaciones, y estamos aguardando en Su Presencia para saber cómo, y durante cuánto tiempo más, esto deba hacerse así; porque no tenemos sino un solo objetivo con respecto a esta Institución, ver la Gloria de Dios. Cuando yo la fundé, uno de los principios establecidos fue: “que no habría expansión de la obra, recurriendo a la deuda”; y, de la misma manera, nosotros no podemos seguir en frente con todo lo que existe a nuestro alrededor si no tenemos los suficientes medios ingresados, para suplir los gastos corrientes.’

En ese tiempo, la única contratación de préstamo actual para la obra tuvo lugar para las actividades de las Escuelas de Día; a finales de julio de 1892, Müller anunció que la mayoría de las Escuelas nacionales y extranjeras de Día cerrarían sus puertas el día 31 de octubre. La escuela de Purton en Gloucestershire, cuyos gastos habían sido sufragados por la Institución, y donde jóvenes maestros eran entrenados antes de trabajar en Ashley Down, continuó funcionando como habitualmente.

Con respecto a la obra con los niños, después de unos meses de oración, Müller y sus colaboradores interpretaron ser la voluntad de Dios que la obra debería expandirse aun más. Originalmente, Müller había comprado diez acres de terreno en los que planeaba construir dos edificios más en frente de los Núm. 4 y 5. En marzo de 1893, sin embargo, él vendió este terreno por mil libras cada acre, que sumaron aproximadamente diez mil quinientas libras.

A finales de siglo, el problema social que Müller había procurado aliviar se resolvió por si naturalmente. Líderes en la opinión pública nacional tales como Charles Dickens y el Conde de Shaftesbury habían levantado el interés público en la educación y el cuidado de los niños a través de todo el país. Y otros, a seguir a Müller, habían entrado a colaborar en la mies – Bernardo, Fegan, la Iglesia de la Sociedad Inglesa de Niños y otros más. Siguiendo el ejemplo de Müller, ahora ya no existía en pie ninguna de las barreras que había en las admisiones de niños en el siglo dieciocho; y el sistema de admisión a través de la elección de los subscriptores fue, gracias a Müller, totalmente erradicado.

Susannah Müller contaba en esa altura con setenta y tres años de edad. El día 13 de enero de 1894, el diario de Müller tiene escrito sin alarmismos:

Le ha placido a Dios llevarse con Él a mi amada esposa, Él me ha permitido tenerla conmigo veintitrés años y seis semanas. Por la gracia de Dios yo no solo me encuentro perfectamente satisfecho con esta dispensación, sino que además beso la

mano que administra el azote, y vuelvo a procurar una vez más el cumplimiento de aquella palabra en este momento, que 'en todas las cosas actúa Dios para el bien de los que Le aman' (Romanos 8:28).



Susannah Grace Sangar Müller (1817-1895)

Müller se quedó nuevamente viudo. 'Mi soledad', escribió él, 'después de sesenta y dos años y cinco meses de una feliz vida de matrimonio ha sido grande y continúa siendo grande; sin embargo, yo continuo alabando a Dios más bien por todo lo que me ha concedido, por todo lo que me ha dejado disfrutar durante tanto tiempo, y por lo que ahora ha querido quitarme de mis manos y llevarse consigo; porque Él es bueno y misericordioso conmigo. Porque constantemente admiro la bondad que el Señor tiene conmigo en este mismo asunto, y que Él ha liberado ya totalmente a mi preciosa amada de toda enfermedad corporal o espiritual, y eso me hace sentirme muy feliz en Su Presencia sanadora; Él se sobrepone en mi soledad, y me consuela y conforta grandemente, siendo más que un mero soporte para mí'.

Después que terminó el último de los viajes predicando, Müller raramente se ausentó de Bristol. Ahora que se encontraba soltero, decidió abandonar su casa en el Núm. 21 de la Calle Paul, y mudó su residencia ocupando una suite de cuartos del Orfanato Núm. 3 de Ashley Down, que vendría a ser su hogar durante el resto de su vida.

En septiembre de 1895, en su noventa cumpleaños, le hicieron un homenaje en la Capilla Bethesda.

'Mi voz es más firme y fuerte,' dijo en el transcurso de sus agradecimientos', que en todos los sesenta y nueve años anteriores, y mis capacidades mentales están mejor que nunca,'

En ese mismo día escribió en su diario: 'mi mente está tan clara y capacitada para trabajar como cuando aprobé mis exámenes para la Universidad en marzo de 1825 (setenta y un años atrás)'.

Él todavía hacía parte regular en los servicios Dominicales en Bethesda, Alma Road y las Capillas de Stokes Croft. Sin embargo, ya no se dedicó más a predicar en los servicios de la tarde, aunque sí continuó ejecutando su función en la obra de los Orfanatos, incluyendo la redacción y publicación del Informe Anual.

Preciosa Panorámica

A principios del verano de 1897, Charles Parson visitó a Müller en su despacho del Hogar Núm. 3. Müller le recibió con un cordial saludo y un apretón de manos.

‘Sea usted bienvenido a esta casa’, dijo él.

“Usted siempre encontró fiel al Señor en Sus promesas, ¿verdad, señor Müller?”

“¡Siempre! contestó Müller ¡Él nunca me decepcionó o defraudó! En todos estos cerca de setenta años, siempre ha suplido cada una de las necesidades de esta obra. Los huérfanos, desde que comenzó la obra hasta hoy, suman nueve mil quinientos, y a ninguno le faltó nunca una comida saludable en su plato. ¡Jamás! En centenas de ocasiones, comenzamos el día sin un centavo, pero nuestro Padre Celestial siempre se las ingeniaba para suplirnos todo lo necesario a cada momento. Nunca nos faltó el sustento. Nunca hubo ni una sola vez que faltase alimento en el plato de cada uno. Durante todos estos años, lo único que he hecho ha sido confiar en Dios, en el Dios Viviente, y en Él solamente. En respuesta a mis oraciones me han sido enviados un millón cuatrocientas mil libras. Hemos precisado el total de cincuenta mil libras en un solo año, y todo nos ha sido suplido por año y hemos ido recibiendo las cantidades, en el exacto momento que precisábamos.

‘No hay ni un solo hombre que pueda decir que yo le haya pedido un céntimo. No tenemos comités, ni recaudadores, ni votaciones, ni patrocinadores. *Todo nos ha llegado en respuesta a las oraciones de fe.* Mi confianza está puesta en el Dios Vivo solamente. Él es quien tiene muchas maneras de tocar los corazones de los hombres del mundo para que nos socorran. Si yo me mantengo orando, Él le dice a éste o a aquel, en este continente o en algún otro, que nos envíe dinero. Sin ir más lejos, en la tarde de ayer, mientras estaba predicando, un caballero me llenó un cheque con una buena cantidad de dinero para los huérfanos y me lo entregó en mano cuando acabó el servicio’.

‘He leído su vida, señor Müller, y he observado que algunas veces, su fe ha soportado duras pruebas. ¿Le sucede lo mismo hoy en día?’

“*Mi fe está siendo puesta a prueba como nunca antes, y mis dificultades son mayores que nunca.* Además de las responsabilidades financieras que tenemos, hay ayudas puntuales que tienen que aparecer constantemente, y lugares adecuados para acoger centenas de huérfanos que salen de nuestras instalaciones. Es muy común que nuestras cuentas estén tocando fondo. La última semana, por poner un ejemplo, hemos estado con las despensas casi vacías. Reuní a mis amados colaboradores y les dije, “¡ Oren, hermanos, oren!” E inmediatamente nos fueron enviadas cien libras, después doscientas más, y pocos días más tarde recibimos otras quinientas. Pero siempre tenemos que orar, y siempre con creencia. ¡Oh! Qué hermoso es confiar en el Dios Vivo, pues Él ha dicho: “*nunca te dejaré,*

nunca te desampararé” (Hebreos 13:5). Espera con hambre grandes cosas de Dios, y grandes cosas obtendrás. ¡La capacidad de Dios no tiene límites! ¡Alabado sea por siempre Su glorioso Nombre! ¡Alabado sea en todas las cosas! Yo lo he alabado muchas veces cuando me envía diez peniques, y lo he alabado cuando me ha enviado doce mil libras.”

‘¿Supongo que nunca habrá pensado en ahorrar algún dinero?’

‘Si lo hubiese hecho, habría sido un acto bastante necio’, respondió Müller con gran énfasis. ‘¿Cómo podría orar yo, si tuviese conmigo disponible dinero ahorrado? Si lo hiciese, me diría Dios: “¡saca ese dinero, dispón de esos ahorros, George Müller! ¡Oh no! Nunca me pasaría por la cabeza hacer tal cosa. Nuestros ahorros se encuentran en los Lugares Celestiales. Dios, el Dios Viviente es nuestra suficiencia. *He confiado en Él por un dólar, y he confiado en Él por miles de dólares, y nunca ha defraudado mi confianza. “Bendito sea el hombre que en Él confía” (Salmos 34:8).*

‘Entonces, ¿a usted nunca le pasó por la cabeza pensar en quedarse con algo para sí mismo?’

Charles Parson nunca se olvidó de la forma tan digna en que Müller contestó a esta pregunta. Hasta ese instante, Müller había permanecido sentado frente a él con sus manos reposadas y sus ojos mirando serenamente, calmos y penetrantes. ‘Había mucho de grandeza y majestad en aquella mirada tan cristalina y pura,’ anotó Parson, ‘tan acostumbrada como estaba a las visiones espirituales y a mirar en los asuntos más profundos de Dios.’ Parson nunca supo bien si su pregunta le pareció sórdida a Müller, o si tocó con ella una vieja herida del “viejo hombre” de Müller. En todo caso, la pregunta pareció alterar todo su ser.

Después de una breve pausa, durante la cual ‘su rostro parecía un sermón’ y ‘la profundidad de sus claros ojos brillaban iluminados’, Müller desabrochó su abrigo y sacó de su bolsillo un antiguo monedero con unos aros para separar las monedas por su valor. Y poniéndolo sobre mi mano dijo tranquilamente:

‘Todo lo que poseo se encuentra en ese monedero – ¡cada penique! ¿Lo guardo en beneficio propio? ¡Jamás! Cuando se me envía dinero para mi uso personal, lo reencamino a Dios. Más de mil libras me han sido enviadas de una sola vez; pero jamás he pensado que esos donativos me perteneciesen a *mí*; le pertenecen a *Él*, de Quien soy y a Quien sirvo. ¿En beneficio propio?! Nunca procuré nada; eso sería deshonar a mi amoroso, elegante y todo bondadoso Padre.’

Parson le devolvió en su mano el monedero a señor Müller, y éste le dijo la cantidad que contenía.

“¿Cuánto tiempo pasa usted de rodillas?”

‘Más o menos el día entero’ respondió Müller. ‘*Yo vivo en el espíritu de la oración; oro cuando camino, cuando caigo, y cuando me levanto. Y la respuesta siempre viene en camino.* Miles y decenas de miles de veces han sido respondidas mis oraciones. Una vez que estoy persuadido de que algo está de acuerdo a Su Voluntad y es para la gloria de Dios, me pongo a orar hasta que recibo la respuesta. “¡George Müller nunca desiste!”’.

Müller se levantó de su asiento y se paseaba alrededor de la mesa.

‘Miles de almas han sido salvas en respuesta a las oraciones de George Müller. ¡Él se reunirá, si, con decenas de millares de ellas en el Cielo!

Se hizo una pausa. Parson no dijo nada.

‘Lo más importante de todo’, continuó Müller, es no desistir nunca hasta que se obtiene la respuesta. Yo me he mantenido orando durante cincuenta y dos años *cada día* por dos hombres, hijos de un amigo de mi juventud. Todavía no han sido convertidos, ¡pero *lo serán* algún día sin duda! ¿Cómo podría ser de otra manera? Está de por medio una promesa de Jehová inmutable, y en ella me recuesto y descanso. El gran error que se comete entre los hijos de Dios *es que no perseveran en la oración; no se mantienen orando; no son persistentes*. Si desean darle la gloria a Dios en todas las cosas, deberían permanecer orando hasta que lo consigan. ¡Oh!, ¡cuán bueno, amable, elegante y condescendiente es Aquel con quien tenemos que tratar! ¡Él me ha ofrecido, sin yo merecerlo, muchísimo más de lo que pedía o entendía! Yo no soy más que un pobre ser, fracasado y hombre pecador, sin embargo Él ha oído mis oraciones decenas de miles de veces y he sido instrumento Suyo para traer a decenas de miles de almas al camino de la verdad. Y digo diez miles así en éste, como en otros países. Estos miserables labios han proclamado la salvación a grandes multitudes, y muchísimas personas han creído para la vida eterna.’

‘No puedo dejar de notar la forma como habla de sí mismo’ dijo Parson.

‘Hay solamente una cosa que George Müller merece, ¡y es el Infierno! Te digo, hermano mío, que es la única cosa que merezco. Yo soy de hecho un hombre perdido por naturaleza, y salvo por la gracia de Dios. Aunque por naturaleza sea pecador, no vivo en pecado. Detesto el pecado; lo detesto cada vez más y más; y amo la santidad, si, cada vez amo más la santidad.’

‘Supongo que, a través de todos estos años trabajando para Dios, se ha debido encontrar con muchas circunstancias adversas que lo hayan desmotivado, ¿no es así?’

‘He hallado muchas circunstancias desalentadoras’, respondió Müller, ‘pero siempre he mantenido y puesto mi confianza en Dios. ¡En las palabras de las promesas de Jehová ha descansado mi alma! Oh, qué bueno es confiar en Él; ¡Su Palabra nunca vuelve vacía! “*Él da esfuerzo al cansado, y multiplica las fuerzas al que no tiene ningunas*” (Isaías 40:29). Este principio también se aplica a mi ministerio público. Hace sesenta años prediqué un pobre, seco y estéril sermón que no me dejó satisfecho y, como me imaginé, tampoco confortó a otros. Pero mucho tiempo después escuché diecinueve casos distintos acerca de las bendiciones resultantes de aquel sermón.’

Müller fue a buscar en otra sala una copia de su biografía, y le hizo una dedicatoria en su portada para Parson. En su ausencia, Parson tuvo la oportunidad de echar un vistazo a su despacho. El mobiliario era de lo más sencillo y práctico; sobre la mesa había una Biblia abierta de buena tipografía sin notas o referencias. *Esta entonces, pensó Parson, es la morada del hombre más grande, espiritualmente, de los tiempos actuales –un hombre levantado con el especial cometido de mostrarle a un mundo frío, calculador, y egoísta, la realidad de los asuntos de Dios y para enseñarle a la iglesia lo victoriosa que puede ser, si tan solo es lo suficientemente*

sabía para aferrarse al brazo omnipotente de Dios.

Solamente en una ocasión de todo el tiempo que Parson estuvo con Müller, alguien llamó a la puerta. Müller la abrió, y uno de los huérfanos apareció de pie – una niña muy bien peinada.

‘¡Querida mía!’ le dijo Müller. ‘en este momento no te puedo atender. Espera un poco, e iré a verte.’

En ese verano, Müller contaba con noventa y dos años de edad, y también se celebraba el Jubileo de Diamante del largo reinado de la Reina Victoria. El día dieciséis de junio, llegó un donativo de cincuenta libras a Ashley Down del Alcalde de Bristol. En la nota que acompañaba el donativo decía: Proveniente del Fondo de la Ciudad en Jubileo, con el propósito de abastecer medios para los huérfanos, en conmemoración del sesenta aniversario del feliz y próspero reinado de Su Graciosa Majestad la Reina.’ Müller se gastó el dinero ofreciéndoles un viaje a los niños de los cinco Hogares al Zoológico de Clifton. Nos cuenta que los niños disfrutaron muchísimo esta visita: ‘Además de inspeccionar la interesante e instructiva colección de animales, a los niños les ofrecieron té y abundantes adecuadas provisiones.’

El día 20 de junio de 1897, era el domingo de Jubileo, y Müller rompió su regla impuesta recientemente, y predicó un sermón en el servicio por la tarde en Bethesda. ¡Cuán atentamente la gran congregación observaba la alta y erecta figura subiendo las escaleras del púlpito y dirigiéndose a ellos hablando! Este iba a ser el sermón del hombre que había fundado su Institución para el Conocimiento de las Escrituras tres años antes de que la joven princesa llegase a ser Reina, y que había comenzado a cuidar a treinta niños en la Calle Wilson, catorce años antes de su ascensión al trono. En los años que habían transcurrido, su nombre llegó a ser una referencia para la fe a través del mundo; este era el hombre que reclamó en una carta tanto a la Sociedad Británica como a la Sociedad Extranjera que se tiene que leer la Biblia bien por encima de cien veces. ¡Este sería el valeroso sermón que se escuchó!

‘Nuestra meditación en esta tarde’, comenzó él, ‘con la ayuda del Señor, se centrará en el pequeño pero precioso Salmos 23: ‘El Señor es mi Pastor; nada me faltará’.

Müller fue exponiendo y aplicando el Salmo versículo por versículo. Cuando llegó al último versículo dijo:

‘Ahora viene el último versículo, “Ciertamente el bien y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida, y en la casa de Jehová moraré por largos días.” Un pobre en una ocasión fue convidado como huésped en la casa del Rico. Allí fue él y se sintió muy feliz, se quedó contento. Todo lo que anteriormente había naturalmente deseado su alma se encontraba en la casa, “me quedaré aquí para siempre, nunca más me iré de este lugar.” Esto nos muestra lo que los hijos de Dios hallan, cuando ponemos en todo a Cristo Jesús; no simplemente tenemos que decir: “Mi copa está rebosando; me encuentro lleno de felicidad.” Sino que además, añadimos: “Esto es casi más de lo que puedo abarcar. Encuentro todo tan agradable, tan sumamente agradable y perfecto, en este camino que hay

que hay recorrer, que no puedo escoger otro nunca más. ¡Permaneceré en la casa de mi Padre para siempre!’

‘¡Esta es la posición a la que se nos ha traído como creyentes que somos en Cristo! Si ciertamente andamos de acuerdo a los caminos del Señor, y verdaderamente llevamos nuestros corazones rendidos a Dios, este es el resultado que alcanzaremos. Lo encontraremos todo tan sumamente agradable, tan precioso, incluso comparándolo con esta vida, que no tendremos ningunas ganas de salirnos de los caminos del Señor. En nuestra condición natural humana, procuramos momentos de felicidad; pero no alcanzamos esa felicidad nunca. Nada, sino desilusión es lo que cosechamos, porque después de unas pocas horas, toda esta felicidad mundana desaparece. Pero en la posición que se nos ha ofrecido por la fe sola en el Señor Jesucristo, no solo se nos concedió “momentos felices” durante unos pocos días, o unos cuantos meses, o unos pocos años, sino por toda la eternidad. Por eso en nuestros corazones decimos: “Permaneceré en este camino; me siento repleto en este camino; nunca saldré de este camino.”

‘Y no solamente eso, sino que, además, en esa felicidad eterna ‘la misericordia y el bien me seguirán todos los días de mi vida’. Seré desde ahora un hombre feliz hasta la eternidad, y me mantendré en la presencia de mi Padre; no abandonaré Su casa nunca más, porque en ella he hallado tanta, tanta preciosidad en ser un hijo de Dios.’

‘¿Cuál es su secreto para servir a Dios? le preguntó alguien en una ocasión a Müller.

‘Hubo un día en el cual yo morí, literalmente morí’, contestó él, y a medida que fue hablando se fue encorvando más y más hasta casi rozar el suelo, ‘muerto para el mundo, sus felicitaciones o censuras –muerto para la aprobación o la vergüenza aun hasta de mis hermanos y amigos– y desde entonces, llevo estudiando para presentarme aprobado sólo ante Dios’.

En el transcurso de ese verano, Müller se convenció de que debía tomarse unas cuantas semanas de descanso en Bishopton en Devon.

‘¿Qué es lo que tendré oportunidad de hacer aquí para el Señor’ preguntó en la misma tarde de su llegada.

‘Pero si es que estás continuamente trabajando, ¿no es este un viaje de descanso?’

‘Es que ahora que me encuentro más libre de mis ocupaciones habituales’, replicó prontamente Müller, ‘debo ocuparme de alguna otra manera para servir al Señor; glorificarle a Él es lo que tiene por objetivo mi vida’,

Así, pues, se arreglaron en un abrir y cerraron de ojos los detalles necesarios para que se diesen las reuniones que no estaban previstas en Bishopton y en Teignmouth.

Müller regresó a Bristol; las hojas en Ashley Hill se volvieron doradas, y después cayeron. El verano dio paso al invierno. En su habitación del Núm. 3, Müller continuó con su obra y con las oraciones; a medida que el invierno iba siendo más frío, él se aventuró varias veces a ir a predicar en Bristol. Un día de la semana por la tarde en ese mismo invierno, se juntó una multitud para escucharle en la Capilla de la Calle del Antiguo Mercado, se corrió la voz de que, cuando estaba hablando, parecía que estaba lleno del espíritu santo.

‘Mi texto’ dijo él, ‘está en Lamentaciones 3:22-23 “Por la misericordia de Jehová no hemos sido consumidos, porque nunca decayeron sus misericordias. Nuevas son cada mañana, grande es tu fidelidad.”

‘Aunque todas las cosas vayan mal’, dijo él casi al final de su discurso: ‘el precioso Jesús Amigo nuestro es “el mismo ayer, y hoy, y por toda la eternidad”. Lo mismo que él era hace millones de años atrás, es él ahora. El mismo ser que caminaba por Judea, Samaria y Galilea. Es él ahora – su corazón está lleno de ternura, de amor a Dios, de compasión.

‘Aunque seas el más grande, el más antiguo, el más ardiente pecador, aunque hayas cometido pecados una, y otra, y otra vez, abiertamente y con conocimiento, si en este momento te pones en las manos de Cristo, tú serás por sus méritos perdonado, puesto que hay poder en la sangre de Cristo que quita de encima los más grandes pecados.

‘Saber esto simplemente no trae felicidad - no una real, verdadera felicidad. Yo sé hablar nueve idiomas, y con todo eso yo hubiera ido de cabeza al infierno si no hubiese conocido a Cristo, Cristo, Cristo. ¡Oh! ¡Qué gran bendición es ser un discípulo del Señor Jesús!

‘Yo soy un anciano feliz; ¡si, de hecho, soy un anciano muy feliz! Yo me paseo de un lado a otro de mi habitación, y me digo: “Señor Jesús, yo no estoy solo, porque tú siempre estás conmigo. He visto morir a mis esposas y a mi hija, pero tú has permanecido. ¡Nunca me sentí solitario ni desolado contigo y con tu sonrisa, que es mejor que la vida en sí misma!”’

El domingo por la mañana del 6 de marzo de 1898: la suave brisa marítima sobre el estuario del Avon parecía un poco menos fría; los residentes de Clifton observaban las señales de aproximación de la primavera. En la Capilla de Alma Road, los que llegaron más tarde al servicio de la mañana, se dieron cuenta rápidamente: el más respetable y distinguido ciudadano de Bristol se encontraba presente. Esperaron fervientemente que participase. Y fue lo que hizo. Poco antes del tiempo en que habitualmente se hacía el “partimiento del pan”, el anciano se levantó muy firme sobre sus pies.

‘¿Podríamos leer en Isaías, capítulo seis?’

Él leyó el capítulo y después le pidió a la congregación que fuesen con él al Evangelio de Juan 12:37-41.

”Isaías dijo eso porque él se identificaba con Jesús’ hablaba acerca de su gloria y sobre él.” ‘Este último versículo’, dijo Müller: ‘asienta todo el asunto, de que lo que leímos en Isaías todo se refiere o tiene que ver con la gloria de nuestro adorable Señor Jesucristo. En el resto del sagrado testimonio, no nos encontramos con una sola porción que hable más claramente de Su majestad y gloria. Vamos a leerlo de nuevo, versículo por versículo, en referencia a nuestro precioso y adorable Señor Jesús’

En su propio e inimitable estilo, Müller volvió entonces a leer el pasaje nuevamente, poniendo en claro, concisos comentarios en cada uno de los versículos: sacando lecciones donde había lecciones que sacar, pero nunca imponiendo en el texto significados ininteligibles.

‘¡Oh cuán maravillosamente,’ concluyó él, ‘¡cuán misericordiosamente, cuán

tiernamente, cuán graciosamente nos ha tratado el Señor en Cristo Jesús! Y todo lo que ha hecho y está haciendo, será fiel para perfeccionarlo en nosotros hasta que acabe por fin este peregrinaje terrenal – Él nunca nos abandonará ni se olvidará de nosotros, y un poquito más, y entonces nos recogerá en nuestro hogar para estar siempre con él y con el Padre.- ¡Oh cuán brillante es el glorioso panorama que nosotros los pobres, miserables pecadores tenemos a través de la fe en Cristo Jesús! Y que al final seamos recogidos a casa por toda la eternidad para estar siempre con el Señor, y ver cara a cara Aquel amado que entregó su vida por nosotros, permitiéndonos besar sus pies, ¡permitiéndonos besar sus manos! ¡Oh cuán brillante es la panorámica que nos aguarda!’

Müller se sentó. El pan fue partido y repartido, reverentemente, de uno a otro. El vino purificado y bebido – el perfecto sacrificio recordado, una vez más.



Müller pasó la tarde con uno de sus más próximos amigos, Benjamín Perry.

‘Sabe usted’ le dijo Müller a Perry con una sonrisa, ‘una semana o dos atrás me fui a visitar dos amigos, los dos tienen unos ocho o diez años menos que yo, pero ambos se encuentran incapacitados de participar en la obra del Señor. ¡Yo me vine sintiendo que era más joven en comparación! ¡Oh cuán bondadoso y generoso ha sido conmigo mi Señor! En mis noventa y tres años todavía no tengo reumatismo, ni un achaque o dolor, y todavía puedo realizar mi trabajo habitual en los Hogares de los niños con la misma fuerza que la que tenía setenta años atrás.’

Y así se mantuvo. Al día siguiente, lunes, él se encontraba en su despacho una vez más en el Núm. 3 trabajando como habitualmente. Por la tarde salió para ir a Bethesda y asistir a la reunión de oración; posteriormente, el Sr. Fred Bergin le presentó dos amigos que acababan de llegar de Barnstable.

‘Le traigo saludos de Robert Chapman’, le dijo uno de ellos a Müller.

‘El querido Sr. Chapman’, dijo Müller, ‘dele de mi parte un gran abrazo; él es el amigo más antiguo que yo tengo.’

Los dos hombres habían disfrutado de una próxima amistad durante sesenta y ocho años.

El martes, Müller trabajó como habitualmente. El miércoles por la mañana le dijo a James Wright:

‘Cuando me levanté esta mañana me sentí débil y tuve que reposar tres veces mientras me vestía.’

‘¿Crees que debes desde ahora tener contigo en tu cuarto un ayudante que te ayude a vestirte en el futuro?’ le preguntó Wright.

‘Pasado mañana’, dijo Müller.

Posteriormente en ese mismo día le dijo a Wright:

‘Ya me siento bien de nuevo’.

Por la tarde, dirigió como de costumbre la reunión de oraciones en el Núm. 3 y concluyó cantando el himno: ‘Dulce cantar del Pastor que murió’. Se regocijó cantando la última estrofa:

Dulce cantar de tal signo de amor,
No hay otro que nuestras lenguas puedan pronunciar;
Pero aun mejor será conocido su amor
En las gloriosas lucientes regiones celestiales de gozo y placer.

Müller dijo: ‘Buenas noches’ a James Wright y comenzó a subir las escaleras hasta su habitación.

Poco tiempo después, pero no sabiendo que se encontraba enfrente a él, una joven estudiante para profesora que vivía entonces en el Núm. 3 corría por las escaleras arriba cantando ‘Yo no sabía lo que me esperaba, Dios veló amorosamente mis ojos’.

Cuando llegó al primer descansillo, se dio cuenta de que había una figura entre las sombras en pie y muy quieto, era Müller.

Él aguardó hasta que llegase a él y le extendiese su mano.

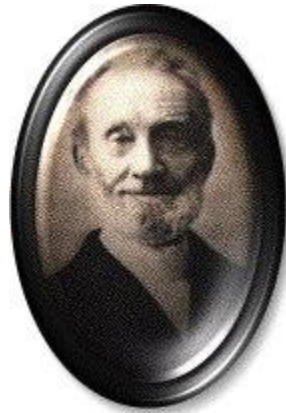
‘Me agrada muchísimo verte tan feliz’, dijo él, ‘pero no debes correr así por las escaleras arriba, saltando de dos en dos los peldaños, porque puedes dañarte. Buenas noches.’

Müller se retiró a su habitación. Desde hacía un cierto tiempo, había tenido por hábito tomarse algo para cenar en la noche, y como era habitual alguien en esa noche, le había dejado un vaso de leche y un bizcocho en su mesa de vestir, en el caso de que precisase de ellos.

A la mañana siguiente se despertó entre las cinco y las seis de la mañana. Se levantó y se paseó por su habitación dando vueltas alrededor de su mesa.

Y entonces, en un instante, aquella *panorámica* de la cual había él hablado justo cuatro días antes, se convirtió –para él– en una gloriosa realidad. George Müller fue a encontrarse cara a cara con su amado Único y Especial.

Desarmando a los Escépticos



George Müller

Alrededor de las siete de la mañana del jueves, el secretario de Müller llamó a su puerta con una taza de té. Al introducirse a su habitación, lo encontró tendido y muerto en el suelo al lado de su cama. Encima de su escritorio se encontraban inacabadas las notas de un sermón que nunca llegó a predicar.



Escritorio de Müller

La noticia causó gran estremecimiento en Bristol. El domingo se hizo referencia en virtualmente todos los púlpitos, anglicanos, y no-conformistas, al último filántropo de la ciudad, hombre de oración y predicador.

Al día siguiente, lunes 14 de marzo de 1898, fue el día del funeral. En esa altura, se dijo que nunca antes se había visto una cosa igual en Bristol, ni antes ni después. Las empresas pararon o concedieron su tiempo a los empleados para asistir al evento y que manifestasen sus sentimientos; miles de personas daban paso a la procesión; en la catedral de Bristol y en otras iglesias, las banderas ondeaban a media asta y fueron tocados los tambores; en todas las calles habían colgado en sus balcones coronas de luto y se habían cerrado sus ventanas. La ciudad estaba de luto.

Después de un corto servicio en el Hogar Núm. 3, se formó una procesión desde Bethesda. Cuatro de los primeros ocupantes en el primer hogar de Müller en la Calle Wilson, se juntaron a la comitiva que cargaría con el cuerpo: ellos se acordaron bien de aquel día en junio de 1849, cuando hicieron una marcha hasta Ashley Down para ver sus nuevas y espaciosas instalaciones, y sus alrededores.

Hubo cientos de personas que no pudieron entrar ni asistir al servicio en Bethesda. Entre aquellos, quienes lograron penetrar a la parte principal de la capilla y sus galerías, se encontraban tanto hombres del clero de la iglesia Anglicana como ministros de iglesias libres. Después de dirigir la palabra James Wright y Benjamín Perry, cerca de cien coches de caballos, incluyendo el coche del alcalde estatal, se sumaron a la procesión por la margen del río hasta el cementerio donde una multitud de alrededor de setecientas personas se habían reunido en la puerta principal. Con una considerable dificultad, los policías pudieron abrir camino entre la multitud para que los portadores del féretro pudiesen transportarlo por el lado de la colina, hasta el lugar debajo de un ciprés donde Mary y Susannah habían sido sepultadas. El servicio al borde de la tumba, concluyó con la masiva congregación juntándose en coro y cantando el último himno que Müller había escogido en la última reunión de oración menos de cinco días antes –acabando, como le hubiera gustado, no en tristeza, sino visionando la panorámica de aquellas ‘regiones celestiales de gozo y felicidad’.



Biblia de Müller

Las esquelas mortuorias aparecieron en la mayoría de los periódicos nacionales; la más extensa y más detallada –en *The Times*– la hemos citado en los capítulos quince y

dieciséis, y la volveremos a citar nuevamente después. Algunos de los periódicos contrastaron los hechos inequívocos de la vida de Müller con el racionalismo de nuestra era, 'el Sr. Müller', dijo el periódico *Bristol Evening News*, 'ocupa una posición única entre los filántropos del siglo diecinueve. En una era de agnosticismo y materialismo, él puso a prueba teorías sobre las cuales muchos hombres se sienten satisfechos solo discutiéndolas sin provecho alguno'.

El periódico *Liverpool Mercury*, destacó que millares de niños 'han sido alimentados, vestidos y educados con los fondos que ingresaron sin influencias de comités u organizaciones, sin apelativos ni advertencias de ningún tipo', preguntando: ¿Cómo se consigue hacer una obra tan maravillosa? El Sr. Müller le ha demostrado al mundo que es el resultado de la "Oración". El racionalismo de nuestra era podrá burlarse de esta declaración; pero los hechos permanecen de pie, y las históricas ocurrencias que son difíciles de explicar también, y muchos juzgan que sería necesario hacer desaparecer los Orfanatos de Ashley Down y no hablar más del asunto.'

El *Daily Telegraph*, con un similar punto de vista, dijo: 'La vida y el ejemplo del Sr. Müller, por su elocuente y hermosa belleza, no puede dejar de sorprender y convencer ni tan siquiera a la escéptica y utilitaria era en la que vivimos.' Escribiendo acerca de los logros sociales que cosechó Müller, el *Telegraph* reportaba que él había 'rescatado de la cruel calle a miles de víctimas, de la cárcel a miles de presos criminales, de los campos de concentración a miles de vagabundos.'

De cierto modo, los tributos de la prensa de Bristol son de mayor significado que aquellos otros tributos que le daban los periódicos nacionales. Porque había sido en Bristol donde procuró demostrar que Dios responde las oraciones. Centenas de bristolianos estaban o habían sido contratados permanentemente en los Hogares; muchos más habían trabajado allí temporalmente enseñando, o como enfermeras, o haciendo reparaciones, o entregando mercancías; otros muchos ciudadanos se habían tomado el fin de semana para acudir a las visitas guiadas de los cinco Orfanatos. Si hubiesen sido un fracaso los principios de Müller, muy difícilmente podría la verdad serle ocultada a los ojos testigos de Bristol. El oeste del país, sin embargo, nunca había erradicado sus escepticismos, ni el siglo diecinueve sus cínicos. Pero las noticias sobre los mal alimentados, mal vestidos, o cruelmente tratados niños, si así hubiese sido, habrían corrido rápidamente desde Ashley Down hasta el corazón de Bristol y otras partes. Y sin embargo el *Bristol Times*, ocupa su primera página así como noticias separadas y el artículo de esquelas con un recuento de la vida de Müller, comentando: 'Debe darse por asumido que casi todo lo que se ha dicho acerca del Sr. Müller es absolutamente verdad'. El periódico destacó en Müller los 'especiales y estupendos dones' y genialidad que poseía, y concluyó que él había sido 'escogido con el propósito de mostrarle a esta era en que vivimos que los milagros no son cosas del pasado, y para desarmar a todas las tendencias escépticas de nuestro tiempo.'

¿Cómo vamos a recordar a George Müller noventa años después de su muerte?

Algunas de sus cualidades personales eran por sí mismas raras de ver, y cuando se

combinan en un solo hombre, son difíciles de enumerar todas. En primer lugar, hay que resaltar la habilidad administrativa del hombre que fundó un hogar para treinta niños (el mismo siendo hijo de un funcionario público), y que a través de los años emprendió la expansión de la obra, llegando a ser responsable por la protección y educación de diez mil niños, además de tener a su cargo la dirección y responsabilidad de un personal de trabajo compuesto por centenas de personas. Este mismo hombre, como director de la Institución para el Conocimiento de las Escrituras, controló además la distribución de cientos de miles de libras para llevar a cabo e incentivar obras misioneras por todo el mundo, y proveyó escuelas nacionales y en el extranjero para la educación de niños y de adultos, financiadas y dirigidas por su Institución. Su supervisión en todas las actividades se caracterizó por una constante atención hacia los detalles: él mantenía un conocimiento muy preciso sobre todos los aspectos de la obra; él fue reconocido – aun cuando el trabajo era más demandante, por su memoria recordando por sus nombres a cada uno de los niños (en los primeros tiempos sabía el de todos); el mismo tipo de interés personal se tomó con los asuntos de su vasta congregación de Bethesda y con los misioneros alrededor del mundo que él financiaba.

En cuanto a las decisiones que iba tomando a medida que la obra iba creciendo, él era escrupulosamente correcto: tanto si la decisión tenía que ver con expandir o no la obra, o a quién debía escoger como miembro de su personal en la obra, él sopesaba antes muy bien los pros y los contras de manera verdaderamente prodigiosa – pero a lo dicho, hay que sumarle las largas horas que emplearía en íntima oración. Y a pesar de toda su atención a los detalles, él no fue, tal como hemos visto, ni inflexible ni estaba carente de visión.

Después, tenemos también que enfocar la tremenda energía del hombre, que había sobresalido como estudiante en la Halle y Londres por el empleo regular de entre doce a catorce horas de estudio por día, y en sus setentas y ochentas años por haber viajado a través de cerca de doscientas mil millas (trescientos veinte mil Km.) para predicar en cuarenta y dos países.

Müller era un individualista. Él prefería dirigir antes que ser dirigido, emplear antes que ser empleado. Su temprana conexión como entrenador en la Sociedad Misionera de Londres nunca acabó: halló sus restricciones inaceptables y prefirió seguir su propio camino –aunque la ruptura fue resuelta amigablemente. Pero había un Maestro a quien amaba obedecer, y fue en el servicio de Cristo que halló la obra de su vida. Desde ese verano en Devon cuando, como él dejó por escrito, ‘encontró todo en Dios’, su vida fue una dedicación con total cometido hacia Él. ‘El honor, el placer, el dinero’ escribió él, ‘mis capacidades físicas y mentales... todo lo puse a los pies de Jesús.’

Él, por tanto, no fue un individualista egoísta. Las evidencias corroboran su testimonio de que hubo un día en que murió, ‘muerto para George Müller, sus opiniones, preferencias, gustos, y voluntades’. Su energía y sus habilidades eran directamente canalizadas en el servicio de Dios y de sus colaboradores. (Durante su vida recibió cerca de noventa y tres mil libras para sus gastos personales: de estas repartió más de ochenta y un mil; y a su muerte sus bienes fueron valorados en tan solo ciento sesenta libras.)

En combinación con la indudable persistencia del prusiano, poseía la agradable

graciosidad de carácter, con la cual se ganaba la confianza y el aprecio de todo el personal que con él colaboraba y de sus amigos, y el amor y la admiración de cientos de almas que se cruzaron con él en sus viajes predicando, y el obvio respeto de todos sus conciudadanos de Bristol. Charles Parson, que lo conoció muy bien, registró: ‘En sí mismo, George Müller fue uno de los hombres más admirables que ha existido: su corazón desbordaba amor por todas partes. A los niños, tanto particularmente como en grupo, les habló de la manera más inimaginablemente tierna. Uno de sus escolares me dijo un día, el mismo habiendo sido huérfano en los Orfanatos, lo siguiente: “El Sr. Müller es más que un padre para todos nosotros”’.

Yo he leído todos sus escritos (que contienen holgadamente más de un millón de palabras) y nunca he hallado en ellos un sórdido o caustico comentario: siendo tan sensato en sus juicios de carácter, para Müller, era la bondad y algunos aspectos humanos, lo que era digno de resaltar en sus escritos, en cuanto al resto se contentaba con guardar silencio.

Algunos dirán que era un hombre de pensamientos limitados. El ciertamente parecía tener pensamientos acerca del mundo como desordenado y vacío, y esclavo de los lazos del maligno - un punto de vista que él defendería en la base tanto de la observación como de la Escritura –llamando la atención sobre versículos tales como 1ª Juan 5:19: ‘Nosotros sabemos que somos hijos de Dios, y el mundo entero está debajo del maligno.’ Asistió sólo dos veces al teatro después de su conversión (excepto cuando lo hacía para predicar) y a un solo concierto de música, pero sintió ‘que era indigno para mí, como hijo de Dios, frecuentar esos lugares.’ Aun cuando se obtenían fondos por vía de este tipo de entretenimientos, tuvo muy poco tiempo para asistir a ellos debido a sus muchas ocupaciones – o tal vez no los apreciase tanto. ¿Una mente única y especial, o una mente limitada? – cada uno tendrá que decidir por sí. Su actitud hacia “el mundo” no le incapacitó de ir “por todo el mundo” predicando el evangelio. Y en cuanto a su actitud hacia los cristianos que sostenían diferentes puntos de vista del suyo, hemos visto que uno de sus objetivos en los viajes de predicación era erradicar actitudes sectarias entre las diferentes denominaciones cristianas y, como el dijo, ‘predicarlo entre todos sin distinciones.’ (Capítulo 18).

La referencia en el periódico *Bristol Times* a los ‘especiales y estupendos dones intelectuales’ de Müller es un tanto sorprendente. Claro que estaba dotado intelectualmente; él sobresalió en la escuela, a pesar de su vida salvaje y anárquica; se graduó de la Universidad Halle con buenas notas; y hablaba fluidamente siete idiomas. Pero al fin y al cabo, él se sentía más feliz en el campo de la acción, en vez de en medio de las ideas rígidas. Cuando enseñó a los cristianos, su ministerio principalmente fue tan *práctico* (cómo debían vivir ellos la vida cristiana, hallando la verdad y conociendo la definitiva respuesta a la oración), que inspiraba en sus oidores a tomar en la obra divina un mayor compromiso. Eso le interesó siempre más que los abstractos debates teológicos estériles: fue sólo con fastidio y por necesidad que se vio envuelto en disputas en los años de 1840, acerca de la humanidad y los sufrimientos de Cristo. Él comprendía muy bien los temas en disputa: de

hecho sus comentarios en el debate eran admirables y penetrantes; pero se rehusó a ser indulgente con extractos y panfletos que no edificaban a nadie.

Su más notable cualidad intelectual fue su habilidad para *pensar con claridad*. En 1839, por ejemplo, cuando surgió una disputa en Bethesda acerca de puntos de vista de orden eclesiástico, Müller y Craik se recogieron durante quince días, para pensar, estudiar y orar. Ellos regresaron a Bethesda para dirigir una serie de reuniones en las cuales explicaron lo que habían hallado en su retiro espiritual. El impreso que Müller produjo conteniendo la sustancia de lo que ellos creían, es una obra maestra de sencillez concisa, y de lógicos pensamientos. Describe lo que habían hallado ellos en su retiro acerca del liderazgo, la disciplina y la última cena del Señor, distinguiendo con toda claridad y cuidadosamente lo que podía ser 'expresamente probado por la Escritura', y sobre lo que en la Escritura parecía 'opinar a favor'. Siendo primeramente un hombre de acción antes que un filósofo o polemista, Müller nunca fue capaz de rivalizar, polemizar o contender con las ideas de los demás. La *exactitud* fue la cualidad que le impresionó más acerca de los últimos escritos de Newton.

Lo que ha intrigado e inspirado a la gente durante más de un siglo hasta ahora, no ha sido simplemente lo que Müller *era* sino lo que él *hizo*: si sus cualidades personales eran inusuales, sus logros fueron de alguna manera únicos, tal vez desde los tiempos apostólicos y posiblemente, incluso desde aquel dramático momento de Elías en el Monte Carmelo (vea 1ª Reyes 18). Porque Müller emprendió su proyecto con el claro objetivo de demostrar que los asuntos de Dios son reales y verdaderos, y probárselo a todos los que cuidadosamente quieran observar que Él responde a las oraciones. Es cierto que siempre han existido aquellos que confiesan haber experimentado este mismo poder por, y para ellos mismos, es decir, quienes habían confiado solamente en Dios para que supliera sus individuales necesidades. La originalidad de Müller no reside en su ejercicio de fe, o en la importancia que le destacó a la oración, sino en su testimonio al haberse embarcado en este emprendimiento, sabiendo que él había sido enviado para demostrar que Dios es verdadero. En 1837, recordando las razones que le habían llevado a establecer su primer Hogar de niños (en 1836) escribió lo siguiente:

Ahora bien, si yo, que soy un pobre hombre, simplemente a través de la oración y de fe, he obtenido *sin pedirle nada a nadie*, los medios necesarios para establecer y llevar a cabo la obra de estos Orfanatos; debe haber algo que, con la bendición del Señor, pueda ser el instrumento para fortalecer la fe de los hijos de Dios, además de ser un testimonio a las conciencias de los incrédulos, de la realidad de las cosas de Dios.

Así, pues, Müller empleó sus dificultades y obstáculos como testimonio, para que los incrédulos mirasen la obra que había iniciado y vieses si era Dios, o no, quien la financiaría; él invitó además a los creyentes, no solamente a ver lo que Dios hacía por su mano, sino también a que considerasen su participación en la obra, si es que Dios les probase con su testimonio que es fiel a Sus promesas.

Las páginas anteriores han expuesto lo que sucedió. En resumen: durante sesenta y tres años, Müller recibió cerca de un millón y medio de libras esterlinas (para ser precisos 1.453.513 libras 13 chelines y 3 peniques); y las muchas ramas de su obra incluyeron el cuidado de alrededor de diez mil niños. Él orgullosamente clamaba que ni él, ni su personal de trabajo, habían nunca apelado por fondos, o le pidieron a nadie ayuda sino solo a Dios para financiar la obra. Nunca ha habido ninguna evidencia que contradijese este hecho. (Hubo una vez que alguien alegó haber escuchado a Müller orar públicamente para que Dios les enviase dinero a los Orfanatos. Müller se refirió a este comentario como siendo ‘totalmente falso’). De acuerdo a Müller, durante más de sesenta años, Dios fue quien providenció todos los medios necesarios – y así nos demostró que Él es verdadero.

¿Cuál será la reacción que produzca este hecho en estos últimos años del siglo veinte?

Nosotros no podemos clamar abiertamente que los hechos de la vida de Müller constituyan una prueba científica de la existencia de Dios, o, si Él existe, de Su voluntad o habilidad para responder a las oraciones. Yo estoy persuadido, sin embargo, que lo que Müller describe como ‘los hechos del Señor’ que hizo con él, constituyen –no una prueba de estas cosas– sino la evidencia de que merecen ser tomados en consideración con respeto y seriedad.

Dejando de lado por un instante el asunto de *cómo* el dinero aparecía, se pueden verificar los hechos visibles del caso haciendo un viaje a Bristol. Aquellos cinco grandes edificios todavía se mantienen en pie en Ashley Down. Ahora son empleados por la Universidad Técnica Brunel, el Núm. 3 –donde el fundador vivió y murió– tiene claramente un nombre muy apropiado: *El Hogar de Müller*. Cuando visite Bristol, debe visitar también la otra casa también denominada *el Hogar de Müller* en Cottan Park, sede de la obra de la Fundación George Müller hoy en día, para inquirir si los principios aplicados por Müller han resistido la prueba del tiempo. No se han abandonado todavía.

Müller creía en la existencia de Dios; estaba convencido de que, en el siglo diecinueve, Él era todavía el mismísimo Dios Viviente de siempre; que este Dios vivo respondía sus oraciones y ‘ponía el deseo en el corazón de la gente para compartir de sus pluralidades en la obra que él estaba dirigiendo’. Argumentar que Dios no era quien respondía a sus oraciones, como él creía, o que no era Dios quien financiaba su obra, es confesar que él estaba equivocado. (Esto da por asumido, no en tanto, que él creía sinceramente que Dios estaba proveyendo para él: un punto de vista alternativo – lo que hace más difícil de suponer – que él fuese un mentiroso, como se discutirá posteriormente en este capítulo.) El punto de vista de que Müller estaba engañado puede ser mantenido sin malicia, y puede ser mantenida al mismo tiempo una admiración, y e incluso afección, por el hombre: él era bondadoso, tal vez un gran hombre de considerables logros – pero si él estaba equivocado, estaba “sinceramente” equivocado. Estoy convencido, sin embargo, que la evidencia de la vida de Müller no se acomoda con los que sostienen esta posición. Las evidencias no resaltan un hombre equivocado o desilusionado, sino a alguien que

diariamente tuvo su fe confirmada y establecida.

Es verdad que la fe de Müller fue puesta a prueba. Los capítulos 9 y 10 describen el periodo que va entre 1836 hasta 1846 cuando – aunque los niños no supiesen nada de esto – era raro que hubiese un exceso de fondos. La necesidad iba siendo suplida día a día, incluso en la misma hora en que aparecía. Solamente en una ocasión durante este periodo, Müller llegó a estar –en sus palabras- ‘puesto a prueba en el espíritu’ (cap. 9). ‘Por primera vez, parece que el Señor no se ocupa de nuestras oraciones.’ Pero una hora después o poco más, habiéndole sido entregado en mano un donativo por un visitante de Londres que había estado residiendo en una casa al lado de los Hogares desde hacía varios días en la Calle Wilson, y a quien le había sido conferido este donativo por su hija en la ciudad, Müller pudo ‘saltar como un loco de alegría con alabanzas y dando gracias en el momento que se vio solo en su despacho’. Para Müller, el hecho de que el dinero hubiese estado siempre tan cerca de los Orfanatos desde hacía varios días sin que se lo hubiesen entregado, era una prueba de que Dios había tenido siempre en Su corazón el deseo de ayudarlos, ‘pero como Él se deleita en las oraciones de Sus hijos, nos mantuvo orando por mucho tiempo; también con el objetivo de probar nuestra fe, y para hacer que la respuesta fuse aun más dulce’.

Müller aparentemente vio este primer periodo como una prueba hacia su obediencia, y la de sus colaboradores. ‘Solamente puede ser atribuida a la especial misericordia de Dios, que la fe de aquellos que están colaborando en esta obra no decayese del todo; y de que ellos no abandonasen y se saliesen enteramente de este camino de seguir llevando a cabo la obra del Señor, y fuesen, en desespero de la ayuda de Dios, de regreso otra vez a los hábitos del mundo maligno.’ Fue un periodo donde su carácter se moldó, se preparó para la obra de su vida.

¿Y no podremos concordar que, el mismo hecho de que por largos periodos se enviase solo lo necesario, pero no más que lo necesario, fuera una evidencia de la mano de Dios? ¿No será tan remarcable en sí misma esta evidencia como la totalidad del millón y medio de libras que recibió? ¿No es cierto que la refutación de la versión de Müller de los eventos, tiene al menos que llevar consigo la aceptación de una increíble alternativa? Eso significaría que, durante más de sesenta años, sus simpatizantes, por varias razones desconocidas, si excluimos la intervención divina, no solamente le enviaron solo los suficientes fondos en total para llevar a cabo la vasta expansión de su obra, sino que también durante algunos periodos – particularmente en los primeros años – enviaban justo lo necesario para suplir cada necesidad que surgía, pero nunca, ni por un solo día, un poco de menos.

Hemos resaltado que una alternativa al punto de vista de que Müller estaba equivocado, es que él fuera un mentiroso, en otras palabras, que a pesar de su afirmación diciendo lo contrario, existiesen periodos en los cuales los niños sufriesen necesidades. Pero este es un punto de vista imposible de reconciliar con la popularidad y fama que Müller tenía en Bristol, y el respeto que, como hemos visto, los ciudadanos de aquella ciudad – con las evidencias delante de ellos – tenían hacia él.

Si, como yo creo, existen muy pocas evidencias para defender esta hipótesis de que

Müller estuviese engañado, o fuese engañador, existen aun menos sugerencias hipotéticas de que, a medida que pasaban los años, llegase a sentirse desilusionado con Dios. El nunca dejó la huella en sus contemporáneos, de ser un hombre que estuviese ansioso pretendiendo preservar un mito, o de quien tuviera motivos para dudar de que las necesidades de más de más de dos mil personas no fuesen a ser suplidas. 'Una pacífica y firme apariencia...sin la más mínima preocupación' fue el testimonio de un labrador de West Country: 'El Salmo veintitrés parecía que estaba escrito en su rostro.'



La longevidad de Müller es ciertamente consistente con su profesión de una paz interior: un deleite en Dios cosecha la experiencia de las oraciones respondidas. 'Yo no puedo decirte cuan feliz me hace este servicio en que estoy envuelto. 'En vez del ser ansioso, o preocupado que muchos juzgan que debo ser, yo no tengo ninguna ansiedad ni preocupación de ningún tipo. La fe en Dios me lleva a despojar mis cargas, todas mis cargas, sobre Dios. No solamente cargas concernientes a dinero, sino cargas concernientes a todas las cosas, porque centenares son mis necesidades junto con las referentes al dinero. En todos los caminos he hallado a Dios como mi ayudador, incluso cuando confío en Él por cada cosa en particular, como cuando le oro a Él con la simplicidad de un niño por todas las cosas...Yo he hallado invariablemente, durante toda mi larga vida de creyente, que si simplemente creía, estaba seguro de alcanzar en el tiempo de Dios las cosas que le había pedido.'

El incidente descrito en el capítulo 19, cuando –anhelante por honrar un compromiso en Quebec– Müller oró con éxito para que la niebla se desvaneciera, aunque sea verídico, no es típico de un hombre ansioso.

Nosotros no pretendemos hacer milagros (escribió en otra ocasión). No tenemos el deseo de que la obra en que estamos envueltos sea considerada como algo extraordinario, ni incluso como algo remarcable. Nosotros pedimos realmente disculpas porque muchas personas, sin consideración, la han mirado como si fuese

milagrosa. Pero los principios son tan antiguos como las Sagradas Escrituras. Lo que ocurre es que han sido olvidados por la mayoría; y otros no los han mantenido con una fe viva; y para otros son principios perfectamente desconocidos. Así, pues, casi todos han negado que los principios estén de acuerdo a las Escrituras, y los han considerado estériles y fanáticos.

La relevancia particular que tiene el incidente con la niebla en nuestra presente discusión, es el comentario que le hizo Müller al Capitán Dutton: ‘durante cincuenta y dos años, no ha habido ni un solo día en el que no haya conseguido tener una audiencia con el Rey’. Esta declaración, sin duda alguna, provenía de un hombre confiado y no ansioso, que tenía por hábito ver sus oraciones respondidas.

Otra indicación de su quietud interior sabiendo que Dios le supliría las necesidades de sus niños, fue su disposición inmediata de enviar miles de libras al extranjero para los misioneros y desembolsar grandes sumas de dinero para su obra educacional en Inglaterra y en el extranjero. Él nunca pensó que fuese necesario tener una cuenta de ahorros en Ashley Down para futuras necesidades. Aquí lo que podemos ver es a un hombre que había descubierto que Su Dios era un Dios inmensamente rico.

La esquila mortuoria escrita en el periódico *The Times* resaltaba la lealtad de Müller comandando a su personal de trabajo, sus colaboradores. ‘Su confianza en el Todopoderoso en las grandes crisis de la vida fue vista por parte de muchos como simple fanatismo; pero los resultados que alcanzó fueron inequívocamente maravillosos; y aunque haya sido malentendido en varios sectores de la sociedad, él fue capaz de inspirar en aquellos que le rodeaban, una devoción y un entusiasmo que tuvo tanto de extraordinario como de único.’ ¿Podría la explicación de este ‘extraordinario entusiasmo’ que despertaba entre sus colaboradores, ser que las personas habían descubierto por ellos mismos la realidad de las cosas de Dios con el testimonio vivo de Müller?

The Times observó, y Müller frecuentemente concedió, que había aquellos que tomaban sus principios como (en las palabras de Müller) ‘estériles y fanáticos’. El diccionario define fanático como una ‘persona repleta con excesivo entusiasmo engañoso, especialmente en la religión’. ¿Había sido Müller un fanático? ¡No! Por lo menos de acuerdo al periódico *Western Daily Press*:

Nunca hubo un filántropo con menos fanatismo y más metódico. Su conducta y manera de hablar no era la típica de un entusiasta emocional de quien contrae pesadas deudas con un corazón iluminado; de hecho, si hubiese sido ese tipo de hombre, su vida no hubiese sido tan admirable como lo fue. Era su quietud interior y su confianza, asociadas con la más cuidadosa atención sobre los gastos y más parecida con los hábitos los hombres de negocios, que presentan a un hombre con una combinación de cualidades completamente únicas y totalmente admirables.

Y, por supuesto, el propio Müller lo negó. ‘Yo no soy un fanático o entusiasta, sino, como todos los que me conocen saben muy bien, un calmo, despreocupado, quieto, y calculador hombre de negocios.’ ¿Y no concordaría la mayor parte de los hombres de negocios en que, alguien que haya conseguido almacenar un millón y medio de libras en el siglo diecinueve, y administrado su gasto, no pueda ser fácilmente considerado como una persona ‘llena de...engañoso entusiasmo’?

Müller por supuesto que no era un político reformador, ni procuró, como hacía Lord Shaftesbury, mejorar las condiciones sociales influenciando la legislación en el Parlamento. Ni se dedicó a avivar la conciencia hacia los problemas sociales de los cristianos Victorianos. Aunque es cierto que él fue un miembro interesado del ‘Reformatorio y Refugio de la Unión’ cuyos Presidente eran el propio Lord Shaftesbury, y donde Quintin Hogg (antepasado del actual Lord Hailsman) un miembro prominente. Fue tal vez por esta conexión que tenía con esta institución social que Shaftesbury visitó Ashley Down. El diario de Müller indica que había una consciencia pública puesta de relevo por los informes oficiales sobre la pobreza, sobre las condiciones inhumanas de los campos de trabajo y en las prisiones. Pero su principal objetivo era hacer lo que pudiese a través de la acción directa, para ofrecerles a los niños un mejor comienzo en la vida antes que procurar reformar la existente Institución para las Leyes de los Pobres. Su reacción ante un informe oficial donde se revelaba que había más de seis mil jóvenes huérfanos en las prisiones de Inglaterra fue decir: ‘Con la ayuda de Dios, haré lo que pueda para evitar a los pobres huérfanos que caigan en la prisión’; él se contentó – por lo general – en dejarle a otros el intento de mudar el sistema social.

Puede que la reacción de algunos cuando vuelvan a leer la historia de Müller les provoque el deseo de que ellos mismos sean agraciados con sus mismos dones de fe. Y ciertamente, Müller fue un gran hombre de fe. Pero en su época cuando vivió, él acostumbraba negar que le hubiese sido concedido algún don especial de fe.

‘Mi fe’, dijo él, ‘es la misma fe que se encuentra en *cada creyente*. Experimentala por ti mismo y verás la ayuda de Dios, si confías en Él.’

‘Pero, ¿qué es lo que podemos hacer para fortalecer nuestra fe?’ le preguntaba a menudo la gente.

‘Antes que nada’, respondía él, ‘lea la Biblia cuidadosa y atentamente. Entonces aprenderás más y más cosas acerca del carácter de Dios –cuan generoso, amoroso, misericordioso, sabio y fiel es Él. Entonces cuando las dificultades aparezcan, estarás capacitado para reposar en la *habilidad* y en la *voluntad* que Dios tiene para ayudarte.’

‘En segundo lugar’, dijo Müller, ‘trata de mantener clara y en paz tu conciencia. No tengas por hábito hacer cosas que no sean agradables para Dios. De otra manera, cuando tu fe sea puesta a prueba, no tendrás confianza en Dios debido a tu conciencia de culpa.’

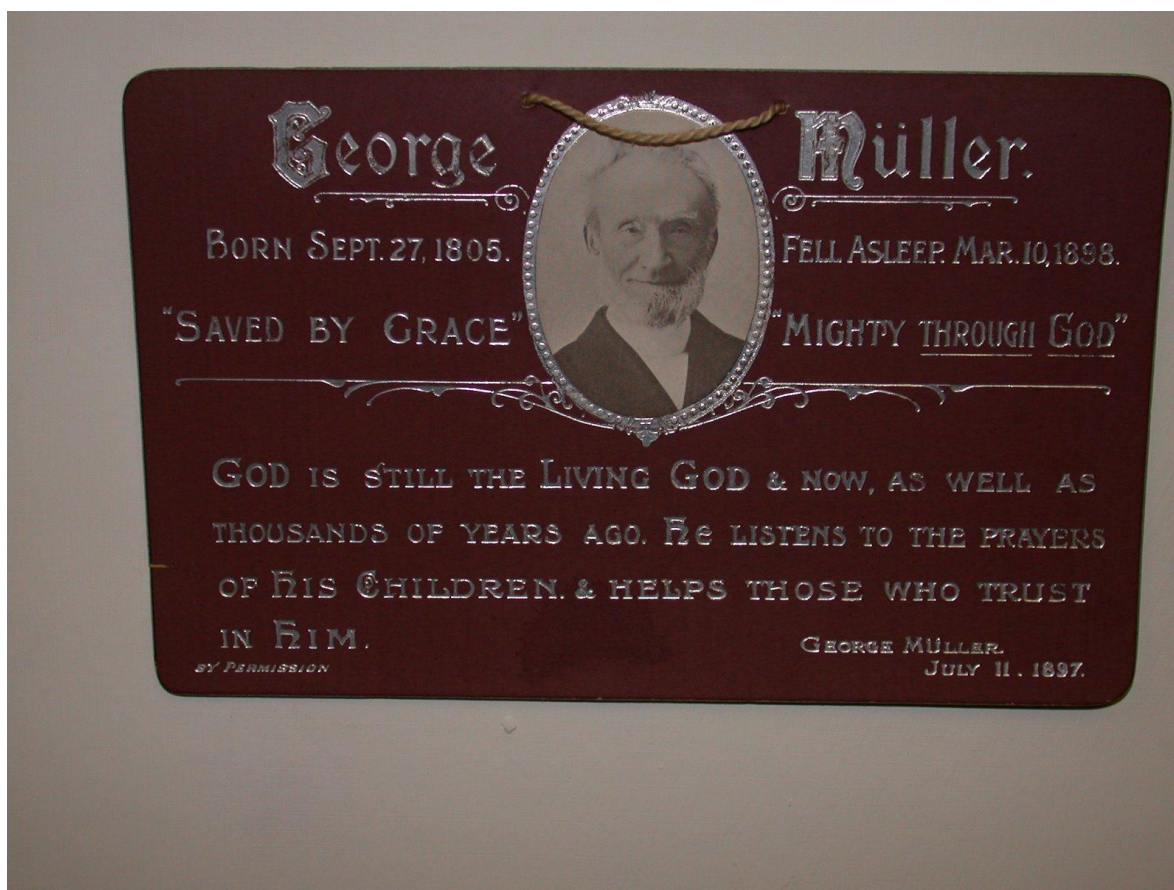
‘En tercer lugar, no trates de evadir las situaciones donde tu fe sea puesta a prueba. Es natural que no nos guste confiar en Dios solamente, pero es justo cuando lo hacemos que

nuestra fe se fortalece.’

‘Finalmente, recuerda que Dios no puede ponerte a prueba más allá de lo que puedas soportar. Se paciente, y Él te probará cuan deseoso está de ayudarte y librarte, en el momento que Él considere ser bueno para ti.’

Si nunca te has embarcado en la vida de fe, dos breves frases sobre el tema de la ‘Cristiandad’ escritos por George Müller ciento cincuenta años atrás, todavía se mantienen repitiendo en la actualidad: ‘Hay vida’, escribió él, ‘y poder, y verdad en nuestra santa fe. Si nunca habías oído esto anteriormente, entonces pruébalo por ti mismo.’

Si procuras asegurarte de que el Dios de la última década del siglo veinte, es el mismo Dios en quien George Müller se deleitaba, entonces debes observar su declaración: ‘El Dios vivo está con nosotros, cuyo poder nunca falla, cuyos brazos nunca se cansan ni fatigan, cuya sabiduría es infinita y cuyo poder es inamovible. Por tanto, hoy en día, mañana y el mes próximo, hasta que la vida continúe, Él será nuestro Ayudador y Amigo. Y además, igual que Él es, y ha sido a través de todos los tiempos, así permanecerá por toda la eternidad.’



George Müller

Nació el 27 de septiembre de 1805 - Durmió en el Señor el 10 de marzo de 1898.

“SALVO POR GRACIA” - “PODEROSO A TRAVÉS DE DIOS”

DIOS ES TODAVÍA EL DIOS VIVIENTE, Y AHORA, ASÍ COMO HACE MILES DE AÑOS TRAS, ÉL ESCUCHA LAS ORACIONES DE SUS HIJOS, Y AYUDA A AQUELLOS QUE CONFÍAN EN ÉL.

GEORGE MÜLLER.

11 de Julio, 1897

Una Hora Con George Müller El Hombre De Fe a Quien Dios Le Dio Millones

Por Charles R. Parsons

Traducción al español por: Juan Luis Molina y Claudia Juárez

Con la colaboración de: Charo Quesada

Octubre de 2010.

COMENTARIO DE LOS TRADUCTORES

Hace ahora más o menos unas dos semanas, tuvimos el privilegio de recibir este maravilloso documento “Una Hora con George Müller” de parte de nuestro hermano Laurence Torr de Bristol, con una pequeña nota de recomendación hacia su lectura. Lo más curioso del caso y que importa aquí ser referido, y que nos llamó mucho la atención, es que, en el mismo día, y con pocos minutos de intervalo, el mismo documento también nos fue enviado por un otro hermano en Cristo residente en EEUU. Cuando Dios desea confirmarnos Su voluntad, lo hace de una manera sorprendentemente clara y sencilla. Bastó que Claudia, Charo y yo lo leyésemos, para que en nuestros corazones subiese repentinamente y a la vez, el mismo deseo de que nuestros hermanos de habla hispana también fuesen bendecidos con su contenido. El privilegio que nos dio Dios haciendo este trabajo de traducción ha sido enorme, y no tenemos palabras para agradecer a nuestro Padre la cantidad de bendiciones y consolación que en nuestras vidas ha producido.

La ley de la creencia, que tan precisamente se refleja en este documento, podría ser comparada con una vista al microscopio de algunas secciones de la Palabra que hablan sobre este mismo tema.

Los hijos de Dios han sido robados de muchas bendiciones y riquezas espirituales que son suyas por DERECHO DE SANGRE. Pero, tal vez, de lo que más hayan sido despojados y privados, por falta de entendimiento, es de la abundancia que Dios desea y es poderoso para producir sobre sus vidas. El adversario, haciéndose pasar por Dios a través de la religión de los hombres, ha sabido muy bien reflejar la apariencia de los creyentes, como siendo los más pobres y necesitados de todo el orbe, mientras que los injustos e impíos son siempre sumamente glorificados con sus riquezas y posesiones. El objetivo o finalidad del adversario robándonos nuestros privilegios divinos, no es otro sino que los

hombres y mujeres sigan adorándole a él, y continúen despreciando a Dios. ¿Quién querría acercarse a un Dios cuyos hijos son pobres y miserables?

Por eso nos apremia Dios a difundir el contenido de este pequeño libro, porque quiere dar a conocer cuál es verdaderamente Su voluntad en este asunto tan importante para los que procuran Su gloria. Porque es muy necesario que más obreros se levanten, de una vez por todas, a creer a Dios recibiendo de Sus manos Su prosperidad y Sus riquezas y bendiciones. Si alguno leyendo este documento, escucha en él la voz del Padre, será uno más testificando eficazmente que Dios es verdadero, y que nada tiene que ver con la religión de los hombres. En Su infinita misericordia reside el ardiente deseo de que, cada uno de Sus hijos, reine y gobierne en éste mundo con toda Su prosperidad, para que Su bendita gloria sea evidenciada, magnificada y puesta muy en alto por mano de Sus verdaderos hijos.

Estamos persuadidos de que la gloria de Dios se está dando a conocer en este día y hora de una manera sorprendente en todo el mundo. Cuando Dios encuentra hombres y mujeres que le procuran de todo corazón y se paran con Él firmes en la brecha, Dios nuestro Padre entonces comienza a revelarnos Su voluntad y, además, a desenterrar para nosotros, como sucedió en el tiempo de Esdras, documentos como este que nos confirman Su voz. De igual manera que ahora estamos encontrando y están saliendo a la luz este tipo de documentos y llegan a nuestras manos, de la misma forma Esdras y el pueblo de Israel encontraron las palabras escritas en los rollos que habían estado ocultos durante mucho tiempo, cuando dispusieron en su corazón la edificación con Jehová del templo.

La revelación de Dios escrita, y este tipo de documentos que confirman Su Voz, es decir, que reafirman con sus testimonios lo que está escrito, se quedan enterrados cuando se prefieren los escritos de los hombres y se abandona el Primer Amor: el amor por Dios y por Su bendita Palabra; pero vuelven a aparecer con toda su fuerza y resplandor cuando hay quienes se levantan de corazón para que la gloria de Dios se manifieste. Así sucedió con los libros “Ministrando al Señor” y “Así que ya no quieres ir a la Iglesia,” los cuales nos llegaron de forma similar a nuestras manos y ambos fueron también de gran bendición, para nuestras vidas y para la de muchos hermanos de habla hispana entre los cuales difundimos sus contenidos.

Mirar solamente a Dios y alabarle y adorarlo es el objetivo principal de estos libros que difundimos. Dios nos va poniendo en nuestras manos el material que precisamos de forma milagrosa y que, de una manera clara y transparente, nos confirman Su voz. Son verdaderos testimonios que nos muestran como el poder del espíritu santo ha sido a través de todos los tiempos siempre el mismo y ha tenido la misma eficacia en la vida de los que miran sólo a Dios.

Para terminar, nos gustaría exponer lo siguiente: En los tiempos de la vida del hombre que se expone este documento, George Müller, no había Dios todavía desenterrado todos los aspectos del Gran Secreto, como ahora se nos han dado a conocer en nuestros días. Tanto las administraciones de Dios en las Escrituras como muchas de las riquezas que habitan en el Cristo que llevamos dentro, que por la gracia de Dios conocemos hoy mejor que entonces, todavía se encontraban escondidas del corazón de los que estaban firmes en la brecha en el tiempo de Müller. Yo estoy muy agradecido a Dios de que, por la firmeza de estos hombres y mujeres que se quedaron firmes en la brecha, hoy en día Dios haya podido revelarnos muchos más aspectos acerca de las riquezas que habitan en el Gran Secreto. Si nosotros seguimos sus ejemplos y nos quedamos con Dios firmes en la brecha, también las generaciones posteriores (si Cristo no vuelve antes) podrán beneficiarse de comprender más y mejor, asuntos que nosotros todavía no entendemos, porque el Gran Secreto posee en sí mismo una largura, un anchura, una profundidad y una altura ilimitada, que solo veremos completa el día de Jesucristo. Esto es por lo que ya no ponemos nuestros ojos en los servidores de Dios a través de los cuales hemos creído, sino sólo en Dios que da el crecimiento. (1ª Corintios cap.3). Aun así, no es una limitación para Dios la falta de conocimiento en algunas áreas espirituales. Estas lagunas en el entendimiento, nunca serán un impedimento para que Dios se manifieste en todo Su esplendor por la mano de los que le aman sobre todas las cosas. Este documento es un testimonio fiel de que el amor a Dios sobre todas las cosas, y no el acumular conocimiento, es el medio que Dios utiliza para dar a conocer toda Su gloria, en todo Su esplendor.

Para Dios va todo nuestro reconocimiento, nuestro agradecimiento y oración, para que, en la lectura de este documento, a quien le llegue, pueda ver como en un espejo, las riquezas que residen en su Cristo, y entienda cuan fácilmente pueden manifestarse y evidenciarse por la sola fe todas las cosas del Padre, si tan solo se le permite vivir por nosotros.

1 Timoteo 1:17 Por tanto, al Rey de los siglos, inmortal, invisible, al único y sabio Dios, sea honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Nota del Editor

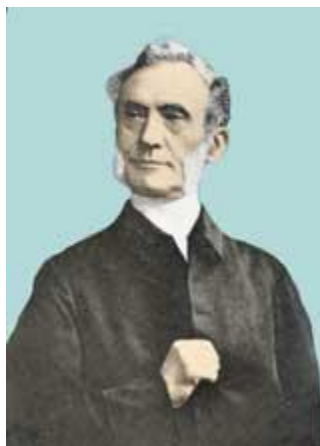
Permítanme por favor que les muestre al grado en el que George Müller confió en Dios desde una perspectiva apropiada. A lo largo de su vida, éste hombre recibió en donativos unos \$7.5 millones de dólares, pero esto no nos cuenta la historia completa.

En Octubre de 1998 la revista “American Heritage” publicó un reportaje titulado: *Los 40 Hombres Más Ricos En la Historia de América*. Para poder hacer una comparación acertada entre un Bill Gates en 2010 con Cornelius Vanderbilt en 1810, sería necesario tener en cuenta el valor relativo de \$1 dólar, en 1800 y de \$1 dólar en 1998.

Después de muchas cuentas matemáticas, el autor del artículo determinó que \$1 millón de dólares en 1800 sería equivalente a 1 Billón en 1998. Así, pues, los \$7.5 Billones de dólares (equivalentes en nuestros días), que recibió a lo largo de su vida George Müller, lo situarían muy próximo de los primeros 40 hombres más ricos en América. Así, deja tras él nombres como los de George Washington en el puesto 58 y Benjamín Franklin en el 85. ¿Quién encabezaba esta lista? Podríamos decir sin margen de error, que los \$1.3 Trillones atribuidos a John D. Rockefeller podían perfectamente sobrepasar en mucho a todo lo que Bill Gates y Warren Buffer han acumulado juntos.

Lo que señala el artículo de manera sorprendente, es que Rockefeller, como buen Bautista que era, diezmaba fiel y regularmente. Su diezmo anual llegó en 1905 a la cantidad de 100 billones de dólares. A diferencia de otros en este tan exclusivo club de millonarios, el único que nunca se benefició de la “regla 72” fue George Müller. Sus fondos nunca acumularon intereses. Él decidió no confiar en las riquezas, habilidades o en el hombre, sino en Dios, y solamente en Dios.

El Pastor Charles R. Parsons hace la siguiente descripción de una hora de entrevista que tuvo con George Müller casi al final de su vida.



George Müller

En un día templado de verano me encontraba paseando por los bosques de los Montes Ashley, en Bristol. En la cima contemplé los inmensos edificios que daban cabida a 2.000 huérfanos, contruidos por un hombre que dio al mundo la lección de fe más sorprendente y efectiva que se haya visto alguna vez. El primer edificio se encontraba a la derecha, y allí, en medio de su gente, en sus nada pretenciosos aposentos, vivía santamente el patriarca, George Müller. Después de pasar la puerta de entrada, me paré un instante para contemplar la Casa No.3, una de las cinco cuya edificación llegó a costar \$600.000 dólares. Fui recibido en la puerta por un huérfano quien me guió subiendo por una escalera de piedra y me introdujo en una de las salas privadas del venerable fundador de esta gran institución. El señor Müller se encontraba ni más ni menos que con 91 años de edad. Mientras estuve en su presencia, la veneración fue algo que inundó mi mente. *“Delante de las canas te levantarás, y honrarás el rostro del anciano”*. (Levítico 19:32).

Me recibió con un cordial apretón de manos y me dio la bienvenida. Es un privilegio poder contemplar a un hombre por medio de quien Dios desarrolló una obra tan grande: va más allá de haber oído el tono de su voz; mejor que eso es el privilegio de haberme sentido inmediatamente en conexión con su espíritu y de haber sentido la cálida respiración de su alma como la mía propia. La comunión que tuve con él en aquella hora, se ha quedado grabada en mi corazón para siempre. Este siervo del Dios Altísimo me abrió su corazón, me confortó, oró conmigo, y me dio su bendición. En el transcurso de toda esa hora se hizo manifiesta la fuente de toda fuerza espiritual que habita en George Müller. Este santo anciano, en pleno uso de todas sus facultades, siempre mantuvo elocuencia en este tema: la alabanza digna a Jehová, el gran Oidor y Contestador de las oraciones de Su gente. Mis palabras fueron muy pocas.

“Usted siempre encontró al Señor fiel a Sus promesas, ¿verdad, señor Müller?”

“¡Siempre! ¡Él nunca me decepcionó o defraudó! En todos estos cerca de setenta años, siempre ha suplido cada una de las necesidades de esta obra cada día. Desde que

comenzó hasta hoy, han pasado por aquí, nueve mil quinientos huérfanos, y a ninguno le faltó nunca una comida saludable. En centenas de veces, comenzamos el día sin un centavo, pero nuestro Padre Celestial siempre se las ingeniaba para suplirnos todo lo necesario a cada momento. Nunca nos faltó el sustento. Nunca hubo un momento en que faltase alimento en el plato de cada uno. Durante todos estos años, lo único que he hecho ha sido confiar solamente en el Dios Vivo. En respuesta a mis oraciones me han sido enviados \$7.5 millones de dólares. Hemos precisado de más de \$200.000 dólares por año y los hemos recibido conforme los íbamos necesitando. No hay ni un solo hombre que pueda decir que yo le haya pedido un céntimo. No tenemos comités, ni recaudadores, ni devotos, ni patrocinadores. *Todo ha llegado como respuesta a las oraciones de fe.* Dios tiene muchas maneras de tocar el corazón de todos los hombres del mundo para socorrernos. Sin ir más lejos, ayer por la tarde, mientras estaba predicando, un caballero me extendió la mano con un cheque con una buena cantidad de dinero, después de acabar el servicio.”

“He leído su vida, señor Müller, y he observado que algunas veces, su fe ha soportado duras pruebas. ¿Le sucede lo mismo hoy en día?

“*Mi fe está siendo puesta a prueba como nunca antes, y mis dificultades son mayores que nunca.* Además de las responsabilidades financieras que tenemos, hay ayudas puntuales que tienen que aparecer constantemente, y lugares adecuados para acoger centenas de huérfanos que salen de nuestras instalaciones. Es muy común que nuestras cuentas estén tocando fondo. La última semana, por poner un ejemplo, hemos estado con las despensas casi vacías. Reuní a mis amados colaboradores y les dije, “¡Oren, hermanos, oren!” E inmediatamente recibimos quinientos dólares que nos habían sido enviados, después mil más, y pocos días más tarde recibimos otros 7.500. Pero siempre tenemos que orar, y siempre con creencia. ¡OH! Qué hermoso es confiar en el Dios Vivo, pues Él ha dicho, “*nunca te dejaré, nunca te desampararé*” (Hebreos 13:5). Mantén muy viva tu expectativa en la grandeza de Dios, y recibirás grandes cosas. La capacidad de Dios no tiene límites. ! Alabado por siempre sea Su glorioso Nombre! ¡Alabado sea en todas las cosas! Lo he alabado muchas veces cuando me envía diez centavos, y lo he alabado cuando me ha enviado \$60.000 dólares.”

“Supongo que nunca habrá pensado en ahorrar algún dinero?”

“Si lo hubiese hecho, habría sido un acto bastante necio. ¿Cómo podría orar yo, si tuviese disponible dinero ahorrado? Si lo hiciese, me diría Dios, “dispón de esos ahorros, George Müller.” OH no, nunca me pasaría por la cabeza hacer una cosa de esas. Nuestros ahorros se encuentran en los Lugares Celestiales. El Dios Vivo es nuestra suficiencia. *He confiado en Él por un dólar, y he confiado en Él por miles de dólares, y nunca ha defraudado mi confianza. “Bendito sea el hombre que en Él confía” (Salmos 34:8).*

“Y, está claro que nunca pensó en su propio beneficio, ¿no es así?”

No me olvidaré fácilmente de la forma tan digna en que fueron contestadas mis preguntas por este hombre de fe. Estaba confortablemente sentado frente a mí, con sus rodillas muy próximas a las mías, sus manos juntas, sus ojos reflejaban una paz, una quietud, y un espíritu meditativo. La mayor parte del tiempo había estado dirigiendo sus ojos al suelo. Pero ahora que se encontraba erguido, observó mi rostro por breves momentos, con tal intensidad, que sentí traspasar hasta lo más íntimo de mi alma. Había mucho de grandeza y majestad en aquella mirada tan cristalina y pura, tan acostumbrada como estaba a las visiones espirituales y a mirar en los asuntos más profundos de Dios. Yo no sé si mis preguntas le sonaron mal, o si dejaron ver un toque del “viejo hombre” al cual se refirió en su discurso. En todo caso, nunca hubo la menor sombra de duda que alterara todo su ser.

Después de una breve pausa, durante la cual su rostro parecía un sermón y la profundidad de sus claros ojos brillaban iluminados, desabrochó su abrigo y sacó de su bolsillo un antiguo monedero con unos aros para separar las monedas por su valor. Y poniéndolo sobre mi mano dijo tranquilamente, “Todo lo que poseo se encuentra en ese monedero – ¡cada centavo! ¿Lo guardo en beneficio propio? ¡Jamás! Cuando se me envía dinero para mi uso personal, lo reencamino a Dios. Más de cinco mil dólares me han sido enviados de una sola vez; pero jamás he pensado que esos donativos me perteneciesen a mí; le pertenecen a Él, de Quien soy y a Quien sirvo. ¿En beneficio propio? Nunca procuré nada; eso sería deshonar a mi amoroso, elegante, y todo bondadoso Padre.” Devolví el monedero a señor Müller. Me dijo la cantidad que contenía, y me contó como él mismo se había entregado del todo al Orfanato y al Instituto del Conocimiento de las Escrituras. Sobre este asunto, sin embargo, junto con algunos más, no estoy autorizado para exponerlos.

Había un rasgo de santo entusiasmo en el rostro de este anciano y fiel hombre, mientras relataba algunos de los incidentes que le sucedieron en sus viajes predicando en cuarenta y dos países diferentes, y cómo mientras viajaba de un lugar a otro – algunas veces los sitios distaban entre sí miles de millas – sus necesidades iban siendo suplidas. Cientos de miles de hombres y mujeres de casi todas las naciones se acercaron para oírle, y su gran tema fue el sencillo mensaje de la salvación y la exhortación a los creyentes a confiar en el Dios Vivo. Me contó que ora más por sus sermones que por cualquier otra cosa y que, muchas veces, no sabe cuál va a ser el texto hasta que no acaba de subir las escaleras del púlpito, aunque haya estado orando por él durante toda una semana.

Le pregunte si pasaba mucho tiempo de rodillas.

“Durante horas todos los días. *Yo vivo en el espíritu de la oración; oro cuando camino, cuando caigo, y cuando me levanto. Y la respuesta siempre viene en camino.* Decenas de miles de veces han sido respondidas mis oraciones. Cuando estoy persuadido de que algo es correcto, me pongo a orar por ello hasta el final. ¡Nunca desisto!”. El señor

Müller comenzó sus viajes cuando tenía 70 años y continuó realizándolos hasta los 87 (desde 1875 a 1892). Estas palabras fueron pronunciadas con un tono bastante alto. Había un rasgo de triunfo en ellas, y el hombre que las pronunciaba desbordaba un gozo santo. Se había levantado de su asiento mientras las profería y se paseaba alrededor de la mesa.

“*En respuesta a mis oraciones, miles de almas han sido salvas,*” continuó diciendo. “He de encontrarme con miles de ellos en el cielo.” Se hizo otra pausa. Yo no dije nada, y él continuó: “*Lo más importante es no desistir hasta que llegue la respuesta*”. Yo he orado durante cincuenta y dos años todos los días por dos hombres, hijos de un amigo de mi juventud. Todavía no han sido convertidos, ¡pero *lo serán* algún día! ¿Cómo podría ser de otra manera? Está de por medio una promesa de Jehová inmutable, y en ella me recuesto y descanso. El gran error que se comete entre los hijos de Dios es que no perseveran en la oración; no se mantienen orando; no son persistentes. Si desean darle la gloria a Dios en todas las cosas, deben orar hasta que las consigan. “OH, ¡cuán bueno, amable, elegante, y condescendiente es Aquel con quien tenemos que tratar! ¡Él me ha ofrecido, sin yo merecerlo, muchísimo más de lo que pedía o entendía! Yo no soy más que un pobre ser, fracasado y pecador, sin embargo Él ha oído mis oraciones decenas de miles de veces y he sido instrumento Suyo para traer a decenas de miles de almas al camino de la verdad en éste y en otros países. Estos miserables labios han proclamado la salvación a grandes multitudes, y muchísimas personas han creído en la vida eterna.

Pregunté al señor Müller si alguna vez cuando comenzó esta obra se había imaginado la dimensión y el crecimiento que alcanzaría.

Después de relatar el comienzo en Wilson Street, respondió, “Yo solamente sabía que Dios estaba involucrado en esta obra y que estaba guiando a Su hijo por un camino que no había sido pisado ni explorado anteriormente. Estar seguro de que Él se encontraba presente fue lo que me mantuvo firme.”

“No puedo dejar de notar la forma como habla de sí mismo” Dije, consciente de que abordaba un tema ante un hombre amable, sagrado y cercano colaborador de Dios, con un entendimiento espiritual profundo y con una relación muy íntima y personal con Dios, tan pronto como termine de hablar, me arrepentí de mis palabras.

Pero él alejó de mí aquellos temores exclamando, “Hay solamente una cosa que merezco, ¡y es el Infierno! Te digo, hermano mío, que es la única cosa que merezco. Yo soy un hombre perdido por naturaleza, pero también soy un pecador salvo por la gracia de Dios. Aunque por naturaleza sea pecador, no vivo en pecado. Detesto el pecado; lo detesto cada vez más y más, y cada vez amo más y más la santidad.”

“Supongo que, a través de todos estos años trabajando para Dios, se ha debido encontrar con muchas circunstancias adversas que lo hayan desmotivado, ¿no es así?”- pregunté.

“He hallado muchas circunstancias desalentadoras, pero siempre he mantenido y puesto mi confianza en Dios,” fue la respuesta. “En las palabras de la promesa de Jehová descansa mi alma! OH, qué bueno es confiar en Él; ¡Su Palabra nunca vuelve vacía! “*Él da esfuerzo al cansado, y multiplica las fuerzas al que no tiene ningunas*” (Isaías 40:29). Este principio también se aplica a mi ministerio público. Hace sesenta años prediqué un pobre, seco y estéril sermón que no me dejó satisfecho y, como me imaginé, tampoco confortó a otros. Pero mucho tiempo después escuché diecinueve casos distintos acerca de las bendiciones resultantes de aquel sermón.”

Le conté unos pocos casos que me habían desalentado, y le expresé la esperanza de llegar a ser más útil que nunca para Dios. “Serás útil para Dios, hermano mío,” exclamó él. “¡El mismísimo Dios te bendecirá! ¡Esfuézate! ¡Persevera!”.

¿Me permite pedirle un consejo respecto a mi propio trabajo con Dios? Pregunté: ¿cómo puedo contribuir con mi esfuerzo en la grandiosa labor cristiana de cosechar almas?

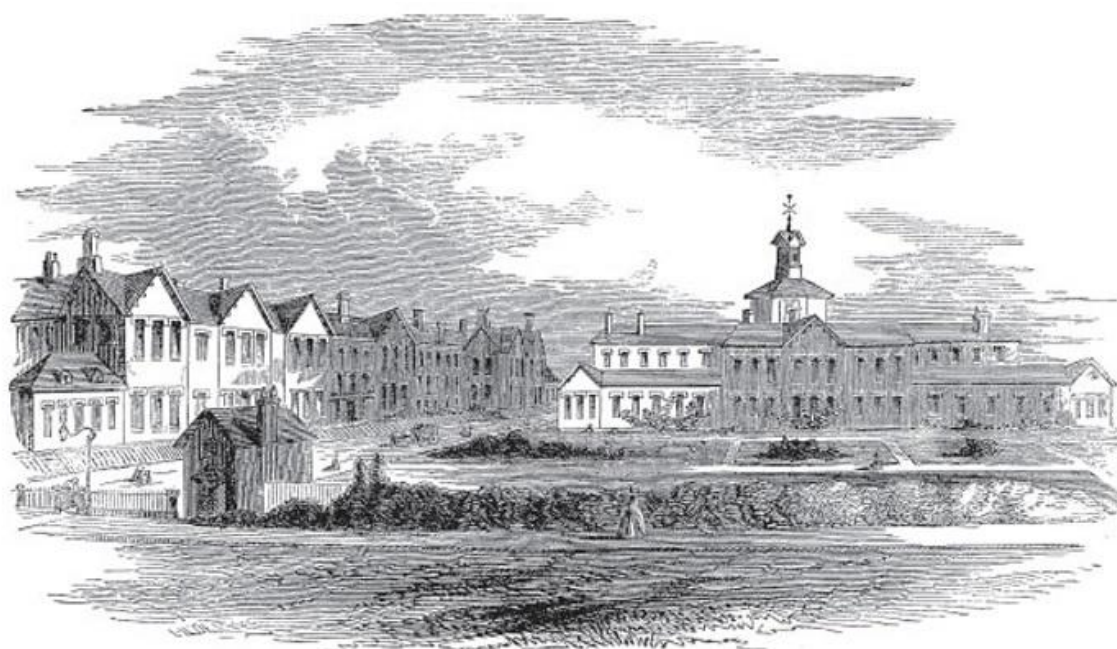
“Procura depender enteramente en Dios en todas las cosas” contestó. Deposita tu vida y tu trabajo en Sus manos. Cuando te surjan nuevas tareas, pregunta, *¿esto concuerda con los propósitos de Dios? ¿Es para Su Gloria?* Si no es para Su Gloria, no es bueno para ti, y no tienes nada qué hacer al respecto. ¡Recuerda esto! Teniendo presente que todo sea para glorificarle, comiéndalo en Su Nombre y llévalo hasta el final en oración y fe, y ¡nunca desistas! No permitas iniquidad en tu corazón. Si la tienes, Dios no te escuchará. Cree en Su fidelidad. Depende sólo en Él. Espera en Él. Cree en Dios. *Espera grandes cosas de Él*. No desmayes si demoran las bendiciones en llegar. Y sobre todo, descansa en los méritos conquistados por nuestro maravilloso Señor y Salvador, para que de acuerdo a sus méritos y no a los tuyos propios sean aceptables las oraciones que ofreces y el trabajo que realices para Dios. No tuve palabras para responder. ¿Qué podía decir? Mis ojos se llenaron de lágrimas y mi corazón estaba rebosante de bendiciones –*Me impactó tanto lo que escuchaba que me quede sin palabras, paralizado, reinaba el silencio del amor del Cielo*–

El Sr. Müller fue a buscar en otra sala una copia de su biografía, en la cual inscribió mi nombre. Su ausencia me dio la oportunidad de echar un vistazo al apartamento. El mobiliario era de lo más sencillo, práctico y en armonía con el hombre de Dios que había estado hablando conmigo. Este es un gran principio con el que vivía George Müller, *que los hijos de Dios no deberían ser ostentosos en su estilo, cargos o posición, forma de vestir, o modo de vivir*. Él cree que la ostentación y el lujo no concuerdan con aquellos que se declaran discípulos de aquel manso y humilde ser que no tuvo donde recostar su cabeza. Sobre la mesa había una Biblia abierta de buena tipografía sin notas o referencias. Esta, pensé, es la morada de un hombre considerado poderoso espiritualmente en los tiempos

actuales – un hombre levantado especialmente para mostrar a un mundo frío, calculador, y egoísta, la realidad de los asuntos de Dios y para enseñar a la iglesia lo victoriosa que puede ser si tan solo es lo suficientemente sabia para aferrarse del brazo omnipotente de Dios.

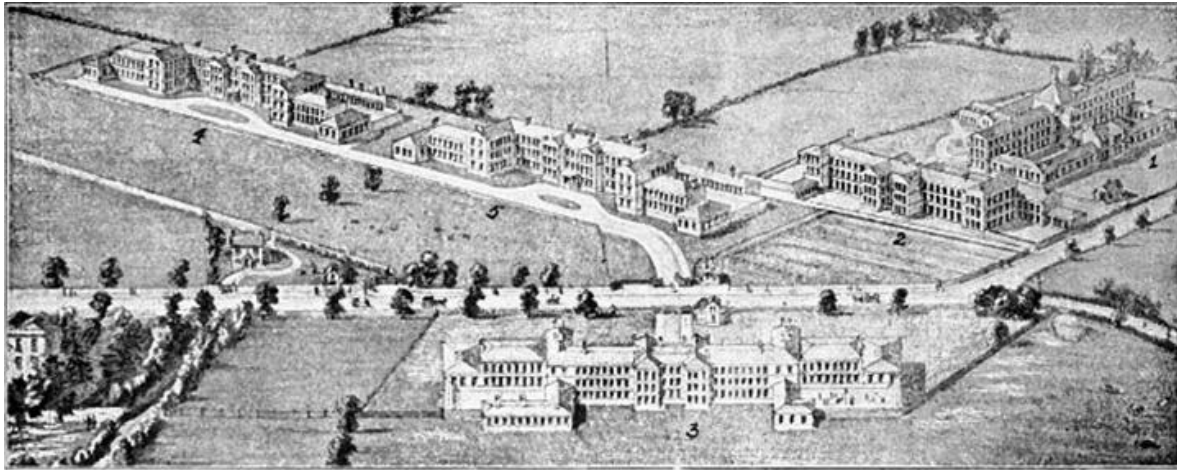
Estuve con este príncipe de la oración una hora completa, y solamente llamaron una vez a su puerta. Cuando el Sr. Müller la abrió, se presentó uno de sus huérfanos – uno de tantos sobre la tierra – una niña de cabello rubio. “Querida mía,” dijo él, “no puedo atenderte en este momento. Espera un poco e iré a verte.” Así que tuve el privilegio de permanecer sin interrupciones con este hombre de fe, este victorioso de Dios, este viajero en el peregrinaje del camino de la vida de noventa y un años de edad – un hombre que, igual que Moisés, habla con Dios de la misma manera que un hombre habla con su amigo. Fue para mí como si una hora celestial hubiese descendido a la tierra.

Su oración fue corta y sencilla. Poniéndose de rodillas dijo, “OH Señor, bendice a este amado siervo que ahora está delante de Ti más y más, ¡más y más, más y más! Y concédele en la gracia Tu guía en su pluma para que sepa lo que debe escribir respecto a Tu obra y nuestra conversación de hoy. Lo pido a través de los méritos de Tú amado Hijo, nuestro Señor y Salvador Jesucristo. ¡Amén!”



ASHLEY DOWN ORPHAN HOUSES, BRISTOL, ENQ.

Casas de Orfanato Ashley Down. Bristol, Inglaterra.



THE FIVE NEW ORPHAN HOUSES, ASHLEY DOWN, BRISTOL.

Las cinco Casas de Huérfanos, Ashley Down en Bristol.



El Orfanato hoy día.

Vida y Obra de George Müller

El autor de la entrevista anterior habló de los siguientes detalles particulares acerca de la vida de George Müller: El fundador de la Casa de Huérfanos Ashley Down, en Bristol, Inglaterra, nació en Prussia, el 17 de Septiembre de 1805. En su juventud vivió una vida impía y atea, pero con veintiún años de edad se convirtió súbitamente a Dios durante una reunión de oración en la casa de un piadoso comerciante. Poco tiempo después llegó a Inglaterra, no trayendo con él ninguna carta de presentación, ni dinero, ni nombre, ni recomendación, y solamente con un muy limitado conocimiento de la lengua inglesa. ¿Qué fue, pues, lo que le impulsó a venir hasta aquí? *Traía a Dios con él.* Poco después de establecerse, escribió en su periódico, “*Mi vida entera será un servicio para el Dios Vivo.*” Sus principios estaban profundamente arraigados en la Santas Escrituras, y siempre se apegó a ellas a lo largo de toda su longeva vida. Nunca pidió la ayuda de nadie y nunca se negó a prestarle ayuda a quien la necesitase. Sus oraciones de fe fueron firme y sólidamente respondidas recibiendo *cerca de un millón y medio de libras esterlinas*, (\$7.500.000) para la edificación y mantenimiento de la “*Casa de Huérfanos de Dios*”, para sus viajes misioneros, y para la distribución de las Escrituras.

En sus casas, diez mil huérfanos que vivían en la miseria, han sido formados, educados, y enviados al mundo. En su avanzada edad había viajado cerca de doscientas mil millas alrededor de cuarenta y dos países, predicando el Evangelio a tres millones de personas. Habiendo servido así a Dios en su día y generación, su espíritu, igual que el de Moisés, fue llevado por Jehová, estando a solas en su habitación, en las tempranas horas de la mañana del 10 de Marzo de 1898. A la edad de noventa y tres años. “*Vida Te demandó, y se la diste; Largura de días eternamente y para siempre.*” (Salmos 21:4).

Respuestas a las Oraciones

Algunas de las muchas e impresionantes respuestas a las oraciones que George Müller recibió durante su ajetreada vida y que están contenidas en sus narrativas, son las siguientes.

13 de Junio de 1853 – Estábamos con muchas carencias. No debíamos nada, tampoco es que estuviéramos sin un centavo; todavía teníamos sesenta dólares disponibles; pero era necesario comprar harina, de la cual adquirimos normalmente diez sacos de una sola vez, cuatro mil doscientas libras de avena (más de dos mil kilogramos), y cuatrocientas pastillas de jabón. Además, se estaban realizando muchas pequeñas reparaciones en la casa, con un cierto número de trabajadores, cuyos honorarios rondaban en unos \$280 dólares por semana. Y encima de todo esto, el sábado, antes de ayer, me di cuenta de que el sistema de calefacción necesitaba ser reparado y que costaría, muy probablemente, unos \$100 dólares. Así que sería necesario, humanamente hablando, tener a mano unos \$500 dólares para hacer frente a estos pesados gastos extras. Pero yo no tenía forma humanamente posible de

obtener ni tan siquiera doscientos centavos – mucho menos \$500 dólares.

Y para colmo, hoy era lunes, cuando normalmente los ingresos son muy escasos. Pero cuando me dirigía a la Casa de Huérfanos hoy por la mañana, orando de camino, le expuse particularmente al Señor en oración, que en este día, aunque fuese lunes, Él podía enviarme mucho más. Y así fue, esa mañana recibí \$1500 dólares para el servicio del Señor, mucho más de lo necesario. El gozo que tuve no puedo describirlo. Recorrí mi habitación de arriba abajo durante un largo tiempo, lagrimas de gozo y gratitud al Señor corrieron como una lluvia por mis mejillas por toda Su bondad, y me postré rendido de nuevo, con todo mi corazón, ante Él por Su bendito favor. Casi nunca sentí tan intensamente la bondad del Señor dándome su ayuda.

30 de Septiembre de 1868 – Recibí de Yorkshire \$250 dólares. También hoy hemos recibido \$5 000 dólares para la obra del Señor en China. Acerca de estos donativos es preciso señalar, que durante meses he tenido el ardiente deseo de empeñarme más que nunca en la obra misionera en China, y he dado los pasos necesarios para llevar a cabo mi deseo, entonces me han llegado a la mano estos donativos. Esta preciosa respuesta a la oración por recursos, debería ser una motivación especial para todos aquellos que están comprometidos en la obra del Señor, y que necesitan recursos para llevarla a cabo. Esto nos prueba de nuevo que, si nuestra obra es Su obra, y le honramos mirándolo sólo a Él y esperando de Él los recursos para llevarla a cabo, Él ciertamente a Su tiempo y a Su manera, los suplirá.

El gozo de ver respondidas las oraciones, no tiene descripción posible y el ímpetu que aportan en la vida espiritual es enorme. La experiencia de estas bendiciones son las que yo deseo para todos mis lectores Cristianos. Si tú verdaderamente crees que el Señor Jesús es el salvador de tu alma; si andas rectamente y no guardas iniquidad en tu corazón; si pacientemente sigues esperando, y poniendo tu confianza en Dios, las respuestas a tus oraciones serán otorgadas con toda certeza. Es posible que tu no hayas sido llamado a servir al Señor de la misma manera que lo fui yo, y es por eso que quizá nunca tengas las mismas respuestas a oraciones específicas como las que aquí se registran; pero en tus diferentes circunstancias, tu familia, tus negocios, tu profesión, tus actividades en la iglesia, tu trabajo para el Señor, sí debes obtener respuestas claras como las que aquí están registradas.

4 de Septiembre de 1869 – Solamente poseía un centavo en mi bolsillo esta mañana, ¡Medita esto por un instante, querido lector! ¡Solo tenía en mis manos un centavo cuando el día comenzó! Piensa esto, y piensa en que cerca de 1400 almas deberían ser alimentadas. Ustedes, hermanos pobres, que tienen seis u ocho niños y salarios bajos, piensen en esto, y ustedes, mis hermanos que no pertenecen a las clases trabajadoras, pero con medios muy limitados, piensen en esto! *¿No puedes hacer tú, lo mismo que nosotros hacemos, bajo tus obstáculos y problemas?* ¿No te ama tanto a ti el Señor, como nos ama a nosotros? ¿No nos ama Él tanto a nosotros Sus hijos como amó a Su Hijo primogénito,

como está escrito en Juan 17:20-23? ¿O somos nosotros mejores que vosotros?...Pues bien, escuchemos entonces, cómo Dios socorrió la situación, cuando *solamente tenía un centavo* en el bolsillo, en aquella mañana.

Poco después de las nueve de la mañana recibí \$5 dólares provenientes de una hermana en el Señor, de la que no recuerdo el nombre del lugar donde mencionó que residía. Entre las diez y las once me fue enviada una bolsa de las Casas de Huérfanos, en donde había una nota escrita diciendo que eran necesarios \$6 dólares para hoy. *Aun no había terminado de leer esto* cuando paró un carruaje en frente de mi casa, y un caballero, de la vecina ciudad de Manchester, se presentó. Supe que era un creyente, que había venido a tratar de algunos negocios en Bristol. Él había oído acerca de las Casas de Huérfanos, y expresó su sorpresa de cómo sin ningún sistema regular de recolección de dinero, y sin contribuciones personales, simplemente a base de fe y oraciones, yo había obtenido más de \$10.000 dólares anuales para la obra del Señor. Este hermano, a quien yo no había visto nunca antes, y del que ni tan siquiera sabía su nombre antes de que viniera, me ofreció \$10.00 dólares, como ilustración de lo que yo le había relatado.

28 de Julio de 1874 – “Me ha parecido por meses, como si el Señor nos quisiera traer al estado en el cual permanecemos por más de diez años, desde Agosto de 1838, hasta Abril de 1849, en los cuales tuvimos día tras día, casi sin interrupción, que esperar mirándolo solamente a Él para que supliera nuestras necesidades día tras día, y en una gran parte de las veces, de una comida a otra. Las dificultades me parecen de hecho muy grandes, una vez que la institución es hoy en día veinte veces más grande de lo que era entonces, y nuestras adquisiciones y compras tienen que ser hechas al por mayor; al mismo tiempo, me conforta saber que Dios toma cuidado de todo esto, y que si esta es la manera como es glorificado Su nombre, y para el bien de Su iglesia y del mundo no convertido, yo estoy, por Su gracia, dispuesto a seguir por esta vía, y de seguir haciéndolo así hasta el final de mi vida. Los fondos de dinero se gastan rápidamente; pero Dios, nuestro infinito y rico Tesoro, es el que nos mantiene. Esto es lo que me da paz.

“Si a Él Le place que haga de nuevo un trabajo que requiera cerca de \$222.000 dólares por año al final de mi vida, y que ya hice desde 1838 hasta 1849, no solo estoy listo y preparado para hacerlo, sino que de nuevo me sentiría feliz de pasar por todos esos obstáculos de fe, como medios para llevarlo a cabo, con tal de que Él sea glorificado, y Su iglesia y el mundo sean beneficiados. Una y otra vez ha pasado este último punto por mi mente, y me he puesto a mí mismo en una posición sin salida alguna. Tengo frente a mí dos mil cien almas no solamente en la mesa, sino con todas las demás necesidades por ser provistas, y con todos los fondos acabados, ciento ochenta y nueve misioneros para ser asistidos, y nada puede quedarse sin suplir, cerca de cien escuelas, con cerca de 9.000 alumnos en ellas, a quienes hay que cubrir todas sus necesidades, y sin medios a la vista para hacerlo; cerca de cuatro millones de boletines informativos y decenas de miles de copias de las Sagradas Escrituras que tienen que ser enviadas todos los años, y todo el

dinero ha sido gastado. Siempre, sin embargo, enfrentándome con estas probabilidades, me digo a mí mismo: Dios, que ha erguido esta obra a través de mis manos, Dios que me ha guiado regularmente año tras año, para engrandecerla, Dios que ha soportado esta obra desde hace más de cuarenta años, continuará socorriéndola y no permitirá que sea avergonzado, porque yo estoy seguro y pongo mi confianza en Él, le entrego y deposito toda la obra en Él, y Él me seguirá supliendo todo lo que necesite en el futuro también, aunque no pueda comprender cuales son los medios que emplee para enviar lo que requerimos.

Samuel Chadwick, en su más inspirado libro, *El Camino de la Oración*, relata una ocasión cuando el Dr. A. T. Pierson fue convidado por George Müller a la casa de huérfanos. Dice así: “Una noche cuando todos en la casa ya se habían retirado él (Müller) pidió a Pierson que se juntase con él en oración. Le contó que no había absolutamente nada en casa para el próximo desayuno en la mañana. Mi amigo intentó dialogar con él y recordarle que todas las tiendas se encontraban cerradas. Müller sabía eso perfectamente. Él oró como siempre lo hacía, y no le contó a nadie sus necesidades sino a Dios. Los dos oraron – en fin, Müller lo hizo – y Pierson lo intentó.

Se fueron a la cama y durmieron, y el desayuno *para dos mil niños se encontraba en la mesa tan abundante como solía serlo* a la hora del desayuno. Ni Müller ni Pierson llegaron a saber de dónde había salido la respuesta a sus oraciones. La historia le fue contada en la mañana siguiente a Simon Short de Bristol, bajo la promesa de guardar el secreto hasta la muerte del benefactor. Los detalles del caso son impresionantes, pero todo lo que precisamos contar aquí es que el Señor lo llamó para que saliese de su cama en medio de la noche para enviar el desayuno a la Casa de Huérfanos de Müller, y no sabiendo nada acerca de la necesidad que tenían, ni de las oraciones que estos dos hombres habían hecho, envió provisiones que darían para llenar las despensas de alimentos durante un mes entero. Este es el mismísimo Señor Dios de Elías, y aún más, el mismo Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo.

Charles Inglis, el bien conocido evangelista, relata el siguiente curioso incidente: “Cuando vine por primera vez a América hace treinta y un años atrás, crucé el Atlántico con el capitán de un buque que era uno de los hombres más devotos que alguna vez conocí; y cuando sorteamos los bancos de arena de Newfoundland me dijo: “Sr. Inglis, la última vez que navegué por aquí, hace cinco semanas atrás, sucedió una de las cosas más extraordinarias que revolucionaron toda mi vida Cristiana. Hasta esa fecha yo no era más que uno de esos cristianos comunes. Tuvimos un hombre de Dios a bordo, George Müller, de Bristol. Yo había estado en aquel puente de vigilancia durante veintidós horas seguidas y nunca salí de allí. Alguien me llamó la atención tocando levemente en mi espalda. Era George Müller.

“Capitán, dijo él, vengo para decirle que necesito estar en Quebec el sábado por la

tarde.” Era miércoles. “Eso es imposible,” le dije. “Muy bien, si su barco no puede llevarme, Dios encontrará la manera de locomoción para que llegue a tiempo. Nunca he faltado a un compromiso en cincuenta y siete años.” “Bien quisiera ayudarlo, pero ¿cómo podría hacerlo? No tengo manera.” “Bajemos a la sala de embarque y oremos,” dijo él.

“Yo mire a este hombre. Y pensé para mí mismo, “¿de qué manicomio habrá salido éste? Nunca había escuchado una cosa igual,” “Sr. Müller, le dije, ¿sabe usted cuan densa es esta niebla? “No, replicó él, mis ojos no están puestos en cuan densa es esta niebla, sino en el Dios Vivo quien controla todas las circunstancias de mi vida.” Él se arrodilló, y oró una de las más sencillas oraciones. Y pensé para mí mismo, “esto más parece una aula de niños, donde éstos no tienen más que ocho o nueve años.” El contenido de su oración era más o menos este: “OH Señor, si es de acuerdo a Tu voluntad, por favor haz que desaparezca esta niebla en cinco minutos. Tú conoces mi compromiso Tu harás que llegue a Quebec el sábado. Yo se que esa es tu voluntad.”

Así que terminó, yo también iba a comenzar a orar, pero el tocó mi espalda y me dijo que no orase. “Primero,” dijo él, “usted no cree que Dios vaya a hacerlo; y segundo, Yo creo que Él ya lo ha hecho. Así que no hay necesidad de que usted ore por este asunto.” Yo le miré, y George Müller dijo así: “Capitán, yo conozco a mi Señor desde hace cincuenta y siete años y no ha habido un solo día en que me haya defraudado, y, además, en Quebec, tengo una audiencia con el Rey, levántese, Capitán, y abra la puerta, y comprobará por sí mismo que la niebla ha desaparecido” Yo me levanté, y la niebla ya no estaba. Al sábado por la tarde George Müller se encontraba en Quebec.

La Verdadera Fe. Por George Müller

“Es, pues, la fe, la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve. Por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía.” HEBREOS 11:1, 3.

“**Primero:** ¿Qué es fe? En la simple manera que yo soy capaz de expresarlo: Fe es la certeza de que las cosas que Dios ha dicho en Su Palabra son verdad, y la plena confianza y absoluta persuasión de que Dios actuará de acuerdo a lo que ha dicho en Su Palabra. Esta seguridad, esta dependencia en la Palabra de Dios, esta confianza es fe.

Ninguna emoción o sentimientos deben ser tenidos en cuenta en conexión con la fe. Las emociones y los sentimientos no tienen nada que ver con la fe. La fe tiene que ver con la Palabra de Dios. No son las emociones, fuertes o débiles, que hagan diferencia alguna. Nosotros actuamos y nos guiamos por la Palabra escrita y no por nosotros mismos o nuestras emociones.

Las probabilidades no deben ser tomadas en cuenta. Hay muchas personas que tienen la voluntad de creer con respecto a las cosas que les parecen probables a sus ojos.

Pero la fe no tiene nada que ver con probabilidades. La frontera de la fe empieza donde las probabilidades acaban, donde la vista y los sentidos fracasan. Una gran cantidad de hijos de Dios se vienen abajo y lamentan su falta de fe. Me escriben diciéndome que no tienen sentimientos, ni emociones, no ven la probabilidad de que sus deseos sean cumplidos. Las apariencias no deben ser tenidas en cuenta. La cuestión es – Si Dios lo ha dicho en Su Palabra, será hecho sin sombra de duda alguna.

Y ahora, amados amigos, deben preguntarse ustedes mismos, si han adquirido el hábito de confiar en la Palabra de Dios, en lo más profundo de su ser, y si lo que deseamos o buscamos está alineado con lo que Él ha dicho en Su Palabra.

Segundo: Cómo puede ser incrementada la fe

Dios se deleita en incrementar la fe de Sus hijos. Nuestra fe, la cual en un principio es débil, aumentará y se desarrollará más y más conforme a su uso. Deberíamos, en vez de no querer experimentar pruebas antes de la victoria y ejercitar la paciencia, estar dispuestos a tomarlas de manos de Dios como un medio. Digo –y lo digo deliberadamente– pruebas, obstáculos, dificultades y a veces incluso derrotas, son el verdadero alimento a la fe.

Recibo cartas de mucho amados hijos de Dios que dicen: “Querido hermano Müller: Le escribo porque soy débil y pobre en fe”. Pues con la misma certeza con la que pedimos que nuestra fe sea fortalecida, debemos tener la disposición de recibir de la mano de Dios los medios para fortalecerla. Debemos permitirle educarnos a través de pruebas, pérdidas y problemas. Es a través de estas pruebas que ejercitamos la fe y que ésta se desarrolla más y más. Dios afectuosamente permite las dificultades, para que pueda desarrollar sin cesar lo que Él desea hacer por nosotros, con la finalidad de que no desfallezcamos, pero si Él permite que soportemos pesares y obstáculos y pérdidas y aflicciones, debemos aceptarlas de Sus manos como evidencias de Su amor y esmero por nosotros, en el desarrollo gradual de aquella fe que Él está procurando fortalecer en nosotros.

La Iglesia de Dios no está despierta para ver cuán bello y maravilloso es Dios, y de ahí proviene la escasez de bendiciones. Oh, amados hermanos y hermanas en Cristo, ¡buscad aprender por vosotros mismos, porque no me llegan las palabras para hablaros de todas Sus infinitas bendiciones! En los momentos más oscuros, estoy listo para confiar en Él, porque sé cuan hermoso y amable y adorable Ser Él es, y si es la voluntad de Dios ponernos a prueba, permitámosle que lo haga, para que comprobemos por nosotros mismos quien Él es, porque Él se revelará a Sí Mismo, y le conoceremos mejor. Llegaremos a la conclusión de que Dios es un Ser maravilloso, admirable, y estaremos satisfechos con Él, y diremos: “Es mi Padre, permitiré que Él actúe como le plazca.

Cuando comencé a permitirle a Dios que cuidase de mí, dependiendo de Él solamente, de acuerdo a Su Palabra, y me pasé cincuenta años depositando simplemente en Él mi propia vida, la de mi familia, impuestos, gastos de viajes y todas las demás

necesidades, lo hice descansando en la sencilla promesa que encontré en el sexto capítulo de Mateo. ***Creí la Palabra, descansé en ella y la puse en práctica. Me aferré a Dios según su Palabra.*** Soy extranjero, un extraño en Inglaterra, hablo siete idiomas y podía haberlos utilizado para encontrar un empleo remunerado, sin embargo, yo me había consagrado a la obra del Señor, puse mi confianza en el Dios Quien ha dado Sus promesas, y Él ha hecho conforme a Su Palabra. No me ha faltado de nada – absolutamente nada. He tenido conflictos y dificultades, y he tenido mi cartera vacía, pero mis gastos han sido siempre cubiertos. He recibido miles y miles de dólares, mientras iba siendo realizada la obra a lo largo de estos cincuenta y un años. Además, con respecto a mi trabajo pastoral, durante los cincuenta y un años pasados he tenido grandes dificultades, grandes obstáculos y perplejidades. Habrá siempre dificultades, siempre obstáculos. Pero Dios me ha sacado de todos ellos, y la obra ha seguido realizándose.

Ahora bien, esto no ha sucedido, como algunos han dicho, porque yo sea un hombre con un gran poder mental, o dotado de una energía y perseverancia especial – esas no son las razones. ***Ha sido porque he puesto mi confianza en Dios;*** porque he buscado a Dios, y Él ha tenido cuidado de la Institución, la cual, bajo Su dirección, posee actualmente cien escuelas, con maestros y maestras, y otros departamentos de los cuales ya he hablado anteriormente.

No soy yo quien lleva la carga. Y ahora con mis setenta y seis años, tengo la fuerza física y el vigor mental para llevar a cabo tanto trabajo como cuando era un hombre joven en la universidad estudiando y preparando discursos en latín. Me siento con tanto vigor como en aquel tiempo. ¿Cómo es posible? - Pues, porque en la última mitad de siglo de trabajo he sido capaz, con la simplicidad de un niño, de depender, de confiar en Dios. He tenido mis pruebas, pero me he tomado de la mano de Dios, y así las he pasado y he sido sostenido. No es solamente que le permitamos, sino que hay también un firme mandamiento que Él nos da, para que echemos todas las cargas sobre Él. ¡OH, vamos, hagámoslo! Mi amado hermano o hermana en Cristo, “*echa sobre Jehová tu carga, y Él te sustentará.*” (Salmos 55:22). Día tras día esto es lo que yo hago. Esta mañana, presenté delante del Señor sesenta asuntos que tienen que ver con la iglesia de la cual soy pastor, y así sucede, día tras día es lo que hago, y año tras año; y así ha sido durante diez años, treinta años, cuarenta años.

No esperes obtener toda la fe de una vez. Desapruebo los maratones para obtener de golpe toda la fe. Yo no creo en eso. *Yo no creo en eso, yo no creo en eso y ojalá que entiendas del todo que yo no creo en eso.* Todas estas cosas espirituales vienen de una forma natural. Lo poco que yo conseguí no lo logré todo de una vez. Todo esto lo digo, particularmente, porque me llegan cartas llenas de preguntas de todos aquellos que buscan fortalecer su fe. Otra vez digo, permanece con toda tu alma en la Palabra de Dios, y se te incrementará la fe a medida que vayas ejercitándola.

Una cosa más. Hay algunos que dicen, “Oh, yo jamás tendré el don de fe que el Sr. Müller posee.” Esto es un error – es el más grande de los errores – no hay ninguna verdad en esto. Mi fe es la misma clase de fe que todos los hijos de Dios tienen. Es la misma clase de fe que Simón Pedro tenía, y todos los cristianos pueden obtener la misma fe. Mi fe es la misma fe que la de ellos, aunque la mía pueda ser mayor que la suya debido a que haya sido un poco más desarrollada a través de ejercitarla, pero la fe que tienen es precisamente la fe que yo ejercito, solo que, con respecto al grado, la mía pueda haber sido más fuertemente ejercitada.

Ahora bien, mis queridos hermanos y hermanas, comiencen de forma sencilla. Al principio, yo fui capaz de confiar en el Señor por \$10 dólares, después por \$100, después por \$1.000 y ahora, con una gran facilidad, puedo confiar en Él por \$1.000.000 si fuese necesario. Pero primero, debo quieta, cuidadosa, y deliberadamente examinar y ver si aquello para lo que estoy confiando, es algo que esté en armonía con Sus promesas en Su Palabra escrita. Si hallo que lo está, las muchas dificultades no serán un obstáculo para mi confianza. ¡Cincuenta y un años, y Dios nunca me defraudó! Confía en Él por ti mismo y comprueba cuan fiel es Él a Su Palabra.

Apéndice A

Cinco Condiciones Predominantes en la Oración

1.- Una completa dependencia en los méritos del Señor Jesucristo como mediador, como única base de cualquier pedido de bendición. (Vea Juan 14:13, 14, 15, 16 etc.).

2.- Separación de todo pecado conocido. Si guardamos iniquidad en nuestros corazones, el Señor no nos oír, porque sería sancionado el pecado. (Salmos 66:18).

3.- Ten fe en la Palabra de Dios y en Sus promesas por Él confirmadas bajo juramento. Si no Le creemos le estamos haciendo tanto un mentiroso como un perjurio. (Hebreos 11:6; 6:13-20).

4.- Pedir de acuerdo con Su voluntad. Nuestros motivos deben ser piadosos: no debemos esperar o procurar ningún don de Dios para gastar en nuestros deleites o para nuestra perdición. (1ª Juan 5:14; Santiago 4:3).

5.- Insistir, ser incesantes en la súplica. Se debe esperar en Dios y esperar de Dios, como el labrador que tiene paciencia para esperar la cosecha. (Santiago 5:7; Lucas 18: 1-8).

Apéndice B

El Cuidado y la Consecutiva Lectura de las Sagradas Escrituras

En relación a esta materia, el Sr. Müller dice: “Yo caí en la misma trampa que caen muchos jóvenes creyentes: la lectura de libros religiosos en preferencia de las Escrituras.

Dejé de leer novelas alemanas o francesas, como lo hacía anteriormente, para alimentar mi mente carnal; pero aún así no puse en el lugar de esos libros el mejor de todos los libros. Leía extractos religiosos, informativos misioneros, y biografías de personas piadosas. Este último tipo de libros los hallé más provechosos que los otros. Si hubieran sido bien seleccionados, o si no hubiera leído lo suficiente de tales escritos, o si algunos de ellos hubieran inspirado en mí el amor a las Escrituras, me hubieran hecho mucho bien, pues estos nunca generaron en mi vida el hábito de leer las Sagradas Escrituras.

Cuando tenía menos de quince años de edad, ocasionalmente leía algo de ellas en la escuela; sin embargo, el precioso Libro de Dios era enteramente puesto a un lado, así que nunca leí ni un solo capítulo de él, que yo recuerde, hasta que le plació a Dios comenzar la obra de gracia en mi corazón. Ahora la manera bíblica de razonamiento hubiera sido: Dios mismo ha sido condescendiente en ser El Autor y yo soy ignorante acerca de ese precioso Libro, el cual Su Santo Espíritu hizo que fuese escrito usando como instrumentos a Sus siervos, y él contiene lo que yo debería saber, y el conocimiento que me guiará a la verdadera felicidad; por eso debería leer una y otra vez este que es el más precioso de los Libros, el Libro de libros, con mucha oración, de todo corazón, y con mucha meditación; y en esta práctica debo perseverar todos los días de mi vida.

Porque yo era consciente, aunque la leía pero poco, que escasamente entendía algo de ella. Pero en vez de dedicarme a ella, y ser motivado por mi ignorancia de la Palabra de Dios a estudiarla más, mi dificultad en entenderla, y el poco gozo que tenía en hacerlo, me hizo descuidado en su lectura (porque mas oración a la hora de leer la Palabra, no solo nos da más conocimiento, sino que, además, incrementa en nosotros el placer en leerla); y por eso, como muchos creyentes, yo prácticamente prefería, durante mis primeros cuatro años de vida divina, las obras literarias de los hombres no inspiradas en el Dios viviente. La consecuencia fue, que permanecí siendo niño, tanto en el conocimiento como en la gracia. En cuanto al conocimiento, digo; porque todo verdadero conocimiento debe provenir por el Espíritu, de la Palabra, y una vez que yo era negligente en la Palabra, fui durante cuatro años tan ignorante que no sabía con la claridad suficiente ni tan siquiera los puntos fundamentales de nuestra santa fe. Y esta falta de conocimiento tristemente me impidió andar con paso firme y rápido en los caminos de Dios. Porque es La Verdad la que nos hace libres (Juan 8:31-32) al librarnos de la esclavitud de los deseos de la carne, de los deseos de los ojos, y de las vanaglorias de la vida. La Palabra lo prueba; y mi experiencia personal también lo prueba más decididamente. Porque cuando le agradó al Señor en Agosto de 1829 darme a conocer realmente las Escrituras, mi vida y mi caminar llegaron a ser muy diferentes. Y aunque aún desde entonces me haya quedado muy corto en comparación con dónde debería haber llegado, aun así, por la gracia de Dios, me ha sido posible vivir mucho más cerca de Él que anteriormente.

“Si algunos creyente leen esto, que piensen que es más práctico leer otros libros antes de las Sagradas Escrituras, y que se deleitan con los escritos de los hombres mucho

más que con la Palabra de Dios, tal vez puedan ser avisados con mi pérdida. Consideraré entonces este libro que escribo ahora, como un medio para hacer mucho bien, si le place al Señor, y que sea un instrumento Suyo, para guiar a algunos de los Suyos a no descuidar más las Sagradas Escrituras, sino que les den a estas la preferencia que ellos le han concedido hasta ahora a los escritos de los hombres. Mi desagrado en incrementar el número de libros debería ser suficiente como para detenerme de escribir estas páginas, no estando convencido de que este es el único camino en el cual los hermanos puedan ser a la larga beneficiados a través de mis propios errores y equivocaciones, y sean beneficiados por la esperanza, de que en respuesta a mis oraciones, la lectura de mi experiencia pueda ser el medio que los guíe a valorar más altamente las Escrituras, y que sea ella la que produzca en ellos la pauta de todos sus actos...

Si alguno me pregunta, como puede leer más provechosamente las Escrituras, debo avisarle, que:

I. Sobre todo, debe buscar tener bien claro en su propia mente, que solamente Dios, a través de Su Espíritu, puede enseñarle, y que por tanto, el lector debe primero inquirir en oración y pedirle a Dios que ilumine su entendimiento mismo antes de comenzar la lectura, y también mientras esté leyendo.

II. Tiene que tener en cuenta, además, bien asentado en su mente, que, aunque el Espíritu Santo es el mejor y suficiente maestro, que aun así ese maestro no siempre enseña las cosas inmediatamente cuando nosotros lo deseamos, y que, por tanto, no debemos suplicarle una y otra vez para que nos explique ciertos pasajes; pero debemos tener la seguridad de que Él ciertamente nos los enseñará en algún punto, si ciertamente estamos procurando más luz y entendimiento con la oración y paciencia necesaria, y con la vista puesta en la gloria de Dios.

III. Es de suma importancia para el entendimiento de la Palabra, leerla ordenadamente, para que podamos leer todos los días una porción del Antiguo Testamento y una porción del Nuevo Testamento, y comenzar la siguiente vez que leamos donde previamente la habíamos dejado. Esto es importante porque:

(1) Aporta y nos da luz con la conexión que, de otro modo, por ejemplo: como sucede en la selección habitual de ciertos capítulos en particular (sin leer los anteriores) hará que sea completamente imposible entender una gran parte de las Escrituras.

(2) Es contrario a la gloria de Dios poner a parte algunos capítulos de aquí y allí, eso prácticamente sería como decir que ciertas porciones son mejores que otras; o, que hay ciertas partes de verdad revelada sin provecho o innecesarias.

(3) Las Escrituras contienen toda la voluntad de Dios revelada, y por eso debemos procurar leer de tiempo en tiempo la totalidad de esa Su Voluntad revelada. Me temo que haya muchos creyentes, hoy día, que no hayan leído ni una sola vez las Escrituras desde el principio hasta el final, y sin embargo en pocos

meses, leyendo unos pocos capítulos todos los días, esto puede fácilmente llevarse a cabo.

[Nota de traductores: Como hemos hecho notar al principio, Müller aun no había entendido, como santos hombres de Dios nos han mostrado en estos últimos tiempos, que las Escrituras deben ser leídas siempre teniendo en cuenta las diferentes administraciones y a quien están dirigidas particularmente. Toda la Palabra de Dios ES VERDAD, desde Génesis, hasta Apocalipsis, pero si hay escrituras específicas dirigidas a nosotros en esta Administración de Gracia - las 7 epístolas a la Iglesia escritas por el Apóstol Pablo y a las cuales tenemos que dar una mayor atención].

IV. Es también de suma importancia meditar en lo que leemos, tal vez en una pequeña porción de lo que hayamos leído, o, si tenemos tiempo, meditar en la totalidad durante el curso del día. O una pequeña porción de uno de sus libros, o de una epístola, o de un evangelio en la que regularmente meditemos, puede ser considerada cada día, sin que, por supuesto, vengamos a ser esclavos de un plan previamente definido.

*“Los **comentarios** memorizados he visto que llenan la **cabeza**, con muchas nociones y algunas veces también con la verdad de Dios; pero cuando es el **Espíritu** quien enseña, a través de los instrumentos de la oración y meditación, afecta al corazón. La primera forma de adquirir conocimiento generalmente nos envanece, y es muchas veces abandonado, cuando otro comentario nos da una opinión diferente, que generalmente tampoco se le encuentra ningún valor, cuando tiene que llevarse a la práctica. La otra forma de adquirir conocimiento (de parte de Dios) generalmente nos hace humildes, nos da gozo, nos guía para acercarnos a Dios, y no se abandona su razonamiento fácilmente; y habiendo sido recibido de parte de Dios, y habiendo penetrado en el corazón, y llegado a formar parte del nuestro, es también generalmente puesto en práctica.”*

Apéndice C: Cómo Descubrí la Voluntad de Dios

1- BUSQUE DESDE EL PRINCIPIO poner mi corazón en tal estado, que no tenía en cuenta para nada mi propia voluntad con respecto a ningún asunto. Noventa por ciento de los problemas de las personas se encuentra precisamente aquí. Noventa por ciento de las dificultades se sobrepasan cuando nuestros corazones están dispuestos a aceptar la voluntad de Dios, cualquiera que esta sea. Cuando alguien se pone verdaderamente en este estado, generalmente no hay más que un pequeño paso para llegar a conocer cuál es Su voluntad.

2. HABIENDO HECHO ESTO, no dejé, no permití que el resultado se quedase en un sentimiento o en una simple impresión. Si hago eso, voy a llevarme una gran desilusión.

3. BUSCO LA VOLUNTAD de de Dios a través, o en conexión con Su Palabra. El Espíritu y la Palabra deben ser combinados. Si miro solamente al Espíritu sin tener en cuenta la Palabra, también me llevaré una gran desilusión. Si el Espíritu Santo nos guía a

toda la verdad, Él lo hará conforme a las Escrituras y nunca se contradecirá.

4. SEGUIDAMENTE TOMO en consideración las circunstancias providenciales. Estas generalmente me indican claramente la voluntad de Dios en conexión con Su Palabra y Espíritu.

5. LE PIDO A DIOS en oración que me revele Su voluntad. ASÍ PUES, A TRAVES DE LA ORACION a Dios, el estudio de la Palabra y reflexión, llego a la conclusión deliberada de acuerdo a lo mejor de mi capacidad y conocimiento y sí mi mente está en paz, después de dos o tres peticiones mas procedo a actuar con lo que me ha revelado.

Tanto en asuntos sin importancia como en transacciones que envuelvan los más importantes asuntos, he hallado que este método es siempre eficaz.